

ANTAGONISMO, DIALÉCTICA y LUCHA DE CLASES

Guido Galafassi y Flabián Nievas (comp.)



con artículos de:

Nicolás Iñirgo Carrera, Pablo Bonavena, Susana Murillo, Gustavo Guevara, Marcelo Gómez, Patricia Collado, Flabián Nievas y Guido Galafassi

http://theomai.unq.edu.ar/Libros-Publicaciones/GG-Nievas_Lucha-Clases/Index.htm

Ediciones THEOMAI

Extramuros
ediciones

ANTAGONISMO, DIALÉCTICA y LUCHA DE CLASES



Guido Galafassi
Flabian Nieves
(comp.)

Theomai
libros

Extramuros
ediciones

Galafassi, Guido Pascual

Antagonismo, dialéctica y lucha de clases / Guido Pascual Galafassi ; Flabián Nievas.
- 1a edición especial - Ranelagh : Extramuros Ediciones, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-22408-6-8

1. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Nievas, Flabián II. Título
CDD 301

Fecha de catalogación:

Esta publicación fue posible gracias al financiamiento del Programa Prioritario de
Inversión UNQ "CONFLICTIVIDAD SOCIAL EN LA ARGENTINA. ENTRE LOS
PROCESOS DE ACUMULACIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍA (1960-
2020)"



<https://www.facebook.com/extramuros.ediciones>

Diseño de cubierta e interior: Guido Galafassi

ISBN:

© Extramuros ediciones/ 2020

ÍNDICE

Presentación <i>Guido Galafassi y Flabián Nievas</i>	1
Los laberintos de la dialéctica. Las desventuras y atolladeros para teorizar el antagonismo de clases <i>Marcelo Gómez</i>	4
El ocultamiento de la clase <i>Flabián Nievas</i>	26
Clases sociales y capitalismo en América Latina hoy. Revisitando controversias y formulación de interrogantes <i>Gustavo C. Guevara</i>	38
Luchas políticas y clase obrera <i>Pablo Bonavena</i>	48
La lucha política de la clase obrera hoy: viejos y nuevos problemas <i>Nicolás Iñigo Carrera</i>	65
La clase que habito en la subjetividad que soy. Reflexiones para comprender la conflictividad socio-laboral <i>Patricia A. Collado</i>	83
La potencia de la vida frente a la modulación del deseo y el terror, en tiempos neoliberales <i>Susana Murillo</i>	101
La lucha de clases entre los procesos de estructuración socio-material y la producción de subjetividad. Dialéctica, procesos socio-culturales y hegemonía <i>Guido Galafassi</i>	121



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nieves (comp.)

Antagonismo, Dialéctica y Lucha de Clases
Presentación

Guido Galafassi y Flabián Nieves

A partir de toda una serie de sucesos acaecidos en las últimas décadas, en donde tanto en el plano ideológico, teórico, cultural, histórico-político como en el económico, el capitalismo aparece como el único estadio y condición posible para la humanidad, se hace cada vez más necesario pensar sobre el proceso de la lucha de clases y del cambio y transformación social. La noción de Lucha de Clases ha sido largamente utilizada a lo largo de la historia del último siglo y medio, aunque en las últimas décadas ha entrado en un claro declive. Sus ricas discusiones se han opacado y, a luz de los procesos de restauración conservadora en todo el mundo de las últimas décadas, urge volver a discutir tanto en el plano teórico como político el concepto y el proceso de la lucha de clases. Esto implica retomarlo para reposicionarlo, revisando los ejes fundamentales de las discusiones tradicionales para así confrontarlo con este presente de tal manera de poder asumir críticamente todas las reflexiones necesarias para dotar nuevamente a esta idea-fuerza de toda su vitalidad en términos no solo de explicación sino también de herramienta de transformación social. Pero para esto se hace necesario una fuerte y profunda discusión crítica de las limitaciones conceptuales a las

cuales se ha sometido la noción de lucha de clases. Desde aquellas mayoritarias que lo entendieron y lo entienden en tanto proceso casi exclusivamente anclado al plano productivo, como aquellos otros que lo entienden casi primordialmente como una serie de procesos de enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre sujetos clasificados.

Para esto será necesario partir de ciertas premisas e interrogantes que desde una lectura crítica siempre serán puestos en cuestión para ajustarlos y/o reafirmarlos. En este sentido, hablar de clases es hablar de lucha de clases de tal manera de no entender a las primeras como simple estratificación sino como sujetos colectivos en un proceso de lucha. Asimismo es válido interrogarse por cuales otros sujetos colectivos participan hoy en el proceso de la lucha de clases. Hablar de lucha de clases es hablar también de su transformación en lucha política, y su diferenciación en procesos, sujetos y situaciones. Tomando fuertemente en consideración la trama socio-temporal y espacial en la cual nos insertamos, será fundamental además situarnos dentro del conocimiento de la historia de la complejidad social, política y cultural de América Latina, a partir del cual deberemos necesariamente realizar una reflexión conceptual sobre los procesos de la lucha de clases en la región en la historia reciente. Por último, deberemos considerar la importancia de los procesos referidos a las prácticas de los sujetos, los procesos culturales, y los procesos de construcción de hegemonía/dominación e ideológicos en la conformación de la dinámica dialéctica de la lucha de clases, de tal manera de no entender a esta en términos de un materialismo reducido.

En este sentido, es que el 9 de agosto de 2019 se organizaron desde Ediciones Theomai, el área de Conflicto y Cambio Social del IIGG-UBA y el GEACH-UNQ las Primeras Jornadas de Discusión y Debate “Antagonismo, Dialéctica y Lucha de Clases. Relevancia, significado y sentido en el siglo XXI” en pos de poner sobre la mesa la reflexión de un categoría clave, no solo en términos teórico-conceptuales, sino también y sobre todo en términos políticos. Reflexión clave y necesariamente refundante para cualquier continuidad de las premisas de transformación social de una sociedad cada día más alienante.

Los ejes de discusión fueron los siguientes:

1. **Clases, sujetos y Lucha de clases** (hablar de clases es hablar de lucha de clases de tal manera que no se entiende a las clases como simple estratificación sino como sujetos colectivos en un proceso de lucha. Asimismo nos interrogamos por qué otros sujetos colectivos participan hoy en el proceso de la lucha de clases ¿Es posible hablar de lucha de clases sin clases o de clases sin lucha de clases, o más bien son dos expresiones dialécticamente relacionadas, aunque diferenciadas, de un mismo proceso?)
2. **Luchas políticas y clase obrera** (de qué manera la lucha de clases se transforma en lucha política, o si la lucha de clases es siempre lucha política o puede llegar a diferenciarse procesos, sujetos y situaciones. Grados de la lucha política ¿La lucha de clases se expresa siempre en el terreno de la lucha política o pueden establecerse niveles y diferenciaciones en base a situaciones y condiciones socio-históricas?)
3. **Lucha de Clases en la historia de América Latina** (a partir del conocimiento de la historia de la complejidad social, política y cultural de América Latina, una reflexión conceptual sobre los procesos de la lucha de clases en la región en la historia reciente. ¿Es posible establecer una continuidad en los procesos de lucha de clases en América Latina o es necesario diferenciar períodos y etapas y en estas insertar como un momento particular el presente?)
4. **Ideología, subjetivación política y Lucha de Clases** (la importancia de los procesos referidos a los sujetos, la cultura, la hegemonía y la ideología en la conformación de

los procesos de la lucha de clases, de tal manera de no entender a esta en términos de un materialismo reduccionista ¿Cuáles son los principales vectores de la lucha de clases en los procesos culturales, de subjetivación e ideológicos actuales y de manera estos condicionan o determinan dialécticamente a la primera?

5. **Trabajadores, mundo del trabajo y Lucha de Clases** (la importancia que asume el mundo de la producción y del trabajo en el proceso de lucha de clases en el capitalismo desde sus inicios; nos importará especialmente las mutaciones y transformaciones y el análisis de los posibles cambios en esta relevancia de lo laboral. ¿Es el mundo del trabajo un ámbito preferencial para el análisis de la lucha de clases o comparte de manera igualitaria su importancia con otros ámbitos?)

Este primer Número Especial de Ediciones Theomai es el reflejo de estas Jornadas.



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nieves (comp.)

Los laberintos de la dialéctica.
Las desventuras y atolladeros para teorizar el
antagonismo de clases

Marcelo Gómez¹

I-Introducción: la odisea de un naufragio

Sabemos sin dudar que para Marx la realidad era fundamentalmente contradicción, pero ronda al pensar marxiano una vacilación hamletiana: ¿qué es lo determinante ¿el trabajo, la economía, el conflicto, la acción humana? En la jerga sociológica contemporánea: ¿estructura-orden o agencia-antagonismo social?, operando un desdoblamiento de lo real-social. Un proceloso río separa las orillas. Si nos limitamos a quedarnos de un margen, hay una “clave” oculta de lo real y la contradicción se convierte en despliegue de una fuerza explicativa que hace innecesario cruzar el río, podemos acceder directamente a lo que hay en la otra orilla sin cruzarlo. Si optamos por la orilla opuesta, la contradicción se hace “contingencia” y multiplicidad solo apta para contemplar y describir con lo que tampoco vale la pena cruzar el río ya que se anticipa que del otro lado no hay nada más que “una hipótesis innecesaria”. La “clase” como categoría analítica ha quedado atrapada en medio de los vaivenes que intentan

¹ Universidad Nacional de Quilmes y Universidad de Buenos Aires

unir ambas costas. Los puentes que se han intentado construir para cruzar el río se han derrumbado o quedado inconclusos. La “clase” es el río bravo y nos deja como los “espaldas mojadas” mexicanos: del otro lado está Trump... ¡en la tierra prometida!

Ha sido señalada mil veces -ver desde Elster (1992: 110) hasta Sartelli (2013: 9)- esta bivalencia del “Manifiesto”: la historia es la de los modos de producción impelidos por la dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción o es la historia de la lucha de clases impelidas por el antagonismo entre los hombres.

Sin embargo, antes del Manifiesto no había una duda sino una primer certeza: la realidad es contradicción y solo se abre al pensamiento que sabe lidiar con ella y ese pensamiento es la dialéctica. La cronología del pensamiento de Marx es clara y distinta: la dialéctica, la contradicción y el antagonismo aparecen antes que clase y modo de producción. El pensar dialéctico precede a Marx en tanto legado de la omnipresente e ¿insostenible? paternidad de Hegel². El ajuste de cuentas con la dialéctica hegeliana es “el” punto de partida y precede por algo más de un año a la primera mención de Marx al proletariado como clase. Por tanto, la biografía intelectual de Marx nos da la certeza que el tratamiento del antagonismo es previo al de clase. La temporalidad del *cogito* marxiano impide soslayar los modos en que la respuesta o resolución a una problemática teórica (la dialéctica) condiciona o se conecta con otra (la crítica a la sociedad burguesa naciente). De modo que un volver al *statu nascendi* de la dialéctica marxiana³ quizás eche luz sobre algunos de los atolladeros en que se trabó el pensamiento social de esta amplia y diversa tradición.

Dice Marx que la crítica de la religión es la raíz (“el presupuesto”) de toda crítica (ICFDH, p. 209). Esta simple aserción por supuesto delata la modernidad: el orden social ya no tiene un fundamento fuera de sí mismo, no hay principio extrasocial ordenador o dador de sentido. Si no hay principio ordenador exterior lo que queda es la autodeterminación, el movimiento inmanente tanto en la sociedad como en el pensamiento, el Sujeto. La dialéctica es la forma propia del pensar moderno: la autoproducción del orden social y de la verdad (que es la verdad de la autoproducción) a través de la contradicción.

Entre clase, modernidad y dialéctica hay un hilo de Ariadna: las clases son la forma fundamental de pensar lo social sin un exterior suprasocial que lo ordene. Así arribamos a otra certeza: el antagonismo de las clases es la forma de entender la autoproducción del orden social.⁴ La dialéctica es al pensamiento tradicional “metafísico”, lo que las clases son a la sociedad estamental.

En este trabajo vamos a proponer algunas indicaciones de búsqueda de claves teóricas para abordar en una visión panorámica -necesariamente esquemática o modelizada- la cuestión del antagonismo social y las clases. Presumimos audacia en el regreso a la dialéctica en el que

² Es extraordinaria la impresión que le causan a Gramsci (1981: 275/6) los textos de Marx sobre Hegel: la “vivacidad” y la “conversación fresca” que insinúan, como si estuvieran hablando “café de por medio”, diríamos nosotros.

³ Nos referimos a los manuscritos de Kreuznach escritos por Marx en su luna de miel pero no publicada en vida, llamados “Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel” (en adelante CFEH) de 1843; “La Cuestión Judía” publicada en 1844 (en adelante, CJ), la “Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel” (en adelante, ICFDH) publicada en 1844, y los llamados “Manuscritos Económico Filosóficos de París” (en adelante, MEFP) de 1844, tampoco publicados en vida.

⁴ En el surgimiento de la teoría social, la relación entre clase y dialéctica junto con el impulso de la historia como devenir de contradicciones inmanentes coloca al antagonismo como clave interpretativa central (Marcuse, 1981: 208). Lorenz Von Stein, otro alemán contemporáneo a Marx, también vio en las clases lo primordial de la sociedad moderna (op.cit., 368). En Lefebvre (1984: 35) la dialéctica es tomada como la “lógica de lo social” para separarla de la “lógica de la inferencia formal” o del “pensar correcto”. Gurvitch (1979) propone un “hiperempirismo dialéctico” como plataforma del análisis sociológico.

vamos a empezar por el nacimiento del tratamiento dialéctico de la contradicción y de sus implicancias para pensar lo “social histórico” en Marx; para luego focalizarnos en las contradicciones irresueltas que se han desplegado a través de la historia de la teoría sociológica que suele confirmar que el genio de Tréveris sigue frotando la lámpara desde su tumba y sigue siendo fuente de preguntas que nos atormentan después de 150 años: ¿la dialéctica sigue siendo opción privilegiada para analizar el antagonismo social?, ¿la clase marca el antagonismo primordial?, ¿el antagonismo es constitutivo de lo social y por tanto la forma clase no lo agota?

Nos esmeraremos en detalles de cómo arranca el joven Marx con la dialéctica y luego una visión panorámica de la historia del pensamiento social con sus Sísifos que llevan conceptos a la cúspide solo para que vuelvan a rodar abajo. El carácter polémico de este escrito obliga a confesar por adelantado el pecado de esquematización (que hasta yo tiendo a pensar en “caricaturización”). Las visiones panorámicas suelen tener ese defecto: se evaporan los detalles y se introduce la “deformación” reveladora a los efectos de intentar descubrir nuevos modos de ver lo mil veces visto. Pero como decía Hegel no hay conocimiento sin pecado, sin error y sin fracaso.

II- El niño Marx juega con la navaja del padre

En Alemania, donde la Revolución era un eco del caer de las guillotinas francesas o de la caballería napoleónica, la dialéctica hegeliana era la metáfora filosófica de la “revolución”; su trasposición a la razón como “negatividad” era la fuerza fundamental del pensamiento.⁵ Hegel radicaliza a Spinoza y propugna una concepción digamos “jacobina” de la negatividad, necesariamente “excesiva”,⁶ extrema e inmisericorde que desborda a su contenido como un hacerlo ir más allá de sí mismo y lo pone en movimiento. Ver lo que es a través de lo que no es. ¡La revolucionariedad es el núcleo de lo verdaderamente real! La negación se convierte en el “ontologema” universal, una suerte de genoma del pensar al ser como el ser pensado. La rigurosa disciplina del dialéctico –contrastante con el pensamiento metafórico actual– es llamada por Hegel “el pensar puro” y consiste en “llevar la negación hasta sus últimas consecuencias”. El “paciente y doloroso trabajo de lo negativo” significa que cualquier positividad afirmada será torturada hasta confesar su finitud, incompletud, insuficiencia que la obligará a entregarse a su propia negación que será a su vez tan drástica que se autoinmola en el intento.

Rápido de reflejos, el joven Marx ve que el resultado que obtiene Hegel de aplicar la dialéctica jacobina al Derecho y al Estado termina consagrando como racional a... ¡la monarquía y la burocracia! ¡La forma revolucionaria de filosofar lo hace torpemente conservador!, de ahí la acusación de “repugnante inconsecuencia” a Hegel y también la obligación crítica de indagar sobre la dialéctica misma.⁷

⁵ Si lo real es móvil que lo sea el pensamiento, si la realidad es contradictoria que lo sea el pensamiento (Lefebvre, 1985: 200). Solo así se revelará al pensamiento aquellos aspectos de la realidad que son vulnerables a la acción (op.cit., 280). Una razón que niega al mundo que encuentra, negándose a sí misma.

⁶ En la Fenomenología del Espíritu Hegel tiene expresiones de una grave solemnidad en el culto de la “negatividad”. Una de ellas: “la vida del Espíritu no se espanta ante la muerte”.

⁷ En Hegel no hay verdadera superación sino una quimera milagrosa: “el pensamiento que quiere elevarse por sus propios medios, superarse y [...] ser directamente por sí mismo, realidad” (MEFP, p. 413). Pero contra sus críticos Marx defendía a Hegel en cuanto concebía la negación de la negación como “verdadera aserción”, como única forma de ver lo genuinamente positivo y como “único acto verdadero y autónomo de todo ser” (ídem). Contra esto

En la CJ, la ICFDH y en los MEFP, Marx no duda en utilizar ampliamente la dialéctica para tratar temas “profanos” como el advenimiento de la sociedad burguesa, la propiedad privada y la enajenación del trabajo, la irrupción del proletariado, la religión, el estado y la democracia. Pero va a encarar explícitamente el problema de las oposiciones dialécticas en un excursu muy poco conocido y poco citado en la CFEH (pp. 110-112) y posteriormente va a hacer una amplia crítica a la dialéctica hegeliana en el final del 3er. Manuscrito de los MEFP (pp. 410-432).

Estos textos tempranos permiten aclarar de manera directa la especificidad de la dialéctica marxiana frente a Hegel pero también de manera indirecta frente a las críticas tradicionales a la dialéctica. Este punto es importante porque confundidos por el hecho de que Marx se aboca por completo a la crítica de Hegel y no dialoga con la filosofía “metafísica” anterior, muchos marxistas han realizado una lectura desaprensiva interpretando el citado excursu como un concederles la razón a los argumentos aristotélico-kantianos.

El principal anatema contra la dialéctica era confundir el orden del pensamiento con el orden de lo real. Kant (1970: 476 y ss) había diferenciado contrariedad de contradicción y Trendelenburg entre oposición lógica y oposición real. Ambas parten del presupuesto de irreductibilidad de una a otra, consagrando una diferencia de principio entre el movimiento del pensamiento y el movimiento real. Para Kant los extremos reales se hallan en contradicción solamente aparente en la medida en que remiten a un movimiento solamente captable por la experiencia sensible entre dos fenómenos reales que se repelen mutuamente. En consecuencia, en tanto que reales establecidos por sí mismos independientemente uno del otro, no necesitan de una mediación que los vincule con necesidad. Del enfrentamiento de contrarios reales surgen nuevas realidades objetivas, por ej: el barco impulsado por el viento en un sentido y por la corriente marina en otro, navega a cierta velocidad. La oposición lógica, estrictamente contradicción según la filosofía clásica, se refiere a términos opuestos pero que se presuponen recíprocamente en el sentido de que la afirmación de uno de los términos requiere la negación del otro para hacerse inteligible. Cada uno de ellos cobra sentido solo como negación del otro. Positivo y Negativo, Norte y Sur, afirmación y negación, identidad y diferencia, etc. La negación que permite pasar de uno a otro es la única mediación que toleran. Las oposiciones lógicas son necesarias para mantener la coherencia del hablar y su existencia consiste exclusivamente en un simple movimiento del pensar, de ninguna manera pueden confundirse con las oposiciones reales porque en éstas los polos no se necesitan mutuamente como en aquellas sino que cada polo encierra su propia existencia y es capaz de producir movimientos reales. Las oposiciones lógicas no pueden generar ninguna realidad nueva, ni tampoco ninguna instancia separada puede mediar o terciar entre los extremos ya que éstos solo pueden existir por la contradicción que los envuelve. Por su parte, las oposiciones reales son imprescindibles para describir y explicar fenómenos en tanto “chocan” con otros fenómenos. En cierta forma, es la base de nuestra visión de sentido común de lo que sucede en el mundo de lo corpóreo, es decir nos permite interpretar los movimientos reales a la manera de la mecánica newtoniana.

Veamos cuál es el planteo de Marx que es antitético del hegeliano pero también antitético del dualismo de la filosofía metafísica (como despectivamente la llamaba Hegel).

El análisis de Marx amaga partir de estas viejas objeciones a la concepción dialéctica de la contradicción. El excursu comienza atacando a Hegel: “Los extremos reales, precisamente por ser reales, no pueden ser mediados entre sí” (CFEH, p. 110). Más adelante refuerza esta condena a “la mediación como disimulo de la oposición” (op cit, p. 114). Los opuestos reales

hay quienes no aceptan que el pensar dialéctico pueda sostenerse si le amputamos la Idea absoluta y su teleología. D'Hondt (1974: 16) con gracia dice que se parecería al pato degollado que sigue corriendo sin cabeza.

no tienen nada en común, ni se requieren ni se complementan: “[...] ninguno de ellos encierra la nostalgia, la necesidad, el presentimiento del otro”. Incluso aclara que Hegel trata erróneamente los “factores abstractos del silogismo”, la universalidad y la singularidad, como antítesis real, haciéndose eco de las críticas tradicionales aunque sin mencionarlas.⁸

Pero a continuación parece tomar el camino contrario observando dos puntos: 1º “En cambio parece hablar en favor de Hegel el que *les extremes se touchent*” con los ejemplos de polo Norte y polo Sur, y el más elocuente de hombre y mujer como constituyentes del género humano. El 2º punto también reconoce con Hegel que todo extremo es el extremo opuesto con el notable ejemplo de que “el materialismo abstracto es el espiritualismo abstracto de la materia”.

Luego pega un nuevo volantazo contra Hegel volviendo al 1º punto donde retoma la objeción pero alejándose de la crítica tradicional: polo norte y polo sur son polos; masculino y femenino son concreciones opuestas de un mismo ser⁹ y subraya: “la diferencia de un ser en su grado supremo de desarrollo, el ser diferenciado”. Por tanto “los extremos verdaderamente reales serían polo y no polo”, humano y no humano, etc. La diferencia se refiere en un caso a la existencia (Norte / Sur, etc.) y en otro a la esencia (polo / no polo). Y también retoma críticamente el 2º punto porque su característica esencial es que concibe abstractamente un concepto “que en vez de tener un significado por sí mismo, valga solo y exclusivamente como la abstracción de otro [...] así el espíritu es el contrario abstracto de la materia, el objeto del que abstrae en su abstracción, o sea que en realidad su ser es el materialismo abstracto”.

Veamos una puntualización de las consecuencias que se pueden extraer de estos párrafos para una cabal comprensión del significado de esta reformulación de la dialéctica en manos del inquieto niño Marx.

a) Las lecturas que se han hecho de este excursus son casi unánimes: un niño Marx kantiano temeroso de cortarse con la filosa navaja de la dialéctica. Sobre la base de los sin dudas extraordinarios análisis de Galvano Della Volpe (Montaño, 1974) se ha señalado reiteradamente que en este pasaje Marx se da cuenta de que las refutaciones tradicionales a la dialéctica son válidas (Dotti, 1983; Colletti, 1976; Laclau, 1985) y que posteriormente había incurrido en el error de mezclar características de los dos tipos de oposición irreductibles entre sí, esto es, atribuir propiedades de realidad a operaciones puramente lógicas del pensamiento (el “hierro de madera” citado por Dotti).¹⁰ Finalmente el niño se habría cortado... y para muchos ¡muerto desangrado!

Sin embargo, para mí es muy evidente que Marx cambia la crítica tradicional por otra quizás aún más radical y que utiliza la navaja para herir la dialéctica hegeliana más profundamente. Estas lecturas padecen una notoria incompreensión (u omisión) del hecho que Marx cambia la entrada epistemológica para entender la contradicción. Al pasar de contradicción “Lógica vs. Real” a contradicción “de Existencia a nivel especie vs. de Esencia a nivel de género”, se produce un claro desplazamiento desde una problemática pensamiento/realidad sensible que se funda en los problemas típicos de los límites del pensamiento y las condiciones de

⁸ Laclau (1985: 40 y ss.) toma nota que Marx está perfectamente al tanto de esto. Extraña en cambio que es el único párrafo que cita de este excursus y omite la defensa de Hegel que le sigue y su propuesta de rectificación de la lógica de las oposiciones.

⁹ Aquí tranquilamente se podía anticipar el par burguesía/proletariado o trabajo/capital.

¹⁰ Más recientemente Oliva Cabanilla (2015: 127 y ss) defendiendo posiciones aristotélicas tomistas analiza completo y con detalle este excursus y celebra que Marx se haya dado cuenta de la plena sabiduría de la metafísica clásica. Marx se burlaría diciendo una vez más que los extremos se tocan: tomistas y marxistas se unen para enfrentar a Hegel reclamando el apoyo de un lúcido joven Marx.

posibilidad del conocimiento, a una problemática más radical: realidad / no realidad, es decir, la pregunta sobre qué constituye lo real, dónde buscar la verdad de lo real.¹¹

Marx reemplaza la crítica clásica a Hegel -de mezclar propiedades lógicas con reales- por otra: confunde oposiciones a nivel de esencia y de existencia. Solo así es posible que un contenido real “no valga por sí mismo sino solo como abstracción de otro”. En Hegel ninguno de los dos polos es reconocido por la vida, la autonomía de la existencia que tienen en sí, sino en tanto que uno remite al otro y reduce todo a oposiciones existenciales que valen como esenciales. Obsérvese en el excurso citado que la oposición “materialismo abstracto/espiritualismo abstracto de la materia”, es distinta a “espíritu/materia” como abstracción recíproca. La primera remite a posiciones de pensamiento en la que la dialéctica sirve para mostrar el presupuesto oculto invertido y la segunda es una pretensión de realidad sin pasar por ella, una pretensión de realidad mediante el mero expediente de la abstracción del pensamiento.

En definitiva Marx va a plantear que las objeciones tradicionales tienen razón, es decir, no hay que confundir el orden del pensamiento con el orden de lo real, pero enseguida ve que este dualismo no lleva a ningún lado y que lo real no puede ser penetrado con estas premisas y cambia las premisas de clasificación de las contradicciones. Con los clásicos acepta que Hegel confunde realidad y pensamiento pero su aporte fundamental es que descubre el verdadero mecanismo errado de su dialéctica que explica este error: la confusión mayor entre nivel de esencia y de existencia. En definitiva Hegel atribuye realidad al pensamiento porque confunde la negatividad a nivel de la esencia o principio del género con aquella a nivel de sus especificaciones existenciales.

Marx entonces utiliza un criterio distinto de conceptualización del tradicional que partía ingenuamente de la exterioridad objetiva comprobable por la experiencia sensible para establecer la realidad. No importa tanto si las oposiciones ocurren en el mundo sensible o en el mundo de la razón sino si las oposiciones son entre esencias o principios o entre concreciones diferenciales, entre existencias. La oposición entre extremos que se afirman como géneros o esencias diferentes autosubsistentes la una frente a la otra, tiene propiedades dialécticas diferentes de las determinaciones que se enfrentan como especies en su unidad por pertenecer a un mismo género o un mismo principio. A modo de ilustración: es evidente que en los MEFP Marx trata ambos extremos, salario y propiedad, no como géneros estrictamente reales sino como opuestos a nivel de la existencia, en razón de la especificación de un principio, de una esencia que se presenta de modos opuestos en ambas determinaciones antagónicas y, por tanto, sólo pueden desaparecer juntas bajo el imperio de otro principio: la emancipación del trabajo por el comunismo.

Marx enfatiza este criterio como llave teórica para entender el proceso de constitución de lo real, y no la exterioridad objetiva determinable por los sentidos que ofrece lo real “ya listo y servido”. Esto es importante porque la crítica a Hegel parte de un apotegma hegeliano, lo real es lo que tiene en sí su fundamento, lo que es por sí frente a otros. El carácter real de algo no lo da su mera exterioridad constatable sino el hecho de que se afirme y entre desde sí en acción recíproca con otros (Gómez, 2007).

En toda su obra es un presupuesto visible la típica posición hegeliana sobre los derechos de la razón a conocer lo real. Si Hegel había concebido la dialéctica como deducción especulativa de lo real y movimiento de las determinaciones de la conciencia (la Idea), Marx lo critica

¹¹ Es un buen ejercicio recordar los contundentes argumentos hegelianos: pensar cualquier ser como independiente del “pensar al ser como independiente” es una notoria inconsecuencia. El pensar que se limita simplemente a poner el ser como “más allá” de sí mismo, cae en contradicción flagrante. La objetividad nunca es punto de partida y siempre tiene que ser resultado ¡aunque se empeñe en ser el punto de partida!

pesquisando la lógica del movimiento real e intentando servirse de la dialéctica para ello. Marx hace foco en la constitución de lo real y reparte palos para Hegel por esoterismo pero implícitamente enarbola a Hegel para impugnar la metafísica anterior que nos condena a la impotencia del dualismo infranqueable y a confiar irreflexivamente en los sentidos como dador de "realidad". Es completamente errado interpretar en Marx alguna duda respecto de la dialéctica como forma adecuada del pensar lo real. Si la defiende ante los poshegelianos¹² ¿cómo no la va a defender frente a los vetustos "metafísicos"? La crítica de Marx es una crítica edípica como hijo y no una crítica torpemente paternalista poniéndose en el lugar del "abuelo" (Kant).

Hay una diferencia fundamental entre la concepción del contenido de lo real bajo estas tres ópticas. Kant niega la posibilidad de atribuir negatividad a las cosas objetivas que permanecen en muda autoafirmación sensible; Hegel produce lo real por negación abstracta dándole una envoltura mística; Marx desdobra y articula la negatividad de la esencia y la existencia como proceso de realidad. En las oposiciones de Hegel el contenido era el mismo en ambos polos, es decir, mera reduplicación invertida. En las de Kant contenidos distintos pero condenados a una inerte contingencia. En Marx ambos polos no tienen el mismo contenido pero su actividad autónoma se halla limitada por el principio del género al que están determinando. Tanto en las oposiciones existenciales como en las esenciales el "enfrentamiento" es "real", pero en las primeras es restringido a reproducir su principio, sus presupuestos, y en las segundas el antagonismo puede ser ilimitado y generar nuevos principios, nueva realidad.

b) El tratamiento dialéctico que traen los escritos marxianos juveniles refieren a lo que posteriormente quedó inmortalizado como una de las "leyes" de la dialéctica: la unidad de los contrarios (Lenin, Engels, Joja). A nivel de las contradicciones entre esencias una unidad no es una unidad meramente presupuesta, como en el caso de las oposiciones a nivel de la existencia, ni tampoco simplemente lógica, formal o abstracta como en el caso de las oposiciones lógicas o la abstracción hipostasiada hegeliana. La unidad a la que nos referimos es una unidad "puesta", es decir, producida, resultado de un proceso, como realidad nueva; una nueva esencia o principio que ha llegado a adquirir en el transcurso del enfrentamiento su propia autonomía, su autosuficiencia, su propia necesidad para sí.

En las oposiciones entre determinaciones de la existencia diferenciada se supone una unidad: la inseparabilidad de los extremos que se enfrentan quedan así contenidos dentro del género que especifican. El antagonismo es restringido al nivel del principio que concretizan las

¹² La ansiedad de Marx por dedicarse a los problemas terrenales lo diferenciaron rápidamente del resto de los jóvenes hegelianos que se habían quedado varados en "el cielo de la crítica". La crítica de una Razón que prescinde de sus fundamentos reales es también ella una razón enajenada, se cierra ella misma las puertas a su propia realización, y con ello queda al margen de la Historia. El desacople entre el avance de la libertad política en Francia (movimiento socialista) y de la filosofía crítica poshegeliana en Alemania (las armas de la crítica, "el punto más alto del pensamiento teórico") Marx lo formula magistralmente: "No basta con que el pensamiento apremie su realización; la realidad misma tiene que requerir el pensamiento" (ICFDH, 218/9). Con ello introduce la pregunta por las relaciones entre pensamiento y acción, entre teoría y praxis o por las condiciones de posibilidad ("los presupuestos") reales del pensamiento. El pensamiento debe hundirse en lo real, llegar a la raíz y buscar allí su alimento, recomendaba con extrema fuerza el mismo Hegel. De acuerdo a esto, la conciencia es un momento necesario de lo real en su devenir otro y es desde ella de donde se puede plantear un antagonismo radical. En sí las mudas objetividades materiales (mercancías físicas, fuerza de trabajo, dinero) no tienen antagonismos. La dialéctica supera el dualismo del pensamiento tradicional entre pensamiento y realidad: el pensamiento reflexiona a partir de encontrar su lugar en la realidad y la realidad no revela sus secretos sino a través del trabajo de lo negativo en el pensamiento. El gesto crítico del pensar dialéctico debe incluir el lugar de inscripción del pensamiento en el movimiento real, ya que solo cuando una realidad efectiva se despliega en su forma más alta, muestra todas las contradicciones y requiere que la conciencia "se ponga a la altura de su objeto" para poder ver la razón de su caducidad y la necesidad de desafiarla con otro principio.

determinaciones en pugna, su beligerancia se encuentra limitada en su subordinación a la unidad ya alcanzada del género al que pertenecen y al que afirman y reproducen en su mismo contraponerse.

La pregunta por el antagonismo interno que sustenta en sí mismo un real determinado no entraba en el campo teórico de la filosofía anterior a Hegel. Desde los esquemas tradicionales las realidades nuevas no pueden explicarse más que por la dependencia de otras realidades, pero permanecen inexplicadas las condiciones internas por las cuales podrían llegar a ponerse a sí mismas como realidad determinante ante las demás y no como simple y exteriormente determinadas. Según esto, no podría definirse ningún fenómeno como verdaderamente nuevo, sino que todos se reducirían a las combinaciones de las sustancias reales ya existentes e inexplicadas en sí.

Marx en cambio se inmiscuye directamente en la lógica interna de este proceso de constitución de lo real como tal y la dialéctica sigue siendo el marco de interpretación que haga inteligible el proceso por el cual una realidad puede surgir, puede alcanzar su madurez y desplegar su contradicción frente a otras realidades, para finalmente caer y ser convertida en otra cosa.

c) En el joven Marx, la realidad no está tomada como equivalente a simple movimiento objetivo, empírico, que nos es dado en la experiencia sensible como una pura positividad inmediata. El papel de la certeza sensible, de la experiencia como determinante del carácter auténticamente real del movimiento se subordina a cómo conceptualizar la constitución propia de lo real, como llegar a su lógica específica. Lo real se concibe como capacidad de poner sus propios presupuestos: lo puesto como presupuesto es el principio de constitución de lo real, como ser que contiene de forma adecuada en sí sus propias condiciones de existencia, autocentrando el propio desenvolvimiento de su contenido hasta asumir la forma que lo exprese completamente en sus contradicciones.

La realidad empírica tomada en su exterioridad, tal como está dada, sin desarrollar el contenido que alberga, sin ubicarla en su proceso de constitución, se queda en mera apariencia que sólo puede servir para ser manipulada especulativamente y pasar o "valer" como el contenido real de una abstracción. Así la caracterización de una existencia empírica como realidad requiere un tratamiento teórico de reconstrucción de su especificidad en un esfuerzo por captar su dinámica interna, los principios de desarrollo de su contenido y de adquisición de su forma por los cuales se establece como una realidad, es decir, las condiciones contradictorias de su autoafirmación.¹³

Marx rescata la positividad de lo real, del ser, como ya antes había hecho Feuerbach, pero no como mera objetividad sensible, sino como la "negatividad" de un proceso de constituirse, de apropiarse de su propio principio frente a otros. Sólo las existencias objetivas que alcanzan a contener su principio se erigen como verdaderamente "positivas", autónomas, autodeterminadas, poseedoras de su propio movimiento. Algo llega a constituirse en verdaderamente real solo cuando demuestra su propia necesidad, cuando se desarrolla de acuerdo a su principio exclusivamente, y esta autodeterminación se expresa dialécticamente en el "poner sus propios presupuestos". En un lenguaje más moderno: producir sus propias condiciones de posibilidad.

En los MEFP encontramos formas más refinadas del análisis dialéctico de las oposiciones: el trabajo enajenado aparece como resultado de los movimientos de la propiedad privada, su

¹³ En el ejemplo del barco sometido al viento y la marea, se ve que la nueva realidad objetiva que producen los opuestos, no es tan realidad como parece en la medida en que su ser sigue dependiendo de las dos fuerzas que la generaron; si desaparecieran o se modificaran no podría subsistir por sí misma puesto que no llega a tener su ser en sí, no llega a establecerse por fuerza propia y en esta misma medida de su autoinsuficiencia, deja de ser auténtica realidad.

causa y fundamento, pero en la medida que perfecciona su principio como organizador social, la propiedad se revela como consecuencia de la enajenación del trabajo:

“Solo una vez que la propiedad privada ha llegado a la cumbre definitiva de su desarrollo revela este secreto suyo, es decir, por una parte, que es el producto del trabajo extrañado, y además, que es el medio con el que el trabajo se extraña, la realización de esta enajenación” (op.cit.,p. 358).

Las relaciones cambian de sentido en el transcurso de la contradicción: de presupuestos pasan a consecuencias. Si en las anteriores formas de propiedad imperfectas ésta aparece como producto del trabajo enajenado, ahora en su perfecta forma industrial, aparece como el presupuesto necesario del trabajo.

Por el contrario, en las oposiciones reales de esencias autónomas no hay ningún movimiento interno que pueda mediar, recompener o unificar. Así su forma de existencia puede ir desde la indiferencia hasta el antagonismo agudo e irreductible, la lucha, que encuentra final en la destrucción de uno o ambos polos. El triunfo de uno genera que la exterioridad e independencia del polo derrotado pase a interiorizarse en el nuevo principio como momento cancelado, subordinado en una nueva contradicción. La superación debe ser pensada como triunfo real de las consecuencias sobre sus premisas, de los fenómenos que se liberan y subyugan a los presupuestos que les dieron origen.

En los Grundrisse se encuentra un ejemplo de este razonamiento dialéctico en la forma en que se comporta históricamente el capital frente a sus presupuestos: mientras es débil trata de caminar sobre las muletas que le proveen modos de producción pasados llamados a desaparecer ante él, en cuanto se siente fuerte comienza a moverse por sus propias leyes y tan pronto estos vestigios residuales se convierten en un estorbo, busca formas que le permiten completar su dominio a través de la libre competencia.

En el Manifiesto, hay otro ejemplo: cuando la contradicción con la burguesía se subordina a una contradicción mayor, todo el movimiento histórico se concentra en las manos de la burguesía; pero cuando la burguesía se establece como una dura realidad, política y económica por sí, entonces pasará a primer plano la contradicción que había sido contenida.¹⁴

La unidad superadora proviene de la contradicción real entre principios opuestos, y no la contradicción real de una unidad preestablecida. La producción de una realidad es el proceso por el cual se hace capaz de reproducirse, asumiendo que de la reproducción misma no surge ninguna nueva realidad o nuevo principio. Una vez más la reproducción se explica por la producción y no al revés.

La dialéctica es la forma adecuada para pensar este proceso. La historia, su práctica teórica, es la articulación entre racionalidad immanente contradictoria de las formas establecidas dentro de un mismo principio, con las contradicciones entre distintos principios.

d) El hecho de que Marx haya utilizado y propuesto, como criterio de análisis dialéctico de una realidad dada, el estudio de las contradicciones en su interior, de las oposiciones que la especifican como realidad determinada, no significa en manera alguna que pensara que todo movimiento real en sentido estricto provenía de un movimiento puramente interno, del desarrollo de las contradicciones internas. Creemos más bien todo lo contrario: todo el esfuerzo de Marx va a estar destinado a demostrar que la superación, la emergencia de nuevas realidades nunca proviene espontáneamente del desenvolvimiento interno de un antagonismo entre existentes a nivel de un mismo principio. Las oposiciones internas de las realidades

¹⁴ En el mismo Manifiesto, la burguesía puede interpretarse como un “tercero” portador de una oposición a nivel esencial o de género frente al feudalismo cuya contradicción immanente es la de siervos y señores. La “sombra del tercero” se ve en la entronización de la “clase de servicios”, “los managers”, “la tecnoburocracia”, etc. que han desfilado con no mucha suerte por la sociología contemporánea.

terrenales que le preocupaban a Marx en el mundo moderno (Religión, Estado, Derecho, Economía política) eran en sus propias bases irresolubles, inconciliables.

Aunque se llegue a la máxima tensión de las contradicciones, éstas no pueden resolverse por un proceso continuo completamente interno.¹⁵ No hay superación o negación de la negación si no es entre dos esencias que sostienen existencias diferenciadas internamente, es decir, entre dos principios reales autoconstituidos. Solamente la lucha entre ellos da vida a contenidos nuevos, es decir, gestación de nuevos principios y nuevas contradicciones. A nivel de un mismo principio, sus diferenciaciones existenciales opuestas no tienen solución a partir de sí mismas, estando condenadas a repetirse y requerirse la una a la otra. La agudización de la lucha entre extremos atados por sus condiciones internas de posibilidad termina siempre reforzando el principio del cual ambos dependen. No podrían dejar de enfrentarse sin desaparecer como tales.¹⁶ Tampoco podría desaparecer uno de los polos, porque extinguiría las condiciones de existencia del opuesto.

Sin entender la existencia desarrollada en sus diferencias, las contradicciones entre principios reales se disuelven en su propia contingencia empírica. La dialéctica inmanente del objeto es condición necesaria pero no suficiente de la comprensión histórica, y la dialéctica exterior contingente de realidades independientes entre sí es condición muchas veces suficiente pero no necesaria de explicación de los procesos. La inteligibilidad tiene dos partes: la comprensión de la contradicción a nivel de existencias de polos que se identifican en su oposición, y la observación de cómo esa existencia diferenciada se opone realmente, "lucha", con otras existencias diferenciadas de las que no depende intrínsecamente. La lógica interna del capital (en el MEFP, la propiedad, el trabajo) o del estado prusiano (en la CFEH, su monarquía, sus cortes, su burocracia) son imprescindibles para entender lo que ocurre, pero no explican lo que ocurre si no se los relaciona en oposición real a otras realidades firmemente establecidas que les son exteriores y a su vez tienen sus propias contradicciones constitutivas (la organización obrera y el movimiento socialista, la intelectualidad crítica alemana, los restos de estamentalismo feudal y aristocracia, etc.).

Según este planteo la negatividad de la navaja tiene dos filos. Todo elemento está sometido a una doble negación: por el extremo opuesto de su existencia diferenciada, del cual se alimenta; y por un principio que se le opone esencialmente, le carcome sus condiciones de posibilidad y amenaza hacerlo imposible.

El ejemplo más temprano del tratamiento de la contradicción que propone Marx, rectificando el especulativo de Hegel, es bastante elocuente: la contradicción entre burocracia y corporaciones (estamentos organizados de la sociedad civil, todavía no clases) que se enfrentan encarnizadamente en todos los niveles (monarca, legislativo, judicial). Luchan como lucha toda premisa contra sus presupuestos dice Marx (CFEH, p. 57). Reproducen así el

¹⁵ La figura de "maduración" utilizada muy frecuentemente por todos los marxismos y también por Marx y Engels, tiene un tufillo teleológico indudable. Sin embargo, en Gramsci (1981: 401 y ss) aparece una lectura notable en el análisis de las situaciones y las relaciones de fuerzas sobre la base del famoso aforismo de Marx de indudable estirpe hegeliana: la humanidad no se plantea tareas para las que no se han producido ya las condiciones para llevarlas a cabo, esto es, que se hayan agotado las posibilidades del orden existente (límite de las contradicciones de polos existentes en su unidad) y que ya se hayan manifestado en germen las formas que pueden dar lugar a un nuevo orden (principios antagónicos con el *statu quo*). El análisis de las contradicciones nos provee de sensibilidad y captación a los procesos de "agotamiento" de lo existente y de "desafío" a lo establecido, es decir, de lo disruptivo de una situación.

¹⁶ El concepto de oposiciones a nivel de existencias diferenciadas de un mismo principio nos anuncia rudimentariamente el concepto de "reproducción" que va a utilizar intensamente en la analítica del Tomo 2 del Capital.

principio que sostiene a ambas: el estado de la sociedad civil estamental. Pero cuando surge en la sociedad civil una propia razón (un nuevo principio, la burguesía, la propiedad industrial) e intenta librarse de las corporaciones (la revolución), entonces la burocracia se esfuerza denodadamente por restaurarlas, puesto que si cayera la sociedad civil estamental del estado, caería el estado de la sociedad civil estamental. Ante la amenaza de un nuevo principio, la burocracia defiende los presupuestos contra los que había estado luchando. Lo mismo ocurre de parte de la sociedad estamental que deviene burguesa: en momentos de extraordinaria conciencia, la vida política intenta aplastar sus presupuestos, la vida burguesa egoísta y sus elementos constitutivos intentan erigirse en la vida real y coherente de los hombres. Pero ello sería violentar sus mismas bases por lo que la revolución política puede terminar en la restauración de algunos elementos suprimidos de la sociedad tradicional como la religión. Está claro que la oposición entre el universalismo del Estado y el privatismo egoísta de la sociedad burguesa en ciernes, responden como diferencias a nivel de la existencia y no son verdaderas esencias reales distintas. Responden a un mismo principio: la existencia enajenada del hombre, y por ello no pueden más que terminar reproduciéndose recíprocamente sin más remedio porque la desaparición de uno conlleva la del otro y ambas se complementan en su misma lucha.

Otro ejemplo bien categórico es el que aparece en la CJ (p. 180) en la contradicción entre emancipación política (democracia) y emancipación religiosa. En contra de B. Bauer, Marx veía que la solución a la alienación religiosa no se encontraba en la emancipación del estado de los prejuicios religiosos. Estado político y religión luchan encarnizadamente entre sí pero se apoyan en una base común: “la enajenación humana en la sociedad burguesa”. El ejemplo que propone es diáfano: en los EEUU el máximo grado de desarrollo de la emancipación política termina no eliminando la religión sino preservándola mejor en el santuario de la “vida privada”. La manera de luchar contra la alienación religiosa es luchar contra sus presupuestos reales, haciendo imposibles sus mismas contradicciones.

Esta lógica tiene un corolario político bien claro: para confrontar algo no hay que refugiarse en el polo opuesto, sino en un nuevo principio que haga imposible los dos polos.

III- Marx, el errante

La parábola de la biografía intelectual de Marx acompaña su movilidad geográfica: dialéctica, crítica del estado y la religión en Alemania; reflexión sobre la enajenación del trabajo y el proletariado al calor del activismo socialista en Francia; la analítica del capitalismo en Londres luego de ser expulsado de todos lados en 1849. No formalizó una teoría crítica de la dialéctica histórica, ni mucho menos una teoría de las clases. La obra mayor deja trunco en la segunda página el Capítulo LII sobre las clases sociales y en el prefacio vuelve a hacer una reivindicación enfática del “viejo Hegel” y la dialéctica con una clara vuelta al origen. Más claro ... échale agua: dialéctica y Capital ... las clases te las debo diría Mauricio. La enfermedad y la muerte no explican nada porque el mismo Engels sorprendentemente no se animó o no intentó completar al menos alguno de los puntos suspensivos del Capítulo LII.¹⁷ El que calla

¹⁷ En sintonía con el prefacio de Marx, Engels se esforzó torpemente en trabajar teóricamente sobre la Dialéctica (“Dialéctica de la naturaleza” y “Anti-Düring”) y no en la teoría de las clases, aún cuando él había estudiado el tema de la clase obrera en Gran Bretaña y convencido a Marx que fuera allí. Había más preocupación por las herramientas teórico metodológicas que por la novedad sociológica introducida por Marx.

otorga dice el refrán. Recién Kautsky ofrece un cierto intento de sistematización que por supuesto es rechazado por Lenin quien ha sido incluso mucho más efusivo en defender "la pesada herencia" de la dialéctica hegeliana, por lo que quedan pocas dudas que aquellos que pensaron que la dialéctica en vez de pilar del marxismo es su sepultura y buscaron en el kantismo o el individualismo metodológico sus nuevos fundamentos filosóficos, hacen temblar la tumba en el "Highgate Cemetery" de Londres.

Así que para llevarle paz al sabio profeta vamos a empezar por el principio y reivindicar el carácter fundante de la contradicción en toda la obra de Marx.

La categoría clase adviene como el intento de hacer inteligible un orden que ahora reposa exclusivamente en lo que los hombres hacen con su propiedad y, por tanto, debe partir de la negatividad como mediadora universal de la comprensión de lo social. Las diferencias ya no son presupuestas e inmediatas, ahora son puestas y mediadas por antagonismo y conflicto. La experiencia de la relatividad de las posiciones jerárquicas (clase) y la libre autodeterminación de las reglas (democracia) son la tierra fértil para el cultivo del pensamiento sobre el poder de la negatividad. La contradicción, que el idealismo absoluto hegeliano había convertido en el motor abstracto del pensamiento, quedaba a la espera de un correlato concreto en la realidad social e histórica. La clase-universal en su negatividad (el proletariado) se convertirá en ese motor anunciado por primera vez en un artículo de los Anuarios Franco Alemanes en enero de 1844 (ICFDH).

El concepto de clase surge luego del paso por el desierto de la dialéctica hegeliana. En definitiva, el advenimiento teórico de la clase es fruto también de un trabajo de negación sobre la misma dialéctica: el paso de las armas de la crítica a la crítica de las armas. El proletariado aparece como la negatividad en acto, al fin se puede abandonar el cielo de la crítica y encontrar un nuevo hogar para el fuego de la dialéctica donde el calor no se disipe y se cocine algo en el caldero de la historia. Obsérvese que el proletariado aparece aquí no todavía como extremo opuesto a la propiedad privada industrial (esto aparece en los MEFP) dentro del principio genérico de la sociedad burguesa, sino como principio genérico antagónico a la "vieja" sociedad en decadencia. El papel típicamente misional y redentor de la clase obrera en este texto (Furber, 2005) también puede leerse dentro de los cánones establecidos por Marx para el análisis de las contradicciones. Entre este texto y los MEFP se opera un cambio importante: la clase pasa de ser analizada como contradicción a nivel de esencias a contradicción inmanente a nivel de existencia diferenciada del capitalismo industrial.

A partir de allí los textos de Marx sobre las clases ofrecen una variedad de puntos de vista alternativos cuando no directamente opuestos.¹⁸ Atraviesa la obra marxiana una dualidad: la primacía como clave del cambio social e histórico vacila entre las estructuras inmanentes del modo de producción y la contingencia de la lucha de clases.

A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre individuos y colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas alcancen para constituir clases e impulsar

¹⁸ Como aclara el no por viejo menos imprescindible trabajo de Ossowsky (1969: 91 y ss) la originalidad de Marx viene de su carácter de "lente gigante en la que se concentran rayos provenientes de los lugares más distintos" conformando una "síntesis exorbitante" que combina de manera inigualable múltiples campos del saber de la época (sociología, economía, filosofía, historia), elementos ético-normativos y fines revolucionarios con explicaciones positivistas de leyes de desarrollo histórico, tradiciones intelectuales europeas inglesas, germanas y francesas, coyunturas puntuales y procesos de largo plazo. Cabe preguntarse si la potencia y riqueza de posibilidades teóricas es inversamente proporcional a la consistencia interna.

rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos aparecen procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma: "Las clases se constituyen en la lucha".¹⁹ Pero aun antes de estos trabajos y del mismo Manifiesto Comunista, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida²⁰. Si se presta atención aún en la clásica cita de la Miseria de la Filosofía de 1847 (Marx, 1975: 68) vemos el papel constitutivo de la lucha. El intento de resolver el dilema acumulación/lucha (estructura/acción, diríamos hoy) lo muestra de nuevo acudiendo a la dialéctica hegeliana casi diríamos "por acto reflejo": el esquema "en sí/para sí" se arriesga a reducir la lucha a mediación necesaria prestándose a las prestidigitaciones teleológicas y transhistóricas que tan bien han denunciado Laclau y el posmarxismo. Pero, aun así, es elocuente el hiato que separa "determinación estructural" y "lucha". La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Solo la segunda permite la "sustancialización" de la clase. En este texto es muy clara la centralidad conceptual de la lucha de clases en un Marx abocado a la militancia. Sin embargo, en el mismo texto, cuando aborda el análisis de las huelgas de los tejedores de Bolton, anticipa el error del Manifiesto: la lucha no interesa por sus resultados (mejora de las condiciones de trabajo, aumento de salarios, cambios en la organización del capital, etc.) ya que "al salario lo va a determinar siempre la ley del valor", sino por la organización y el impulso político que va tomando la clase. La lucha de clases no es constitutiva del Capital sino que es un producto de su "lógica" autocontradictoria de acumulación. La única lucha de clases históricamente eficiente es política y revolucionaria, la lucha de clases menuda "reivindicativista" no afecta la reproducción del Capital que se muestra invulnerable e inexpugnable ante ella. Las clásicas críticas de Lenin al tradeunionismo también convalidan este enfoque. "La Historia es historia de la lucha de clases" pasa a ser "la historia es la historia de la lucha política de clases, mientras tanto: la historia es la historia del Capital". El pesimismo de Marx por las sucesivas derrotas obreras que tuvo que presenciar en París, en Bruselas y en Colonia, sus repetidas expulsiones, etc. quizás haya influido para desviar su atención desde la lucha de clases al Capital. La esperanza no estaba en la dialéctica de la lucha, con un proletariado francés cuyo fuego parece extinguirse, sino en la dialéctica de la acumulación bajo el hechizo del arrollador capitalismo británico que parece incendiarlo todo.

¿Cuál es el domicilio principal del antagonismo? ¿dónde reside la negatividad? La dialéctica queda seducida por la indetenible acumulación de capital y la teoría pasa del trabajo enajenado a la del valor y la fuerza de trabajo como mercancía. La lucha de clases real en Francia (ni hablar en Alemania y Gran Bretaña) no parece satisfacer el hambre de antagonismo y las clases se convierten en "personificaciones" del Capital y del Trabajo que a su vez se vuelve "capital variable". La marcha de la Ley del Valor que regula la relación entre trabajo vivo y trabajo muerto comienza a parecerse mucho a la vieja Idea Absoluta de Hegel que iba invistiendo de sentido a todo lo real por el solo hecho abstracto de negarlo.²¹ ¿La hegelianización del Capital

¹⁹ Junto con el apotegma del Manifiesto de que toda la historia es la historia de la lucha de clases, conforman la profesión de fé en la negatividad como principio de la autoproducción del hombre por sí mismo: no hay resto oculto de humanidad del que aferrarse, no hay positividad en la que creer, tal como el ser no es más que nada en Hegel y tal como el Sujeto no es más que su fracaso en Lacan, el hombre no es más que la negación del hombre.

²⁰ "Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...]"(Marx y Engels, 1971: 60/61).

²¹ Lenin era un firme defensor de la vieja dialéctica y afirmaba que el Capital no se podía entender sin Hegel. Calegaris y Starosta (2015) hacen un repaso pormenorizado de las discusiones sobre el método dialéctico en el Capital, la posible homología con la Lógica de Hegel, la relación entre lo abstracto y lo concreto, etc. Todo indica que Marx tenía menos reparos a Hegel de viejo que de joven.

era un obstáculo para desarrollar una teoría de las clases? ¿la encerrona teórica tiene que ver con el final inconcluso del Capítulo LII?

Marx había intentado rectificar la dialéctica de la unidad de los contrarios denunciando que en Hegel hay una asimetría entre el poder de negatividad de los polos y que por ello no hay verdadero antagonismo: un polo se limita a poner como presupuesto al otro consiguiendo un espurio "efecto de realidad" por el que se limita a mediar abstractamente el polo verdaderamente real con sí mismo. Entonces sobrevienen preguntas cruciales: ¿se repite la asimetría con una falsa mediación entre capital y trabajo?, ¿hay una inconsecuencia en la dialéctica de Marx?, ¿hay una depreciación del valor teórico de la lucha de clases?, ¿hay un desplazamiento desde el antagonismo propiamente social, la lucha concreta de obreros y burgueses concretos, hacia un autoantagonismo de un objeto ideal reconstruido dialécticamente: el Capital, la ley del valor, etc.?, ¿se ve la lucha de clases desde el Capital en vez del Capital desde la lucha de clases?

Uno de los yerros más notables de la lectura del Marx maduro sobre la clase obrera y sus luchas es el caso de las Self-acting Mule, las máquinas de hilar automáticas con las que los capitalistas buscaban desplazar el activismo obrero de los varones corpulentos (las máquinas textiles antiguas requerían fuerza física) y reemplazarlos por mujeres e incluso niños que se limitaran a vigilar y cargar las máquinas. Con brillo retórico Marx explicaba esto: "las máquinas se convertían en el arma más poderosa para reprimir las huelgas" (el Capital, T. 1 Vol 2, Siglo XXI, 1975, p.530). Sin embargo, los historiadores concluyeron otra cosa: los varones se organizaron y realizaron duras huelgas contra la contratación de mujeres y reivindicaron que fueran sus propios hijos los elegidos para aprender el oficio. Para los años 1840 el control masculino del trabajo de hilado mecanizado era absoluto (Mason, 2016: 243 y ss). El mismo error había cometido Engels en el "Informe sobre la Clase obrera en Inglaterra", un esmerado y sugestivo trabajo de sociología materialista, donde también aparece cierta ceguera a los impactos de la lucha de clases y el peso de la cultura proletaria sobre la organización del trabajo, los salarios y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Otro de los elementos de juicios contundentes para entender cómo la problemática de clase y su antagonismo terminaba siendo deglutida por la problemática del autoantagonismo del Capital, es la encuesta obrera que Marx diseñó y utilizó en 1880 (Rubel, 2012). De las 100 preguntas solo la 87 se refiere al resultado de las huelgas. La mayoría apunta a describir las situaciones de explotación pero hay muchísimas preguntas sobre la organización obrera y sobre las patronales. Es delator que Marx solamente haga una sola pregunta absolutamente genérica sobre el efecto de las acciones colectivas obreras. Por consiguiente, el capital es lo que justamente se sustrae al antagonismo de clase, porque es quién lo pone. La clase obrera aparece como presupuesto del capital y no como verdadero polo antagónico. La lucha de clases se subordina al proceso de acumulación y no a la inversa. La lucha de clases no constituye al capital y por tanto su inmanencia no es verdadero antagonismo.

IV- La herencia vacante

Con el tiempo la dialéctica se convirtió en un patrimonio que nadie quería recibir o que era recibido por cortesía sin mucho entusiasmo. Los únicos contentos eran los bolcheviques que heredaron de Lenin y de Stalin (no tanto de Trotsky) el respeto por las leyes cósmicas vistas desde la clase obrera revolucionaria: el "Diamat" se convirtió en dogma metodológico del

pensar en el marxismo soviético.²² Aunque Engels era un defensor a ultranza de la Dialéctica, era evidente que incomodaba al pensamiento socialdemócrata alemán (Kautsky) que amabilizó la “negatividad” incisiva de Marx presentándola como despliegue evolutivo. El resto de los herederos que conformaron lo que se dio en llamar el marxismo occidental no se presentaron a la sucesión o fueron extremadamente quisquillosos en el beneficio de inventario de lo que recibían. Los que ya eran herederos de otros legados filosóficos o científicos (la cuestión de los “nacionalismos teóricos”) rechazaban la dialéctica no tanto por “idealista” sino por “alemana”. Como en la biografía de Marx, la geografía cuenta tanto como las clases sociales.

Veamos una sumaria lista de las querellas entre los evasivos herederos.

El debate clásico entre Thompson y Anderson en relación a los furiosos ataques del primero al althuserianismo en “Miseria de la teoría”²³ muestra una antinomia que sobrevive hasta nuestros días: estructuralismo/culturalismo.

Para los estructuralistas el papel de la agencia humana obedece a una problemática “humanista” contraria al desarrollo teórico del marxismo como “historia científica” que parte de estructuras entendidas como combinación de invariantes (agentes, medios de producción, relaciones de propiedad y posesión) cuyas manifestaciones diacrónicas se analizan como “proceso sin sujeto” (Althusser, 1969). La contradicción sufre un *downgrade* y se convierte en desfasajes o asincronías entre estructuras.²⁴ Las clases son agentes-soportes de estructuras y su agencia solo es relevante en momentos de crisis (contradicciones entre estructuras) por medio de una instancia especializada o vanguardia revolucionaria, “administradora del antagonismo”, podríamos decir. Con inspiración en la lingüística en boga el estructuralismo codifica rígidamente lo real histórico. Solo el desacople entre estructuras produce posibilidades de cambio e intervención humana. Esta es la condición de inteligibilidad del cambio y de evitar toda teleología o finalismo. No obstante, las relaciones entre estructuras se rigen por el principio de “determinación en última instancia por la economía” en tanto que es esta estructura la que dice cuál estructura (económica, jurídico-política e ideológica) es la que determina al resto. No puede haber más resonancia hegeliana: la lógica de que hay un elemento de la serie que determina la serie (Zizek, 2004: 103) se conserva íntegra en este tipo de razonamientos teóricos.

El culturalismo historicista de Thompson por el contrario va a privilegiar la textura de la experiencia de la clase y el antagonismo como elemento decisivo. La lucha y el conflicto son constitutivos de la clase social que no puede prescindir tampoco de formas de sentir, valores y tradiciones con que los agentes toman conciencia de su situación y definen su identidad, las injusticias a las que son sometidos y las acciones con las que responden. La noción seminal de “experiencia” como huella del ser en la conciencia convierte al antagonismo en una contingencia subjetivante. La clase “acontece” a través del antagonismo vivido y no como un

²² El yugoslavo Markovic (1968: 36) se burlaba del disparate de presentar de manera inmutable la teoría universal de las transformaciones del mundo. No obstante, habría que mirar con más atención algunas contribuciones sobre la lógica de la contradicción determinada, y algunos intentos de estandarizar una metodología de la investigación. Ver sobre todo de Gortari (1974) y Joja (1969).

²³ La acusación de Thompson de “plaga” al estructuralismo que “invade” Gran Bretaña más allá de la retórica cuasi xenófoba (¿dónde quedó la conocida flema *british!*) muestra este componente “nacional” de los debates teóricos dentro del marxismo occidental.

²⁴ En un sentido algo diferente Godelier (1978: 70 y ss) plantea la inexistencia en la obra mayor de Marx de una idea de contradicción sintetizable como unidad de los contrarios. Ve solo dos tipos de movimiento dialéctico: las contradicciones específicas de una estructura (la lucha de clases) y las contradicciones entre estructuras diferentes (fuerzas productivas / relaciones de producción). Estas últimas son las determinantes históricamente.

“efecto” de estructuras ni como una especulación misional justificable filosófica o ideológicamente. La lucha precede no solo a clase sino también a antagonismo. Esto es importante, porque la lucha no adquiere de manera inmediata carácter clasista, sino que está atravesada por multitud de clivajes (género, raza, edad, oficio, localismo, moralidad, etc.) y es en su articulación de sentidos y sentires que deviene antagonismo de clase. El antagonismo es la experiencia de la insubordinación, de la rebelión, del contrapoder. La contradicción queda completamente desobjetivada, ya no es experiencia del antagonismo sino experiencia antagónica, ha resaltado en su excelente trabajo Modonessi (2010: 55) siguiendo a Thompson. En estos términos la negatividad dialéctica queda convertida en subjetividad beligerante, en conciencia y paso a la acción, en autoconstitución confrontativa. Desaparece el elemento de necesidad causal y de poder explicativo, la vivencialidad ocupa el centro de la escena y desplaza leyes, estructuras o realidades previas. La teoría se evapora y la historia se enriquece enormemente pero se singulariza y se coarta la posibilidad de generalización.

Otro contrapunto de extremos teóricos es el que se puede trazar entre la teoría crítica de la llamada Escuela de Frankfurt y el marxismo analítico. Los frankfurtianos teorizan sobre las ruinas dejadas por el nazismo y la irracionalidad del capitalismo de masas con el formidable poder que exhibe para moldear la subjetividad humana. De regreso a los temas de la alienación y el sujeto humano, el rescate de Marx elide la economía y se desplaza hacia las ciegas fuerzas irracionales que subyacen al consumo, la industria del entretenimiento, la manipulación por la comunicación de masas, etc. La problemática marxiana ya no es la explotación sino la “objetificación” del hombre y la “naturalización” de la irracionalidad bajo el imperio de la racionalidad instrumental. El Capital y la teoría del valor son sustituidos por la influencia de las teorías sobre la personalidad en la sociedad de masas importadas de los EEUU donde el antagonismo no ocupa ningún lugar. Recién los va a recuperar Marcuse para ponerlos fuera de la clase obrera (estudiantes, intelectuales radicales, y sectores no integrados al capitalismo de consumo) y fuera de los países desarrollados (masas oprimidas del tercer mundo). La negatividad interna del capitalismo desaparece del primer plano junto con los intereses materiales y el antagonismo se plantea desde una exterioridad.²⁵ No hay verdadera dialéctica en la medida que ya no interesa el dinamismo inmanente, allí uno de los polos se quedó con todo: la clase obrera quedó completamente subsumida en el capitalismo, despojada de toda negatividad.

El inverso de la teoría crítica adorniana es el estrategismo del individualismo metodológico en el llamado marxismo analítico (Romer, Wright, Cohen, Przeworsky, Elster) desarrollado principalmente a partir de los años '70 en algunos centros académicos de los EEUU. Ellos directamente prescindieron de todo residuo de “basura hegeliana”, de toda hermenéutica “subjetivista”, y encuentran en las tradiciones de la filosofía analítica, la economía marginalista, el individualismo metodológico y la *rational choice*, un nuevo fundamento para las tesis principales del marxismo. La teoría de los juegos estratégicos que modeliza actores que tienen en cuenta los recursos de que disponen frente a los recursos que disponen otros, permitieron un fuerte refofoamiento del enfoque de clases y una revalorización de conceptos como relaciones de producción e interés objetivo de clase. La distribución desigual de recursos de partida en términos de propiedad de medios de producción determina estrategias racionales maximizadoras ante el sesgo de las reglas de apropiación diferencial del producto

²⁵ Como expresa certeramente Wellmer (1979: 152) “la teoría crítica vive de la anticipación del sujeto”. La búsqueda de la negación radical de lo existente (en el joven Marx, la contradicción de principios o esencias) suprime la consideración de la negatividad en lo existente (las contradicciones a nivel de un mismo principio). La negatividad inmanente queda estéril, trabaja solo para la conservación de lo existente. El sujeto ya no espera nada de ella.

del trabajo. El antagonismo es leído aquí como un resultado de la interacción de los cálculos racionales de agentes con desigual control de determinado tipo de bienes. Las contradicciones son simplemente estrategias en pugna, no hay inmanencia, ni despliegue ni superación, ni "leyes" ocultas. La teoría es fuertemente explicativa y no solo descriptiva, el materialismo se preserva toda vez que las acciones de los hombres aparecen fuertemente condicionadas por distribuciones de bienes. Pero el resultado de los "juegos estratégicos" termina siendo siempre el mismo: las acciones racionales de los desfavorecidos en las distribuciones de partida terminan siempre reproduciendo de manera ampliada dichas distribuciones de partida. El antagonismo así visto explica mucho más el orden que el cambio. El paso de la necesidad de luchar contra la distribución de costos y beneficios dentro del juego a luchar por cambiar las reglas del juego es algo que cuesta teorizar desde el individualismo metodológico.

La poderosa producción del marxismo italiano (Labriola, Togliatti, Della Volpe, entre otros) que alcanza la cúspide con Gramsci también pone en cuestión de diversas maneras el papel del antagonismo y las clases. Tributario de la tradición maquiavélica nos lleva a rotularlo como "marxismo politicista". El concepto de hegemonía opera una desviación del foco analítico del marxismo: el papel específico de la lucha o el conflicto político y el papel del estado en la disputa por el consenso o consentimiento de masas. La hegemonía inaugura un campo analítico con un principio estrictamente "antiantagónico" porque lo que está en juego en ella es justamente lo contrario: la conciliación, el acuerdo, la persuasión. El antagonismo de clases opera como telón de fondo pero no como principio de la práctica política. En todo caso el antagonismo puede ser una opción discursiva para movilizar consenso entre otras opciones discursivas. La política es disputa por la dirección intelectual y moral, por el sentido común desde donde se piensan los conflictos, y se manifiesta como una guerra de posiciones en la que se procura apropiarse, reinterpretar o articular elementos discursivos de los oponentes sin antagonizarlos, sin la necesidad de negarlos. La política es el arte de la universalización "suave" y cuidadosa más que de extremismos y polaridades. Lejos de la dureza de la confrontación aguda típica de los planteos dialécticos marxianos o leninistas, Gramsci ve delicados emplazamientos en la cultura popular, las tradiciones, las contradicciones y ambivalencias de las clases dominantes, etc. Si en el *ordinovismo* temprano podía concebirse una hegemonía como despliegue y desarrollo de la potencia material, cultural y política de la clase obrera, en los "Cuadernos de la cárcel" queda claro que se trata de la construcción paciente de una voluntad nacional popular. La negatividad en todo caso es lo que se intenta colar o filtrar lo más insensiblemente posible a través de la conquista de posiciones simbólicas o de control de sentidos (identidades) y de posiciones políticas o control de la voluntad colectiva (consenso).

Dentro de la tradición itálica son importantes el llamado *operaismo* y el autonomismo italiano (Negri, 1978; Tronti, 2001) que rompen la ambivalencia del marxismo entronizando la lucha de clases por sobre el capital y la acumulación. Es decir, decide retrotraer a Marx a sus experiencias en París y Bruselas: la lucha de clases mueve al capital y no al revés. El antagonismo prescinde de todo significado estructural y a través de él se constituye no solo la clase obrera sino el capital mismo. Pero lo llamativo de esto es que lo hace de manera completamente antihegeliana y antidialéctica. Lejos de la contradicción como motor, Tronti ve la autoafirmación de la clase en su actividad y su lucha. El análisis teórico se vuelve spinoziano y llega al paroxismo del antagonismo como llave universal del análisis pero tirando a la dialéctica por la borda y poniendo a la *potentia* autónoma y constituyente en su lugar. El punto extremo se alcanza con el rechazo al trabajo, y con un antieconomicismo y antiproduccionismo para el que el desarrollo tecnológico no produce *per se* ningún avance: la clase se desarrolla exclusivamente a través de su lucha.

La teoría social de posguerra (Giddens, Bourdieu, Habermas, Touraine) tributaria de los padres fundadores ha intentado un mix efectivo que permita balancear los extremos de agencia / estructura e integración / conflicto. Navegando en las calmas aguas del eclecticismo intentan hacer teorías “catch all” a las que nada se les escape. Así en la teoría de la estructuración de Giddens, la estructura es vista como dualidad de constricción/oportunidad para los agentes y éstos son vistos como diestros socialmente, es decir, como capaces de performances hábiles para modificar las constricciones a las que se enfrentan. La teoría de la integración social y la integración sistémica de Habermas tematiza explícitamente la relación entre lo sistémico y el “mundo de la vida”. En la teoría del campo de Bourdieu los sujetos son moldeados por la socialización a través de la incorporación de *habitus* para que se desenvuelvan reproduciendo las relaciones de poder y las diferencias de clase establecidas, pero en el campo traban relaciones de cooperación o conflicto y suelen movilizar diversas formas de capital no solamente económico sino social y cultural.

Las sociologías académicas no renuncian ni mucho menos al concepto de clase y de conflicto pero claramente lo someten a una desantagonización: la acción está leída desde dispositivos conceptuales en los que la primacía la tienen los factores de cohesión e integración. Por eso las clases se ven como una construcción de ensamblado secuencial de dimensiones: estructura - formación de colectivos - conciencia e identidad - lucha y conflicto. Es decir, se ha complejizado el análisis pero la inteligibilidad de la lucha depende de un campo o un proceso de estructuración y no al revés. La lucha, el componente agonal, no es constitutivo sino resultado. Es por ello que las sociologías constructivistas adoptan un “lenguaje de consistencia y positividad” (Corcuff, 2013: 21). Son sociologías que utilizan un relacionamiento metodológico (que rompe fuertemente con cualquier economicismo o monocausalismo) que privilegia la fuerza de la homogeneidad y la proximidad antes que la distancia y la contraposición y por ello son mucho más eficientes para describir y para explicar la estabilidad y la conservación que el cambio y la disrupción²⁶.

Ya en la última década del siglo XX y en lo que va del actual están los que debaten desde afuera de la problemática de la dialéctica y las clases. Son los que rompen con los postulados del marxismo, con la ciencia social establecida y, por supuesto, con la dialéctica. Posmodernismo en la manera de teorizar y posclasicismo en la manera de representarse la sociedad capitalista contemporánea. El nudo de la novedad que traen no es tanto que desaparezca el antagonismo sino que se profesa abiertamente que no está sometido ni somete a principios ordenadores. Las articulaciones de diferencias y enfrentamientos son completamente contingentes. Las relaciones de fuerzas y de sentidos no tienen un *locus* desde donde hacerlas inteligibles. No hay sociedad o vínculo social primordial sino vacío, incompletud radical, por tanto el antagonismo tampoco es constitutivo. El multiculturalismo pluraliza los conflictos, aumenta la sensibilidad a la precariedad del orden y de las diferencias, pero sin ninguna jerarquización ordenadora de lo social histórico amenaza con volverse kantianamente incognoscible. Las polémicas entre Zizek y Laclau son instructivas: sin la negatividad de las clases, es decir, con solo la indiferencia de las diferencias (clase, raza, género) lo real social se diluye ante el pensamiento. Nada ordena, nada es punto de apoyo ni de partida. La desdialéctización lleva a que no haya por principio elemento de la serie que ordene la serie y, por tanto, tampoco hay serie sino mera sucesión y yuxtaposición. Zizek insiste con volver a Hegel en la forma de teorizar y denuncia que el abandono de la negatividad lleva a la naturalización del capitalismo y lo existente. El posmodernismo politizó la vida privada (la hizo mucho más transparente a los conflictos que la atraviesan) pero a costa de despolitizar el capital. Laclau contesta que las

²⁶ Una excepción que merece ser revisada por el papel que otorga al antagonismo es la de G. Gurvitch (1969) con su notable “Dialéctica y Sociología”.

clases son una identidad más (otro significante flotante en la lucha hegemónica) y no tiene privilegios que provengan de una estructura ordenadora. El único antagonismo real se produce a nivel del discurso, de la lucha por el sentido y la identidad y que hay que acabar con una suerte de “lógica del privilegio ontológico” y del esencialismo. El ejemplo que da Zizek para refutar la igualación del estatus teórico de las diferencias es digno de mayor reflexión: el antisemitismo es la exclusión que hace posible una plenitud simbólica de los excluidores mientras que la lucha de clases es una inclusión, una interioridad, que hace imposible simbólicamente esa plenitud.²⁷ La lucha hegemónica no puede hacerse inteligible desde sí misma, ya que no sienta su propio terreno, la lucha de discursos e identidades solo son posibles porque hay alguna clase de negación fundante que genera sus condiciones de posibilidad. Es la lucha de clases la que estructura el terreno mismo donde se dirime la proliferación de identidades en lucha, el telón de fondo del resto de las diferencias. Fiel a la dialéctica, hay que buscar en las raíces su contradicción inmanente para alimentarse.

V- Conclusión: largar la navaja y ¿agarrar la pala?

La dialéctica ha tenido una trayectoria accidentada en el pensamiento marxiano. Las ambiciosas rectificaciones iniciales que proponían una propedéutica de tratamiento de las contradicciones con novedosas premisas (desdoblamiento de niveles, esencia y existencia; lucha por poner los presupuestos, etc.) no fueron seguidas por el mismo Marx sobre todo en su obra mayor en donde el autoantagonismo del Capital tiende a hacerse inmanentista y unipolar como en Hegel.

El concepto de antagonismo de clases con un nacimiento claro en el pensamiento dialéctico siguió una trayectoria divergente. En los fundadores del marxismo tuvo un notable peso en el análisis histórico de coyunturas pero una sistemática subteorización. Tanto la dialéctica como las clases fueron en buena medida abandonadas o menospreciadas de diversas formas por las corrientes del marxismo occidental que se lanzaron a la búsqueda de otras paternidades teóricas y filosóficas.

El estructuralismo inicia una cruzada de desdialéctización y de extirpación de la contradicción que más adelante fue agudizada por el marxismo analítico. Algo semejante ocurre con los historiadores ingleses y su enfoque culturalista: son quienes mejor han estudiado el peso de la experiencia y la subjetivación en la constitución de la clase obrera, pero lo han hecho completamente alejados de la dialéctica. El politicismo gramsciano que trae el concepto fundamental de hegemonía mantiene la idea de antagonismo pero la disputa por el consenso sin dudas atenúa la negatividad puesta en juego. Lucha hegemónica no deja de tener un cierto contrasentido: ¿una lucha que difiere el antagonismo? ¿una lucha que se ve compelida a desantagonizar?²⁸

²⁷ No obstante es un razonamiento que tiene sus bemoles: la globalización permite que el capital, con su movilidad diferencial frente a la fuerza de trabajo, se comporte como un “exterior” a la sociedad. El capital al deslocalizarse (física y financieramente) se exterioriza ante la clase trabajadora, rompe los lazos de dependencia y reciprocidad que presupone esa interioridad “clasista” que hace imposible la sociedad. El fenómeno inmigratorio produce el mismo efecto: la raza como un exterior que traba relación con el capital que la contrata, coloca a la clase obrera nacional como la excluida. La globalización parece trastocar las reglas de la contradicción inmanente y la unidad de los contrarios.

²⁸ El famoso opúsculo de Mao “Sobre las contradicciones en el seno del pueblo” también es un intento de dialectizar la política de clases. Los antagonismos son cuidadosamente calibrados a los efectos de optimizar la estrategia

El constructivismo ecléctico de la sociología académica también parece haber abandonado la idea de la centralidad del antagonismo. Los conflictos son resultados, no causas de nada. La realidad social es una composición de positividad que eventualmente chocan entre sí. El kantismo/weberismo se come todo. La teoría de las clases contemporánea tiende a una convergencia amable weberiano-marxista como puede verse en el trabajo póstumo de Wright (2015) sobre las clases.

El posmodernismo o posestructuralismo opera de forma distinta. No subalterniza el antagonismo sino al contrario, sigue siendo el fundamento constitutivo del lazo social pero lo multiplica, lo descentra y lo difumina. La contradicción es reemplazada por “exclusión” o exterioridad constituyente, cadena equivalencial, negación identitaria, etc. La dialéctica generalizada “deconstructiva” (etnia, religión, cultura, edad, género...clase) termina en un multiantagonismo como expresión acabada del pensamiento débil que ya no encuentra raíces de dónde alimentarse porque hay demasiado alimento en la superficie. ¿Será la dialéctica la pala con la que hendir la tierra? ¿hay antagonismos subterráneos o es quimera especulativa? ¿hay un *locus* de negatividad radical desde donde entender y actuar? ¿estamos condenados a articular negatividades de manera contingente? ¿qué aporta el pensamiento latinoamericano? Para contestar tenemos muchos seminarios por delante ¿no?

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis: “*Sobre la relación de Marx con Hegel*” en HYPOLITE, Jean (compilador): **Hegel y el Pensamiento Moderno**. México. Siglo XXI, 1968, pp. 93-120.
- ANDERSON, Perry: **Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson**. Madrid. Siglo XXI, 1985.
- ASTRADA, Carlos: **El Marxismo y las Escatologías**. Buenos Aires. Juárez Editor, 1967.
- CALIGARIS, Gastón y STAROSTA, Guido: “*La crítica marxiana de la dialéctica hegeliana. De la reproducción ideal de un proceso ideal a la reproducción ideal de un proceso real*”, en **Praxis Filosofía** Nueva serie, No. 41, julio-diciembre 2015, pp. 81 – 112.
- COLLETTI, Lucio: **El marxismo y Hegel**. Barcelona. Grijalbo, 1976.
- CORCUFF, Philippe: **Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates**. Buenos Aires. Siglo XXI, 2013.
- DE GORTARI, Eli: **Introducción a la lógica dialéctica**. México. Fondo de Cultura Económica/Unam, 1974.
- DOTTL, Jorge: **Dialéctica y Derecho**. Buenos Aires. Hachette, 1983.
- ELSTER, Jon: **Una introducción a Karl Marx**. México, Siglo XXI, 1992.
- ENGELS, Friedrich **Anti-Düring**. Montevideo. Pueblos Unidos, 1961.
- FURBANK, Phillip: **Un placer inconfesable o la idea de clase social**. Buenos Aires. Paidós, 2005.
- GODELIER, Maurice: “*Sistema, Estructura y Contradicción en El Capital*” en Hippolyte op. cit., pp. 70 - 99.

revolucionaria. Se preserva aquí la idea de “contradicción principal” y de “aspecto principal de la contradicción”. Lo notable de este trabajo es que la dialéctica parece un poderoso instrumento de visualización del conflicto desde una posición de antagonismo abierto: el que lucha, el que actúa contra otros parece servirse mejor de la dialéctica. ¿Será la dialéctica solo una forma de pensamiento inherente al involucramiento en el conflicto abierto? Es claro que los receptores más entusiastas de la herencia dialéctica fueron líderes inmersos en las luchas revolucionarias más inmisericordes.

- GÓMEZ, Marcelo: "El concepto de realidad de Hegel a Marx" ponencia presentada en Jornadas Internacionales "W. G. F. Hegel: La actualidad de su pensamiento para la filosofía y las ciencias sociales, a 200 años de la Fenomenología del Espíritu", Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2007.
- GÓMEZ, Marcelo: **El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales.** Buenos Aires. Biblos, 2014
- GÓMEZ, Marcelo: "Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau" en **Revista Utopía y Práxis Latinoamericana.** Revista Internacional de Filosofía y Teoría Social, Año 19, N° 64, Universidad de Zulia, Venezuela, 2014, pp 67-82.
- GRAMSCI, Antonio: **Antología.** México. Siglo XXI, 1981.
- GURVITCH, Georges: **Dialéctica y Sociología,** Madrid, Alianza Ed., 1969.
- JOJA, Atanase: **La Lógica Dialéctica y las Ciencias,** Buenos Aires, Juarez Editor, 1969.
- KANT, Emmanuel: **Crítica de la Razon Pura.** Madrid. Juan Bergua, 1970.
- KAUTSKY, Karl: **The Class Struggle** (Erfurt Program). New York. W. W. Norton Ed., 1971.
- LACLAU, Ernesto: "Ruptura populista y discurso", en VVAA, **Hegemonía y alternativas políticas en América Latina.** México. Siglo XXI-UNAM, 1985, pp. 39-44.
- LEFEBVRE, Henri: **Lógica formal, Lógica dialéctica.** Mexico. Siglo XXI, 1984.
- LENIN, V. I.: **Cuadernos de filosofía.** Buenos Aires. Cartago, 1960.
- LOWITH, Karl: **De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX.** Buenos Aires. Katz, 2008.
- MARKOVIC, Mihailo: **Dialéctica de la Praxis.** Buenos Aires. Amorrortu, 1972.
- MARCUSE, Herbert: **Razón y Revolución.** Buenos Aires. Alianza, 1981.
- MARX, Karl: **Miseria de la Filosofía.** Madrid . Sarpe, 1975.
- MARX, Karl: "Las clases sociales" en **El Capital.** Libro 3, Cap. LII. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- MARX, Karl: **Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel (1843)** en **Obras de Marx y Engels, OME 5.** Barcelona. Crítica-Grijalbo, 1978, pp. 2-157.
- MARX, Karl: **Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel (1844),** en **Obras de Marx y Engels, OME 5.** Barcelona. Crítica-Grijalbo, 1978, pp. 209-224.
- MARX, Karl: **La Cuestión Judía (1844)** en **Obras de Marx y Engels, OME 5.** Barcelona. Crítica-Grijalbo, 1978, pp. 178-208.
- MARX, Karl: **Manuscritos Económico Filosóficos de París (1844),** en **Obras de Marx y Engels, OME 5.** Barcelona. Crítica-Grijalbo, 1978, pp. 301-432.
- MARX, Karl: **Encuesta obrera,** disponible en <http://seminariopedagocrita.blogspot.com/2014/05/cuestionario-para-una-encuesta-obrera.html>
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico: **La Ideología Alemana.** Montevideo. Ediciones Pueblos Unidos, 1971.
- MASON, Paul: **PostCapitalismo. Hacia un nuevo futuro.** Buenos Aires. Paidós, 2016.
- MODONESSI, Máximo: **Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismo y subjetivación política.** Buenos Aires. CLACSO, 2010.
- MONTAÑO, Martín: **La dialéctica científica de G. Della Volpe.** Buenos Aires. Paidós, 1974.
- OLIVAS CABANILLAS, Enrique: "La crítica de Marx a la filosofía del derecho público de Hegel" Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Derecho, 2015.
- OSSOWSKI, Stanislaw: **Estructura de clases y conciencia social.** Barcelona. Península, 1969.
- RUBEL, Maximilian: **Marx: ensayo de biografía intelectual.** Buenos Aires. Ed. Razón y Revolución, 2012.
- SANDOR, Paul: **La historia de la dialéctica.** Buenos Aires, Ed. Leviatan, 1986.

Ediciones Theomai 2020

Marcelo Gómez – Los laberintos de la dialéctica

SARTELLI, Eduardo: *“Ellen Meiskins Wood y la relevancia política de la resistencia intelectual” en ¿Una política sin clases? El post marxismo y su legado*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2013.

THOMPSON, E.P.: **Miseria de la teoría**. Barcelona. Grijalbo, 1981.

TRONTI, Mario: **Obreros y Capital**. Madrid. Akal, 2001.

WELLMER, Albercht: **Teoría crítica de la sociedad y positivismo**. Barcelona, Ariel, 1979.

WRIGHT, Erik O.: **Understanding Classes**. New York-London, Verso, 2015.

ZIZEK, Slavoj, BUTLER, Judith y LACLAU, Ernesto: **Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda**, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2004.



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases *Antagonism, Dialectic and Class Struggle*

Galafassi y Nievas (comp.)

El ocultamiento de la clase

Flabián Nievas¹

Introducción

La tendencia a la polarización de las clases sociales, esbozada ya en *El Manifiesto del Partido Comunista*, 170 años después se ve confirmada; nunca antes se había concentrado tanta riqueza en tan pocas manos, lo que implica que millones de personas estén al borde de la subsistencia, cayendo en ocasiones por debajo de ese límite.² Llamativamente, con una polarización tan marcada, la noción de “clase social” carece de la fuerza política que pareciera corresponderle en consideración de su importancia para la estructuración del mundo. Sin negar taxativamente a las clases, se han propuesto formas interpretativas en las que las mismas desaparecen o carecen de importancia; y vemos que hoy, aún en las ciencias sociales, las miradas se organizan en torno a otros colectivos o prácticas. Es necesario observar la instalación de dichas perspectivas, que no son neutras, para comprender cabalmente el fenómeno.

Las clases sociales pueden ser consideradas desde al menos tres perspectivas: política, teórica y, eventualmente, técnica-empírica. Las diferencias entre las tres perspectivas son, sobre todo, de énfasis y gravitación, ya que en la perspectiva política hay ineludiblemente una fuerte

¹ Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires

² El Informe de Oxman Internacional de enero de 2017, “Una economía para el 99%”, comienza señalando que ocho personas concentran la misma cantidad de recursos económicos que los 3.600 millones de personas más pobres del mundo. Disponible en línea: https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf

impronta conceptual; en la teórica es indisociable de la política y de la técnica, y esta última se asienta en la teoría. Pero no son tres perspectivas epistemológicamente equivalentes: hay una jerarquía entre ellas, que indica un orden secuencial: encabeza esta sucesión la perspectiva política, que define – probablemente de manera no consciente – la visibilidad o invisibilidad de la clase social, invisibilidad que no es negación absoluta de las clases sociales, sino la relativización de su importancia; en concordancia con esta definición está la construcción teórica de la clase social, que abarca un amplio abanico entre la relativa simplicidad weberiana³ hasta la compleja trama conceptual de Marx, que nunca sistematizó, pasando por el espacio de atributos propio del estructural-funcionalismo, organizado principalmente a partir de instrucción formal, ingresos y posesiones, y luego segmentados de manera relativamente arbitraria. Estos conceptos, debidamente operacionalizados, devienen técnicas de registro que “capturan” a las clases sociales reales. Pero todo parte de la clase como dispositivo político, para que emerja o no la clase como realidad sociológica.⁴

El dispositivo político permite/obtura la enunciación de la existencia de dicha realidad, quitándole toda naturalidad (o naturalizando) y mostrando (u ocultando) los mecanismos de sujeción a determinadas trayectorias vitales por los miembros que integran las clases sociales. Si la realidad sociológica no puede discutirse – nadie puede sostener seriamente que toda la humanidad vive en iguales condiciones sociales –, la enunciación de esta realidad aparece y desaparece históricamente en vaivenes impuestos por la relación de fuerzas imperantes en cada momento, lugar geográfico y espacio social, por la lucha de clases, lucha que es, además, la productora y reproductora de las propias clases sociales.

Cuando la correlación de fuerzas es muy favorable a las clases dominantes, situación que Gramsci describía como de hegemonía, la enunciación de las clases tiende a desaparecer. Cuando, por el contrario, la situación no es de hegemonía sino de dominio inestable, la clase como noción política recobra todo su vigor, pues su misma enunciación implica una denuncia al sistema de explotación.

La lucha de clases en su nivel epistemológico

Los dispositivos de poder son eficaces en tanto no se los visibiliza como tales. La invisibilidad es *conditio sine qua non* del poder. Pero “no ver” los mecanismos de poder no significa “no ver” en absoluto, no es ceguera, sino ver la superficie de un fenómeno, a los que se otorga el estatus de realidad, sin contemplar las lógicas profundas en que se asientan los mismos, y que constituyen las razones de sus dinámicas. El núcleo de este fenómeno cognitivo está analizado en el cuarto párrafo del primer volumen de *El capital*.

La lucha de clases es una lucha de poder, por lo tanto, la misma está, en tanto objeto de conocimiento, retaceada por quienes están en la cúspide jerárquica del dispositivo de poder. O bien se la niega, o bien se la minimiza, o bien se la distorsiona. La negación parte de la suposición de que la misma no es sistémica, sino que obedece a la voluntad de un grupo de personas, las que, por algún motivo – oculto pero maligno –, la propician. El supuesto en que subyace es que la sociedad es un organismo o estructura que permanece normalmente en equilibrio, y que se desestabiliza sólo por la acción de agentes externos, deletéreos, que buscan

³ “Clase social se llama a la totalidad de aquellas situaciones de clase *entre* las cuales un intercambio α) personal, β) en la sucesión de las generaciones, es fácil y suele ocurrir de un modo típico.” Weber, 1983, p. 242.

⁴ Marcelo Gómez enumera tres órdenes de “muerte” de las clases: epistemológica, filosófica/ideológica y social e histórica (Gómez, 2014, pp. 31 ss.). El recorrido propuesto aquí es en algunos aspectos similar al suyo.

quebrar dicha armonía. Hay una larga tradición sociológica que abreva en estos supuestos, inaugurada por Durkheim⁵ pero desarrollada en especial a partir de Parsons.

La minimización no asume tal presupuesto del equilibrio natural, pero sólo reconoce la lucha de clases como un fenómeno episódico y evitable, cuya aparición se explica por factores históricos específicos que bien podrían haber evolucionado de otra manera. Hay una cuota de azar – con lo que se elude el fatalismo – en la constitución del fenómeno. Un buen ejemplo de esta concepción es la aportada por Max Weber, pero también Werner Sombardt y Georg Simmel están en esta corriente de pensamiento.

La más compleja de explicar es la de la distorsión, porque requiere la exposición del fenómeno respecto al cual se considera tal desviación o deformación. Y esto nos deposita de lleno en el plano epistemológico, que es una de las dimensiones de la lucha de clases.

La “lucha de clases” puede entenderse de diferentes maneras. Antes que Marx, “los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases.”⁶ Pero el desarrollo del materialismo dialéctico le dio un particular enfoque a la misma, sentando de forma taxativa fundamentos desde los cuales abordar su estudio. Considerando la primacía de la materia por sobre la idea (tanto el sujeto como el objeto de conocimiento son anteriores en su existencia a la aparición del concepto), Marx y Engels trazaron tempranamente el punto de partida, que es la especificidad misma de la especie humana respecto del resto de los animales. El humano “se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material. [...] Este modo de producción no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con *lo que* producen como con el modo de *cómo* producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels, 1985, pp. 19-20).

Si lo que las personas son, depende de las condiciones materiales de su producción, y tales condiciones resultan no solo diferenciales, sino antagónicas para distintos grupos sociales, la lucha de clases es la forma en que se expresa el antagonismo “del proceso de producción social, no en el sentido de antagonismo individual, sino en el de antagonismo que nace de las condiciones de existencia individual de los individuos” (Marx, 1975, p. 11), es decir, es el despliegue de las propias condiciones materiales de vida, cuyo efecto es la conformación de “clases de personas socialmente homogéneas” relativamente estables, o “clases sociales”. La lucha conforma a las propias clases sociales: “Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos contra los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva {autonomiza}, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella” (Marx y Engels, La ideología alemana, 1974, p. 64).

⁵ Para Durkheim (1985) el delito es normal, por cuanto está presente en todas las sociedades conocidas, y además cumple una finalidad (estrechar el lazo social), mientras que la revolución es patológica dado que su finalidad está en la “muerte” de la sociedad en la que se produce.

⁶ Carta de Marx a Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852. Marx y Engels, 1947, p. 73.

Las clases sociales son producto, en consecuencia, de la dinamización de los antagonismos en la producción de la vida material, o, dicho en otros términos, de la lucha de clases. Como puede apreciarse, la lucha de clases es anterior a las propias clases, lo que parece contrariar la lógica lineal. Este extrañamiento respecto del sentido común es una dificultad recurrente para comprender el fenómeno de la lucha de clases y a las mismas clases sociales. La imagen instalada de la lectura lineal del sintagma “lucha de clases” es la de clases sociales constituidas luchando una contra otra: de un lado el proletariado y frente a él la burguesía. Pero la historia raramente nos muestra algo similar, y cuando tal situación parece darse, es fugaz y limitada espacialmente, cuya importancia decrece en la medida en que resulta más ajustada a esa idea; se trata, por ejemplo, de una huelga, en la que de un lado tenemos a los obreros y de otro a la patronal.⁷ Cuando la lucha de clases escala en intensidad, se desajusta de esa imagen. Para la mirada simplista, fetichizada, ya no se trataría de “lucha de clases” dado que las clases no se encolumnan una contra otra, sino que encontramos una “extraña” distribución de fracciones de clase, que se alinean de acuerdo a cánones distintos a la propia identidad clasista y, por lo tanto, eso no sería “lucha de clases”. Esta confirmación empírica es tan verdadera como que el Sol “sale” cada mañana y “se pone” cada atardecer, que es lo que cotidianamente comprobamos con nuestros sentidos.⁸ Al igual que lo hizo en su momento Aristarco de Samos, es necesario penetrar con nuestro entendimiento la simple evidencia superficial de un fenómeno. El pensamiento vulgar es el terreno del que surge la masa de maniobra de la burguesía en la lucha de clases.

Las “otras” clases

Como se ha dicho, la distorsión es la principal forma utilizada en la lucha de clases por parte de los poderosos para librar dicha lucha. Y esta distorsión ha tenido y tiene efectos muy poderosos. Toda distorsión no es un falseamiento de la realidad, sino una deformación de la misma, un corrimiento de sus claves interpretativas que cristalizan en configuraciones de sentido que resultan ineficaces para la transformación social o, dicho de otro modo, que, en tanto ineficaces para la modificación sustantiva del diagrama de poder existente, son objetivamente funcionales al mismo. La construcción de otras clases, distintas de aquellas que son producto estructural de la lucha de clases, es un dispositivo eficaz para encauzar energías que subjetivamente buscan un cambio, en una disposición por la que objetivamente refuerzan el orden existente.

Tal vez una de las primeras ha sido la moralización de la pobreza, que reconoce la topografía social, pero no en clave social sino como efecto de la virtud o de la vileza, que establece una jerarquía dentro de la especie humana. La construcción argumentativa de esta moralidad devino en la eugenesia, que alertaba contra el favorecimiento de los desposeídos: “si [...] se favoreciese la propagación de los individuos inferiores y se entorpeciera la de los mejor dotados, la especie degeneraría progresivamente, y desaparecería bien pronto ante la especie

⁷ Esta es la forma en que lo tematiza Weber: “La articulación de las clases propietarias puras no es ‘dinámica’, es decir, no conduce necesariamente a luchas de clase y a revoluciones de clase. [...] Tan sólo las contraposiciones de clases de propiedad entre 1. Propietarios de tierras y *déclassés*, 2. Acreedores y deudores (con frecuencia = patricios ciudadanos y campesinos o pequeños artesanos de la ciudad) pueden llevar a luchas revolucionarias [...]” Weber, 1983, p. 243.

⁸ Sobre la construcción de evidencia, puede verse el breve y muy instructivo artículo de Fernando Cortés y María Rosa Rubalcava, “La perversión empirista”, en Salvia, Agustín (comp.); *Hacia una “estética plural” en la investigación social*. Buenos Aires, 1997, Carrera de Sociología – Of. de Publicaciones del CBC, UBA, págs. 39-47.

que compitese, y la que luchase con ella”. (Spencer, 1984, p. 96). Indudablemente hay una jerarquía (inferioridad/superioridad) en las condiciones de existencia, pero la misma no es natural sino social, no es causa sino efecto del ordenamiento social, no reconoce los grupos humanos, sino que los crea.

Otra de estas poderosas distorsiones, paralela a la eugenesia, fue introducida entre 1853 y 1855 por Arthur de Gobineau, con su *Essai sur l'inégalité des races humaines*. En esa obra pionera del racismo, con un formato que recuerda a Montesquieu, de Gobineau no inventa el racismo, sino que racionaliza y sistematiza prácticas que existían y estaban relativamente generalizadas. Las políticas coloniales hacían “evidente” la inferioridad de los indígenas frente a los europeos,⁹ y la etnicidad devino diversidad de origen,¹⁰ es decir, no todos somos iguales, o no todos somos igualmente humanos. La construcción de la raza se asienta en una doble evidencia: fenotípica y social; son diferentes y jerárquicamente inferiores, por lo tanto, su subordinación es constitutivamente biológica y, en consecuencia, inalterable. Una variante posterior (y actual) es el racismo basado en la cultura y no en la biología, tematizando (aún sin explicitarlo) la otredad cultural como carente de atributos plenos de civilización; pero ambos son convergentes en cuanto a sus efectos. La eficacia de este dispositivo ideológico fue tan importante que los propios denigrados propusieron y desarrollaron la lucha de razas. El centro del problema –y de la lucha– pasó, en muchos momentos históricos y lugares, de la explotación a la negritud, el judaísmo, el indigenismo o la categoría que correspondiere para cada lugar específico. Lo relevante es que las opresiones raciales-fenotípicas eran *reales*, por lo que el elemento empírico, directamente observado, estaba presente. Se trata, como sostiene Etienne Balibar, de “una forma típica de *alienación política* inherente a las luchas de clases”,¹¹ aunque no es la única expresión de la distorsión de la lucha de clases.

Una forma conexas es el sexismo,¹² por cuanto traza un eje en una distinción biológica, al igual que el racismo primigenio, para concentrar las energías del enfrentamiento entre sujetos socialmente iguales –dado que la actuación de cada quien siempre está restringida a un determinado entorno social y no es universal–, pero “des-igualados” en función de las diferencias biológicas o, en su variante centrada en las tendencias sexuales, en la defensa de su especificidad. La pretensión de la emancipación de la particularidad fue criticada por Marx en *La cuestión judía*: no es acentuando el particularismo como se alcanza la universalidad, sino removiendo la sociedad que hace posible la emergencia y funcionalidad inequitativa de tales particularismos. Notablemente, no solo hay una pronunciada ausencia de análisis respecto a la funcionalidad de estos movimientos en la expansión del sistema capitalista, sino que en muchas oportunidades se excluye deliberadamente al capitalismo de la consideración, instituyendo órdenes de dominación que serían transhistóricos, como el patriarcado o la

⁹ «Todos los hombres, dicen los defensores de la igualdad humana, están provistos de instrumentos intelectuales semejantes, de la misma naturaleza, del mismo valor, de la misma importancia.» Estas no son las palabras expresas, tal vez, pero al menos es su sentido. ¡Así, el cerebelo del hurón contiene en germen un espíritu completamente semejante al del inglés y el francés! ¿Por qué entonces, en el curso de los siglos, no descubrió ni la imprenta ni el vapor? Yo tendría el derecho de preguntarle a este hurón, si es igual a nuestros compatriotas, ¿cómo es posible que los guerreros de su tribu no proporcionaran un César ni un Carlomagno, y por qué inexplicable negligencia sus cantantes y sus hechiceros nunca se volvieron Homeros ni Hipócrates?» Libro I, pág. 68 (traducción de Mariana Maañón).

¹⁰ “[...] las familias humanas están marcadas por diferencias tan radicales, tan esenciales, que no podemos hacer menos que rehusarles la identidad de origen. Al lado de la descendencia adamita, los eruditos que adhieren a este sistema suponen muchas otras genealogías. Para ellos la unidad primordial no existe en la especie o, para decirlo mejor, no hay una sola especie; hay tres, cuatro, y más, de donde salieron generaciones perfectamente distintas, que, por sus mezclas, formaron híbridos.” *Ídem*, pág. 118.

¹¹ Balibar, Etienne; “Prefacio” a Balibar, E. y Wallerstein, I, 1991, p. 28.

¹² Wallerstein, Immanuel; “¿Existe el neorracismo?”, en Balibar, E. y Wallerstein, I.; 1991, p. 58.

heteronorma. Si el problema es cultural y transhistórico, la cuestión de clases queda totalmente diluida.¹³

Una forma relativamente nueva, aunque minoritaria, es el activismo vegano, que no es lo mismo que la práctica de una dieta vegana. El activismo entiende que matar un animal es un crimen, y quien lo hace, en consecuencia, es un criminal. Quien se alimenta con carne es, cuanto menos, cómplice de esa acción perversa. Resulta cuanto menos llamativo que una preferencia alimenticia tenga una pretensión expansiva, buscando la conversión de los “herejes”. En este marco de ruptura de referencias sociales larga y laboriosamente establecidas, y de emergencia de una multiplicidad de nuevos colectivos alternativos, no es extraño que aparezcan también significativas regresiones conceptuales-cognitivas, como el terraplanismo, o el más peligroso, para quienes quedan involucrados, activismo “antivacunas”, cuyos niños quedan comprendidos en el riesgo de contagio de enfermedades.

Pero hay otras formas eficaces de ocultamiento de las clases. *El Manifiesto del Partido Comunista* culminaba con una exhortación al proletariado a unirse, en detrimento de otra dimensión identitaria que, instalada por la burguesía ascendente desde tiempo atrás, buscaba la primacía: la pertenencia nacional. El debate era si lo que primaba entre, por ejemplo, un obrero irlandés y un obrero francés era su identidad de clase o su diferencia de nacionalidad. Esta tensión encontró su resolución histórica en 1914 cuando la socialdemocracia alemana, principal partido marxista de entonces, votó casi unánimemente los créditos de guerra, con la pequeña excepción de lo que sería luego el núcleo del grupo *Spartacus*, lo que llevaría finalmente a la crisis y disolución de la II^{da}. Internacional. La ciudadanización del proletariado actuó como un poderoso anestésico en la lucha, limitándola fuertemente al corporativismo.

Una forma derivada de esta ideología burguesa de nación es el nacionalismo, es decir, ya no el reconocimiento identitario a partir de las fronteras estatales, sino la defensa activa del principio de nación, dentro de la cual todos son *igualmente* ciudadanos. El nacionalismo suele presentarse, en particular en la clase obrera, entremezclado con el racismo en lo que erróneamente se llama xenofobia, ya que no es el odio o miedo al extranjero, en general, sino al obrero extranjero, en particular. En 1847 Marx había abordado el efecto más evidente de este encuadramiento, desde la perspectiva de la lucha de clases, en *Trabajo asalariado y capital*.¹⁴ Pese a la recurrencia del fenómeno, su eficacia distorsiva sigue intacta, incluso tras la impugnación política y moral surgida tras la Segunda Guerra Mundial de los movimientos de ultraderecha, siguen surgiendo variantes neofascistas y neonazis, que son la forma más extrema de esta expresión, en casi todas las partes del mundo.

¹³ Un efecto ideológico palpable es la centralidad que cobran los femicidios en desmedro de las muertes violentas ligadas a la clase: los medios de difusión masiva llevan una minuciosa contabilidad de los primeros, pero no de las muertes por “accidentes” de trabajo ni de la principal figura víctima de muertes violentas, que es el varón joven pobre. No se trata de no visibilizar las muertes de mujeres a manos de parejas o ex parejas, sino de observar el cono de sombra que, con dicho foco, cubre a las muertes violentas ligadas a la condición de clase, y estadísticamente más importantes (en 2017 hubo 273 víctimas letales de violencia de género, según el informe del Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina; 743 muertes laborales, de acuerdo al Informe Anual de Accidentabilidad de la Superintendencia de Riesgos de Trabajo. Sobre muertes de jóvenes pobres no hay estadísticas oficiales. Cf. https://www.ellitoral.com/index.php/id_um/208957-la-mayoria-de-las-victimas-son-jovenes-varones-y-pobres-de-zonas-marginadas-maximo-sozzo-especialista-en-criminologia-area-metropolitana.html)

¹⁴ “[...] hay la competencia entre compradores y vendedores; unos quieren comprar lo más barato posible, otros vender lo más caro que puedan. El resultado de esta competencia entre compradores y vendedores dependerá de la relación existente entre los dos aspectos de la competencia mencionada más arriba [entre iguales]; es decir, de que predomine la competencia entre las huestes de los compradores o entre las huestes de los vendedores. La industria lanza al campo de batalla a dos ejércitos contendientes, en las filas de cada uno de los cuales se libra además una batalla intestina. El ejército cuyas tropas se pegan menos entre sí es el que triunfa sobre el otro.” Marx, Karl; “Trabajo asalariado y capital”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich; 1974, p. 158.

Otra derivación de la identificación nacional es una de las formas que adopta la antinomia colonia o imperio versus nación. El colonialismo y el imperialismo son fenómenos palpables y certeros, extensamente analizados y denunciados por las vertientes anticapitalistas. Pero no siempre antiimperialismo o anticolonialismo han sido sinónimos de anticapitalismo. Las innumerables luchas de “liberación nacional” ocurridas mayormente en las décadas del '50 y el '60 del siglo pasado no derivaron en –y ni siquiera todas aspiraron a– sistemas no capitalistas. La cuestión de clases quedaba petrificada tras la cuestión de la independencia nacional. Constituye, en consecuencia, otra especie de subordinación de la clase a una deformación del antagonismo estructural.

Otro intento de negación de las clases fue la institución, desde los años '70 del siglo pasado, del enfoque de los “nuevos movimientos sociales” (barriales, ambientalistas, proteccionistas, alimentarios, etc.). La concepción misma de “movimiento social” implica la construcción de una identidad no clasista, anclada en la “representación de los actores en su efectiva configuración empírica” (Vilas, 1995: 66), sin advertir que la lucha de clases nunca es de clase a clase, abstractamente consideradas, sino que su desarrollo es de acuerdo a las condiciones históricas y, por consiguiente, en forma de “fuerzas sociales”, que son una articulación de fracciones en contra de algo en común. Una extensa bibliografía teórica se desarrolló en torno a los movimientos sociales como oposición implícita pero objetiva a las clases.

Se trata, por supuesto, de fenómenos complejos y no lineales, que no estamos analizando sino simplemente enumerando y presentando en función de su capacidad de distorsión de la lucha de clases, poniendo la cuestión de la clase social en un plano secundario, alejado y, en ocasiones, inexistente. Son, si se quiere, “rediseños” de las clases, constitución de nuevos agregados, de nuevos colectivos, ya no estructurales, en los que se genera una identidad cuya pertenencia queda sobreimpuesta a la clase social, desplazando hacia el nuevo conjunto la subjetividad y las energías de lucha de quienes están estructuralmente oprimidos por su posición social.

Las clases estructurales

Hablar de clases, en sentido weberiano, remite simplemente a una clasificación. En esa perspectiva, basta definir un atributo variable, y su presencia o ausencia nos define quienes integran o no dicha clase. De tal modo, tenemos argentinos y extranjeros, hombres y mujeres, blancos y no blancos, criollos e indígenas, jóvenes y no jóvenes, y así todo lo que queramos – las categorías, por supuesto, no tienen que restringirse a dicotomías—. Cada atributo que consideremos tiene, de manera evidente, realidad. Por lo tanto, el agrupamiento de la población en función de tal condición es sostenible desde lo empírico; nadie puede dudar que la gente de piel clara es visiblemente distinguible de la gente de piel no clara, o que los jóvenes – como sea que los definamos – actúan y tienen capacidades diferentes a las de los no jóvenes, y así con todas las demás.

¿En qué se diferencia, entonces, cualquiera de estas clasificaciones con la diferenciación de la población en “clases sociales”, que bien podría ser también una clasificación más o menos arbitraria? La respuesta varía de acuerdo a la teoría desde la que se la elabore. Para el marxismo las condiciones de existencia son, como vimos, constitutivas de lo que podríamos llamar la “identidad primaria”, la que nos identifica como especie; somos humanos en tanto producimos indirectamente nuestra vida material, y somos tanto *lo* que producimos como también *cómo* lo producimos. El “cómo” es lo que se cristaliza en eso que denominamos “clase

social”. Tan fuerte es este rasgo constitutivo que todo un universo de sentidos se desprende de cada clase (Cf. Bourdieu, 1998).¹⁵

Por ello, las clases estructurales, a diferencia de las otras, que son coyunturales – dependiendo de las condiciones de cada país y época – son las propias de los sistemas sociales. Y en el capitalismo, las clases propiamente capitalistas son la burguesía y el proletariado, lo que, por supuesto, no excluye la existencia de otras clases sociales, también estructurales. Pero la existencia de otras clases no mengua el hecho de que “[...] el capitalismo se funda en una relación de clase entre el capital y el trabajo. Y, así como el control sobre la fuerza de trabajo es esencial para el rendimiento capitalista, también la dinámica de la lucha de clases sobre el control de la fuerza de trabajo y el salario del mercado es fundamental para la trayectoria del desarrollo capitalista” (Harvey, 2008, p. 203). Y este es el punto crítico, a ser analizado.

Como ya vimos, no se pueden analizar las clases sin abordar la lucha de clases, que es el fenómeno que las produce y reproduce de manera constante. En el sistema capitalista, la lucha, en sus fases de menor desarrollo –de mayor grado de dominación o de hegemonía burguesa– solo disputa los niveles de apropiación/expropiación del producto social, sobre la base de que siempre una parte del mismo será expropiada por la burguesía. Pero observar este proceso continuo no es un patrimonio común para la mayoría de los implicados en el mismo. Por empezar, no se localizan fácilmente las figuras de “burguesía” ni la de “proletariado”. Las mismas parecen evocar figuras sociales pretéritas y ya perimidas, propias del capitalismo “de chimeneas” decimonónico. Ciertamente, la literatura clásica sobre estas cuestiones se conformó en base al capitalismo industrial. Pero la decadencia de esta fase del capitalismo no atenúa, de ninguna manera, el carácter capitalista del sistema social en el que vivimos. Por ello tanto la burguesía como el proletariado son figuras sociales plenamente vigentes, solo que con una fisonomía propia de la época en que vivimos. Ya no se trata de clase obrera industrial como figura preeminente, debido a que el capitalismo ya no está en su etapa industrial.

La tercera etapa del capitalismo

El capitalismo se forjó en los resquicios del feudalismo europeo. En sus inicios lo predominante fue el capital comercial, pero, aunque había producción capitalista no se puede hablar aún de un sistema propiamente capitalista.¹⁶ No obstante, esos prolegómenos suelen (y pueden) ser considerados como la primera etapa, inicial, que se prolonga como capitalismo mercantil hasta tanto fue sustituido por el capitalismo industrial, que es el que observa y analiza Marx, y que nace en el siglo XVI en Inglaterra. Pero su surgimiento, que crea un proletariado industrial, no lo constituye de inmediato como la forma hegemónica. Aunque la revolución industrial data del siglo XVIII, el capitalismo industrial solo se vuelve el sistema hegemónico en el siglo XIX, imponiendo su dinamismo social incluso en regiones del planeta en las que aún no impera. Durante la primera etapa y la transición a la segunda, el proletariado es fundamentalmente rural, siendo éste una de las fuentes del proletariado industrial –sobreproducción latente, cuya lenta pero ineluctable extinción genera una tensión difícil de absorber por el capitalismo–.¹⁷

¹⁵ La radical importancia que tiene esta cuestión es que desde allí la humanidad comienza a construir lo que Hegel denominó “segunda naturaleza” (2004: 31, 161/2), y que Marx retomó (Schmidt, 2012: 12, 38, 81 y 220).

¹⁶ “Aunque la producción capitalista, esporádicamente, se estableció ya durante los siglos XIV y XV en los países del mediterráneo, la *era capitalista* sólo data del *siglo XVI*.” Marx, 1988, I, p. 894.

¹⁷ La sobreproducción relativa es necesaria para mantener los salarios en niveles compatibles con la tasa de ganancia y, en consecuencia, para posibilitar la acumulación capitalista. Pero si una de las fuentes de sobreproducción defeciona, dicho mecanismo desaparece y es de esperar que los salarios tiendan a elevarse, a menos que se encuentren mecanismos sustitutivos de la generación de proletariado sobrante. De acuerdo al Banco Mundial, en

Pero el capitalismo industrial devino, a lo largo del siglo pasado, en capitalismo financiero, tercera (¿última?) etapa del mismo. Lenin advirtió tempranamente esta mutación, aunque todavía lo identificaba, siguiendo a Hilferding, como “imperialismo”.¹⁸ No obstante, ya tomaba nota del poder de los conglomerados económicos (trusts y cárteles). El capitalismo financiero, que está completando su estructuración como sistema hegemónico, redefine — como lo hizo en su momento el capitalismo industrial, respecto del mercantil — al proletariado. Entendiendo por “proletariado” a aquél que no tiene nada que vender, excepto su fuerza de trabajo, encontramos que hoy amplios sectores, otrora independientes, han quedado comprendidos en el proletariado: profesionales, científicos, muchos comerciantes que se encuentran en proceso de semiproletarización,¹⁹ y, en general, lo que se denominan “plataformas austeras” (Srnicek, 2018, pp. 71-86) (Uber, Glovo, RapiYa, Amazon, Airbnb, entre otras), en las que el capitalista no es el propietario de los medios de trabajo, que debe ser aportado por el trabajador, sino de la comercialización del producto. En muchos casos, el trabajador, formalmente “independiente”, es un asalariado a destajo, que cobra exactamente sobre lo que produce.²⁰ Dado que estamos aún en proceso, debemos decir, con mayor propiedad, que se trata de la proletarización de estos sectores, o de parte de ellos.

A la proletarización se le debe sumar la reconstitución de la sobrepoblación relativa, que Marx llamaba “relativa” en relación al capital. Pero en el capitalismo financiero pareciera surgir una sobrepoblación “absoluta”, es decir, un sector de la población cuya existencia no actúa sobre el salario, debido a que resultan laboralmente inasimilables, aun para tareas simples y no calificadas, en la valorización del capital. Estas tareas se encuentran, en gran medida y crecientemente, automatizadas. Tales sectores quedan librados a que gestionen su propia desaparición, pues se le van eliminando condiciones de reproducción social y aún biológica mediante la desafectación de programas estatales de salud, la no garantía de niveles mínimos de alimentación, que producen niños con menores capacidades físicas y mentales, la profusión de psicotrópicos y estupefacientes de alta y rápida nocividad, la permisividad de la violencia intraclase, incluida la represiva, son otros tantos mecanismos de eliminación autogestionada por esta sobrepoblación que, por esto, pasa a ser “absoluta”.

Indagar sobre la reconstitución del proletariado no es sencillo, dado que en general contamos aún con viejas nociones, inadecuadas para registrar la novedad del fenómeno. Lo mismo ocurre para visualizar la contracara necesaria, que es la reestructuración de la burguesía. Muy a menudo se moralizan las formas de acumulación del capital financiero, viendo en ello “corrupción”, con lo que se reenvía, en el mejor de los casos, el problema a la esfera jurídica, sin atender al hecho de que la estructura legal es un andamiaje que acompaña al desarrollo social, regulándolo de acuerdo a parámetros que surgen de la relación de fuerzas que se dirime en la lucha de clases, y no que antecede a la misma. Esta es la razón por la que los Estados nacionales (territorios definidos por la burguesía del capitalismo industrial) más poderosos

2007 la población urbana superó por primera vez a la población rural en el mundo, y sigue creciendo (<https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.URB.TOTL.IN.ZS>, visitado el 20/6/19). La reestructuración del capitalismo es funcional a la minimización de este factor.

¹⁸ No fue la única fuente de Lenin, quien, para escribir su “folleto” (como define a *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*) extractó “148 libros (106 en alemán, 23 en francés, 17 en inglés y 2 traducidos al ruso) y [...] 232 artículos (206 en alemán, 13 en francés y 13 en inglés) de 49 publicaciones periódicas (34 en alemán, 7 en francés y 8 en inglés).” Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, “Prefacio” a Lenin, 1986, p. VIII.

¹⁹ El sistema de franquicias es una forma de explotación del trabajo en nuevas condiciones de proletarización. Debo esta observación a Eduardo Chávez Molina.

²⁰ Debe recordarse que “el *pago a destajo* es la forma del salario más adecuada al modo de producción capitalista.” Marx, Karl, 1983, tomo I, p. 678.

toleran la existencia de nuevas territorialidades que conspiran contra sus fundamentos, como lo son los denominados “paraísos fiscales” o “extraterritoriales”.²¹

Esta estructuración, que comenzó con el siglo pasado, necesitó de la derrota de las fuerzas revolucionarias a nivel mundial en el último tercio del siglo XX. En el conglomerado de destacamentos que conformaban esta fuerza ocupaba un lugar importante la Unión Soviética, cuya desaparición despejó el camino para la reestructuración capitalista. Visiblemente, no constituye solo la desaparición de algunos regímenes políticos, sino, de forma más amplia, de la virtual extinción de una perspectiva política, la del socialismo. Por ello, el anticapitalismo actual suele expresarse en formas retrógradas (que no es algo totalmente novedoso, ya que Marx y Engels lo habían abordado cuando analizaron el “socialismo feudal”), sea en forma religiosa,²² o de algún tipo de ambientalismo radical, como el pachamamismo (esto es, sin considerar los exotismos ya mencionados, como el terraplanismo o disparates similares). Las reformas en la configuración social, con una preeminencia capitalista en la correlación de fuerzas, implica también un nuevo diagrama ideológico.

La nueva configuración ideológica

En este marco, las ideologías de la resistencia no focalizan en la clase estructural, sino en “otras” clases: ambientalistas, feministas, indigenistas, son formas que, al enfatizar en cuestiones no estructurales del capitalismo, resultan objetivamente (y en ocasiones también de manera subjetiva) funcionales a la expansión del mismo. Estos enfoques suelen estar articulados fuertemente con el individualismo, que es un emblema anti-clase: el culto al cuerpo, la autopreservación y/o la autopercepción constituyen elementos troncales, presentes de distinta manera en estas ideologías. En realidad, no se trata de una situación novedosa. Con anterioridad, como hemos visto, hubo formas similares que negaban la centralidad estructural de las clases sociales. Como entonces, las nuevas configuraciones ideológicas toman aspectos de la realidad efectiva, pero los organizan aislándolos de las condiciones fundamentales de existencia, esto es, de las circunstancias en la que se produce y reproduce la vida material.

Por ello estos diagramas ideológicos pueden albergar (y de hecho lo hacen) tanto perspectivas que se autoproclaman anticapitalistas como (neo)liberales, que se ubican en las antípodas del espectro. La admisibilidad de posiciones antagónicas es denotativa, justamente, de la redimensión ideológica. No obstante, no se trata de una configuración inocua. Si lo que establece el ordenamiento valorativo no cuestiona lo troncal del sistema social, el núcleo del mismo, que es la organización de la humanidad en clases sociales –y con ello, de diferenciales de posibilidades, disfrutes y accesibilidad a los bienes–. Por el contrario, se estructuran de un modo “flexible”, que permite cierto nivel de cuestionamiento, más no una impugnación radical al sistema. En tal sentido, parecieran coadyuvar a generar confusión valorativa, al menos para aquellas fracciones que se articulan desde una perspectiva anticapitalista. Pero plantearlo así implica que hay un orden valorativo no confuso, claro, evidente. En realidad, lo que intento enfatizar es que la configuración ideológica emergente del capitalismo financiero está en total consonancia con uno de sus atributos, que es el fetichismo potenciado de las relaciones sociales. Si Marx nos alerta sobre el fetichismo de las relaciones sociales puesto en la mercancía, cuando el movimiento del capital es D-M-D', porque solo se percibe el ámbito

²¹ Un trabajo de lectura imprescindible para la comprensión de este fenómeno es Shaxson, 2014. También son útiles Falciani y Mincuzzi, 2015 y Pegoraro, 2016.

²² Con buen análisis, Max Weber (2001: 248) sostiene que subjetivamente, las crisis llevan a la religión o al socialismo racional.

del intercambio, dejando tras un velo el de la producción, la situación del capital financiero es más acentuada, ya que la circulación es D-D', donde ya no solo se escurre la producción, sino hasta la misma mercancía, y el dinero pareciera engendrar por sí mismo, dinero. Gran parte de las mercancías actuales son intangibles (no por ello menos mercancía que un yunque): se nos vende seguridad, previsibilidad, salud, juventud, bienestar, educación, diversión, etc. No se trata de atributos, sino de cosas intangibles que tienen valor y valor de uso, es decir, mercancías. Pero se las suele confundir con “servicios”, es decir, con prestaciones personales.²³ Haciendo un resumen. Si la actividad burguesa disuelve la distinción entre legalidad e ilegalidad, si buena parte del proletariado aún es computado como pequeña burguesía, si una gran proporción de las mercancías que circulan y se consumen se suponen servicios, no resulta llamativo que aparezcan ideologías que se desanclan de las relaciones sociales estructurales — que conforman las clases —, sino que se entronquen en aspectos reales, pero no estructurales del sistema social.

Múltiples son los factores que operan en este fenómeno. Uno de ellos, que no es el menos importante, es la proletarización de — gran parte de — la intelectualidad, uno de cuyos rasgos es la pérdida de autonomía reflexiva, sin romper el corsé impuesto por las modas intelectuales y el trabajo técnico. En tal sentido, la agenda intelectual es diseñada desde agencias de financiamiento que son necesariamente funcionales al sistema capitalista en el que se desarrollan. Esto muestra cómo la lucha de clases es determinante, también, de la visibilidad o no de las clases sociales.

Bibliografía

- BALIBAR, Étienne y WALLERSTEIN, Immanuel; **Raza, Nación y Clase**. Madrid, Iepala, 1991.
- BOURDIEU, Pierre; **La distinción. Criterio y bases sociales del gusto**. Madrid, Taurus, 1998.
- CORTÉS, Fernando y RUBALCAVA, María Rosa; “*La perversión empirista*”, en Salvia, Agustín (comp.); **Hacia una “estética plural” en la investigación social**. Buenos Aires, Carrera de Sociología – Of. de Publicaciones del CBC, UBA, 1997.
- COYKE, Diane; **El producto interno bruto. Una historia breve pero entrañable**. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2017.
- DURKHEIM, Émile; **Las reglas del método sociológico**. Buenos Aires, Orbis, 1985.
- FALCIANI, Hervé y MINCUZZI, Angelo; **La caja fuerte de los evasores**. Madrid, La Esfera de los Libros, 2015.
- GÓMEZ, Marcelo; **El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales**. Buenos Aires, Biblos, 2014.
- HARVEY, David; **La condición de la posmodernidad**. Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich; **Principios de la filosofía del derecho**. Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- LENIN, Vladimir; Cuadernos sobre el imperialismo, en **Obras completas**, tomo 28. Moscú, Progreso, 1986.
- MARX, Karl; **El capital**. México, Siglo XXI, 1983.

²³ “Adam Smith creía que los servicios eran inherentemente improductivos y que no había necesidad de tomarlos en cuenta [pero] la nueva generación de economistas «neoclásicos» (en contraste con los economistas «clásicos», como Adam Smith) descartó la distinción entre actividades productivas e improductivas.” (Coyle, 2017: 114 y 25). Es parte de la operatoria conceptual que desechando la teoría del valor-trabajo culmina por reinstalar la concepción fetichista del dinero, de donde surgirá el monetarismo.

MARX, Karl; **Contribución a la crítica de la economía política**. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1975.

MARX, Karl; **El capital**. México, Siglo XXI, 1988.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **Obras Escogidas**. Moscú, Progreso, 1974.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **La ideología alemana**. Buenos Aires, Pueblos Unidos, 1985.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **Correspondencia**. Buenos Aires, Problemas, 1947.

PEGORARO, Juan; **Los lazos sociales del delito económico y el orden social**. Buenos Aires, Eudeba, 2015.

SCHMIDT, Alfred; **El concepto de naturaleza en Marx**. México D.F., Siglo XXI, 2012.

SHAXSON, Nicholas; **Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

SPENCER, Herbert; **El individuo contra el Estado**. Buenos Aires, Orbis, 1984.

SRNICEK, Nick; **Capitalismo de plataformas**. Buenos Aires, Caja Negra, 2018.

VILAS, Carlos; "Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?", en **Sociológica** N° 28, mayo-agosto de 1995.

WEBER, Max; **Historia económica general**. México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

WEBER, Max; **Economía y sociedad**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1983.



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nieves (comp.)

**Clases sociales y capitalismo en América Latina hoy.
Revisitando controversias y formulación de
interrogantes**

Gustavo C. Guevara¹

1.

El análisis de clases, que en mayor o menor medida abrevia en la tradición marxista, ocupa en los años sesenta y setenta un lugar central en las ciencias sociales latinoamericanas. Dicha perspectiva apela al uso de un conjunto de categorías que buscan inscribirse en un corpus teórico, al que se aspira a formular con coherencia lógica irrefutable y en términos taxativos inequívocos. El método, que a partir de allí se infiere, resulta nodal para el trabajo de acumulación y lectura de los datos “empíricos” que deben conducir a dar cuentas de la complejidad de la realidad que es calificada de latinoamericana.

¹ Universidad Nacional de Rosario y Universidad de Buenos Aires

Ediciones Theomai 2020

Gustavo Guevara – Clases sociales y capitalismo en
América Latina hoy

Una referencia insoslayable de la centralidad que adquiere esta temática, lo constituye el Seminario reunido a finales de 1971 en la ciudad de Mérida (México) con la participación de destacados exponentes del pensamiento sociológico, tanto europeos como latinoamericanos. El evento se organizó en torno de la presentación de tres ponencias centrales, que estuvieron a cargo de Alain Touraine, Nicos Poulantzas y Florestan Fernandes, complementadas con comentarios escritos y discusiones abiertas de las que participan: Fernando Henrique Cardoso, Manuel Castells, Rodolfo Stevenhagen, Edelberto Torres Rivas y Francisco Weffort, entre otros.

La agenda de problemas se despliega en un abanico de cuestiones que recorren tópicos teóricos más generales como las determinaciones estructurales y los criterios políticos e ideológicos para la definición de clases, fracciones y capas. La pregunta sobre la especificidad histórica de las clases sociales y la lucha de clases en América Latina, en función de los modos de producción y la formación social que le sirven de marco, el desarrollo de capitalismo dependiente, y las consecuencias de ello para formular la perspectiva de la revolución social.

Presentar las distintas visiones que se manifestaron en aquel encuentro y realizar un balance crítico de las mismas excede con creces las posibilidades y objetivos de la presente ponencia; sin embargo nos parece que no puede omitirse una mención a la existencia de dicho material, que la editorial Siglo XXI puso en circulación en diciembre de 1973 con la dedicatoria: “Al pueblo chileno que lucha por su libertad. A Salvador Allende”. A mediados de ese mismo año, organizado por la UNAM se realiza en Oaxaca el segundo seminario². En ambas ocasiones, la coordinación de los encuentros estuvo a cargo de Raúl Benítez Zenteno (1973 y 1977).

2.

Si se parte de las célebres líneas redactadas por Marx y Engels a inicios del Manifiesto del Partido Comunista: “La historia de toda sociedad humana, hasta nuestros días es una historia de luchas de clases”, el análisis de clases remite necesariamente al análisis de la lucha de clases. Por lo tanto, la existencia de un antagonismo entre los propietarios de los medios de producción y los productores “empleados” por estos, remite a una contradicción constitutiva del orden social, a un conflicto estructural que adopta distintas formas según los distintos períodos históricos de una sociedad dada. En lo esencial, lo que se pone en escena a partir de la asimétrica relación entre los poseedores de los medios de producción y los productores directos, es la disputa por la apropiación del plus-trabajo y la distribución de la producción excedente. Lo que se pone en escena es la relación de explotación.

Marx ha subrayado que “El capital no inventó el plus-trabajo. Siempre que una parte de la sociedad posea el monopolio de los medios de producción el trabajador, libre o no, debe añadir al tiempo de trabajo preciso para su propio mantenimiento una cantidad extra de tiempo de trabajo para producir los medios de subsistencia del propietario de los medios de producción” (Marx, 1975: 344)

Como bien lo destaca Ralph Miliband (1990), considerar a la explotación, es decir a la extracción de plus-trabajo, como un dato crucial de la vida social no debe conducir a perder de vista, que tal proceso se puede llevar adelante porque se da en el marco de la imposición

² En esta oportunidad las ponencias centrales estuvieron a cargo de Fernando Henrique Cardoso, Aníbal Quijano y Edelberto Torres Rivas; entre los muchos comentaristas estuvieron Roger Bartra, Agustín Cueva, Orlando Fals Borda, Sergio Bagú y Ernest Mandel. La primera edición del material se publica en 1977.

de la dominación que una/s clase/s imponen sobre otra/s. Aunque no siempre el fin de la dominación es la explotación, esta última no puede existir sin la primera. Esto conlleva que la clase dominante no se define únicamente en función de la propiedad de los medios de producción, sino también en relación con la sociedad política y la sociedad civil en términos de Gramsci. La forma en que los medios de coerción y de consenso actúan en la construcción de la hegemonía en la sociedad de clases resulta parte inescindible del trabajo heurístico requerido para comprender la dinámica de la lucha de clases. Si en términos institucionales, el denominado poder económico y el poder estatal no son coincidentes, su interpenetración e interconexiones son múltiples, tal como lo ejemplifica en la década del cincuenta del siglo pasado el sociólogo crítico norteamericano Charles Wright Mills (1957) en su obra *La élite del poder*.

En resumen, todo concepto de clase remite a un criterio clasificatorio que puede conllevar a un reduccionismo mecanicista, si se trata de un autor reduccionista y mecanicista; pero que también – como en los casos de Marx y Gramsci – nos remite a una hermenéutica de la complejidad dialéctica³. Identificar la pertenencia de un individuo o un grupo de ellos a una clase u otra, conduce a la posibilidad de elaborar una cartografía de las fuerzas sociales en conflicto que no debiera implicar absolutizar un esencialismo anclado excluyentemente en la estructura económica, ni por tanto que anule otras identidades como de género o “raza”.

El interés por precisar el aparato categorial y delimitar la estructura de clases en el pasado y presente de América Latina, nos interpela respecto de las formas y flujos concretos en que se ejerce la dominación y explotación, es decir: respecto de los modos en que se extrae, apropia y redistribuye el plus-trabajo. Sobre la importancia capital de este punto nos parece imprescindible remitir a la obra de Enrique Dussel acerca de la producción teórica de Marx a partir de sus comentarios a los Grundrisse (Dussel, 2013) y su lectura de la influencia de Hegel y Schelling para arribar a la conclusión que para el autor de *El Capital* el “trabajo vivo” se presenta como la “Fuente” de la que procede la “creación” del valor (Dussel, 2014: 337).

Planteado en el plano más general de la teoría, la identificación de las clases no remite a un simple expediente de descripción fáctica y sus implicancias filosóficas, como las presenta Dussel son de un alcance muy significativo. Por ello si se hace, como por ejemplo propone Manuel Castells, del tema de las clases sociales “el centro y la esencia del análisis sociológico” ello conduce a tratar y revisar a la vez “la forma histórica en que se expresa la estructura de relaciones sociales subyacentes en toda sociedad y los procesos de cambio de dicha estructura.” (Benítez Zenteno, 1973: 159) Por ello, para este autor, lo que hace de América latina una “región”, es la situación de dependencia del área respecto del sistema colonial primero, de la dominación imperialista después. Este común denominador no anula, sino que demanda un análisis pormenorizado de las formas particulares en que el sistema mundial capitalista se articula con las distintas zonas de América Latina. La unidad no niega la diversidad.

La penetración colonial y el desarrollo del capitalismo lo hacen entonces no sobre y constituyendo un modo de producción homogéneo, sino sobre la interpenetración de varios de ellos (salvo excepciones como Argentina según su mirada, por considerarlo un área vacía). Por ello la atención se debe focalizar en las distintas clases definidas al interior de cada modo de producción, en su inter-juego, para comprender la forma en que estos agrupamientos sociales se convierten en agentes históricos.

También deduce que la dominación colonial o neocolonial conduce a un sobredimensionamiento de la represión en detrimento de la integración. Denuncia el desarrollo exorbitante del aparato de represión del Estado, que puede convertir a las Fuerzas

³ Ver Galafassi (2017)

Armadas en un actor para dirimir incluso disputas al interior del propio bloque dominante (1973: 179).

“El problema de la alianza de clases y de la constitución del bloque histórico alternativo es el problema número uno del cambio social” (1973: 180)

3.

En el apartado 1 nos hemos referido a como en los años sesenta y setenta en América Latina (y nuestro país no era una excepción al respecto), el análisis de clases anclado en la tradición marxista alimentó debates intensos en el mundo académico y podríamos agregar con fuerte proyección en el ámbito de la praxis política revolucionaria. Las sucesivas reediciones del Cuaderno de Pasado y Presente N°40 sobre los modos de producción en América latina o las populares ediciones del Centro Editor de América Latina, como los fascículos que reconstruyen una monumental y novedosa historia del movimiento obrero, dan testimonio de ese “clima de época”.

El ciclo de dictaduras que se instauran a partir del golpe de Estado en Brasil en 1964 y terminan por cubrir gran parte de la geografía del subcontinente modifican radicalmente los ejes del debate académico y político que se instala postdictadura. El terrorismo de Estado se profuso una refundación del orden social y político apelando al expediente del exterminio de una parte significativa de la población. A partir de los ochenta, el retorno al orden constitucional no significó un simple retorno al punto en que nuestras sociedades se encontraban al momento del golpe. La reconstitución y reconfiguración de la sociedad civil en general, y del campo intelectual y político en particular, lo hizo bajo las huellas indelebles dejadas por el terrorismo de Estado, al que Alain Rouquié no excluía para su comprensión incluso del auxilio de la teratología.

Estas transiciones se desenvuelven en una coyuntura internacional signada por la crisis y reestructuración del capitalismo en Occidente y la crisis y derrumbamiento del “socialismo real” en el Este europeo. Este nuevo “clima de ideas” se vio atravesado, entre otras cuestiones, primero por la denominada: “crisis del marxismo” y luego por el “fin de la historia”. Norbert Lechner describe este giro copernicano que va a vivir gran parte de la *intelligentzia* latinoamericana con el sugestivo título: “De la revolución a la democracia”. El “realismo político” en parte de la izquierda continental invitaba a reemplazar la idea de revolución por la puesta en marcha de una democracia a la que se la calificaba de sin adjetivos. Francia, como epicentro de la reacción en la que muchos de sus intelectuales críticos en el 68, se habían reconvertido en militantes de derecha, invitaban a pensar la Revolución en su bicentenario como un acontecimiento luctuoso y violento, que como un acontecimiento que al conllevar un momento de terror jacobino (como era inherente a toda revolución) era preferible evitar.

En términos económicos, los años ochenta del siglo pasado constituyeron para Nuestra América lo que la CEPAL denominó la década perdida. A este desenvolvimiento negativo se sumó a la ofensiva neoliberal-conservadora lanzada a escala planetaria por Estados Unidos tras la caída del muro de Berlín, habilitando en la región la implantación del Consenso de Washington.

La forma en que determinados temas y problemas fueron planteados durante la década del ochenta, por parte de corrientes hegemónicas del campo de las ciencias sociales, abonaron a un “desarme ideológico” que contribuyó a elevar al “fin de las ideologías” y el pragmatismo al estatus de paradigma en la siguiente.

Las nociones de clases sociales y lucha de clases y la crítica a su pertinencia como categoría analítica estuvieron presentes en diversas controversias que se suscitaron en el ámbito de los estudios sociohistóricos; sin embargo uno de sus protagonistas, Alberto Pla no puede dejar de acotar críticamente: “los historiadores no nos hemos abierto suficiente a la discusión constructiva” (Pla, 1989-90: 7). Por citar un ejemplo, esta discusión ocupó un lugar destacado en las Primeras Jornadas Inter Escuelas – Departamentos de Historia, efectuadas en la UNLP en 1988. Mientras los profesores Leandro Gutierrez y Luis Alberto Romero invalidaban el concepto de “clase obrero”, en favor del constructo “sectores populares” para el estudio del período de entreguerras en la Argentina, Pla reafirmaba la vigencia de la pertinencia conceptual del primero, formulando una distinción entre método dialéctico y ejercicio positivista, apelando a la necesidad de la comprensión de la distinción entre fenómeno y esencia en Marx como una distinción de naturaleza epistemológica radicalmente distante de la propuesta empirista. Si Marx afirma que “la consideración científica sería superflua si la forma fenoménica y la esencia de las cosas coincidieran de modo inmediato”, es un craso error de quienes asumen la perspectiva del positivismo proclamar que debe agudizarse la vista, correrse el velo, para acceder a la visión diáfana de la realidad. Por entonces, no faltaba quien recomendaba “leer” las fuentes sin las anteojeras que imponía la ideología, de la “simple” observación iba a emerger un desprejuiciado conocimiento científico.

En el horizonte estaba la polémica E. H. Thompson (1984) y Perry Anderson (1985), y como advertía este último frente a la labor teórica propuesta con el título Miseria de la teoría, existía en el marxismo el peligro de arrojar el bebé junto al agua sucia. Ya no sólo se trataba de entonar un requien al carácter revolucionario de la clase obrera, sino a la existencia misma de la clase. La introducción de nuevas tecnologías en el aparato productivo y el crecimiento de la desocupación eran presentados como dos caras de la misma moneda, que confirmaban un irreversible horizonte escatológico para el mundo del trabajo.

Volver a repasar algunas posiciones esbozadas en aquel entonces, no son evocadas aquí como un ensayo de erudición bibliográfica sino como un ejercicio de reconstrucción teórico-metodológico en función de reafirmar las potencialidades y límites de aquellos planteos en función de la comprensión y transformación de América Latina.

Visto en perspectiva, los noventa concentraron una acumulación de fuerzas sociales y políticas que en su despliegue de confrontación abierta con el neoliberalismo, dieron paso, al cambio de signo político de un conjunto de gobiernos de la región. Tales gobiernos, pos-neoliberales en lo cronológico y con distintos grados de prácticas “populistas” deben ser considerados con las especificidades que se presentaron en cada caso. Si la llegada de Hugo Chávez en 1998 daba inicio al ciclo, los golpes de Estado de nuevo tipo que se sucedieron a partir de Honduras en 2009 y reveses electorales a partir del 2015 de fuerzas políticas “progresistas” que habían dirigido Estados-Nación como Argentina, Brasil, etc., condujeron a que la derecha proclame el agotamiento del ciclo. Pero repasemos una periodización tentativa de las últimas décadas en función de la preocupación central que expresamos al final del párrafo 2.

4.

1989 – 1998

La caída del muro de Berlín implicó cambios súbitos y profundos en Europa del Este, pero también en las Américas. Se aceleró las transiciones de las dictaduras de “seguridad nacional” promovidas por Estados Unidos, hacia formas de gobiernos constitucionales también

promovidos por Estados Unidos. El presidente George H. Bush saluda “la marea creciente de democracia nunca antes presenciada en la historia de este hemisferio” y subraya que la única excepción es Cuba, aunque vaticina que no está lejano el día que la mayor de las Antillas retorne a la órbita del mundo libre. Desde su óptica, los cambios en el régimen político tienen también su correlato en la esfera económica, las naciones de América Latina se alejan del estatismo y ahora promueven el poder del libre mercado como garantía de crecimiento y progreso. Cita incluso las palabras del presidente de Colombia: “la larga pugna entre Karl Marx y Adam Smith se ha terminado finalmente” y la respuesta no puede ser otra que el triunfalismo de ser testigo del derrumbe del “socialismo real” este-europeo y la inminente disolución de la URSS. La invasión de los marines a Panamá, la detención de su presidente y el traslado de Noriega a territorio norteamericano prácticamente no despierta protestas en el continente; la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional en las elecciones presidenciales de Nicaragua parece anunciar el inicio de una etapa favorable para el imperialismo norteamericano. La implantación de frágiles democracias se asocia con la adopción de una agenda de reformas neoliberales centradas en la desregulación estatal, privatización de recursos naturales y activos de empresas estatales, reformulación del endeudamiento creciente (Plan Brady) y promoción de tratados de libre comercio subregionales en la perspectiva de la creación de una zona de libre comercio desde Alaska hasta Tierra del Fuego (ALCA). Se incrementa la presencia militar norteamericana en el resto del continente, a través de la instalación de nuevas bases militares y el despliegue de tropas con el argumento del combate al narcotráfico.

El fin de la guerra fría conlleva a un mundo unipolar. Se actualiza una feroz ofensiva del capital contra el trabajo, que tiene por norte intensificar la concentración de la riqueza al costo de multiplicar la explotación e incrementar la exclusión social. América Latina retorna a un proceso de desindustrialización, con la consiguiente destrucción de la erosionada matriz socio-clasista heredada de la etapa de industrialización por sustitución de importaciones. Los embates sobre este esquema ya se habían iniciado a mediados de los setenta, donde el experimento neoliberal de Augusto Pinochet se halla a la vanguardia.

La nueva fase del capitalismo anunciada en las políticas económicas de Reagan y Thatcher a fines de los setenta, se despliega en toda la línea en América Latina de los noventa. Frente a la hegemonía neoliberal, la socialdemocracia europea no articula una política de defensa del “Estado de bienestar” alternativa y China, desde 1978, con las reformas de Deng Xiaoping introduce mecanismos de mercado bajo el férreo comando político del Partido Comunista.

Mientras el FMI, el Banco Mundial y los gobiernos de la región celebran el triunfo del neoliberalismo, una fuerza social heterogénea de campesinos, indígenas, desocupados, intelectuales, etc., cuestionan abiertamente los efectos de las políticas neoliberales de la que son víctimas y forjan una sólida oposición a los partidos del ajuste. Sobre esa base social, emerge un nuevo estilo de acción y renovadas perspectivas políticas.

El resurgimiento del movimiento campesino en los 90 está lejos de ser un calco de los 60. En Brasil el Movimiento Sin Tierra coloca en el centro de su praxis la ocupación de predios ociosos y despliega una estrategia contrahegemónica se propone tanto operar a partir de las divisiones al interior del bloque dominante como fortaleciendo la conciencia y organización de su propia base social, los campesinos desposeídos. En Bolivia la marcha histórica de 1994 por la vida, la coca y la soberanía nacional, organizada por la Coordinadora de las Cinco federaciones del Trópico de Cochabamba, coloca en primer plano tanto el reclamo contra el injerencismo norteamericano - plasmado en su doctrina de la mal llamada guerra contra las drogas -, como el protagonismo de las mujeres. En Paraguay la Federación Nacional Campesina se convierte en un actor dinámico de la coyuntura política.

Ediciones Theomai 2020

Gustavo Guevara – Clases sociales y capitalismo en
América Latina hoy

Tal vez la expresión más resonante la constituyó la irrupción en México del Ejército Zapatista de Liberación Nacional el 1 de enero de 1994, al mismo momento que entraba en vigencia el acuerdo de libre comercio (NAFTA) suscrito por Estados Unidos, México y Canadá. La lucha contra el NAFTA, la democratización de la corrompida vida política de México, el reclamo de reforma agraria y justicia social, fueron algunas de las banderas esenciales levantadas por el EZ.

En Argentina los movimientos urbanos fueron muy importantes. Experiencias como el Santiagueñazo en 1994 aparecen como fenómenos inesperados e incomprensibles. James Petras, que por entonces se hallaba en el país plantea: “la revuelta de las provincias no ha sido aún teorizada por ninguno de los intelectuales de Buenos Aires” aunque ellos “están bien enterados, sin embargo, de los últimos matices de los discursos posmodernos: otro ejemplo de la alienación cultural y la disociación política”. Las Madres (Petras, 1997: 95).

Aunque la huelga general del agosto de 1996 resulta significativa para el curso de la resistencia antineoliberal que se va gestando en Argentina, los movimientos urbanos y parte de los sindicatos han declinado, como en muchos otros países, en su rol protagónico de herramienta de lucha consecuente. La magnitud de la crisis afecta también a sectores enormes capas medias y sectores de la burguesía.

Capítulo aparte merecería el análisis en extenso de la resistencia que despliega Cuba frente al recrudescimiento del bloqueo de los Estados Unidos. La implementación del período especial en tiempos de paz y la consigna del IV Congreso del PCC: “Socialismo o muerte” ponen en marcha un conjunto de mecanismo de supervivencia que figuran en el activo que permite abrir un cambio de tendencia en el siglo siguiente.

1998 – 2015

Como ya dijimos, este nuevo ciclo se abre con el triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de diciembre de 1998 en Venezuela.

Como respuesta al 11 de septiembre de 2001, el presidente George W. Bush lanza la “guerra infinita”, a las que otros han calificado como “guerra terrorista contra el terrorismo”. La política norteamericana se focaliza en la situación en el continente asiático y esta “desatención” se torna una coyuntura favorable para que el acumulado de fuerzas populares contra la hegemonía neoliberal permite un cambio en los resultados electorales, habilitando la entronización de gobiernos de signo crítico a dichas políticas en otros tantos países. Los efectos sociales devastadores de las políticas neoliberales, el activismo resiliente y las reformulaciones de instrumentos políticos dio paso a la instauración de gobiernos “progresistas” como el de Lula en Brasil (1992), Kirchner en Argentina (2003), Evo Morales en Bolivia (2005), Correa en Ecuador, Tabaré Vázquez en Uruguay (2006), etc.

Si bien es posible reconocer la existencia de una tendencia al predominio de políticas de orientación antineoliberales, cada uno de los países mencionados está configurado por un cuadro de fuerzas que lo distingue del resto. Tampoco puede eliminarse del análisis que países como México, Colombia o Perú sus gobiernos estuvieron lejos de identificarse con la tendencia señalada.

Vista de conjunto, América Latina se primariza, reproduce el papel asignado en la división internacional del trabajo en las últimas décadas del siglo XIX. La lógica “extractivista”, que tiene como principal beneficiaria a grandes empresas transnacionales, convive sin embargo con políticas redistribucionistas de inclusión social. La oposición y derrota del ALCA en la cumbre de Mar del Plata en 2005, muestra sin embargo, la existencia de la voluntad política de algunos Estados por recrear un espacio de protección y crecimiento de la industrialización.

Ediciones Theomai 2020

Gustavo Guevara – Clases sociales y capitalismo en
América Latina hoy

La internacionalización financiera que se viene experimentando desde la desregulación neoliberal a escala global no se detiene, pero se ve limitada en alguna medida por disposiciones “keynesianas” que buscan restringir la especulación financiera en favor de la estabilidad para la producción.

Nada de ello impide que la crisis mundial del 2008 se proyecte con sus efectos tan importantes en América Latina.

En el año 2009 es destituido el presidente Zelaya, con un golpe de Estado “de nuevo tipo”. Esta modalidad se replica en 2012 para destituir a Fernando Lugo en Paraguay.

2015 - ...

Tras doce años de gobierno, el Frente para la Victoria es derrotado en las elecciones presidenciales en manos de la derechista Alianza Cambiemos. En Venezuela el chavismo pierde la mayoría en la Asamblea Nacional, Evo Morales es derrotado en el referéndum para habilitar su postulación a un nuevo mandato presidencial, en Brasil el impeachment contra Dilma Rousseff y Lula encarcelado, en Ecuador la misma suerte corre el vicepresidente profundizándose la división motorizada por Lenin Moreno al interior de la Alianza País.

Este retroceso conduce a la derecha a postular el fin del ciclo de los gobiernos “populistas”.

Obama firma el decreto ejecutivo declarando a Venezuela un peligro para la seguridad de los Estados Unidos.

Para Donald Trump, que asume la presidencia en enero de 2017, la prioridad estratégica de EE.UU. pasa a ser frenar la creciente presencia de China en el hemisferio. Su punto de partida es caracterizar la existencia de una guerra comercial (sic) que lleva adelante China con reglas comerciales que distorsionan lo que a su juicio debieran ser parámetros normales de la competencia inter-empresaria. Bajo el liderazgo de Xi Jinping, continua el subsidio a sectores industriales específicos, se ejerce un desembozado espionaje industrial y un pillaje de tecnología a las compañías norteamericanas radicadas en China. Pero estas denuncias, en realidad no serían más que la sintomatología de un problema mucho más profundo y de largo alcance a saber: el aumento permanente de la capacidad productiva de China, cuyo PBI alcanzará pronto a EE.UU. y bajo el plan “Made in China 2025” espera sobrepasar el liderazgo norteamericanas en áreas estratégicas como las comunicaciones, inteligencia artificial, robótica, etc. A la amenaza que se percibe desde Washington del ascenso sostenido durante década del crecimiento de la económico de su rival, se adiciona la particular institucionalidad política China que combina el florecimiento de zonas económicas regidas por la lógica del mercado con la gestión estatal del comando único del Partido Comunista.

A diferencia de la guerra fría del siglo pasado, la búsqueda del acceso a recursos naturales y minerales por parte de China en América Latina, combinada con su enorme capacidad de importación y de expansión de sus empresas en el subcontinente, dan un dinamismo a la dependencia con el país asiático en términos económico si se lo compara con lo que fue el papel tradicional de la hoy extinta URSS. El comercio de América Latina se ha multiplicado, al igual que sus préstamos y al menos son diez países de la región los que han suscriptos acuerdos de libre comercio. La inversión directa de aquel país pasó de 2.000 millones de dólares en 2004 a 25.000 millones en 2017. La Ruta de la Seda también pasa por estas latitudes.

Mientras la guerra fría ponía en primer plano la escalada bélica como vía de acceso de la amenaza comunista hacia esta porción del “mundo libre”, el TIAR en 1947 y la Doctrina de la Seguridad Nacional en 1964, enmarcaban las coordenadas ideológico políticas con que habría que posicionarse frente al ataque “extra continental”. Hoy, Trump a relanzado la Doctrina Monroe, pero ahora frente a la lluvia de inversiones chinas que buscan conquistar porciones de mercado ocupados tradicionalmente por Estados Unidos y préstamos blandos a proyectos

gubernamentales para generar alianzas políticas y renovados lazos de dependencia. Aunque China no se propone instaurar el régimen comunista en el hemisferio, su gravitación económica torna la actual disputa inter-imperialista en una tensión bipolar en el continente.

El respaldo que mostraron las movilizaciones callejeras en Venezuela, sumado al respaldo de China y Rusia en los organismos internacionales, ha resultado decisivos para abortar el proyecto injerencista de Estados Unidos y sus satélites (en primer lugar Colombia) de consumir una invasión militar a la RBV. No es casual entonces que en ese país se concentre la mayor inversión de capitales chinos de América Latina, el 50% de los préstamos de ese mismo origen, etc. En el rubro militar, la compra de armas se hace mayoritariamente a Rusia.

Parte de esta disputa global pasan por las actividades del canal de Panamá, ya que luego de Estados Unidos, China es el principal usuario de esa vía de comunicación. No se puede olvidar el papel que jugó en su momento Teodoro Roosevelt y su política del garrote para consolidar la existencia de Panamá como país independiente de Colombia, y facilitar así la aspiración de mantener a perpetuidad el control de la porción del istmo que garantiza la conexión interoceánica. Los acuerdos Torrijos – Carter a mediados de los setenta, trastocaron aquel esquema trazado en 1903; sin embargo, por obvias razones geoestratégicas el avance de China en la zona canalera no será ignorada por la administración norteamericana actual.

El escenario actual muestra el interés de Estados Unidos por generar un nuevo balance de fuerzas a escala continental, apuntando no sólo a la contención de la presencia China, sino buscando explícitamente su recorte y retroceso respecto de sus influencias en la región. El incidente con la compañía Huawei es un capítulo más de dicha escalada.

La retórica neoliberal que con Reagan y Bush hicieron del libre mercado la bandera ideológica de penetración en el Sur, se trastocó en proteccionismo como línea del discurso oficial de la era Trump: “Estados Unidos primero” y paradójicamente aparece el líder del Partido Comunista Chino como adalid de la defensa de la mano invisible del mercado.

La lucha de clases en América Latina y el Caribe no puede pensarse hoy sin tomar en consideración este contexto que presenta a dos modelos de expansión y gestión imperialistas en términos antagónicos. Democracia pluralista versus autocracia unipartidista no parece una fórmula que sintetice la contradicción esencial que se instala en el momento civilizatorio actual, aun cuando la misma se impulse desde las usinas occidentales de una guerra fría de nuevo tipo.

5.

La crisis mundial abierta en 2008 crea un escenario de incertidumbre (Marichal, 2010). Estados Unidos abandona el multilateralismo en virtud del deterioro de su posición relativa en la economía mundial. China se inclina por la retórica librecambista, mientras la Unión Europea se ve jaqueada por vientos nacionalistas que conducen a “desconexiones” como el Brexit.

En Brasil Bolsonaro encabeza un gobierno con rasgos neofascista en lo político y cultural, pero con elementos neoliberales en su gabinete económico. México con AMLO se sitúa en las antípodas del período neoliberal. Trump anuncia que se propone suprimir el socialismo en Venezuela, Nicaragua y Cuba, para dar paso a un hemisferio libre. A la incertidumbre del contexto internacional se agrega lo contradictorio de los trayectos en que parecen moverse los distintos países latinoamericanos.

En 1971 Alberto Pla en su libro *La burguesía nacional en América Latina* titula su último capítulo: “Dependencia, clases sociales y políticas” e invita a una comprensión de los problemas de la

dependencia en América Latina y lo que considera la revolución para la liberación. Tal vez hoy, constituya un ejercicio legítimo imaginar la actualización de dicho capítulo con idéntico título y tal vez también, con idéntica conclusión en perspectiva anticapitalista.

Obras citadas

- ANDERSON, Perry (1980), **Teoría, política e historia. Un debate con E.P.Thompson**, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- BENÍTEZ ZENTENO, Raúl (coord.) (1973), **Las clases sociales en América Latina. Problemas de conceptualización (Seminario de Mérida)**, México, Siglo XXI.
- BENÍTEZ ZENTENO Raul (1977), **Las clases sociales y crisis políticas en América Latina. (Seminario de Oaxaca)**, México, Siglo XXI.
- DUSSEL, Enrique (2013), **La Producción Teórica de Marx**, Buenos Aires, Docencia.
- DUSSEL, Enrique (2014), “Hegel, Schelling y el plusvalor” en Robles Báez, M. (comp.), **Dialéctica y Capital**, Buenos Aires, R y R.
- GALAFASSI, Guido (2017), “Conflictividad social, contradicción y complejidad: entre calses y movimientos sociales” en Galafassi, G. y Puricelli (comp.), **Perspectivas críticas sobre la conflictividad social**, Quilmes, Extramuros.
- MARICHAL, Carlos (2010), **Las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008**, Buenos Aires, Debate.
- MARX, Carlos (1867), **El Capital**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- MILIBAND, Ralph (1990), “Análisis de clases” en Giddens, Turner y otros, **La teoría social, hoy**, México, Alianza.
- PETRAS, James (1997), “América Latina: el regreso de la izquierda” en **Cuadernos del Sur N°25**, Buenos Aires, Tierra del Fuego.
- PLA, Alberto J. (1971), **La burguesía nacional en América Latina**, Buenos Aires, Centro editor de América Latina.
- PLA, Alberto (1985), “Trabajo productivo y trabajo improductivo. Clases sociales y capitalismo” en **Anuario 11**, Rosario, Escuela de Historia - UNR.
- PLA, Alberto (1989-90), “Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertinencia de las categorías analíticas de “clase social” y clase obrera” en **Anuario 14**, Rosario, Escuela de Historia - UNR.
- THOMPSON, E.P. (1984), “La política de la teoría” en Samuel, R (ed.), **Historia popular y teoría socialista**, Barcelona, Crítica.
- WRIGHT MILLS, C (1957), **La élite de poder**, México, F.C.E.



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases *Antagonism, Dialectic and Class Struggle*

Galafassi y Nieves (comp.)

Luchas políticas y clase obrera

Pablo Bonavena¹

Este escrito transita algunos aspectos de aquello que Carlos Marx nominó la “conciencia constituyente” de la clase obrera como sujeto político (Magri, 1987). La construcción conceptual en torno al proceso de adquisición de la conciencia de clase cobra sentido en el marxismo ante la presencia de una premisa: el hecho de estar constituida en la estructura económica no hace que una clase social se manifieste de manera automática en la esfera política como un sujeto colectivo y autónomo. Marx entendía que no había ley social ni otro factor que “condene” mecánicamente a la clase obrera para adquirir “conciencia de sí mismo” (Marx, 1843). En tal sentido, Daniel Bensaïd argumenta:

En la dinámica de las relaciones de clase, la subjetividad de la conciencia no puede emanciparse arbitrariamente de la estructura, como tampoco la objetividad del ser puede desprenderse pasivamente de la conciencia. Esta problemática se opone a toda concepción mecánica del paso necesario del en sí al para sí, de lo inconsciente a lo

¹ Sociólogo. Profesor de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de La Plata. Investigador del Instituto Gino Germani.

consciente, entre los cuales el tiempo haría las veces de intermediario neutro (Bensaïd, 2003).

El otro principio, que escolta de manera inescindible al supuesto mencionado, indica que la transformación social por una mutación revolucionaria requiere de una fuerza de masas concedora de las exigencias que plantea la situación que viven, propias de una sociedad con alta densidad de relaciones sociales, es decir, cada vez más cohesionada en un sistema productivo y político (Engels, 2015 [1895]; Kautsky, 2018 [1909]). Por eso, la noción de conciencia tiene como parámetro a los intereses de clase y cierto grado de conocimiento de la realidad social. Implica la acumulación de un saber acerca de las condiciones materiales que atraviesa la clase y de su propia capacidad para transformarlas.² En el marxismo, en consecuencia, se sostiene que una clase tiene conciencia cuando conoce sus intereses y actúa colectivamente para imponerlos a las otras clases, intereses determinados objetivamente en la estructura social. La contrapartida de la “conciencia de clase” es la “falsa conciencia”, que orienta las acciones de la clase obrera en detrimento de sus intereses objetivos, extravió que refuerza a la burguesía. La falta de conciencia proletaria implica la presencia de conciencia burguesa, que no permite hacer observable las metas sociales deseables para la clase obrera. Los obreros, así, conciben la realidad desde la matriz interpretativa que le asigna la ideología dominante (Jacoby, 1994). Disipar esa ideología y desarrollar una conciencia acorde a los intereses de la clase obrera conforma un requerimiento fundamental para avanzar en la ruptura con la burguesía, que además de explotarla se postula para dirigir al proletario en la escena política. Remite a la construcción de identidades desde la estructuración de intereses en litigio. La identidad otorgada por el capital en la cimentación de la clase obrera como un sujeto económico (personificación económica) demanda ser negada en la lucha política autónoma, sin tutelas burguesas (Marx, 1868). Recordemos que en el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels definían al movimiento obrero como “el movimiento autónomo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría”; por eso la autonomía obrera fue una de las bases para las políticas de la *Primera Internacional Socialista*, condensadas en la famosa consigna “la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos” (Marx y Engels, 1848).

El tema del tránsito de la personificación económica a la personificación política emancipatoria (la toma de conciencia) presenta varias lagunas, a pesar de ser el punto nodal del materialismo histórico. Como indiqué, un intento de precisar el tema verifica que la conciencia de clase comprende la gestación de un conocimiento acerca de las relaciones que una clase establece con sí mismas (lazos intracase) y los vínculos con la clase antagónica (cooperación o lucha). Ese conocimiento se expresa “en los grados de unidad de la clase y respecto de las demás, en los grados de alianza y enfrentamiento”. La solidez de la unidad y la capacidad de componer fuerzas para potenciar la propia, con la ambición de conducir alianzas con otras fracciones sociales, son observables que comprueban los niveles del enfrentamiento (Jacoby, 1978). Claro que estas observaciones no revierten el diagnóstico, entre otras cosas, por la insuficiencia de recursos teóricos para ponderar con rigor estas dimensiones, pues no hay criterios universalmente aceptados que favorezcan la factibilidad de establecer cuál es el “grado” óptimo en cada caso e, igualmente, responder otras preguntas propias de la *paradoja de sorites*, que con probabilidad asalten al lector cuando imagina los momentos de ascenso y reflujo de

² Estos argumentos se identifican con una etapa del marxismo que más adelante se reconocerá como “optimista”, asimilada a una determinada valoración positiva de la lucha económica. En la etapa que distinguiremos como “pesimista”, especialmente luego de la muerte de Marx y Engels, se ciseló una diferenciación entre el “conocimiento directo” y el “conocimiento indirecto” de la clase, que sumó complejidad al planteo recién citado e, incluso, cuestionó algunos de sus alcances (Lenin, 1981 [1902]).

la lucha de clases desde el punto de vista obrero. La conciencia de clase, en definitiva, es muy difícil de medir (Wright, 1994).

La profundidad del problema, sin embargo, no permite afirmar de manera tajante, como lo hace Tony Cliff, que existe en el marxismo un “pecado original”, cuando asegura que la “dicotomía entre lucha económica y lucha política era ajena a Marx” (Cliff, 2011; Magri, 1987). Esta afirmación insinúa que Marx dejó vacante el desarrollo del problema. Sin embargo, existen elementos en varias elaboraciones teóricas y en las acciones prácticas de Marx y Engels para atemperar este dictamen, pero no se pueden soslayar las limitaciones teóricas y metodológicas que afloran en el momento en que se piensa en la operacionalización de las categorías involucradas en el registro de los procesos de toma de conciencia.³ La transformación de la resistencia en la esfera económica y su elevación a la lucha política comprende un campo temático que requiere de un arduo trabajo conceptual. El sociólogo marxista Juan Carlos Marín, por ejemplo, siempre enfatizaba la carencia que demostraba el marxismo en lo referido a la explicación sobre los procesos de toma de conciencia. Tal déficit motivó a Marín para buscar relacionar la teoría de Marx, Engels y Lenin con la construcción teórica sobre el proceso de toma de conciencia acuñada por Jean Piaget (Marín, 1993).⁴ La cuestión se complica, asimismo, debido a que no existe una única noción de conciencia, pues tiene varias acepciones que emergen, por ejemplo, desde diferentes concepciones sobre las clases sociales (Pérez, 2014).

Los obstáculos para la toma de conciencia obrera

Adam Smith argumentó que el conflicto por el salario en la economía de mercado no se podía zanjar debido a la existencia de la división entre clases sociales. Aventuró, en consecuencia, una tensión permanente entre los trabajadores asalariados y los patrones capitalistas. Paso seguido observó que la supervivencia exitosa del capitalista en ese cuadro amenazador dependía de la distancia entre los obreros y la política. Por eso, agregó, el Estado tomaba partido y reprimía la politización de los trabajadores. Advertía sobre la intromisión estatal para limitar los efectos de la autoorganización obrera por medio de la coerción (Fjeld, 2017; Smith, 2008). La clase obrera quedaba así recluida en el ámbito económico y muy alejado del

³ Son varias las referencias de Marx sobre el tema, pero se debe reconocer que no hizo una exposición sistemático o amplia sobre él. Uno de los recursos para “salvar” a Marx de la crítica es la carta enviada por Marx a Friedrich Bolt en 1871 (Marx, 1973). Si bien trató la cuestión en pocas páginas, por fuera de la misiva tomó muchas acciones para cooperar en la toma de conciencia. Toda su elaboración teórica destinada a conocer la realidad social se orienta a esa meta, pero fue acompañada con una tenaz labor política con idéntico objetivo. Uno de los emprendimientos en esta dirección fue la construcción del “Cuestionario”, conocido como la “Encuesta Obrera”, que apareció en la Revista Socialista de B. Malon, el 20 de abril de 1880, sin reconocer su autoría, publicado en una tirada de 25.000 ejemplares. Tenía entre sus objetivos colaborar con los obreros en el proceso de toma de conciencia. Responder el cuestionario implicaba, por su diseño, que los obreros se explicaran a sí mismos y para sus propios fines la condición social que padecían. Diseñó, así, un recurso “autoeducativo” (Rubel, 1970).

⁴ Este tipo de enunciación, recuerdo, la replicaba en los encuentros de formación no curricular que realizaba los viernes por la tarde la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, en la sede de la Ciudad Universitaria, a penas Marín regresó al país luego del exilio (año 1986). Las exposiciones se centraban en la explicación de la teoría piagetiana y sus posibles vinculaciones con la teoría de la lucha de clases. Rolando García, en un curso para graduados de Sociología que se desarrolló en el Centro de Estudios Avanzados de la UBA por aquellos años, finales de los ochenta, explicó que Lenin ya había destacado la debilidad señalada, al tiempo que esbozó un esquema para estudiar el problema en sus glosas sobre filosofía, aunque nunca lo desarrolló. El líder soviético sugería estudiar, comentó Rolando García en una de sus clases, el proceso de toma de conciencia en el niño para luego abordar la misma cuestión en los adultos. Especulaba, en consecuencia, acerca de la proximidad de esta sugerencia con el programa de investigación de Piaget (Piaget, 1985).

político. Este tipo de señalamiento conformará un primer “tipo ideal” para explicar el escollo de la clase obrera para su toma de conciencia. Se basa en la represión y con certeza fue preponderante en los albores del capitalismo sobre otros métodos de dominación, como lo testificó el padre del liberalismo. La apelación a la violencia para apaciguar al proletariado tiene una larga y triste historia, que en algunas circunstancias trepa a la escala de un genocidio (Izaguirre, 2009).

Otra forma de control social se puede sintetizar en un segundo “tipo ideal” apoyado en el papel de la ideología y en la nombrada construcción de la falsa conciencia. Como señaló Marx, las premisas teóricas que dan andamiaje a este tipo de perspectiva analítica, comúnmente, parten de un nivel inicial de resistencia obrera que se identifica con las nociones leninistas de “instinto de clase” o “instinto proletario”. En su versión más simplificada, esta perspectiva evalúa que la clase proletaria se encamina de manera espontánea hacia el socialismo o simplemente es socialdemócrata por instinto (Lenin, V. I., 1958). La ideología burguesa, entonces, sería el dique que se interpone en ese recorrido, nublando el horizonte estratégico de los obreros. Junto a la represión, este enfoque asentado en la ideología representa la explicación más difundida sobre la obturación de la toma de conciencia.

Cada una de estas explicaciones por separadas o combinadas, tanto la asentada en la represión como la amparada en la ideología, no lucen como suficientes para explicar las causas que generan el confinamiento de la clase obrera en las formas menos desarrolladas de la lucha de clases, aunque encuentran presencia en varias versiones del sentido común académico y militante. La que más se replica es aquella perspectiva que sobreestima el impacto de la carga ideológica propalada por los medios de comunicación en los comportamientos colectivos. Estos dos “tipos ideales” que resumen un par de mecanismos para dificultar la toma de conciencia pueden y deben ser complementados al menos por dos más, que en este artículo merecen una mayor atención que los anteriores.

Un tercer “tipo ideal” de obstáculo, entonces, nos sitúa en el andamiaje material de la explotación y la apropiación del mundo capitalista. Se erige en torno al planteo de Meiksins Wood que, frente al típico divorcio entre las luchas económicas y políticas que signa a la clase obrera, situación que advierte sobre un bajo nivel de conciencia, nos propone un ángulo de análisis distinto. Independientemente del factor represivo y el peso de la ideología. Argumenta:

Para muchos socialistas revolucionarios esto no ha representado más que el producto de una conciencia engañada, «subdesarrollada» o «falsa». Si a eso se redujera todo, sería más fácil superarlo, pero lo que ha provocado que el “economicismo” de las clases obreras sea tan tenaz es que corresponde, en efecto, a las realidades del capitalismo, a las formas en que la apropiación y la explotación realmente dividen los ámbitos de la acción económica y política, y de verdad transforman en asuntos claramente “económicos” determinados asuntos políticos esenciales, luchas por el dominio y la explotación inextricablemente ligadas, en el pasado, al poder político. Esta separación estructural podría ser, por cierto, el mecanismo de defensa más eficaz con que cuenta el capital (Meiksins Wood, 2000).

Nos invita a observar el fenómeno desde una óptica más estructural, que enfatiza la auscultación de la trama de relaciones sociales.⁵ Arroja luz sobre la configuración específica del entramado social que ha desplegado el modo de producción capitalista, tejido que ofrece ciertas garantías defensivas:

⁵ Este tipo de planteo computa varios antecedentes. En tal sentido resulta menester recordar “*La gran transformación*” de Karl Polanyi y el capítulo “Ideología y Estado” del libro perteneciente a Richard Hyman, titulado “*Relaciones industriales. Una introducción marxista*” (Polanyi, 1981 [1944]; Hyman, 1981 [1975]).

A lo largo de gran parte de la historia, los asuntos centrales relacionados con la lucha de clases han sido la extracción y apropiación de excedentes, no la producción. El capitalismo es único por su concentración de la lucha de clases «en el punto de producción» porque sólo en el capitalismo coincide de manera tan completa la organización de la producción y de la apropiación. También es único por su transformación de las luchas por la apropiación en disputas aparentemente no políticas (Meiksins Wood, 2000).

Sobre esta base peculiar revela cómo y por qué el capitalismo escinde de hecho lo económico de lo político, constituyendo una esfera privada y una esfera pública estatal, desplazada del sitio donde se produce aquello que será expropiado. La organización del trabajo, la fiscalización del rendimiento y los criterios para combinar los factores que intervienen en el proceso productivo, haciendo sólo una enumeración parcial de elementos a considerar, quedan reclusos en el propio lugar de trabajo, distante de las directivas que emanan del aparato de Estado. Claro que esta argucia objetiva, robustecida subjetivamente por la teoría económica burguesa y el sentido común dominante, también tiene capacidad de moldear el sistema de dominación:

El capitalismo ha producido una escisión entre la esfera económica y la política. Dicha separación fue posible debido a que, por primera vez en la historia, la extracción del excedente de producción se da por medios predominantemente «económicos». Sin embargo, la separación entre lo político y lo económico bajo el capitalismo no es un mera «ilusión superestructural» sino que las propias prácticas de las relaciones de producción se presentan como escindidas. Si bien tanto lo político como lo económico son parte de la totalidad del modo de producción, la fetichización de las relaciones sociales las muestra como algo separado y ajeno. Es esta separación la que hace posible la unidad de democracia (igualdad política) con capitalismo (desigualdad económica). Sin esta separación entre lo político y lo económico no funcionaría la idea central de la democracia liberal de que todos los individuos son iguales y tienen los mismos derechos y las mismas posibilidades (Schorr y Wainer, 2017).

En el modo de producción capitalistas resulta factible el sufragio universal, pues el ejercicio del poder en los establecimientos productivos no requiere del monopolio de todos los derechos políticos. Los poderes que constriñen al vendedor de fuerza de trabajo pueden existir bajo la máscara de una estrategia que los presenta escindidos del Estado, aunque más temprano que tarde los instrumentos coercitivos estatales resultarán convocados a sofocar la desobediencia proletaria (Meiksins Wood, 2004).

Meiksins Wood argumenta que la lucha salarial, entonces, debido al territorio donde germina (la unidad productiva) puede percibirse como una disputa meramente económica, distanciada del perímetro que recluye la política. No reduce unilateralmente el problema a la falsa conciencia o la coerción, también considera la estructuración sistémica. La economía se manifiesta como no política, para que, en paralelo, la política ostente una impronta no económica. Arguye que no ocurría lo mismo, por ejemplo, con la lucha por las rentas de los campesinos medievales, pues esa disputa involucraba derechos de propiedad, poderes y jurisdicciones de carácter político. En este caso, la coerción sin tapujos o el uso de la fuerza material (extraeconómica) devienen en los instrumentos pertinentes y explícitos para “recaudar” (expropiar) el excedente. (Osorio Urbina, 2013; Ávalos, 2009; Meiksins Wood, 2000).

En las sociedades no capitalistas, por regla general no resulta difícil identificar donde radica el poder. En cuanto se localice la fuente de coerción militar y política casi siempre se hallará también el poder económico. En este caso, los poderes económicos

de las clases dominantes dependen de la coerción “extraeconómica”. Estas clases dependen de su fuerza coercitiva superior, de su poder y su privilegio, políticos y militares, para extraer el trabajo excedente, característicamente de los campesinos que, a diferencia de los trabajadores asalariados capitalistas, siguen siendo poseedores de los medios de producción, ya sea en calidad de dueños o de arrendatarios. En este sentido el capitalismo es diferente, y se distingue de todas las demás sociedades de clase. Los capitalistas –a diferencia de, digamos, los señores feudales- generalmente no necesitan del control directo de la fuerza coercitiva militar o política para explotar a sus obreros, porque los obreros carecen de propiedad y de acceso directo a los medios de producción, y tienen que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario con el fin de laborar y vivir (Meiksins Wood, 2004).

En la sociedad capitalista se puede mantener la propiedad privada y las condiciones para desposeer el excedente, sin que el explotador ejerza el poder político de manera ostensible. El Estado aparece separado de la economía, aunque interviene en ella. Por eso puede postularse como “perteneciente a todos”, tanto al productor directo como a los que se apropian del trabajo ajeno, pero patrocina ese semblante universal sin “usurpar” ni acotar el poder del sector expropiador. Obviamente el poder político se introduce en el proceso de producción a favor de los capitalistas, pero debido a que la clase trabajadora se visualiza como “jurídicamente libre”, el control de clase directo, al menos en parte, se retrae o amortigua. Queda configurada así una esfera económica diferenciada, con su propia legalidad, en apariencia alejada de lo político. La plusvalía se acapara en la economía y, normalmente, por medios económicos, aunque esta condición de posibilidad se construye por medios extraeconómicos, la violencia aplicada como potencia económica (Marx, 1987 [1867]). La aludida yuxtaposición entre la producción y la apropiación promueve una suerte de “privatización” de lo político. La política, por ende, simula estar afuera de la esfera productiva y, junto con los instrumentos de coerción política directa, queda excluido del proceso donde se concreta la extracción del plusvalor (Meiksins Wood, 2000).

En la “comarca” de la producción se enclaustran las batallas, a veces en sordina, entre patrones y trabajadores. Los capitalistas precisan mantener allí la contienda, apartada de la política; por eso, como adelantó Adam Smith, los burgueses procuran obturar la politización obrera. Meiksins Wood piensa que la lucha de clases vista desde el prisma capitalista debe “domesticarse”, esto es, necesita permanecer dentro de los lindes que traza la economía. Cuando se exterioriza fuera de las fronteras de la unidad productiva se transforma en una guerra abierta. Allí el brazo coercitivo estatal interviene para aplacar la disputa, en una espacialidad donde los que aparecen confrontando de manera directa no son el capital y los vendedores de la fuerza de trabajo:

No es el capital en sí, sino el Estado, el que se hace cargo del conflicto de clases cuando intermitentemente rebasa los muros y adopta una forma más violenta. El poder del capital generalmente permanece en segundo plano; y cuando el dominio de clase se hace sentir como una fuerza coercitiva directa y personal, surge bajo la apariencia de un Estado «autónomo» y «neutral» (Meiksins Wood, 2000).

Los defensores del capitalismo ingresan a este nivel de la confrontación desde fuera de la unidad productiva y, por ende, el enfrentamiento queda ceñido por la forma a dos actores, los obreros y el Estado, en un duelo que deja al “margen” a los propietarios de los medios de producción, efecto que la intelectual norteamericana denomina “centrífugo”. En la superficie, el contenido de clase que posee la querrela queda eclipsado. Esta grieta que introduce el capitalismo entre lo económico y lo político perturba la percepción diáfana de los enfrentamientos. La conciencia de clase tiene como obstáculos tanto esa fuerza centrífuga

propia del modo de producción, como el efector “privatizador” de los asuntos indudablemente cargados de un carácter político (Meiksins Wood, 2000).

Meiksins Wood testifica, en consecuencia, que las revoluciones modernas únicamente ocurrieron, contra las predicciones originales del marxismo, en los países capitalistas menos avanzados.⁶ Allí, de forma ostensible, el Estado opera como un apropiador directo, superposición que hace inescindible la lucha económica de la política, circunstancia que coloca al Estado en el centro de la lucha de clases (Meiksins Wood, 2000). El Estado se manifiesta como una especie de “apropiador precapitalista”. En tales condiciones, el panorama de las confrontaciones es transparente.

En las sociedades más avanzadas, en cambio, nos encontramos con una configuración que brota de las condiciones de existencia propias del modo de producción, que ubican de manera distinta a la arena política. Queda alejada de la acción resistente inmediata que nace en el lugar de explotación. Así, amparado en esa distancia, el capitalismo tiende a transformar las luchas políticas en económicas (Meiksins Wood, 2000).

Frente a este panorama, Meiksins Wood señala:

Las luchas en el punto de producción, entonces, incluso en sus aspectos económicos como luchas por los términos de la venta de la mano de obra o por las condiciones de trabajo, siguen siendo incompletas en la medida en que no se hagan extensivas a la sede del poder, donde descansa, en última instancia, la propiedad capitalista, su control de la producción y la apropiación. Al mismo tiempo, las batallas puramente “políticas” por el poder de gobernar y regir, permanecerán inconclusas hasta que implique no sólo las instituciones del Estado, sino también los poderes políticos que se han privatizado y transferido a la esfera económica. En este sentido, la propia diferenciación -la división simbiótica de la fuerza de trabajo entre las clases y el Estado- es precisamente lo que hace esencial la unidad de las luchas económicas y políticas, y lo que debe hacer que el socialismo y la democracia sean sinónimos (Meiksins Wood: 2000).

Estas consideraciones pensadas para la acción militante sintetizan las características que asume el problema de la relación entre economía y política en el capitalismo más desplegado. Independientemente de cualquier propuesta política para superar de manera socialista la situación, resulta menester incorporar a la reflexión esta localización de las condiciones objetivas que obstaculizan la toma de conciencia.

En cuarto “tipo ideal” de obstáculo para el proceso de toma de conciencia se relaciona con la ciudadanización de la clase obrera. Este dispositivo de dominación se expandió al calor del avance del movimiento obrero durante el siglo XIX, pero escaló bajo el influjo de la Gran

⁶ Lenin percibió esta variación en los pronósticos, pero asentó su reflexión en otros parámetros. Señaló: “La revolución no llegará tan pronto como esperábamos. La historia lo ha demostrado y hay que saber aceptarlo como un hecho, hay que aprender a tener en cuenta que la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y Rasputín, y en donde para gran parte de la población le era completamente indiferente saber qué clases de pueblo viven en la periferia y qué es lo que allí ocurre. En un país de esta naturaleza comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma” (Lenin.1958 [1918]) Lenin, como vemos, estimaba que la diferencia entre Rusia (“Oriente”) y los países capitalistas adelantados de “Occidente” estribaba en el nivel de integración social (densidad social). En las sociedades con bajo nivel de densidad veía más factible hacer la revolución que mantenerla; en las sociedades con alta densidad, propia de los países capitalistas más evolucionados, en cambio, estimaba que era más difícil llegar a la revolución que sostenerla debido al “fuerte grado de implantación que sus burguesías habían logrado en tales sociedades”. Esta postura fue defendida también por Trotsky, pero tomando como referencia el tamaño del proletariado: “El análisis de las condiciones esenciales de la insurrección deberá estar adaptado a las diferentes clases de países. Por un lado, tenemos países donde el proletariado constituye la mayoría de la población y, por otro, países donde el proletariado es una ínfima minoría entre la población campesina. Entre esos dos polos, se encuentran países de un tipo intermedio” (Trotsky, 2006).

Guerra. Junto con la represión violenta emergieron diseños institucionales para gobernar a la clase obrera que involucraron aspectos, entre otros, como la expansión de políticas de seguridad social (política sociales), la legalización de las organizaciones obreras, la sanción de alguna legislación protectora de los trabajadores y la incorporación del proletariado al sistema político. Claro que estos mecanismos no se propalaron de manera lineal, simultánea y exentas de conflictos. Esa expansión siguió el ritmo de la lucha de clases y sus desenlaces. El rumbo de su configuración fue sinuoso y logró un importante estímulo de la primera sociología, como la comprendida en los lineamientos del llamado socialismo de cátedra alemán. La lógica del entramado de contención social se ordenaba en torno a una idea que estipulaba la necesidad de implantar reformas sociales para evitar la revolución social (Bonavena y Millán, 2017). Uno de los correlatos de la implantación de este aparato estatal fue la cooptación del movimiento obrero y otras fracciones sociales involucradas en las protestas. Ciertamente, las organizaciones de la clase obrera surgidas de las luchas económicas vieron muchas veces desviada su posibilidad de constituirse en un movimiento político autónomo, circunstancia que para Marx transformaba a los asalariados en un “juguete” en manos de la burguesía (Marx, 1973 [1871]). Marx y Engels concebían, en términos generales, que las demandas obreras de carácter seccional tenían un contenido esencialmente económico, pero cuando las peticiones se orientaban contra el Estado se transformaban en políticas (Marx, 1984). En ese pasaje, defendían la autonomía política como un requisito indispensable para la clase obrera. Marx, por ejemplo, cuestionaba a los seguidores de Ferdinand Lassalle por hacer “el punto central de su agitación la ayuda del Estado, en lugar de la acción autónoma del proletariado” (Marx, 1973 [1868]).

Marx determina que en la lucha económica abarca al enfrentamiento directo entre los obreros y los capitalistas, que no se propaga más allá del lugar de donde ocurre la explotación (búsqueda de intereses a corto plazo). En la lucha económica, Marx subraya que los trabajadores obtienen con su movilización meros “paliativos, pero sin curar el mal”. Allí se enfrentan contenciosamente, afirma Marx, “contra los efectos y no contra sus causas” del régimen del salario (Rubel, 1970). La lucha política, en cambio, remite al impulso de lograr una legislación favorable o, en su mayor ímpetu y con sentido estratégico, arrebatarle el poder político y militar a la clase dominante. En ese periplo, de lo inmediato a lo estratégico, Marx destacó que se abría una necesaria diferenciación entre prácticas e ideología reformista, por un lado, y prácticas e ideología revolucionaria por otro. Con este criterio desdobló la lucha política. Estas dos formas de lucha política

[...] no deben considerarse como etapas separadas que tienen diferente valor o importancia. Las dos son parte de un mismo movimiento en el que se va progresando o retrocediendo respecto de un objetivo determinado, y cualquiera puede ser la gota que derrame el vaso (una huelga general, una ley que ponga en peligro al sistema o un estallido social) (Ambriz-Arévalo, 2015).

En resumen, para Marx y Engels, tanto la lucha económica como la política (que incluye la vía reformista y revolucionaria) son necesarias para la emancipación de la clase obrera, pero aclaraban que eso ocurría “siempre y cuando la lucha económica se convierta en política” (Ambriz-Arévalo, 2015). El reformismo, visto desde el régimen de dominación, resulta de aceptar la potencia que gana el proletariado luchando en alguna coyuntura. Procura detener la marcha proletaria ascendente. Su expresión más perfeccionada quedó plasmada en el proceso que transforma al obrero en ciudadano, personificación dispuesta en un complejo armazón de derechos y obligaciones, fuera de cuyos lindes el proletariado transita en la ilegalidad. Los efectos buscados eran y son la desactivación de cualquier iniciativa política autónoma con carácter orgánico de clase.

Tal vez, en las consideraciones de Marx y Engels sobre el movimiento sindical es donde más se nota la construcción teórica de la problemática que aquí tratamos. La formulación sobre el camino que cubre el proceso de toma de conciencia poseía para Marx como sostén empírico privilegiado la experiencia *Cartista*, sobre todo por la capacidad de esta organización para trasvasar los límites de la lucha económica y llevarla al parlamento. Por eso, su itinerario fue reivindicado como un derrotero a imitar por el conjunto del movimiento obrero. Marx formuló indicaciones para que las organizaciones tradeunionistas sean emuladas y, a su vez, para que ellas apoyen los distintos movimientos de lucha: los estimuló para que actuaran “conscientemente como centros organizativos de la clase obrera” (Domènech, 2004). Ese derrotero se visualiza en *Miseria de la Filosofía* o *El Manifiesto Comunista*. En este sentido, Oscar Cornblit destaca la presentación de una fórmula sociopolítica en *El Manifiesto* consagrada a traslucir la conformación de sindicatos “conscientes” y su deriva a un partido político de la clase obrera (Cornblit, 1993; Nievas, 2016).

Sin embargo, el entusiasmo inicial por la experiencia de la clase obrera en Inglaterra fue menguando. La diferencia entre las ponderaciones resulta interesante pensarlas en la clave diseñada por Richard Hyman con su periodización sobre los enfoques acuñados en el marxismo sobre la praxis sindical proletaria a lo largo de las décadas (Hyman, 1978). Distingue miradas “optimistas” y “pesimistas” sobre las posibilidades revolucionarias de la actividad corporativa del movimiento obrero organizado. Entre las optimistas ubica a los primeros escritos de Marx y Engels. La segunda mirada, la pesimista, está contenida en el pensamiento de Vladímir Ilich Lenin, Robert Michels y León Trotsky. En los escritos de los fundadores del socialismo científico, empero, se prefigura la segunda valoración. Marx y Engels no sólo fueron presagiando de 1850 a 1860 el sendero que iba de la primera visión a la segunda, sino que luego de esa etapa de “transición” también formaron parte de ella. Fueron igualmente pioneros en la mirada “pesimista” que sobre los sindicatos se instaló en el marxismo.

Un texto fundante para el tema de la toma de conciencia es *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Engels, 1974 [1845]). Puede ser considerado como un punto de partida para hallar los embriones del tratamiento teórico de la conciencia de clase, ya que encontramos allí las primeras referencias a la lucha reivindicativa, como una expresión inicial del itinerario de confrontaciones que cincelan la conciencia de clase. Desde esos primeros trazos del movimiento obrero, Engels detectó una sucesión de estadios, en cada uno de los cuales los asalariados van superando el aislamiento, progreso manifestado en el logro del derecho de libre asociación en 1824. Engels discernía que este salto cualitativo implicaba la superación del aislamiento y colocaba a la clase obrera negociando en masa frente a la clase burguesa (Engels, 1974 [1845]; Mehring, 2013). Aquí, cuando el proletariado y la burguesía se veían cara a cara, Engels politizaba la realización de las huelgas y la formación de los sindicatos, por representar los primeros pasos “para abolir la competencia”. La indignación obrera ante la explotación puesta en acto deviene, según su interpretación, en una fuente para la fuerza moral que incita la política obrera (Poy, 2012). Una territorialidad solidaria impugnaba de hecho a la “naturaleza” competitiva propia del capitalismo. Esta idea es muy fuerte en esta obra de Engels y la existencia de esa red que anula la competencia fue colocado como un patrón primordial de la emancipación obrera (autoemancipación). Engels y Marx veían que el principio de agregación adoptado por los obreros lesionaba los fundamentos de la economía capitalista (Haidar, 2010). El poder obrero radicaba en su número, pero los trabajadores estaban divididos. Esa desunión era favorable al capital, pues encarnaba su lógica más cruda (Engels, 1974 [1845]; Basso, 1983). La autoorganización por asociación voluntaria y las huelgas no sólo rompían el aislamiento individual; también conformaban para Engels una “escuela de guerra de los obreros”, donde se preparaban para los grandes combates. Pero la senda a una

guerra total contra el capital, tanto Marx como Engels, sabían que no era ni directo ni ineluctable.

En *Miseria de la Filosofía* Marx hace una reivindicación de la lucha sindical denostada por Pierre-Joseph Proudhon, que significó una ampliación de los postulados de Engels. Resaltó la función de los sindicatos, porque con su acción promovían la preparación política de los obreros para futuras batallas, una vez que hacían cejar la competencia entre trabajadores para colocar la disputa entre clases. Un poco después, en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels brindaron más elementos que daban testimonio de las fases que expresan el avance de la conciencia obrera, pues el escrito discurre en un doble registro. Atendían el proceso de autoorganización obrera entendido como el paso a la conciencia de clase (la formación del partido de la clase en sentido histórico), junto a la consideración de la lucha ideológica y teórica para brindarle fundamento, como se advierte en el debate sobre los diferentes tipos de socialismo y comunismo. Postulan la necesidad de afianzar la organización junto a la disputa ideológica.

Estos escritos constituyen una etapa de elaboración del problema, que contiene en su seno una visión del sindicato en consonancia con la de una organización de la clase obrera donde prima la movilización revolucionaria (Santella, 2014). Estas primeras observaciones de los fundadores del materialismo histórico son calificadas como “optimistas”, por la gran potencialidad que le otorgaban a la lucha sindical para estimular la conciencia de clase. Queda instalada como el primer momento del proceso emancipatorio. Ese ánimo, de manera transparente, era la contrapartida de las acciones de un proletariado que chocaba directamente con la intransigencia burguesa, amparada por la fuerza estatal. Engels, por ejemplo, tomaba como rasero para medir las conquistas de la clase obrera, allende las pequeñas ganancias materiales logradas con las huelgas, el avance de la organización política de los trabajadores, junto con su disposición para la unidad y la lucha. Agustín Santella exhibe una lectura de una base de datos construida por David Green, que demuestra un incremento en la efectividad de la lucha proletaria a partir de 1845, sentido ascendente que seguramente fortaleció a las organizaciones sindicales y la aceptación de estas expresada, por ejemplo, en los sistemas jurídicos (Santella, 2014; Green, 1998). La porfía de la clase obrera para superar la separación entre la lucha económica con la arena política fue cambiando los términos de la confrontación. La política se “abrió” para la clase obrera, pero bajo la fuerte tutela burguesa, que imponía los términos para tolerar esa intromisión en un espacio que consideraban le era ajeno. Es en esta etapa, justamente, que comenzó a forjar con rigor la perspectiva reformista para palear los conflictos que promovían las demandas obreras, con intelectuales como Lorenz Von Stein y su obra *Movimientos sociales y monarquía* (1850), donde se proponía implantar reformas sociales para evitar males mayores frente al “partido de la anarquía” o el “partido de la subversión”, antecediendo algunas décadas al socialismo de cátedra (Bonavena, Millán, 2017).

Luciana Zorzoli, siguiendo a Kenneth Lapides, señala que podemos encontrar en Marx una segunda etapa de escritos relacionados con la lucha obrera, condensada en las *Historia de huelgas*, que redactó para el *New York Daily Tribune* entre 1853 y 1854 (Lapides, 1987; Zorzoli, 2018). En ese período trabajó sobre la ligazón de los ciclos económicos con los requerimientos salariales de los obreros a través de la acción gremial, aunque estos escritos no fueron sistematizados en una elaboración específica y metódica.⁷ En algunas glosas, Marx exhibe idas y venidas sobre sus ideas y valoraciones del “tiempo optimista” aun cuando, en definitiva,

⁷ Consultar en inglés: “On the Trade Unions”: *Anatomy of a Strike Wave*; in: <https://www.marxists.org/archive/marx/works/subject/trade-unions/index.htm>. Articles by Marx in “New-York Daily Tribune”; in <https://www.marxists.org/archive/marx/works/subject/newspapers/new-york-tribune.htm>.

mantiene en pie la columna vertebral de sus formulaciones generadas en la etapa precedente. Prosigue con el núcleo central de su postura (también en la de Engels) que resaltaba la importancia del factor moral y político de las asociaciones obreras. Reivindicaba las organizaciones de combate de la clase obrera y sus batallas. Afirmaba Marx, el 14 de julio de 1853, en un artículo publicado en el *New York Daily Tribune*, que el valor de las huelgas y las asociaciones de trabajadores debían ser sopesadas, no por sus resultados económicos, sino por sus consecuencias morales y políticas, apreciación en sintonía con la etapa anterior. El ángulo que enfatiza está en consonancia con la toma de conciencia. Más allá de los logros en cada combate obrero en lo referido a las conquistas corporativas, Marx destaca las aristas del proceso de lucha que hacen a la organización y la politización.

Las producciones teóricas de Marx y Engels tuvieron ciertas redefiniciones en la etapa donde Marx emprendió sus críticas a la economía política. Con las nuevas teorías, expuestas centralmente en *“El Capital”*, existió cierta resignificación de la lucha económica contenida en el litigio salarial. Marx estimó que las reyertas entre obreros y patronos por la duración de la jornada de trabajo y la reivindicación de la suba salarial lograban un considerable impacto económico. El nivel de análisis aquí queda situado en la reproducción sistémica. El incremento de los salarios fortalecía la posición de los obreros al momento de vender su “mercancía” (fuerza de trabajo), independientemente de su influencia en el arraigo de la unidad de la clase y la maduración de la conciencia (Poy, 2012). Las organizaciones eran concebidas como asociaciones para proteger a los obreros de la competencia entre sí y, al mismo tiempo, para resguardar el nivel del salario. Marx eclipsaba en parte las dimensiones más estratégicas del movimiento obrero organizado, a favor de descarrexplicaciones que giraban en torno a la eficacia de las disputas con los patronos. Sobresale, por ende, la relevancia del sindicato como instrumento para la defensa en términos económicos que, a pesar de no vulnerar las relaciones sociales capitalistas, dejaban como saldo una resistencia positiva para la clase obrera. Lograban, asimismo, la reducción del horario de trabajo que asestaba un golpe directo a la apropiación de trabajo impago. Los conflictos de reproducción sistémica resueltos de manera favorable a los obreros podían para Marx resquebrajar el funcionamiento del modo de producción. Para esta etapa, tanto Marx y Engels decían poco sobre la incidencia de estas luchas de perfil económico en los procesos de toma de conciencia (Zorzoli, 2018). El reconocimiento de la manera en que se concretaba la explotación capitalista con la extracción de plusvalor era el sustrato para observar con más elementos el desenvolvimiento de las luchas obreras más inmediatas (Basso, 1983). Alcanzaban otra significación, que obligaba a registrar la fuerza objetiva de la clase junto a su capacidad subjetiva.

Las nuevas apreciaciones estaban unidas de una valoración sobre la participación electoral. Marx registraba un cambio en la estatalidad, pero para impedir la cooptación o los descarríos y mantener, a la vez, la posibilidad de desarrollar la acción revolucionaria a través del procedimiento electoral defendía la necesidad de esgrimir candidatos salidos de las huestes obreras. La condición para no perder el rumbo era utilizar el parlamento como una caja de resonancia de la propaganda socialista. Con estos atributos, la lucha parlamentaria, estimaba, podía servir para atacar a la burguesía en su propio terreno, confrontación que abría la posibilidad de educar al conjunto de la clase obrera (Basso, 1983).

En paralelo a estas argumentaciones, de manera creciente, las nuevas apreciaciones sobre el periplo de las luchas obreras fueron entrecruzadas con observaciones críticas y acusatorias. Florecieron con mayor nitidez síntomas que ponían en evidencia acciones obreras particulares, por sobre los intereses generales. Se observaba la transformación de las demandas inmediatas en una meta en sí misma, sin mayor proyección. Marx y Engels señalizaban defecciones, como el olvido de la perspectiva política. Desde este ángulo comenzaron a proferir cuestionamientos

a varias organizaciones por limitar sus metas a fines estrictamente gremiales (Poy, 2012). Adelantándose a la etapa “pesimista” del marxismo, reconocieron el proceso de cooptación sobre el movimiento sindical y sus efectos negativos para una perspectiva revolucionaria.

Engels ya había advertido sobre el problema en 1858 en una carta a Marx del 7 de octubre. Allí sentenció que Inglaterra tenía una “un proletariado burgués además de una burguesía” (Engels, 1973 [1858]; Basso, 1983). Aparecieron en la pluma de Marx y Engels calificaciones referidas a porciones de los trabajadores como una “aristocracia obrera” o “minoría de obreros privilegiados”. Hablaron de la corrupción de dirigentes, traiciones y de aburguesamientos en las filas del proletariado (Hyman, 1978; Haidar, 2010). Más tarde, Marx rechazaría de manera explícita la línea política que depositaba esperanzas en la ayuda estatal y convocaba a romper con el socialismo de Estado (Basso, 1983).

Engels, en 1881, evocó a las desviaciones del movimiento obrero con una propuesta. Destaca que la burguesía había sido golpeada por el avance de la clase obrera y, por ende, en muchas ocasiones prefería “prolongar el armisticio” con el movimiento obrero, pero “al precio de nuevas y nuevas concesiones”. Esta tendencia era el reconocimiento del peso que lograban las tradeuniones, conformando “una fuerza que debe tener en cuenta todo gobierno de la clase dominante”. Estas concesiones, opinaba Engels, permitieron que las organizaciones de los trabajadores dispusieran de una “nueva arma” contra el capital: enviar al Parlamento a hombres de su propia clase. Empero, reconocía que esta alternativa había tomado por un “camino falso”. De allí que postule la necesidad de conformar “una organización política de la clase obrera como un todo único que repare los desvíos” (Engels, 1975 [1881]). El llamamiento de Engels para cambiar la orientación del accionar sindical traslucía un síntoma del resquebrajamiento de la anterior mirada optimista. En el “Prefacio” de 1892 al libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, advirtió que la clase obrera inglesa se había transformado políticamente en la “cola del gran Partido Liberal” (Haidar, 2010; Engels, 1974 [1892]). La presentación de la nueva edición exhibía un pesimismo que contrastaba con el entusiasmo sobre la capacidad de la clase obrera que la obra demostraba algunas décadas antes.

Para Marx y Engels cobró grosor una proposición que sería una clave para sus nuevas intervenciones teóricas y políticas, que dictaminaba: “el destino de las asociaciones obreras no está inscripto en su carácter de clase sino en sus objetivos y orientación política” (Zorzoli, 2018). Esta tesis “anti obrerista” suponía que la organización obrera no era una finalidad en sí misma, sino que su alineamiento debía asentarse en el programa. Era un mecanismo para lograr objetivos intermedios, como avances en las condiciones de trabajo y en la legislación laboral, pero no tenía una “esencia” que determine una única orientación política. El supuesto obligaba a recrudescer la lucha ideológica y teórica por acaudillar los movimientos de lucha, puesto que, a pesar de la ruta equivocada, todavía ambos defendían el aporte del sindicalismo al camino revolucionario. Evaluaban que los problemas y limitaciones eran el producto de una desviación excepcional, episódica, acontecida en una situación particular (Hyman, 1978; Haidar, 2012; Basso, 1983). Comprensiblemente, la convicción sobre la presencia de “desvíos” como recurso explicativo único, era el correlato de no poder tener en esa época una comprensión de todos los rasgos que involucra la fisonomía del capitalismo más desarrollado, si bien las desviaciones existían. Una conclusión como la que sigue sólo es asequible en una etapa avanzada de consolidación capitalista:

Efectivamente, la explotación capitalista no se parece en nada a un juego de suma cero; la sindicalización, la reducción de la jornada de trabajo, la elevación de los salarios y la creación de los servicios sociales no sólo han resultado compatible con el

mantenimiento de la acumulación de capital, sino que la han incrementado (Therborn, 1979).

Por supuesto que esta deducción no es aplicable a todos los países y en todo momento, pero sí es imaginable en las naciones capitalistas más desarrolladas, especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial, justamente en aquellos donde el marxismo del siglo XIX previó las primeras revoluciones. Asimismo, para esta sentencia faltaba una observación de lo acontecido durante varias décadas y la contemplación de una suma de factores que en tiempos de Marx obviamente no se habían consolidado.

Hecha la salvedad sobre las limitaciones que imponía la objetividad del desarrollo capitalista, ¿Marx y su amigo quedan absueltos de todo error de percepción? Debido a que su visual se apuntalaba en el diagnóstico que ubicaba al poder burgués en una etapa descendente, no logró percibir con toda claridad el proceso de integración de la clase obrera (Basso, 1983). El efecto de las concesiones aún no podía ser sopesados. La dialéctica del avance y repliegue de cada fuerza no permitía observar en ese tiempo con claridad los resultados de las ofensivas y defensas. La asimilación creciente, en realidad, hacía cada vez más difícil el diseño de una estrategia revolucionaria que trasvase las fronteras del capitalismo más avanzado ("occidente"). Muchas de las políticas desarrolladas por la clase obrera no sólo fueron respaldadas por Marx y Engels; también las propusieron, como la lucha por el sufragio o por una mejor legislación laboral y social. No obstante, estos embates resultaban absorbidos, proceso que no podían percibir con plenitud, insisto, aunque daban claros indicios de incomodidad con planteos propios esbozados con anterioridad (Basso, 1983). Un cambio en la estatalidad impuesto por las relaciones de fuerza y su correlato en la densidad social devenían en un obstáculo para la toma de conciencia. La cristalización de esta filigrana de poder sólo pudo ser procesada en términos de "desvíos", pues la ciudadanización de la clase obrera aún estaba en una etapa inicial. Su afianzamiento fue el factor que puso en entredicho a la actividad sindical para los marxistas, perspectiva que alimentó la teoría del Partido y la concepción que ubica a la conciencia llegando desde "afuera" (Lenin, 1981 [1902]).

Palabras finales

A modo de conclusión podemos afirmar que entre las barreras que impiden el proceso de toma de conciencia, como la represión y la ideología de la clase dominante, debemos considerar otros dos factores. Por un lado, la propia estructuración del campo relacional donde se concretiza la explotación y su nexa con el Estado, tema recorrido aquí especialmente a través de los aportes de Meiksins Wood; por otro lado, la expansión de la estatalidad que promovió la lucha obrera, reseñada a través de la evaluación cambiante sobre la trayectoria del movimiento sindical realizadas por Marx y Engels. La construcción de trampas para promover la heteronomía proletaria fue percibida con perspicacia por los precursores del marxismo, aún en un estado incipiente, ya que en sus reflexiones emanaban molestias como la contrapartida de los espacios que la clase obrera conquistaba en el orden capitalista. La paradoja entrañaba ese reconocimiento, aunque la tensión entre el logro y el retroceso aún fuera nebuloso. Prolongar la actualización de los alcances que tienen esos mecanismos resulta una tarea impostergable. Parece primordial desentrañar, por ejemplo, si las políticas sociales destinadas a los sectores sociales más vulnerables los "empoderan" o los "desempoderan", en especial en un marco donde una parte de la izquierda reclama "más Estado" para protegerlos, sin discutir sobre su carácter de clase y fines estratégicos.

Colaborar con el entendimiento que robustezca el pasaje de la clase obrera a la lucha política autónoma, entonces, exige al menos cubrir estos cuatro obstáculos. Para el estudio de las luchas de la clase obrera en la Argentina, así como para todos los territorios de un extendido y profundo despliegue estatal propio del capitalismo más desarrollado, la cuestión de la ciudadanía adquiere de manera recurrente una gran significación. En el ejido de las ciencias sociales un nivel elevado de la problematización anida en la obra titulada *"Estado nacional y ciudadanía"* de Reinhard Bendix, aunque no se puede soslayar la disertación de Thomas H. Marshall, *"Ciudadanía y clase social"*, como otro fuerte antecedente, que debe ser leído junto a los juicios críticos de Tom Bottomore (Bendix, 1980; Marshall, 1998; Bottomore, 1998). Una pionera en el tratamiento del tema en Argentina fue Celia Durruty en un trabajo publicado en mayo de 1969, que justamente trataba sobre el impacto que recibió la conflictividad social por la incorporación de los sectores populares a la ciudadanía. Basada en Reinhard Bendix, peregrinaba por la cuestión de la incorporación e integración de las masas al sistema político argentino, con algunas alusiones a lo ocurrido en Europa, enmarcadas en la discusión sobre la forma histórica que adquirió este proceso en las "viejas" y "nuevas" naciones (Bendix, 1980 [1964]; Durruty, 1969). Otra referencia obligada la encontramos en un trabajo de Juan Carlos Torre, donde partiendo de un planteo efectuado por el sociólogo alemán Werner Sombart sitúa la problemática con relación a la expansión de la ciudadanía política de la clase obrera. Atento a las experiencias europeas, en cierta sintonía con lo escrito por Reinhard Bendix y Celia Durruty, argumenta que en los países donde los obreros ganaron reconocimiento como ciudadanos tendieron a organizarse preferentemente en el plano económico (sindicatos) y, en cambio, cuando el sistema político cercenaba las aspiraciones democráticas elementales se encontraban forzados a profundizar su organización política (Torre, 2012; Sombart, 1976).⁸ Sin duda, hay mucha bibliografía local para recuperar en esta dirección. La tarea es perentoria para construir mejor el problema del ingreso de la clase obrera a una política autónoma y, al mismo tiempo, buscar fundamentos para la lucha por una revolución social en los marcos de un sistema político republicano, que con sus aparatos institucionales contraponen ciudadanía a revolución, al punto que la acción revolucionaria necesariamente implica romper con la ciudadanía (Marín, 1981). Finalmente, el recorrido realizado insinúa que no existe un factor sociológico determinante como una ley social o recurrencia, ni una fórmula política, que permita superar de manera automática los obstáculos para la toma de conciencia. El problema queda situado en el ámbito del debate estratégico y su superación, entonces, resulta sólo esperable por el arte político/militar.

Bibliografía

AMBRIZ-ARÉVALO, Gerardo: "La ideología en Marx. Más allá de la falsa conciencia", en **Pensamiento y Cultura**. Cundinamarca, Colombia, Universidad de La Sabana, junio 2015, Volumen 18, Número 1, pp.101/131.

ARICÓ, José. **La hipótesis de Justo**. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

ÁVALOS, Gerardo. **El despliegue del capital**. México, UAM, 2009.

BASSO, Lelio. **Socialismo y revolución**. México, Siglo XXI, 1983.

⁸ Establece una relación con una hipótesis blandida por José Aricó, que versaba sobre la relación entre el Partido Socialista y los trabajadores asalariados ante el surgimiento del peronismo (Aricó, 1999). También se encuentra allí una breve referencia a la situación vivida por el movimiento obrero argentino comparado con el norteamericano ante una "democratización temprana", problema que alude a las reflexiones de Sombart (Sombart, 1976).

- BENDIX, Reinhard [1964]. **Estado nacional y ciudadanía**. Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- BENSAÏD, Daniel. **Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica**. Argentina, Ediciones Herramienta, 2003.
- BONAVENA, Pablo y MILLÁN, Mariano: "Conflicto social e imputación estructural. Un recorrido por la teoría sociológica", en GALAFASSI, Guido y Sonia PURICELLI; **Perspectivas críticas sobre la conflictividad social**. Ranelagh, Extramuros Ediciones, Theomai Libros, Grupo de Estudios Sobre Acumulación, Conflictos y Hegemonía de la Universidad Nacional de Quilmes, 2017, pp. 55/75.
- BOTTOMORE, Tom: "Ciudadanía y clase social, cuarenta años después", en MARSHALL, Thomas H. y BOTTOMORE, Tom. **Ciudadanía y clase social**. Madrid: Alianza, 1998.
- CLIFF, Tony (2011). **Lenin: La construcción del partido 1983/1914**. Madrid, El Viejo Topo, 2011.
- CORNBLIT, Oscar: "Marx y los sindicatos", en **Revista Libertas**, número 19. Buenos Aires, Instituto Universitario ESEADE, octubre de 1993. En: http://www.eseade.edu.ar/files/Libertas/26_3_Cornblit.pdf.
- DOMÈNECH, Antoni. **El eclipse de la fraternidad: una revisión republicana de la tradición socialista**. Barcelona, Crítica, 2004.
- ENGELS, Federico [1845]. **La situación de la clase obrera en Inglaterra**. Moscú, Editorial Progreso, 1974.
- ENGELS, Federico [1858]. "Carta de Engels a Marx del 7 de octubre de 1858"; en MARX, Carlos y ENGELS, Federico. **Obras Escogidas**, Tomo VIII, Avellaneda, Ciencias del Hombre, 1973.
- ENGELS, Federico [1881]. "Extractos de las editoriales del The Labour Standard"; en ENGELS, Federico. **El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard**. Moscú, Progreso, 1975, pp. 12 a 19.
- ENGELS, Federico [1892]; "Prefacio a la segunda edición alemana de 1892", en ENGELS, Federico. **La situación de la clase obrera en Inglaterra**. Moscú, Editorial Progreso, 1974.
- ENGELS, Federico [1895]; "Introducción", en MARX, Carlos. **Las luchas de clases en Francia**. Madrid, Fundación Federico Engels, 2015.
- DURRUTY, Celia. **Clase obrera y peronismo. Córdoba, Pasado y Presente, 1969.**
- FJELD, Anders: "Cuando la científicidad económica postula su propia subversión: el lugar del conflicto social en la economía política de Adam Smith", en **Las Torres de Lucca**, España, Universidad Complutense de Madrid, Volumen 6, número 10, enero-julio, 2017, pp. 107/134.
- GREEN, David. "Lines of conflict: labor disputes in London 1790-1870", in **International Review of Social History**, Amsterdam, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, number 43, 1998, pp. 203/233.
- H Aidar, Julieta: "Gramsci y los consejos de fábrica. Discusiones sobre el potencial revolucionario del sindicalismo", en **Trabajo y Sociedad**, Argentina, Universidad Nacional de Santiago del Estero, volumen XIV, número 15, otoño 2010, pp. 71/91.
- HYMAN, Richard [1971]. **El marxismo y la sociología del sindicalismo**. México, Era, 1978.
- HYMAN, Richard [1975]. **Relaciones industriales. Una introducción marxista**. Madrid, H. Blume Ediciones, 1981.
- IZAGUIRRE, Inés y colaboradores. **Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedentes, desarrollo, complicidades**. EUDEBA, Buenos Aires, 2009.
- JACOBY, Roberto. **Conciencia de clase y enfrentamientos sociales: Argentina 1969**. Buenos Aires, Cuadernos de CICSO, Serie Estudios, número 32, 1978.
- JACOBY, Roberto. **El asalto al cielo**. Buenos Aires, CINAP, 1994.

- KAUTSKY, Karl [1909]. **El camino del poder**. Valencia, Alejandría Proletaria, 2018. Marxists Internet Archive. En: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1909/1909-caminopoder-kautsky.pdf>.
- LAPIDES, Kenneth. **Marx and Engels on the Trade Unions**. New York, Praeger Publishers, 1987.
- LENIN, Vladímir Ilich [1899]. “Sobre las huelgas”, en **Obras Completas**. Tomo IV, Buenos Aires, Cartago, 1958.
- LENIN, Vladímir Ilich [1918]. “Informe Político del Comité Central del 7 de marzo de 1918 al Séptimo Congreso Extraordinario del PC de Rusia”, en LENIN, Vladímir Ilich **Obras Completas**. Tomo XXVIII, Buenos Aires, Cartago, 1958.
- LENIN, Vladímir Ilich [1902]. **¿Qué hacer?** Moscú, Progreso, 1981.
- MARSHALL, Thomas H. [1950]. “Ciudadanía y clase social”, en MARSHALL, Thomas H. y BOTTOMORE, Tom. **Ciudadanía y clase social**. Madrid: Alianza, 1998.
- MAGRI, Lucio: “Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario”, en CERRONI, Umberto; MAGRI, Lucio y JOHNSTONE, Monthy. **Teoría marxista del partido político/I**. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1987.
- MARÍN, Juan Carlos. **La noción de “polaridad” en los procesos de formación y realización del poder**. Buenos Aires, Cuadernos de CICSO, Serie Teoría, número 8, 1981.
- MARÍN, Juan Carlos. **Conversaciones sobre el poder. Una experiencia colectiva**. Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, 1993.
- MARX, Karl [1843]. **Carta a Arnoldo Ruge** (septiembre). Marxists Internet Archive. En: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m09-43.htm>.
- MARX, Karl [1868]. **Lettre à Johann Baptist von Schweitzer**. Marxists Internet Archive. En: <https://marxists.catbull.com/francais/marx/works/1868/10/km18681013.htm>.
- MARX, Karl [1871]. “Carta a Bolte”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich. **Obras Escogidas**. Tomo VIII, Avellaneda, Editorial Ciencias del Hombre, 1973.
- MARX, Karl (1973) [1868]. “Carta a J. B. von Schweitzer”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich. **Obras Escogidas**. Tomo VIII, Avellaneda, Ciencias del Hombre, 1973.
- MARX, Karl [1847]. **Miseria de la filosofía**. España, Hyspamérica, 1984.
- MARX, Karl. **El Capital**. Tomo I, México, Editorial Siglo XIX, 1987.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico [1848]; *El manifiesto del Partido Comunista*. Marxists Internet Archive. En <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>.
- MEIKSINS Wood, Ellen. **Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico**. México, Siglo XXI, 2000.
- MEIKSINS Wood, Ellen. **El imperio del capital**. Madrid, El Viejo Topo, 2004.
- MEHRING, Franz. Marx. **Historia de su vida**. Buenos Aires, Editorial Marat, 2013.
- NIEVAS, Flabián Héctor. **Lucha de clases: Una perspectiva teórico-epistemológica**. Buenos Aires, Editorial Imago Mundi, 2016.
- OSORIO URBINA, Jaime Sebastián: “La ruptura entre economía y política en el mundo del capital”, en **Revista Herramienta Web**, número 14, octubre 2013. En: <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=1998>.
- PÉREZ, Pablo: “Cómo entender y estudiar la conciencia de clase en la sociedad capitalista contemporánea. Una propuesta”, en **Revista Theomai. Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo**, número 29, primer semestre 2014, pp. 121/140.
- PIAGET, Jean. **Seis estudios de psicología**. España, Planeta Agostini, 1985.
- POLANYI, Karl [1944]. **La gran transformación**, Madrid, La Piqueta, 1989.

POY, Lucas: "Huelgas, sindicatos y huelga salarial en los textos de Marx y Engels. Algunos apuntes y consideraciones teóricas"; en **Hic Rhodus. Crisis capitalista, polémica y controversias**, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), número 3, diciembre 2012, pp. 41/53.

RUBEL, Maximilien. **Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual**. Buenos Aires, Paidós, 1970.

SANTELLA, Agustín: "¿Qué son los sindicatos en la teoría marxista?", en Revista **Archivos de la historia del movimiento obrero y la izquierda**, Buenos Aires, año III, número 5, 2014, pp. 115/135.

SMITH, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

SCHORR, Martín y WAINER, Andrés: "Preludio: Modelo de acumulación. Una aproximación conceptual"; en **Revista Unidad Sociológica**, Buenos Aires, número 10, año 3, junio/septiembre 2017.

SOMBART, Werner [1906]. *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* Londres, McMillan, 1976.

THERBORN, Göran. **¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo**. España, Siglo XXI, 1979.

TORRE, Juan Carlos: "¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?", en TORRE, Juan Carlos. **Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

TROTSKY, León: "Los problemas de la insurrección y de la guerra civil"; en TROTSKY, León. **Cómo se armó la revolución (Selección de Escritos Militares)**. Buenos Aires, Ediciones del IPS, 2006.

ZORZOLI, Luciana: "¿Una teoría marxista sobre los sindicatos? Balance con inventario para pensar las organizaciones obreras", en **Revista Sociohistórica**, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro de Investigaciones Socio Históricas, número 41, primer semestre, 2018.

WRIGHT, Eric Olin. **Clases**. España, Siglo XXI, 1994).



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nuevas (comp.)

**La lucha política de la clase obrera hoy:
viejos y nuevos problemas**

Nicolás Iñigo Carrera¹

Introducción

La convocatoria a “discutir tanto en el plano teórico como político el concepto y el proceso de la lucha de clases, revisando los ejes fundamentales de las discusiones tradicionales para así confrontarlo con este presente” y a “asumir críticamente todas las reflexiones necesarias para dotar nuevamente a esta idea-fuerza de toda su vitalidad” invita a hacer ciertas precisiones.

En primer lugar, nada indica que el proceso mismo de la lucha de clases, en tanto fue y sigue siendo motor de la historia, haya perdido vitalidad. Pero sí cabe reflexionar sobre el concepto mismo, a la luz de las transformaciones en la sociedad producto de la fase que transita actualmente el capitalismo, la de su descomposición.

Esa reflexión remite necesariamente al conocimiento acumulado (teoría) y, en nuestra perspectiva, tiene los siguientes puntos de partida:

1) los pilares fundamentales de la teoría difícilmente requieran ser revisados en tanto fueron

¹ Conicet / Instituto Ravignani - FFyL - UBA / Pimsa

descubiertos a partir del análisis de la sociedad capitalista, cuya **naturaleza**, sus elementos constitutivos (modo de producción de la vida material y social, apropiación del trabajo ajeno bajo la apariencia de un intercambio de equivalentes, la tendencia a la concentración de la riqueza en cada vez menos manos, las clases sociales fundamentales, su confrontación como motor de la historia, el papel de la fuerza material – momento potencialmente militar – en los procesos de transformación social) no han desaparecido sino que se han desarrollado.

Las experiencias “revisionistas” de la teoría del socialismo científico que dejaron de lado aquellos pilares fundamentales sólo fueron senderos que condujeron a sus cultores a entregarse con armas y bagajes al campo enemigo y quitaron a la teoría toda su fuerza en términos explicativos y como herramienta de transformación social. Por eso, más que revisar la teoría se trata de restaurarla², aplicarla y desarrollarla con relación al mismo proceso de desarrollo del capitalismo.

2) Asumir esta teoría implica no presentar como avances o descubrimientos novedosos lo que ya fue descubierto por sus fundadores y continuadores. Bastante hay para explicar acerca de los **rasgos** novedosos que presenta el capitalismo de nuestros días, fenómenos que no existían o sólo existían embrionariamente en los tiempos en que la teoría fue formulada y desarrollada. En primer lugar, el hecho de que el capitalismo transita la fase de su descomposición, de lo que es indicador el enorme incremento de una población sobrante para el capital, una superpoblación relativa. Descomposición que se manifiesta en la generalización del rentismo y del parasitismo, la centralización de la propiedad y la riqueza en cada vez menos manos, el incremento relativo (atendiendo a la profundización de las diferencias en la distribución del ingreso) de la pobreza global y del gasto dirigido a sostener el pauperismo oficial en todos los países del mundo.

3) Siguiendo aquel consejo que Karl von Clausewitz expuso en el Prólogo de su libro *De la Guerra*, y que dice “(...) así como las plantas sólo dan fruto cuando la flor no nace a demasiada altura en el tallo, así en las artes prácticas [y la investigación científica lo es. NIC] las hojas y las flores teóricas no deben levantarse demasiado, sino mantenerse próximas al suelo constituido por la experiencia”, considero que la exposición de cuestiones teóricas no puede hacerse sin referencia a hechos concretos.

Parte I: Clase obrera, confrontación y política

La lucha como constitutiva de la clase obrera en Marx y Engels

En lo que hace a la relación entre luchas políticas y clase obrera, debemos precisar qué vamos a entender por clase obrera y por luchas políticas partiendo de la teoría del socialismo científico.

Un discurso caricaturesco afirma que la muerte sorprendió a Marx dejando inconcluso el capítulo sobre las clases sociales. Sin caer en esa caricatura hay quienes afirman que la cuestión de las clases sociales está entre los temas que Marx y Engels dejaron planteados pero no resueltos. Aunque es verdad que, desde una perspectiva científica ningún problema está definitivamente resuelto porque nuevas situaciones presentes plantean aspectos de problemas que habían pasado desapercibidos, en el tema que nos ocupa existen varios trabajos de Marx en los que define qué entiende por clase obrera.

²Restaurar: Recuperar o recobrar; Reparar, renovar o volver a poner algo en el estado o estimación que antes tenía. Reparar una pintura, escultura, edificio, etc., del deterioro que ha sufrido.

En el tomo III de *El Capital* la referencia a las tres grandes clases sociales en el capitalismo remite a las fuentes de ingreso que surgen de sus respectivas propiedades (fuerza de trabajo, capital y tierra) “¿Qué hace que trabajadores asalariados, capitalistas y terratenientes formen las tres grandes clases sociales?” plantea Marx, “**A primera vista**, la identidad de los réditos y de las fuentes de rédito” (subrayado NIC): los individuos que conforman los grupos sociales fundamentales “viven respectivamente de salario, ganancia y renta de la tierra, de la valorización de su fuerza de trabajo, de su capital o de su propiedad de la tierra” (Marx 1989 : 1123-4). Esto es lo que aparece “a primera vista”, lo aparente³.

Pero existen varios textos en los que los fundadores del socialismo científico fueron más allá de lo que aparece “a primera vista”. Marx y Engels habían precisado – en un texto que, debido a las dificultades encontradas para editarlo, decidieron entregar a “la crítica roedora de los ratones” (Marx,1974 a) –,que

Los individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues, por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predeterminadas, por así decirlo: se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. (...) esta absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse, al mismo tiempo, en una absorción por diversas ideas, etc. (Marx y Engels 1968 : 60-61).

De manera que, en la perspectiva del socialismo científico, el concepto de clase social es inescindible de la lucha⁴.

En *Miseria de la Filosofía*, publicado poco después por Marx, encontramos la referencia a la lucha política, específicamente aplicada a la clase obrera. Con el desarrollo de la gran industria ésta concentra a una masa de obreros que no se conoce entre sí y cuyos intereses individuales la dividen por la competencia entre ellos; su interés común frente al patrón en la defensa del salario hace que acabe la competencia entre los obreros para hacer una competencia general a los capitalistas, formando coaliciones obreras. Éstas se asocian entre ellas y la defensa de las asociaciones pasa a ser más necesaria que la defensa del salario. Marx hace dos señalamientos:

Las condiciones económicas, transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. **La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha**, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, **se constituye como clase para sí**. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política (Marx 1975 : 158) (subrayado NIC).

³ En el mismo sentido en que aparece la “propiedad” del obrero individual sobre su fuerza de trabajo, apariencia que se desvanece cuando se considera a la clase obrera, como señaló Marx en el primer volumen de *El Capital*.

⁴ Y también en el plano individual: “La competencia es la expresión más completa de la guerra de todos contra todos, dominante en la moderna sociedad burguesa. Esta guerra, guerra por la vida, por la existencia, por cada cosa, por lo tanto, en caso de necesidad, una guerra de vida o muerte, no existe solamente entre las clases diversas de la sociedad, sino, además, entre los particulares individuos de estas clases (...). Los trabajadores se hacen la competencia entre sí, los burgueses hacen otro tanto. (...) Pero esta competencia entre los trabajadores es el lado más triste de su actual situación, el arma más aguda contra el proletariado, en manos de la burguesía. De ahí los esfuerzos de los trabajadores para suprimir, con las asociaciones, esta competencia; de ahí el furor de la burguesía contra estas asociaciones y su triunfo por cada derrota sufrida por ellas” (Engels 1965 : 89-90). Existen dos “fuerzas”, una centrípeta –que hace a la lucha entre clases a partir de la conciencia de situación e intereses común (concentración); otra centrífuga –que hace a la competencia (dispersión) entre individuos enfrentados en la competencia, en la “lucha de todos contra todos”.

El proceso de constitución de la clase obrera tiene como condición necesaria su constitución como clase para el capital; sólo se constituye en sentido pleno, para sí, en confrontación con la clase capitalista.

Y aquí se introduce lo político: “En esta lucha – verdadera guerra civil – se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político” (Marx 1975 :158).

El mismo señalamiento encontramos en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, respecto de los campesinos parcelarios franceses:

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. (...) Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la población francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su forma de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y **la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase.** (Marx y Engels 1974 b : 489-490) (subrayado NIC).

La comunidad de intereses organizada políticamente hace a la constitución de una parte de la población en clase social. La lucha y la organización política son los elementos que hacen a la existencia plena como clase social.

El concepto de “unión nacional” adquiere una nueva dimensión, que excede la clase, cuando abarca al conjunto de una fuerza social.

Qué entendemos por clase obrera

Es a partir de estos elementos que definimos a la clase obrera como esa parte de la sociedad que, expropiada de sus condiciones materiales de existencia, sólo puede obtener sus medios de vida bajo la forma del salario (lo reciba o no), y que, tomando conciencia de su situación, lucha por modificarla.

Esta concepción acerca de quiénes forman la clase obrera se diferencia de las que reducen la clase obrera al proletariado industrial y se limitan exclusivamente a las relaciones productivas⁵ Despleguemos la definición:

⁵ Por ejemplo, Jürgen Kuczynski que considera que, como “la clase obrera moderna es producto de la máquina” (Kuczynski 1967 : 50-51), “Los auténticos obreros modernos son, pues, los de las factorías” (Kuczynski 1967 : 59). Aunque él mismo amplió la definición al señalar que “si interpretamos la expresión ‘clase obrera’ más ampliamente e incluimos mineros y obreros de la construcción, los obreros de factoría forman el núcleo del proletariado industrial, es decir, de la clase obrera” (Kuczynski 1967 : 59). Esta definición, que reduce la clase obrera al proletariado industrial, tiene la virtud de contraponer al obrero moderno con los trabajadores pre-industriales, pero la debilidad de no contemplar al conjunto de los expropiados, en particular a los que, como resultado de la ley general de la acumulación capitalista fueron constituyendo una superpoblación relativa para las necesidades del capital.

- a) La clase obrera no es una mera suma de individuos, sino **una parte de un todo que es la sociedad**. El desarrollo de las fuerzas productivas sociales y de la división social del trabajo constituyen un obrero cada vez más colectivo. La fuerza productiva de los trabajadores (obrero colectivo, que al producir reproduce las potencias que lo dominan) es cada vez más social, rompiendo las barreras nacionales.
- b) **expropiada** por el uso de la fuerza material estatal o privada (coacción extraeconómica), expropiación que se recrea cada vez que el consumo de sus medios de vida obliga a los obreros a volver a entregar su fuerza de trabajo al capitalista (coacción económica), lo que crea y recrea las condiciones de existencia de la clase obrera como parte expropiada de la sociedad. Expropiación que también se realiza en el mismo proceso productivo, con la apropiación por parte del capital del saber obrero.
- c) **de sus condiciones materiales de existencia**. Es decir de algo más que los medios de producción y de cambio. Es expropiada de las fuerzas productivas sociales, es decir, de la organización misma de la producción, distribución, cambio y consumo de la vida⁶ y, por ende, de la fuerza material organizada y centralizada en el sistema estatal. La división social del trabajo, resultante de las fuerzas productivas sociales, no es una mera diferenciación de funciones sociales, sino un conjunto de relaciones de poder.
- d) Por su condición de expropiada **sólo puede obtener sus medios de vida bajo la forma del salario**, lo que en el encuentro del obrero y capitalista individuales aparece como una compraventa. Sin embargo no todos los expropiados logran “vender” su fuerza de trabajo y se encuentran desocupados. En cualquier caso la apariencia de intercambio de equivalentes en la relación entre individuos propietarios desaparece cuando se considera a las clases (Marx 1973 : 494).
- e) no hay seres humanos sin algún grado de conciencia de la situación en que se encuentran. Para la clase obrera esa situación se resume en su condición de **asalariada** por hallarse **expropiada**.
- f) La conciencia de su situación conlleva la **lucha** por modificarla. La definición misma de clase obrera involucra la lucha.

El concepto de “clase social” remite a dos ámbitos inescindibles en la realidad, pero distinguibles a los fines del análisis: 1) el de las relaciones establecidas en la producción y reproducción de la vida material, signadas por la división del trabajo, la posición respecto de la propiedad de las condiciones materiales de existencia y la función en la producción; 2) el de la lucha por realizar los intereses de los grupos sociales conformados por aquellas relaciones, de la que los individuos toman **conciencia** (diferentes grados de conciencia), es decir, de un conocimiento más o menos aproximado de algún aspecto o de la totalidad de su situación objetiva⁷.

En el caso de los obreros un escalón en ese proceso de conocimiento de su situación objetiva la constituye la conciencia de la necesidad de obtener un salario para poder reproducir su vida. En tanto se perciben como propietarios de fuerza de trabajo se organizan y luchan para venderla en las mejores condiciones posibles⁸. En la medida en que esa lucha deviene una

⁶La distancia entre considerar la expropiación de medios de producción y de fuerzas productivas sociales salta a la vista cuando se analiza el caso de las fábricas recuperadas: sus obreros han recuperado los medios de producción pero no controlan las fuerzas productivas sociales.

⁷No existe acción humana que no involucre algún grado de conocimiento (conciencia) de la realidad, con un grado mayor o menor de aproximación a la realidad en la reconstrucción de ésta por el pensamiento.

⁸Lo que incluye el monto del salario directo e indirecto y las condiciones de trabajo. En tanto es el precio que paga

lucha de clase contra clase, se prolonga en la lucha política por una legislación que contribuya a establecer condiciones favorables a los obreros, a la vez que deviene política en tanto involucra al gobierno del estado. Esta es la **conciencia de asalariado**, que conduce a la lucha por reformar el sistema vigente sin transformarlo de raíz. Se ha constituido como clase en sí y para sí con conciencia burguesa, de propietario (de su fuerza de trabajo). Primer escalón en la construcción de su autonomía.

El conocimiento de que la situación de asalariado es resultado de un proceso de expropiación de las fuerzas productivas sociales, tanto pasado como presente, y que la clase obrera no es propietaria de sus condiciones de existencia constituye la **conciencia de expropiado**, que conduce a la lucha por la superación del sistema vigente, su transformación radical, en la lucha política revolucionaria, y su constitución plena en clase para sí.

Lucha política

La lucha política de la clase obrera es una lucha por influir en los asuntos del estado, por ampliar la fuerza política de la clase obrera, que implica ampliación de los derechos del pueblo, y que culmina con la conquista del poder político por el proletariado (construcción de un nuevo poder). Esa lucha contra el régimen de dominación, cuya cara más visible es el gobierno, la libra la clase obrera junto con otras fracciones sociales que forman el pueblo, los excluidos del poder político.

¿Cómo es el proceso por el que la lucha económica deviene lucha política?

Como vimos la lucha de clase de la clase obrera recorre un proceso (no lineal), descrito por Marx y Engels desde el enfrentamiento con el capitalista individual (lucha económica) hasta constituirse como una lucha de clase contra clase, con lo que deviene en lucha política.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. [...]

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe [...] poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. [...]

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez [...]. Las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. [...].

El verdadero resultado de sus luchas es [...] la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación, creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes

el capitalista por el uso (desgaste) de la fuerza de trabajo del obrero por un tiempo determinado y en determinadas condiciones, en el salario se subsumen también las condiciones de trabajo.

localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política” (Marx y Engels 1960 : 20-21). Lo que Marx y Engels presentan es el desarrollo en el espacio-tiempo del proceso en que se constituye la clase obrera y su lucha deviene política pasando de lo puntual y local a lo general, tomando forma nacional.

Llegado a ese punto del desarrollo histórico ¿toda lucha de la clase obrera es política? ¿Una lucha puntual de un grupo de obreros contra un capitalista individual, en la medida en que está inserta en un movimiento general de la clase obrera es lucha política? ¿La intervención del aparato estatal la convierte en política?

La relación de fuerzas política

Los mismos elementos planteados por Marx y Engels están presentes en la exposición del “canon de búsqueda y de interpretación” para el análisis de una situación que explicita Gramsci con respecto a la relación de fuerzas política: “el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales”. Gramsci presenta una gradación desde el momento económico-corporativo (del grupo profesional) hasta el estrictamente político (del partido), en el que confrontan las clases sociales fundamentales conduciendo fuerzas de las que forman parte fracciones sociales subordinadas para establecer su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad; esos dos grados están mediados por el momento del grupo social, en el que “se plantea la cuestión del estado, pero sólo en el terreno de lograr una igualdad política-jurídica con los grupos dominantes” (Gramsci 1986 : 71-72). En el tercer momento la lucha política se libra entre fuerzas sociales (Marín 2009) que expresan el interés inmediato o histórico de la clase que conduce la alianza social y aspectos parciales de los intereses de las fracciones subordinadas. Conduce la alianza la fracción social que logra presentar su interés como interés del conjunto.

Si bien el momento económico corporativo es el más elemental y sólo el tercero es el estrictamente político, los tres grados forman parte del momento político. De manera que aun la lucha estrictamente profesional (por caso, los obreros de una fábrica) se localiza en el grado más elemental de la lucha política.

Por otra parte, difícilmente encontremos hoy una lucha económica, aún la más limitada, que no tenga una proyección en el ámbito de las relaciones políticas.

Lo que nos conduce al siguiente punto.

Lucha económica, lucha política, lucha teórica

La lucha del movimiento obrero, la parte de la clase obrera organizada en defensa de sus intereses, se libra en tres “direcciones concertadas” (Engels 1970 : 37) que son a la vez las formas (Lenin 1959 : 377) que toma: económica, política y teórica. Al analizar un proceso histórico debe tenerse presente que cada hecho de lucha contiene las tres formas aunque en diferentes proporciones o densidades. En este sentido la lucha de clase del proletariado siempre tiene, aunque sea en potencia o subordinada a alguna de las otras formas, algo de la forma política.

Pero eso no quita que cada hecho predomine una u otra dirección. Y en ese sentido es la investigación de los hechos la que determinará cuánto de lucha política tiene, a qué grado (del grupo profesional, del grupo social o del partido) y a qué conciencia (de asalariado o de expropiado) responde un hecho.

Parte II La lucha política de la clase obrera hoy

¿En qué condiciones se desarrolla hoy la lucha política de la clase obrera? ¿Cuáles son las condiciones actuales del desarrollo del capitalismo que requieren de desarrollar la reflexión teórica?

Dos cuestiones saltan a la vista: 1) el capitalismo recorre su fase de descomposición, con el crecimiento de una población sobrante para las necesidades del capital, sumida en el desempleo crónico y la pobreza, 2) Al período de ascenso de la luchas populares y revolucionarias, de liberación social y de liberación nacional, iniciado en la década de 1950 y que se prolongó en la siguiente ha sucedido un período contrarrevolucionario en que la iniciativa está en manos de la oligarquía financiera.

Descomposición del capitalismo

Existen variados discursos que señalan que en las décadas de 1960 / 1970 se inició una nueva fase en la historia de la Humanidad. Aunque pueden diferir en algunos aspectos, un breve repaso muestra que entre los discursos más difundidos (y, de hecho, impuestos en las ciencias sociales argentinas), desde Alain Touraine (2006) o Manuel Castells (2003) hasta Antonio Negri (2004) todos coinciden en que nos encontramos en una nueva realidad. También desde perspectivas teóricas y políticas contrapuestas a las anteriores, como las sostenidas por el colectivo formado por Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya (2000), se señala una metamorfosis del capitalismo, que pasaría del capitalismo monopolista de estado hacia el capitalismo monopolista de estado transnacional.

Desde nuestra perspectiva, la situación actual está signada por la lucha del capital financiero – el imperialismo –, gestados a fines del siglo XIX y desarrollados a lo largo del siglo XX, por completar su hegemonía.

La fase de dominio del capital financiero es, a la vez, la fase de descomposición del capitalismo. Como bien sabemos a partir de conocer los procesos de otros modos productivos esa descomposición no significa ni derrumbe ni caída. Se trata de procesos seculares en que la reproducción de un modo productivo, de sus relaciones fundamentales, se encuentra con trabas que no logra vencer. Si en los modos esclavista y servil la traba estuvo dada por la escasez de población trabajadora, en el capitalismo ocurre lo contrario: no puede absorber en las relaciones que le son propias una creciente masa de población, que deviene superpoblación relativa para las necesidades del capital.

El desarrollo capitalista involucra un enorme incremento de la fuerza productiva del trabajo acompañado de la concentración y centralización de la riqueza, resultantes del establecimiento de nuevas condiciones de trabajo, dirigidas a contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, impuestas a comienzo de los años '70 por la fuerza material del estado aplicada por gobiernos (Thatcher, Reagan) que infligieron derrotas a las organizaciones obreras. En los países de antiguo desarrollo capitalista⁹ un rasgo fundamental de esta fase es el crecimiento de la desocupación. En esos países (Estados Unidos y Europa occidental) en los años '50 se consideraba “pleno empleo” una tasa de desempleo de hasta el 3% (Nun 2001: 253-254); hoy esa tasa ronda, según las estadísticas de la OIT, entre el 4/5% (en Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña), el 10 % (Italia, Francia) y el 20% (España). El estancamiento que siguió a la crisis que comenzó en 2007 agudiza o hace más visible ese rasgo, pero es un rasgo estructural. A

⁹ La dirección predominante en que se expande el capitalismo es diferente en distintos territorios: en extensión en China o en África, en profundidad en los países de antiguo desarrollo capitalista, principalmente en Europa.

nivel mundial la OIT estima la desocupación abierta en alrededor de 5%. A la vez, por primera vez en la historia humana la población urbana está superando o ha superado en número a la población rural en el mundo, lo que indica que esa población, que no está enlazada en relaciones salariales estables, no está formada por campesinos que van a incorporarse a las relaciones salariales sino por población repelida de esas relaciones.

En Argentina el desarrollo del capitalismo a partir del desenlace favorable a la fuerza social acaudillada por la oligarquía financiera del proceso de luchas de los años sesenta y setenta del siglo pasado es acompañado por un incremento de la pobreza, que pasó de alrededor de un 5% de la población en 1974 a un mínimo de 25 a 30% de pobreza consolidada en la actualidad. Crecimiento de la pobreza que se corresponde con el peso de la superpoblación relativa¹⁰, cuya manifestación más evidente es el crecimiento de la desocupación abierta. Durante aproximadamente un cuarto de siglo (desde mediados de la década de 1960 hasta casi fines de la década de 1980) la tasa de desocupación abierta¹¹ máxima rondó el 6% de la PEA. En 1988 rompió su tope histórico, creció en los años 90 hasta llegar a 21,5% en mayo de 2002. Descendió y se estabilizó a partir de 2007 entre un mínimo de aproximadamente 6% y un máximo de 10%, un rango distinto del que tenía antes del fin de los años '80: su mínimo es igual o superior a lo que era su máximo hasta esa fecha. Este nuevo equilibrio expresa las nuevas condiciones para el desarrollo capitalista en Argentina, que indican un cambio orgánico en la estructura económica de la sociedad argentina.

Pero ésa es sólo una parte de la superpoblación relativa que también aparece, más o menos encubierta, entre la población que se encuentra parcialmente desocupada (medida por los índices de “subocupación horaria”), en la parte de la población económicamente no activa que “se retira” del mercado de fuerza de trabajo cuando las posibilidades de vender su fuerza de trabajo son escasas, en una parte de la numerosa población de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan. Y también en una parte de la población ocupada: una parte de los trabajadores de la administración del aparato estatal (cuya condición de sobrante para el capital se hace evidente en los discursos de los cuadros intelectuales del gran capital), en una parte de la población “autoempleada” en condiciones de “trabajo precario” y otras manifestaciones en ramas o actividades de condiciones productivas obsoletas. Y también en la población refugiada en el **pauperismo oficial**, que recibe una parte de sus medios de vida bajo la forma de subsidios estatales o privados, en especie o en dinero, con contraprestación laboral o no, y al menos en una parte de los jubilados (Iñigo Carrera, Cavalleri y Murrini 2012) (Donaire, Rosati, Cavalleri y Mattera 2018).

Una estimación realizada “dentro de parámetros muy conservadores” para el año 2010, “momento en que se manifiesta en forma crónica” y no aguda, da como resultado que la superpoblación relativa en Argentina abarca entre el 37% (superpoblación obrera sobre población total) y el 48% de la población (superpoblación obrera + pequeña burguesía en descomposición sobre población total) (Donaire, Rosati, Cavalleri y Mattera 2018 : 84). Si se considera estrictamente con relación al proletariado alcanza al 61,6% (Idem : 56).

El peso de la superpoblación relativa dentro de la clase obrera constituye el cambio más importante dentro del capitalismo argentino contemporáneo y plantea nuevos problemas acerca de lugar de los pobres de vida e influencia como sujeto histórico.

Consecuencias del crecimiento de la superpoblación para la lucha política de la clase obrera

¹⁰ En 2010, en Argentina, “el pauperismo como capa representa alrededor de un 83% del total de la superpoblación obrera” (Donaire, Rosati, Cavalleri y Mattera 2018 : 57)

¹¹ En bien de la brevedad de la exposición sólo haremos referencia a la desocupación abierta, pero lo mismo vale para la subocupación.

No es novedoso que el capitalismo genere una población sobrante para sus necesidades de fuerza de trabajo. La generación de una creciente superpoblación relativa, población sobrante para las necesidades del capital, fue señalada por Marx (1973 : capítulo 23) como la ley de población propia del capitalismo. Pero el desarrollo de esa tendencia constituye un cambio cualitativo en las condiciones en que se desarrolla la lucha de la clase obrera hoy y que plantean nuevos problemas que ponen en primer plano la cuestión de la relación entre el ejército obrero en activo y la superpoblación relativa. Por ejemplo, el proceso de toma de conciencia como clase presentado al inicio de este trabajo está planteado desde los obreros reunidos por el capital. ¿Cómo es ese proceso en la parte de la superpoblación constituida por los expropiados que nunca pasaron por esa experiencia?

En la perspectiva de los fundadores del socialismo científico el proletariado industrial, que recorría ese proceso de toma de conciencia en la lucha, encabezaría el movimiento que tuviera como meta la superación de la sociedad capitalista y arrastraría a los expulsados de la industria, al resto de la clase obrera, a la superpoblación y a los pobres en general, al conjunto de la masa trabajadora y explotada (Marx y Engels 1968 : 70), aunque advertían que en un país como Inglaterra, que dominaba el mundo, una parte de la clase obrera se encontraba en una situación acomodada, constituía una aristocracia obrera y no estaba dispuesta a encabezar un proceso radical de transformación social (Engels 1965 : 15-16): perteneciendo “a una nación que explota al mundo entero”, “el proletariado inglés se está aburguesando cada vez más” (Marx y Engels: 1973).

¿Cómo percibían el papel de las capas más pobres del proletariado? Las referencias son al “proletariado andrajoso”, el lumpenproletariado¹², que, si bien remite a una posición objetiva dentro de la estructura económica de la sociedad, presenta también como rasgo ser de donde se reclutan quienes practican actividades delictivas (Marx 1974c: 453). El término incluye a trabajadores de baja calificación pero también remite a un aspecto moral (Engels 1970 : 26), y este aspecto es el que termina primando en la consideración de sus potencialidades políticas, al margen de la condición de pobres. Sin duda como fruto de la experiencia de la revolución de 1848 en Francia y el ascenso al gobierno de Napoleón III, hay un explícito rechazo del lumpenproletariado como sujeto de la transformación social.

El papel del proletariado de la “gran producción” como clase dirigente de la masa trabajadora y explotada también fue señalado en las experiencias de las primeras revoluciones socialistas triunfantes (Lenin 1958 : 397) (Lenin 1960b : 412) (Mao Tse-Tung 1968 : 336). Pero, sin dejar de considerarla una capa desclasada y vacilante, la evaluación de las potencialidades del lumpenproletariado fue más flexible (Lenin 1960c : 210) (Mao Tse-Tung 1968 : 337). No así en la Revolución Cubana, en la que el sujeto de la revolución es el pueblo (las clases y fracciones excluidas del poder político) y las masas (Guevara 1973 : 24-25) y las escasas referencias al lumpenproletariado lo ubican en el campo enemigo (Castro 1965 : 93) (Castro 1965 : 307).

Muy diferente es la aproximación en la revolución argelina, en la que los pobres, el lumpenproletariado¹³, menos institucionalizado que los obreros (“los favorecidos del régimen”) es considerado el sujeto, “la punta de lanza urbana” (Fanon 2009 : 119-120) de los cambios radicales junto a “las masas campesinas” (Fanon 2009 : 113). Más radical es la posición de los Panteras Negras en EEUU: EldridgeCleaver, que se asume como lumpenproletario,

¹² “(...) los pobres entre los pobres; los trabajadores peor pagados, con los ladrones, los explotadores y las víctimas de la prostitución, ligados entre sí (...)” (Engels1965 : 48).

¹³ “(...) los rufianes, los granujas, los desempleados, los vagos, atraídos, se lanzan a la lucha de liberación como robustos trabajadores. (...) Esos desempleados y esos subhombres se rehabilitan en relación consigo mismos y con la historia” (Fanon2009 : 119-120).

señala que la clase obrera es reformista y “ha abandonado toda crítica básica del carácter explotador del sistema capitalista mismo” (Cleaver s/f : 8); el sujeto revolucionario es el lumpenproletariado¹⁴ que “porque está en una condición de opresión extrema tiene una reacción extrema contra el sistema en su conjunto” (Cleaver s/f : 11). Cleaver reivindica no sólo al lumpenproletariado en general sino que hace referencia específica al “elemento criminal” (aquellos que “prefieren golpear a un cerdo en la boca y robarle antes que fichar en el reloj de asistencia de ese mismo cerdo y trabajar para él”) (Cleaver s/f : 7)¹⁵.

La situación en Argentina

El actual crecimiento de la parte de la clase obrera que es sobrante para el capital (que en Argentina, como dijimos, alcanzaría a casi dos tercios del proletariado) pone sobre la mesa la cuestión de las distintas capas de la clase obrera como sujeto de la lucha política.

Sin duda, el ejército obrero en activo (los trabajadores ocupados) y su organización sindical y política han sido y son determinantes en Argentina. El proletariado industrial acaudilló la fuerza social que protagonizó el ciclo de rebelión de los años 60 y 70. Y aún después de las transformaciones estructurales posteriores, los trabajadores asalariados ocupados han sido el principal sujeto del ciclo de rebelión iniciado con el motín santiagueño de 1993 (Cotarelo y Iñigo Carrera 2005) y que culminó en la insurrección espontánea de diciembre de 2001, iniciada el 13 de diciembre con la huelga general declarada por las tres centrales sindicales existentes en aquel momento. (Iñigo Carrera y Cotarelo 2004). Pero esto no quita que el crecimiento de la superpoblación relativa plantee cuestiones que deben investigarse.

La lucha de los desocupados, de los pobres en general, y su organización constituyen un hecho relativamente novedoso¹⁶. Desde mediados de la década de 1990 la organización político sindical de los pobres, en buena medida asentada en la previa experiencia sindical de sus dirigentes, ha penetrado el sistema institucional, adquiriendo permanencia.

La relación entre el activo y la reserva

Marx planteó la inteligencia entre el activo y la reserva de la clase obrera como condición necesaria no sólo en un proceso de transformación radical de la sociedad sino en la lucha por el salario: la competencia entre los trabajadores ocupados y los desocupados es condición de la perduración de la forma de organización social capitalista; y su eliminación es necesaria “para anular o al menos atenuar los desastrosos efectos que aquella *ley natural de la producción capitalista* [la ley de la oferta y la demanda de trabajo] acarrea” para la clase obrera (Marx 1973 : 542). La articulación o enfrentamiento entre ocupados y desocupados puede modificar el desarrollo de la lucha por reivindicaciones inmediatas, de las confrontaciones políticas y sociales y de las políticas gubernamentales.

¿Cómo ha sido la relación entre organizaciones sindicales de trabajadores asalariados

¹⁴“Esa parte del ‘Ejército Industrial de Reserva’ mantenida perpetuamente en reserva; que nunca trabajaron y nunca lo harán; que no pueden encontrar un empleo; que son no calificados e incompetentes; que han sido desplazados por las máquinas, la automatización y la cibernética; que nunca fueron dotados de nuevas capacidades; todos los que viven del Estado de Bienestar [Welfare] o de subsidios estatales [StateAid]”. (Traducción NIC)

¹⁵ (Traducción NIC)

¹⁶ Hubo luchas y organizaciones de desocupados en otros momentos históricos. En Argentina durante las crisis de 1890 y 1929 (Iñigo Carrera y Fernández 2011). Para EEUU Fox Piven y Clouard (1972) y (1979).

ocupados y organizaciones de desocupados? La experiencia histórica muestra que tienden a ignorarse o, incluso, a enfrentarse, aunque también hay momentos de entendimiento (Iñigo Carrera y Fernández 2011) (Fox Piven y Clouard 1979). En la Argentina de los años 90 y comienzos del nuevo siglo la relación tendió a ser de distancia por parte de la principal central sindical (CGT) y de rechazo hacia ella por parte de las organizaciones de desocupados (Iñigo Carrera et al 2011); distinta fue la política de la CTA. Hoy la situación ha variado y hay más vínculos entre al menos una parte de la CGT y una parte de las llamadas “organizaciones sociales”.

El delito

La otra cuestión que pone sobre la mesa el aumento de la superpoblación relativa y la consiguiente pauperización de masas de población es la caracterización del delito. Considerado clásicamente como “la más incivil e inconsciente forma” de la rebelión (Engels: 1965; 209) se ha extendido por la necesidad de obtener medios de vida para aquellos expropiados de sus condiciones materiales de existencia que no pueden obtenerlos bajo la forma del salario, los expropiados de la posibilidad misma de reproducir su vida.

En algunos rasgos que presenta la participación de jóvenes pobres con relación a la propiedad privada y a la autoridad establecida aparece un elemento de rebelión y de enfrentamiento con el aparato estatal. ¿Cómo caracterizar algunos “saqueos” y choques callejeros ocurridos en diciembre de 2001 y protagonizados principalmente por adolescentes y jóvenes de barrios pobres en los que aparece un elemento de resentimiento u odio y deseo de venganza contra “los que tienen”, contra la policía o alguna institución gubernamental?¹⁷ (Iñigo Carrera y Cotarelo 2004).

No se trata de la criminalización de la pobreza y la protesta social desde el régimen de dominación – guerra a los pobres disfrazada de guerra al delito, con “la idea del criminal como enemigo interno” (Foucault 2000 : 93) – sino del delito común como lo plantea Cleaver, como forma de la rebelión, distinguible del *crimen organizado*¹⁸. Y en esta situación la confrontación es directamente política, con los representantes estatales del régimen de dominación.

Cuestiones de periodización

Otro elemento a tener en cuenta con relación a la lucha política de la clase obrera en el presente es que desde mediados de los años '70 estamos transitando un período contrarrevolucionario en que la iniciativa la tiene la oligarquía financiera, reduciendo la lucha política de la clase obrera a una lucha defensiva por no ser repelida de los espacios sociales conquistados¹⁹. Esto

¹⁷ Por ejemplo los piquetes de cuarenta a cincuenta villeros que cortaron calles y rutas en la Avenida de Circunvalación frente a Fábrica de Aviones en Córdoba y apedrearon a los autos nuevos que pasaban, el robo de la ropa de los empleados del supermercado Norte en Campana y las burlas a esos empleados porque quedaron sin trabajo, el destrozo de todo lo que encontraron y el enfrentamiento con la policía como meta en Neuquén, el apedreo del municipio y los bancos Boston, Francés, Nación y Galicia en medio del saqueo y choque callejero en General Roca (Río Negro).

¹⁸ La distinción que hace Michel Foucault entre *ilegalismos* y una forma específica de ilegalismo, la *delincuencia*, aparentemente marginada pero centralmente controlada, podría servir para distinguir entre rebelión y crimen organizado. A la vez, el crimen organizado puede constituir ramas de la actividad económica (por ejemplo el narcotráfico).

¹⁹ En este período la oligarquía financiera construyó su hegemonía. En Argentina, el proceso de construcción de una hegemonía de la oligarquía financiera tuvo sus hitos en la llamada guerra antisubversiva, la manera en que se resolvió la guerra de Malvinas, la salida electoral del gobierno militar y las hiperinflaciones de 1989 y 1990. Fue puesta en cuestión en 2001.

no significa ignorar la existencia de procesos revolucionarios puntuales durante el período sino señalar la tendencia general.

La ofensiva capitalista a nivel global se desplegó desde la década de 1970 en todos los ámbitos. En el campo de la actividad productiva con la introducción de innovaciones tecnológicas y cambios en los procesos de trabajo. En el ámbito de las relaciones políticas con la confrontación directa como las batallas libradas, por ejemplo, por los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan contra los trabajadores organizados en sindicatos emblemáticos de sus respectivos países, así como en Argentina, con el secuestro y muerte de militantes políticos y sindicales así como la intervención y posterior disolución de la CGT.

En el campo de la producción de conocimiento esa ofensiva operó utilizando como ariete el discurso de la “desaparición de la clase obrera”, o al menos de “la pérdida de su centralidad”. Desde posiciones políticas aparentemente distintas, y hasta contrapuestas, y con distintas formulaciones, se le decía “adiós al proletariado”, se proclamaba la llegada del “cuentapropismo” y del “trabajo informal”, base social de “otro sendero” para el desarrollo económico y humano. La clase obrera era borrada de las categorías de análisis de la sociedad y su lugar en los procesos de lucha pasaba a ser ocupado por “nuevos movimientos sociales” de base cultural y no socioeconómica. Cuando, en la década de 1990, se hizo evidente que el “nuevo sendero” había conducido a la centralización de la riqueza en menos manos y el incremento de la pobreza de la masa trabajadora y explotada, se descubrió que se trataba de un proceso de “exclusión”, como si los que padecían esos procesos de proletarianización y pauperización quedaran fuera de la sociedad capitalista (“excluidos”) y no en el peor lugar en esa sociedad: en la condición de superpoblación relativa para las necesidades actuales del capital. Entre los historiadores profesionales en Argentina se avanzó un poco más allá: la clase obrera tampoco había existido hasta la década de 1940, debido a la fuerte presencia del estado y la movilidad social ascendente que caracterizaban al país durante el final del siglo XIX y primera mitad del XX.

El discurso acerca de la desaparición o pérdida de centralidad de la clase obrera en Argentina no limitó su argumentación al volumen de esa clase. En la década de 1990 se potenciaron otras tres falacias: 1) los obreros no luchan y la huelga desaparece como forma de lucha; 2) las huelgas sólo se realizan en el marco de disputas político partidarias; 3) los efectos de las luchas son nulos porque siempre son derrotadas. Cada una de estas afirmaciones se constituyó en una trinchera, a las que los ideólogos (o los procesados por esa ideología) de la oligarquía financiera iban retrocediendo cuando la realidad los forzaba a aceptar un aspecto de lo que acaban de negar: “la clase obrera no existe o tiende a desaparecer”; demostrado en los hechos lo contrario: “existe pero no lucha”; demostrada la existencia de la confrontación: “si lucha lo hace por intereses espurios”; finalmente “su lucha fracasa”.

En el mismo sentido puede analizarse la amplia difusión del enfoque teórico de Charles Tilly y Sidney Tarrow, una construcción inspirada principalmente por el liberal John Stuart Mill (Tilly : 1978; 48) – lo que se manifiesta en la observación de las motivaciones individuales más que de las tendencias (leyes) que rigen el movimiento de la sociedad – que adosan acríticamente a una definición meramente económica de las clases sociales. De manera bastante imprecisa consideran que existe “política contenciosa” cuando “gente común, a menudo aliada con ciudadanos más influyentes juntan fuerzas en confrontaciones contra elites, autoridades y opositores” (Tarrow :1998 : 2)²⁰ aplicándolo a sociedades constitutivamente diferentes, con formas de organización social regidas por leyes generales diferentes. Pretenden investigar la rebelión analizando las formas abstractas en que actúa un sujeto abstracto (gente). Observan la superficie: individuos que se agrupan de diferentes

²⁰ Traducción NIC.

maneras de acuerdo a distintos intereses. Es verdad que los individuos están constituidos por una multiplicidad de relaciones sociales, de las que brotan diferentes intereses y por ende diferentes alineamientos pero lo que no toman en consideración es a las clases sociales. Partir de conjuntos de individuos sin considerar a las clases sociales como constituyentes de los individuos y de la sociedad explica su “confianza en Mill” (Tilly : 1978; 48). Los conflictos sociales pueden presentarse bajo formas religiosas, de género, étnicas, ecológicas, constituyendo identidades diferentes a las de las clases sociales; sin embargo, y en la medida en que la reproducción de la vida material constituye la base sobre la que se asienta la sociedad, esos conflictos están ligados a los intereses de las distintas clases sociales y es tarea de la investigación científica encontrar esa vinculación.

Un buen ejemplo es el análisis que hace Engels descubriendo los intereses de clase presentes en “Las guerras de campesinos en Alemania”, libradas bajo formas religiosas.

Hoy los discursos a los que nos hemos referido se mantienen en buena medida, sobre todo con la postulación de “nuevos sujetos sociales” que reemplazan a la clase obrera como sujeto principal de la lucha, a la vez que reducen la dimensión democrática de la lucha de clase de la clase obrera (lucha por influir en los asuntos del estado) sin cuestionar de raíz el sistema institucional político y jurídico y eclipsan la dimensión socialista (lucha por la propiedad de las fuerzas productivas sociales).

La apelación a “nuevos sujetos” suele encubrir el intento por disolver el papel de las clases sociales fundamentales, asignando carácter de “nuevo” a sujetos con bastante más de un siglo historia (por ejemplo, el movimiento de emancipación femenino) o escindiendo caprichosa pero no inocentemente a la clase obrera (por ejemplo, considerando al movimiento de trabajadores desocupados como ajeno a esa clase). Se abandona la consideración del conjunto de elementos constitutivos, y con ello toda pretensión de análisis integrador de la sociedad, para limitarse a tomar como objeto las diversas categorías de agrupamiento y conteo de los cuerpos formuladas desde el poder político, para después sustancializarlos: “jóvenes”, “mujeres”, “migrantes”, “pobres”, “minorías raciales” o “religiosas”, etc. La referencia a la aparición de nuevos sujetos sociales, que, como dijimos, muchas veces no son nuevos, ha sido un arma de la oligarquía financiera en su lucha por imponer su hegemonía sobre la clase obrera y el conjunto de la sociedad.

Señalar esto no significa cuestionar la legitimidad de la lucha de los llamados “nuevos movimientos” sino describir el retroceso en el grado de conciencia de quienes se postulan como cuadros de la clase obrera, resultado de la debilidad en la dirección teórica de su lucha de clase: la incorporación al sistema institucional reformándolo se impone sobre la transformación de raíz de ese sistema.

Otro aspecto a considerar en la periodización es el de los momentos y ciclos:

Dentro del período contrarrevolucionario existen momentos ascendentes y momentos descendentes en la lucha de la clase obrera. Ambos momentos (ascendente o descendente) están delimitados atendiendo a dos dimensiones: los grados de 1) unidad / fractura y 2) alianza / aislamiento observados tanto en las expresiones de sus cuadros como en los mismos hechos de rebelión²¹. Lo que define el momento como ascendente es que prima la unidad de la clase obrera y su alianza con fracciones de otras clases sociales; en el momento descendente la clase obrera está fracturada y aislada socialmente²².

²¹ *Hecho de rebelión*: todo *hecho colectivo* llevado a cabo por personificaciones de categorías económicas, sociales o políticas, dirigido contra alguna expresión del estado de cosas existente. Los *hechos* son *colectivos* no por la cantidad de participantes sino por ser expresión de intereses colectivos, aun cuando sean protagonizados por una sola persona.

²² Estos criterios están inspiradas en los que expone Marx (1974c) sobre ascenso y descenso de la revolución. Pero

Tanto dentro de los períodos revolucionarios como contrarrevolucionarios existen ciclos de rebelión, es decir un conjunto de hechos de rebelión que, aunque estén en distintos puntos de la escala de las formas de lucha, corresponden a un mismo proceso histórico. No se trata sólo de un incremento del conflicto que se expande a través del sistema social. Utilizamos ciclo de rebelión en un sentido análogo al del ciclo económico: en un período más o menos extenso la rebelión pasa por fases de auge o florecimiento (expansión) y otras de crisis (contracción y estancamiento). No se trata de “oleadas”, sino de un movimiento en espiral, que se expande o se contrae. Cada ciclo recorre un proceso de génesis, formación, desarrollo y crisis. El desarrollo del ciclo puede observarse en las formas que toman los hechos de rebelión que lo constituyen puestos en relación con la escala de la rebelión (desde su forma más inconsciente, el delito, hasta sus formas más desarrolladas, la insurrección consciente y la guerra revolucionaria). Los ciclos alcanzan diferentes grados en la escala y son pocos los que llegan al grado más alto. El movimiento no es lineal y en su desarrollo puede pasar del predominio de las formas espontáneas a las sistemáticas o viceversa. Al tomar en consideración la escala de las formas de lucha y su grado de espontaneidad o sistematicidad, el desarrollo de un ciclo de rebelión no se mide simplemente porque haya más movilización por el número de hechos o fracciones sociales que abarca (como parecería ser la concepción de ciclo en Tarrow (1998 : 142) y Tilly (1995 : 10) sino por su calidad, con relación a la escala.

Los problemas vinculados a la condición de país dependiente

Existe otro conjunto de problemas, que a los que sólo aludiremos de manera muy general, que remiten a la especificidad de la lucha política de la clase obrera en los países dependientes.

¿Se presentan nuevos problemas en esta fase que ha sido definida como capitalismo monopolista de estado transnacional (Cervantes et al 2000)? ¿Cómo afecta a la organización y la lucha de los trabajadores la transnacionalización de los procesos productivos? Las cuestiones expuestas más arriba con respecto a las condiciones en que se desarrolla actualmente la lucha política de la clase obrera (crecimiento de la superpoblación relativa, período contrarrevolucionario) ¿tienen especificidades en los países dependientes?

Marx y Engels señalaron que la constitución de la clase obrera se realiza en el ámbito de la nación (su lucha es nacional por la forma), como destacamento de una fuerza internacional. El carácter nacional por la forma plantea, para los destacamentos obreros de los países dependientes, la vinculación entre la emancipación social y la emancipación nacional, y el lugar de la clase obrera en la constitución de una fuerza social con esas metas.

A la vez, la transnacionalización de los procesos productivos²³ crea condiciones para la organización internacional de los trabajadores.

En síntesis

En este trabajo hemos intentado esbozar algunos de los problemas que se plantean en el análisis de la lucha política de la clase obrera en la actual fase de desarrollo del capitalismo, la fase de su descomposición, en que adquiere relevancia la parte de la clase obrera que es constituida como población sobrante para el capital, y cuya manifestación más evidente son

aquí los generalizamos a todas las situaciones.

²³En la industria automotriz se estima que el 85% del valor agregado de cada vehículo es fabricado en empresas proveedoras que no son la que le da la marca final, muchas de ellas localizadas en países diferentes (Tarditi 2000 : 23).

los “desocupados”.

Los instrumentos de la teoría del socialismo científico fueron elaborados a partir del análisis de la sociedad capitalista, cuyas relaciones sociales fundamentales no han desaparecido sino que se han desarrollado, dando lugar a un cambio cualitativo, presentando algunos rasgos que no existían o sólo existían embrionariamente en los tiempos en que la teoría fue formulada y desarrollada. Pero eso no invalida a priori su uso en el análisis de la realidad actual, como es el caso del concepto de superpoblación relativa.

Con respecto al tema específico de esta mesa (la lucha política de la clase obrera), la lucha y la organización política son los elementos que hacen a la existencia misma las clases sociales; lucha por realizar los intereses de los grupos sociales conformados por las relaciones productivas, que toman diferentes grados de conocimiento (conciencia) más o menos aproximado de algún aspecto o de la totalidad de su situación objetiva. La lucha es constitutiva de la clase obrera, sea con conciencia de asalariada o de expropiada.

Todo hecho contiene las tres formas (económico-profesional, política y teórica) de la lucha, aunque en diferentes proporciones o densidades. La lucha de clase del proletariado siempre tiene, aunque sea en potencia o subordinada a alguna de las otras formas, algo de la forma política.

La segunda parte del trabajo apunta a señalar algunas de las cuestiones que plantea el momento actual del desarrollo capitalista: 1) el crecimiento de una superpoblación relativa, de una población sobrante para las necesidades del capital, con el consiguiente crecimiento relativo de la pobreza mientras la riqueza se concentra en menos manos, pone en cuestión el papel de los pobres de vida e influencia como sujeto histórico, aún en sociedades como la argentina donde el proletariado industrial y, en general los asalariados ocupados, han tenido y tienen un lugar central en los procesos de rebelión, lo que pone en primer plano la cuestión de la relación entre la organización del ejército obrero en activo y la de la superpoblación relativa. 2) El carácter contrarrevolucionario del período, en que la iniciativa la tiene la oligarquía financiera, reduciendo la lucha política de la clase obrera a una lucha defensiva por no ser repelida de los espacios sociales conquistados; esa iniciativa se manifiesta en nuestro campo específico de actividad con los discursos sobre la “pérdida de su centralidad” de la clase obrera y la apelación a “nuevos sujetos, limitándose a tomar como objeto diversas categorías de agrupamiento, y dejando de lado que si bien los conflictos sociales pueden presentarse bajo formas religiosas, de género, étnicas, ecológicas, constituyendo identidades diferentes a las de las clases sociales, esos conflictos están ligados a los intereses de las distintas clases.

Finalmente, estas cuestiones pueden plantearse con su especificidad en los países dependientes.

Bibliografía

CASTELLS, Manuel (2003). *La era de la información. Economía Sociedad y Cultura; Volumen 2 El poder la identidad*; México, Siglo XXI.

CASTRO, Fidel (1965); *El partido marxista leninista*; Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada.

CERVANTES MARTÍNEZ, Rafael, Felipe GIL CHAMIZO, Roberto REGALADO ÁLVAREZ y Rubén ZARDOYA Loureda (2000) *Transnacionalización y desnacionalización: ensayos sobre el capitalismo contemporáneo*, Tribuna Latinoamericana, Buenos Aires.

CLEAVER, Eldridge (s/f); *On the ideology of the Black Panther Party*,

<https://www.freedomarchives.org/Documents/Finder/Black%20Liberation%20Disk/Black%20Power!/SugahData/Books/Cleaver.S.pdf>. [Traducción propia].

COTARELO, María Celia y IÑIGO CARRERA, Nicolás (2005); “Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993 –2001”; en *PIMSA Documentos y comunicaciones 2004*; Buenos Aires, PIMSA.

DONAIRE, Ricardo, ROSATI, German, CAVALLERI, Stella y MATTERA, Pablo; “Superpoblación relativa en Argentina. Construcción de un instrumento para su relevamiento sistemático y estandarizado” (2018); en *Documentos y comunicaciones 2016*; Buenos Aires, Pimsa.

ENGELS, Federico (1965); *La situación de la clase obrera en Inglaterra*; Buenos Aires, Futuro.

ENGELS, Federico (1970); *Las guerras de campesinos en Alemania*; Buenos Aires, Editorial Andes.

FANON, Franz (2009) [1961]; *Los condenados de la tierra*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

FOX PIVEN, Frances y CLOUARD, Richard A. (1972); *Regulating the poor: the functions of public welfare*; New York, Vintage Books.

FOX PIVEN, Frances y CLOUARD, Richard A. (1979); *Poor People’s Movements*; New York, Vintage Books,

GRAMSCI, Antonio (1986); *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*; México D.F, Juan Pablos Editor.

GUEVARA, Ernesto (1973); “El socialismo y el hombre en Cuba” en *El hombre nuevo*; Buenos Aires, Cuadernos de Crisis N° 1.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y COTARELO, María Celia (2004); *La insurrección espontánea. Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización*; en *PIMSA- Documentos y Comunicaciones 2003*; Buenos Aires.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y FERNÁNDEZ, Fabián (2011a); “El movimiento obrero y los desocupados en la primera mitad de la década de 1930”; en Iñigo Carrea, Nicolás et al; *Sindicatos y desocupados en Argentina. Cinco estudios de caso*; Vicente López, Dialektik.

IÑIGO CARRERA, Nicolás et al (2011); *Sindicatos y desocupados en Argentina. Cinco estudios de caso*; Vicente López, Dialektik.

IÑIGO CARRERA, Nicolás, Cavallieri, Stella y Murruni, Marina (2012); “La superpoblación relativa en Argentina actual: un ejercicio de medición”; en *Documentos y comunicaciones 2010*; Buenos Aires, Pimsa.

KUCZYNSKI, Jürgen (1967); *Evolución de la clase obrera*; Madrid, Guadarrama.

LENIN, V.I. (1958); *El estado y la revolución*; en *Obras Completas*; tomo 25; Buenos Aires, Editorial Cartago.

LENIN, V.I. (1959); “¿Qué hacer?” en *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago.

LENIN, V. I. (1960 b); *Una gran iniciativa*; *Obras Completas*; tomo 29; Buenos Aires, Editorial Cartago.

LENIN, V.I. (1960c); *La guerra de guerrillas*; *Obras Completas*, tomo 11; Buenos Aires, Editorial Cartago.

MAO TSE-TUNG (1968); *La revolución china y el partido Comunista de China*; en *Obras Escogidas*, tomo II, Pekin, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

MARÍN, Juan Carlos (2009); Cuaderno 8; Buenos Aires, Colectivo Ediciones/Picasso.

MARX, Carlos (1973); *El Capital*; Volumen 1; México, Fondo de Cultura Económica.

MARX, Karl (1974 a); “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política”; en *Introducción General a la Crítica de la Economía Política y otros escritos sobre problemas metodológicos*; Córdoba, Ediciones Pasado y Presente.

MARX, Carlos (1974a); *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*; en Marx y Engels, *Obras*

Ediciones Theomai 2020

Nicolás Iñigo Carrera – Lucha política clase obrera hoy

- escogidas; tomo I; Moscú, Editorial Progreso.
- MARX, Carlos (1974c); “El 18 Brumario de Luís Bonaparte”; en Marx y Engels, Obras escogidas; tomo I; Moscú, Editorial Progreso.
- MARX, Carlos (1989); *El Capital*; Volumen 3; México, Siglo XXI Editores.
- MARX, Karl(1975); *Miseria de la Filosofía*; Buenos Aires, Siglo XXI.
- MARX, Carlos y Federico ENGELS (1960); *Manifiesto Comunista*; Buenos Aires, Anteo.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico (1968); *La Ideología Alemana*; Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.
- MARX, Carlos y Federico ENGELS (1974 b); “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en *Obras Escogidas*, Volumen I, Moscú, Editorial Progreso.
- MARX, Carlos y Federico ENGELS (1973); *Correspondencia*; Buenos Aires, Editorial Cartago (1973). [Carta de Engels a Marx, 7 de octubre de 1858].
- NEGRI, Antonio (2004); *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*; Buenos Aires, Paidós.
- NUN, José (2001); *Marginalidad y exclusión social*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- TARDITI, Roberto J. (2000); “La crisis mundial de los ‘70 y los ‘80 observada a partir de la evolución de la producción automotriz”; en *PIMSA Documentos y comunicaciones 2000*; Buenos Aires, PIMSA
- TARROW, Sidney (1998); *Power in movement*; Cambridge, Cambridge University Press.
- TILLY, Charles (1995); *Las revoluciones europeas 1492 - 1992*; Barcelona, Crítica de Grijalbo.
- TOURAINE, Alain (2006). *Un nuevoparadigma. Para comprender el mundo de hoy*; Buenos Aires, Editorial Paidós



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nievas (comp.)

**La clase que habito en la subjetividad que soy.
Reflexiones para comprender la conflictividad socio-laboral**

Patricia A. Collado¹

Las discusiones entre clase y conciencia de clase han ido casi siempre a la par en el intento de comprender no solo qué es la clase en sí sino para sí; en definitiva interpretar ambas en relación a la praxis política. En este núcleo de interés intentaremos trazar un puente a partir de la categoría de subjetivación política en los debates y posturas que sostienen S. Mezzadra (subjetivación/sujección) y M. Modonessi (subalternidad/antagonismo/autonomía), en el sendero de explorar cómo la experiencia hace al sujeto y la subjetivación en un determinado espacio-tiempo. Nuestra propuesta se funda en evadir la dicotomía estructura-sujeto a fin de encontrar la tradición que ancla la clase a la experiencia, en el proceso en que la clase 'se produce' conformando un colectivo con demandas y propuestas autónomas/alternativas, a la reproducción del status-quo social. Esta reflexión nos parece relevante a la hora de desentrañar qué acontece con el conflicto laboral y social en la actualidad, qué cuestiones son las que hacen a su movilización/desmovilización e interpelan la acción común para tornarla programa político o fragmentación y dispersión. Trabajaremos con base en la reflexión teórica de tradición crítica marxo-gramsciana y con ella interrogaremos los datos acerca de la

¹ INCIHUSA-CCT Mendoza-UNCUYO -FCPyS

conflictividad social-laboral y sus modos de expresión en el espacio público. Para ello utilizaremos insumos sobre conflicto laboral y social del Observatorio de Conflictividad Social de la Provincia de Mendoza².

Nuestra propuesta se desarrollará bajo una preocupación central ¿Por qué y cómo pensar la clase social hoy? Para ello estableceremos tres articulaciones argumentativas: primero, nuestro posicionamiento epistemológico en torno a la categoría; en segundo lugar, ubicada en un nivel analítico intermedio, la necesidad de concreción histórica en la reflexión y acercamiento a la cuestión de las clases sociales hoy; tercero, la ‘operacionalización’ de algunos aspectos de la subjetivación política para pensar la conflictividad capital-trabajo en Mendoza, o de cómo se sustancia la disposición a actuar ‘como clase’ en un tiempo-espacio determinado.

Sobre la opacidad de lo social y la pretendida precisión de la ‘clase’

Sin duda la necesidad clasificatoria es algo que debiéramos poner en consideración como primer tópico frente a la categoría ‘clase’, inmersos en la crisis de la mirada tardo moderna-occidental, cuya pretensión de conocimiento se realiza en el ‘encasillamiento’ más que en la comprensión-interpretación. Encasillar le proporciona al que indaga, la tranquilidad de la igualación dentro del conjunto que cabe bajo un único rótulo y por tanto, lo ayuda a resolver la diversidad de lo social en un paso, con la pretensión de derivar de la misma instancia unos atributos que diluciden aquello que en la práctica no se ve, no se mueve, no reacciona o responde y si lo hace, no sigue las expectativas del analista.

El cuestionamiento de ese camino será el punto de partida que queremos exponer, estableciendo un a priori: que de ningún modo hay un solo factor/elemento clasificante que pueda echar luz sobre la totalidad social. Ni una determinación taxativa de un haz de factores que clarifique dicha relación social. Aún con este acierto, para nosotros la clase ‘opera’ (en la explotación), como lo hacen la etnia (en forma de racialización), el género (patriarcalización) y la edad (adultocentrismo) en el conjunto de las relaciones sociales, mientras todas ellas sumadas a otros atributos o factores se traslapan en el ejercicio de subalternización que es realizada por los sectores dominantes de una sociedad dada.

Empero la cuestión no se resuelve adosando circunscripciones a la ‘significación’ de clase (clase&género, por ejemplo) o desbordando con mayores determinaciones de partida su constitutiva complejidad (lo cual llevaría a establecer tantos atributos a la clase como expresiones de lo social, cultural, económico, político e ideológico se puedan adicionar). Con lo cual el propio concepto colapsaría al carecer de singularidad (significando todo y nada al mismo tiempo)³.

De tal modo, la tentación de querer ‘asir’ la complejidad de lo social a un único factor taxonomizante, conforma para nosotros un espejismo que pretende subsumir la realidad histórico-social a un rótulo que, aparte de simplificar su descripción, naturaleza e implicaciones, pretende instrumentalizar aquello que es así nominado para su mejor

2 El Observatorio de Conflictividad Laboral de Mendoza es una herramienta de seguimiento de acciones conflictivas que elabora una matriz de datos a partir de la sistematización de la prensa gráfica en formato digital. A ello se suma el análisis en profundidad de colectivos laborales específicos que realizan los miembros del equipo de investigación de la UNCuyo, desde 2009 con sede en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

3 Del mismo modo como aconteció con la categoría ‘trabajo’. Fue entonces fructífero retornar tras los pasos de los textos clásicos sin perder la capacidad de crítica acerca de sus restricciones epocales y/o su potencia interpretativa pasada y actual..

‘manipulación’: sea en el laboratorio o en el decurso socio-político. Seguimos aquí a la teoría crítica:

“En el camino hacia la ciencia moderna los hombres renuncian al sentido. Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad (p.61) (...) La abstracción, el instrumento de la Ilustración, se comporta respecto de sus objetos como el destino cuyo concepto elimina: como liquidación” (Horkheimer, M. y Adorno, T. 1998, pp.68).

Debido entonces a su ‘desborde’ conceptual, con lo cual todo terminaría dentro de la clase (género, etnia, raza, entre otros) como en su estrecha circunscripción a una unívoca adscripción (por ejemplo, sociológica restringida a estrato), su capacidad de conformar una herramienta potable para reflexionar o construir conocimiento nuevo sobre un fenómeno ‘viejo’, pareciera disolverse. Sin embargo, tal como dijimos, la clase ‘opera’. Este ‘operar’ se juega en múltiples vivencias cotidianas que ponen al sujeto en los marcos (desiguales y combinados) que comprende el desarrollo del capitalismo en nuestro época: lo que nos parece necesario advertir es que las vivencias de estas relaciones sociales anudan y anidan en ‘clases’ en tanto son fruto de la condición de propiedad/no propiedad de los medios para sobrevivir y a partir de la misma, del uso y consumo que hace el capital de la fuerza de trabajo en nuestro momento socio-histórico. Su multifacetismo es lo que aparece como contradictorio.

Para nosotros, debe utilizarse a la clase como categoría que da paso a la interpretación de un determinado fenómeno que es histórico y cambiante y cuyas notas singulares hace que permanezca, más allá de las coyunturas. En todo caso, la categoría-clase es una ‘abstracción determinada’ y en cuanto tal “solo puede extraerse de lo real y de lo pseudo-concreto inmediato, a través de un proceso de síntesis. Dicho en otras palabras, la construcción de nociones determinantes abstractas permiten reproducir lo concreto a través del pensamiento” (Bensaïd, 2006: 21)

Esto no resuelve sino que complejiza el uso y la pertinencia de la ‘clase’ como herramienta explicativa, pues en sí solo establece su determinación histórica e indeterminación fáctica y debe analizarse en vinculación al plexo socio-histórico que le da sentido. Esto acontece debido a que su significación, por lo menos para la tradición crítica, connota un especial hacer político: “La actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (Rancière, 1996: 45).

Su definición misma entraña, pues, contenido y forma (aquello que es, cómo se constituye y actúa) y debido a esto (de la misma manera que el monstruo del Dr. Frankenstein), la tarea que emana de su significación, hace que la bestia cobre vida *pero* obre bajo su poder de animación, distante y más allá de su creador⁴.

Parados en esta tradición, tal como varios autores han denotado fueron Marx y Engels quienes dotaron de significado sustancial a la misma (Poulantzas, 1987). En todo caso, “La noción de clase, según Marx, no es reductible ni a un atributo del que serían portadoras las unidades individuales que la componen, ni a la suma de esas unidades. Ella es algo diferente. Es una totalidad relacional y no una simple suma” (Bensaïd, 2003 : 158)

4 Tal como afirma Merieu (1998, 111) “[...] el peligro de toda creación desde el relato original del Génesis, es que la criatura escape a su creador. Y la esperanza secreta del creador es que, si se le escapa, sea para volver a él [...]”. En cualquier caso, el accionar de la clase no está determinado, ni llamado por sola conformación a tender a un horizonte emancipador.

Sin embargo, esta noción funcionó en algunas lecturas como un ‘tipo ideal’ al que debían acercarse los ‘modos de ser/hacerse clase’, en cualquier tiempo y lugar. O, como un concepto determinante de un conjunto de ‘iguales’ por detentar la propiedad/no propiedad de medios de producción, por posición en el proceso de producción y/o condición de venta de su trabajo. Finalmente, y en referencia a su disposición a actuar como tal, la misma tentó a distinguir a una porción de población por su interés en este caso en la lucha, frente a otra (propietaria de los medios de producción). La amalgama de lecturas conjuga diversos énfasis que van desde la determinación económica, pasando por la estructura social hasta la política/ideológica, cuya síntesis parecen saldar quienes sostienen que Marx se refiere a todas ellas ya que lo hace en trama con el nivel de análisis que oportunamente aborda.

Sin adscribir a su total elucidación y en vistas a registrar la provocación que de la misma emana, dice al respecto Daniel Bensaïd:

“Sin subestimar sus aporías, sigue siendo de Marx de quien hay que partir esperando superar la contradicción. La mistificación del universo mercantil presenta a las relaciones sociales como cosas. Marx las percibe como relaciones conflictivas. En lugar de fotografiarlas en reposo, penetra su movimiento íntimo. En lugar de buscar un criterio de clasificación de individuos, separa las líneas de polarización de las grandes masas, cuyos contornos y fronteras siguen siendo flotantes. En lugar de partir a la búsqueda de un principio de clasificación, recorre un camino infinito de determinaciones que apuntan a la totalidad sin alcanzarla. En lugar de separar el sujeto del objeto, parte de sus enlaces y sus trastornos amorosos. Las clases no existen como realidades separables, sino sólo en la dialéctica de lucha. No desaparecen cuando las formas más vivas o las más conscientes de lucha se atenúan. Heterogénea y desigual, la consciencia es inherente al conflicto que comienza con la venta de la fuerza de trabajo y la resistencia a la explotación. Y que ya no cesa” (Bensaïd, 2003: 186).

Desde esta perspectiva es que pretendemos abordar la cuestión, bajo la preocupación que la clase ‘opera’ en lo social-político en tanto se expresa visible y/o inadvertidamente, en movimiento y situación; trascendiendo a los individuos deja marca en los mismos incidiendo material y simbólicamente en sus recorridos biográficos y colectivos; conforma un haz de relaciones de fuerzas situadas y datadas que de conjunto indican la configuración de lo social en su historicidad para arribar al tiempo presente tanto como proyectar, incipiente, hacia dónde se moverá; en tanto continente de un nosotros, su configuración se constituye frente a otras clases y por ello la relación interior-exterior y propio/ajeno es otro aspecto a destacar⁵. En definitiva, es el continente clase el que alberga (como categoría), los dilemas que han surcado a la moderna teoría social en su conjunto ya que articula la preeminencia y/o tensión que ha dado lugar a debates entre sujeto-objeto; pasado-presente-porvenir; flujo y situación; cambio y permanencia; sujeto-sujetivación, entre varios otros. Intentaremos dar algunos pasos para aprovechar las vetas de su potencial heurístico.

El doble carácter de la experiencia y la captación del ‘ser social’ hoy

Retomando una de sus lecturas, el marxismo estructuralista hizo que dominara la percepción de la clase en sí, determinada por las condiciones de producción del capitalismo. La clase constituida estructuralmente y ‘a la mano’ para ser llamada a protagonizar un destino socialista (Meiksins Wood, 1983), fue parte de un debate arduo, sobre todo en la confrontación subjetivismo-objetivismo, estructura-sujeto, o en sintonía con lo que queremos abordar aquí,

5 ‘Ajeno’ en estricta referencia a la etimología de la palabra como sin-lazo o no aliado (del latín alienus).

clase-consciencia de clase. El énfasis en las condiciones ‘objetivas’ reforzó de partida, la necesidad del partido y sus intelectuales, quienes eran/son los encargados de aportar la dirección (intelectual y moral) y los horizontes de organización a las masas trabajadoras⁶.

En términos generales y como consecuencia de esta perspectiva, se produjo la hipertrofia de un momento histórico en el análisis de las clases- la industrialización-, y de una desarrollo particular- la de la formación obrera inglesa- que actuó, como criterio indicador de su pre-determinado desenvolvimiento.

En este debate, que a decir verdad no ha sido aún zanjado, la connotación que vivificó a la categoría en la mira de retomar su potencial analítico, fue asociarla a la *disposición a actuar como clase*, tras las huellas de E.P. Thompson:

“Una clase no puede existir sin una especie cualquiera de conciencia de sí. De lo contrario, no es o no es todavía una clase; es decir, no es todavía ‘algo’, no tiene todavía ninguna especie de identidad histórica” (Thompson, 1989, pp. XIII-XIV).

Así, el hábito renovador que restituyó al sujeto vino de parte de la escuela histórica inglesa, que centró la cuestión en el papel de las condiciones en que se forja la experiencia, a partir pero también más allá, de las situaciones objetivas que moldean a las clases: Según Thompson:

“[...] la clase cobra existencia cuando algunos hombres, por consecuencia de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a los suyos). La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. [...] La conciencia de clase surge de la misma manera en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma (Thompson, E.P, 1989: XIII-XIV).

A pesar del papel adjudicado a la historia para restablecer a los sujetos como protagonistas (Sorgentini, 2000), la ‘catastrófica ruptura’ que produjo la Revolución industrial inglesa en sus orígenes y que precipitó la emergencia del proletariado, fue hipostasiada como principio explicativo tornándose contra la ‘experiencia’ misma, al no conjugar las coordenadas correspondientes a cada formación social concreta en la constitución singular de las clases. Esto llevó en la mentada perspectiva, a conformar un camino interpretativo y analítico que iniciaba y culminaba en los sujetos, soslayando las condiciones objetivas que les daban sustento. Sostenía, de algún modo, una concepción de ‘sujeto sin historia’.

Para el caso latinoamericano y en especial relación al abordaje de los procesos de movilización social de nuestro país en las últimas décadas, sirvió para poner la mira de la acción colectiva en sus protagonistas y de vez en vez, articular de modo integrado su emergencia y expresiones al particular movimiento del capital vernáculo. Aun cuando la ligazón expresa de esta dinámica tuvo mayores consideraciones con respecto a los ‘movimientos sociales’ que al ‘movimiento de trabajadores’, sobre todo por la exterioridad en el tratamiento que predomina cuando se trata de acumulación, resignada a la evaluación de actividades dinámicas/no dinámicas de la economía, régimen estatal de gubernamentalidad, forma de uso de la fuerza de trabajo, más que incorporada como elemento que permite/construye la movilización o

6 La definición misma de clase es proclive a esta organización y forma de actuación en términos de tácticas y estrategias de partido. Esta es una de las tantas derivaciones de la polémica acerca de las clases que sería menester abordar pero que claramente no fue considerada para el desarrollo del presente escrito.

emergencia de los sujetos colectivos y la conformación de una subjetivación política actuante (tema al que volveremos más adelante).

Al respecto cabe el llamado de atención de E.Meiksins Wood (1983, 24-25):

“La noción de clase como ‘proceso estructurado’, por el contrario reconoce que si bien la base estructural de la formación de clase debe buscarse en las relaciones de producción antagónicas, las formas particulares en que las presiones estructurales ejercidas por estas relaciones operan realmente en la formación de las clases sigue siendo una cuestión abierta que deberá ser resuelta empíricamente mediante el análisis histórico y sociológico [...] cualquier definición de clase debe favorecer, no excluir, la investigación del proceso”.

A partir de este señalamiento para nosotros, es necesario comprender cómo impactó en las clases *subalternizadas por el capital* la ruptura catastrófica que impuso, esta vez, el capitalismo en su fase neoliberal como modo re-inaugural de interpretar su ‘formación’. En este sentido, configurará la transformación de los que viven del trabajo los nuevos modos de articulación del proceso de producción y valorización a escala mundial; las formas de uso y consumo de la fuerza de trabajo por cambios en los contenidos y formas de hacer, ser, estar en el trabajo; la dinámica de las actividades, recursos, espacios que el capital mercadoriza y aprecia tanto como aquellas que deprecia, desvaloriza, clausura y abandona. La relación y modos de administrar a la población (la productiva y la sobrante para el capital). Procesos actuantes que en este momento particular, conformarán buenos indicios para establecer el sentido de la mutación de la ‘experiencia’ de los que viven del trabajo.

Ahora bien, como hemos tratado de recalcar la ‘experiencia de la explotación’ y su intensificación, no es equiparable en los centros que en las periferias, en ámbitos rurales o urbanos, entre ciudadanos y extranjeros, entre extranjeros legales e ilegales, migrantes y establecidos, mujeres, varones o transgéneros, adultos, jóvenes o menores, calando de distintos modos en espacios, tiempos y poblaciones -lo que agregaría un largo etc. Esto se debe a que tal fenómeno -en términos de Thompson-, asume un doble carácter: como experiencia vivida y como experiencia percibida atribuible a cada sujeto y resultado por tanto de cada singular pragmática de explotación y opresión, que moldea la existencia material y regula políticamente las posibilidades de agregación y organización en clases. En todo caso, colabora a prevenirnos acerca de la complejidad de la cuestión:

“El principio teórico y metodológico básico de todo el proyecto histórico de Thompson es que las determinaciones objetivas —la transformación de las relaciones de producción y de las condiciones de trabajo— nunca se imponen sobre "alguna materia prima humana indefinible e indiferenciada" sino sobre seres históricos, portadores de legados históricos, tradiciones y valores”. (Meiksins Wood, 1983, 19-20)

En concordancia con lo que venimos afirmando, los cambios que pueden incidir en la ‘experiencia’, han sido profusamente abordados en relación a las mutaciones en el trabajo, la dinámica económica y la regulación estatal. Empero de esto no se infiere que su relación con la ‘clase’ haya producido una contrastación directa, pero sí que dichas elaboraciones registran indicaciones/reflexiones/investigaciones/teorizaciones cuyas consecuencias han sido y son relevantes para su consideración. Para nosotros, hay un núcleo temático central cuyo análisis ha sido considerablemente menor y que refiere a la configuración de la relación social misma, un tópico si se nos permite, ‘estrictamente sociológico’ y que atendiendo a los análisis que presentamos en este escrito, se encontraría en un nivel analítico ‘intermedio’⁷.

7 Nos parece importante situar el análisis que realizamos en un nivel ‘meso’ con respecto a las categorías más simples y por tanto más abstractas y, en el extremo opuesto, en relación a las que son empíricamente

De tal modo, la experiencia se expresa en la densidad de vínculos que los sujetos asumen en la vida cotidiana. Sin embargo, las formas de relacionamiento, las características y modos de establecer inter-relaciones han cambiado sustancialmente tanto como la presentación de la 'persona' en la vida cotidiana (Goffman, 2001) y esto impacta directamente en las experiencias que configuran las vivencias de la clase y que no hemos sondeado en profundidad. En cierto sentido, queremos sostener que basamos el contenido y forma de la clase en una/s experiencia/s que prácticamente o a toda vista desconocemos, pues, la vivencia de los vínculos sociales actuales (forma y contenido en que se establecen, perduran o se esfuman) y con ellos la construcción de 'identidad' y subjetivación colectivas son algunas de las opacidades que más operan en la situación, condición e in-visibilización de la clase como colectivo -por lo menos para el analista.

Si nuestra preocupación en torno a la clase sigue siendo eminentemente política, con Mezzadra (2014: 32) sostenemos que: "La individuación y la socialización, [...] a propósito del concepto marxiano de fuerza de trabajo, son dos ejes fundamentales en torno a los que seguir, tanto histórica como teóricamente la producción de subjetividad".

Por tanto, estarían incidiendo ciertos elementos de transformación societales que posibilitan el desenvolvimiento y concreción de una 'cultura común', todos ellos perfilados en este caso, en relación a los que viven del trabajo y/o son subalternizados por el capital. Nos referimos a la trilogía: *tiempo, espacialidad y lenguaje*. A cada uno para su comprensión actual, puede adicionarse una consecuencia: a) al primero, la colonización de todo tiempo por el tiempo productivo; b) en relación al espacio el cambio de su espesor organizacional y c) en referencia al lenguaje, la hipermediación digital. Veremos brevemente algunos indicios del impacto de cada uno⁸.

a) Con respecto al tiempo, por lo menos en esta fase del tiempo-impuesto por el capital y dentro de su no contemporaneidad (la coexistencia de diversos-otros tiempos), lo que prevalece es la sincronía como presente continuo⁹.

Este se funda en el predominio del presente frente todo pasado, en particular la denostación de las tradiciones, la herencia cultural, el folclore y la impronta. Todo lo que configura la memoria histórica y se reconozca en el legado de las *generaciones anteriores* (Manheim, [1928] 1993) intenta romper conexión o raigambre con el presente, tanto en el hacer productivo como en el político en situación de trabajo, bajo los nuevos modos de administración del trabajo y de los/las trabajadores. Pero este fenómeno no se detiene ante las puertas de los espacios de trabajo formales sino que también (aunque con otras formas), embebe a los trabajos 'no clásicos' y sus sujetos (De la Garza, 2018). Entre éstos, el tiempo de 'reconocerse en otros' se imposibilita por el cambio y adecuación sostenidos a continuas estrategias de sobrevivencia y reciclaje de las capacidades del 'hacer-ser' para insertarse en el mercado laboral o posibilitar la vida de modo alternativo, así como en razón del flujo permanente de ingreso de nuevas

observables. En todo caso sobre la cuestión podemos aceptar que estamos en un nivel del concreto- pensado, según de la Garza (2018)

⁸ Tomar en profundidad cada aspecto equivaldría a realizar la tarea profunda de revisar gran parte de la producción de las ciencias sociales contemporáneas, lo cual no es nuestro objetivo, sino marcar algunos tópicos que es necesario rever a la hora de pensar críticamente la trilogía categorial experiencia-clase-subjetivación política de clase.

⁹ "La auténtica última fase del capitalismo ofrece, de un modo relativamente avanzado, el aspecto versátil de la distracción y la ambigua oscuridad de la embriaguez, en definitiva, reúne aspectos relativistas y arcaicos. Lo primero, el elemento de distracción, se halla en la desnuda aparente y extremadamente brillante objetividad; lo segundo, el elemento de embriaguez, habita en las deterioradas y ambiguas figuras de los diversos tipos de montaje" (Salmerón Infante apud. Bloch, 1985, 214-215).

generaciones a la pauperización¹⁰. Entre generaciones de pobres estructurales, las vinculaciones sociales se vuelven precarias tanto como lo es sobrevivir.

Lo anterior (quiebre de memoria e historia), provoca fisuras y separaciones entre viejos/nuevos trabajadores en relación a la subjetivación política, aislando trayectorias entre e intra-generacionales. La connotación política dominante se relaciona con la valoración del hacer-hoy en función de un tiempo que siempre es productivo o se encuentra a su servicio (en la producción tanto como en la reproducción o el consumo). Mientras de modo equivalente, el tiempo para quienes se vinculan socialmente a través del consumo, también tiene fecha de vencimiento. La percepción del tiempo encuentra en el olvido del pasado o el borramiento de las memorias (sobre todo de las experiencias de organización y combate) y la proyección presente, su mejor aliado contra la construcción de lo común.

En esta perspectiva política del tiempo, inciden fuertemente las tecnologías (duras y blandas, relativas a las organizaciones laborales) que abren ad-infinitum posibilidades de proyección y cuya fecha de caducidad -en toda mercancía, entre ellas la fuerza de trabajo- provoca un continuum que implica la renovación permanente. Colabora así a la percepción del pasado como obsolescencia, lastre y desperdicio, aquello de lo que hay que despojarse (tanto de la antigüedad como de la 'experiencia') para adecuarse al mundo de hoy.

b) La comprensión del espacio multiforme, bajo el aspecto de red, conforma otro de los problemas que jaquean al colectivo de los que viven de su fuerza de trabajo, pues incluye en su sentido al individuo como mónada aislada cuya existencia corre bajo su cuenta y riesgo.

En primer lugar, la transformación de la espacialidad en los vínculos sociales es otro cambio estructural que juega en contra de lo colectivo y a favor de la hiper-individuación de los lazos. Al concebirse y fomentar la percepción de sí como parte de una red de relaciones (que se multiplican y proyectan cada vez más extensamente), el individuo se conforma en nodo de quien dependen los modos de establecer los vínculos sociales, las direcciones/orientaciones de los mismos y su perdurabilidad. Cada individuo es el punto de enlace y el destino final de una relación múltiple en vínculos sin mediaciones de formas colectivas -organizaciones del Estado Ampliado, como la sociedad civil- (Thwaytes Rey, 2007). Así, se descarga en sí mismo toda la 'inseguridad y riesgo' de la socialidad, entre las cuales obviamente se encuentran los modos de subsistencia (trabajo). Las corrientes sociológicas que enfatizan este sentidos de cambio epocal cuya partida y llegada es el 'individuo' (Beck, 1998 Bauman, 2007), colaboran a reforzar, analíticamente, las consecuencias de la dinámica del capitalismo global, tecnológicamente potenciado.

Con respeto a nuestra población -los desposeídos por el capital-, lo anterior se juega en un doble proceso. En primer lugar, en la responsabilidad individual (sumatoria de múltiples cargas en función de la producción-reproducción y la productividad) y, con ella, la asunción de riesgos individualizados e individualizantes que los sujetos asumen frente al capital. Nos referimos con esto a todo lo que los sujetos deben hacer y producir para valorizar in-crescendo su potencial como capital humano y en función de ello, asumir las consecuencias de sus 'opciones'.

En segundo lugar y como contra-cara, se produce el vaciamiento de las organizaciones clásicas que 'colectivizan' y 'agregan' intereses entre los cuales sin duda cuentan el sindicato y el partido. En todo caso podemos afirmar que, de un tiempo a esta parte (por lo menos desde las últimas décadas del siglo pasado), las organizaciones han cambiado en términos de espacios

¹⁰ La generación entendida como 'ser con otro' (Manheim, [1928] 1993) donde lo común es una trayectoria vital contemporánea de los que comparten la misma situación, también está en crisis. Como veremos las tareas de la sociología actual son profundas en este campo de indagación.

de representación y de prácticas relativas a tal fin¹¹. Los modos que asumen las identificaciones colectivas y el reconocimiento del otro (Honnet, 2007), conforman interrogantes no saldados cuyas respuestas solo podemos atisbar en términos de renuncia: debido al vaciamiento explícito del que estos espacios han sido objeto en relación a la socialización e identificación de los trabajadores tanto como a su potencia en la organización y manifestación colectiva.

Lo anterior no significa sin embargo, que toda forma de agregación y organización sea invalidada, sino que la trayectoria individual, meritocrática, competitiva, incorporada a una 'red' de conexiones amplias y laxas, es lo dominante en términos de ingreso a diversas esferas de socialización, fomentadas desde el Estado y el Mercado. Frente a esta cuestión, las respuestas de las organizaciones para fomentar la participación son escasas o inadecuadas.

La 'red' como concepción y fundamento de socialización, invalida lo colectivo para ajustar toda relación social en la acción individual, 'como si' estuviéramos enlazados estando solo incorporados como nodo en la trama relacional de malla.

c) Finalmente, las transformaciones del lenguaje cotidiano y con él las mutaciones de sentidos en su interpretación constituyen acerbos culturales que expresan mutaciones en las formas del ser social en los que imprime una especial orientación la hipermediación digital con implicaciones eminentemente políticas.

Si tal como expresamos al principio "La conciencia de clase es la forma en que se expresan [estas] experiencias en términos culturales" (Thompson, 1989, XIII XIV), los contenidos y modos de estar en el mundo de los que viven del trabajo cobran una relevancia capital para comprender qué sucede con la clase, quiénes y cómo la conforman, cómo se ligan y se identifican entre sí. Para decirlo de otro modo, los cambios en el lenguaje son importantes debido a que desde nuestra perspectiva, "El animal con lenguaje es, de por sí, sin necesidad de agregar más, un animal político" (Virno, 2003: 47). Asumido esto en primer lugar, la cuestión se relaciona con la politicidad de las formas de comprensión y entendimiento, cooperación e identificación, todos estos elementos como base sobre las cuales se fundan las clases: comunidad de intereses y disposición a actuar como tales, en este marco:

"[...] la actividad de lenguaje es a la vez el lugar y el medio de las interacciones sociales constitutivas de todo conocimiento humano; es en esta práctica que se elaboran los mundos discursivos que organizan y semiotizan las representaciones sociales del mundo; en la intertextualidad resultante de esta práctica se conservan y reproducen los conocimientos colectivos, y es en la confrontación con esta intertextualidad socio-histórica que se elaboran, por apropiación e interiorización, las representaciones de que dispone todo agente humano. (Riestra apud. Vygotski, 2007, p. 8).

Sondear las representaciones y sentidos que asume el mundo para los que viven del trabajo es una de las tareas centrales, pues en las formas de construir sentido podremos acercarnos a la politicidad que asumen las relaciones entre pares y los modos de habitar los espacios laborales o los espacios de sobrevivencia de modo tal de registrar cómo se sortean los elementos que reafirman la sujeción y cómo operan los que ligan al colectivo y propenden a la resistencia y

11 Adscribimos a la concepción del espacio de Lefebvre (2013, 92), quien reconoce que es a la vez producto y producción de la hegemonía del capital en un proceso dialéctico que conforman tres elementos: (a) La práctica espacial, que engloba producción y reproducción, lugares específicos y conjuntos espaciales propios de cada formación social; práctica que asegura la continuidad en el seno de una relativa cohesión. (...) (b) Las representaciones del espacio, que se vinculan a las relaciones de producción, al "orden" que imponen y, de ese modo, a los conocimientos, signos, códigos y relaciones "frontales" (c) Los espacios de representación, que expresan (con o sin codificación) simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social...(Lefebvre, 2013, p. 92).

activación de la acción colectiva, éstos últimos indicadores de la emergencia de la subjetivación política en los términos que plantea Mezzadra (2014: 117):

“Por un lado, un elemento esencial de politicidad distingue cada movimiento de la clase en la medida en que surge y se desarrolla en un campo vigilado por los dispositivos que forman parte del Estado y del capital, contrarrestando los efectos de sujeción. Por otra parte, la intensidad política de una lucha está determinada por la fuerza con la que llega a investir el rompecabezas de la liberación, contribuyendo a redefinir sus términos y a poner de manifiesto su urgencia (a través de un movimiento que se puede definir como de politización o –como diríamos– de subjetivación”.

Así, se hace necesario aceptar el cambio radical que implican las nuevas texturas de lenguajes para la comunicación y el entendimiento. Tal como expresa Cáceres, la promesa de la sociedad de los textos se ha completado pues ya no hay pocos escritores para muchos lectores sino que los textos (vía digital) se producen y reproducen individual y colectivamente abriendo el espacio social a su producción masiva: “El hipertexto permitió por primera vez la posibilidad de construcción de la textualidad desde la lectura” (Cáceres, 1998: 11). Pero lejos de una mirada ciber-optimista, tal como plantea el autor, la incidencia de la producción del lenguaje con la participación tras-individual en sus hechas múltiples es lo que destaca pues en ellas se fundan los criterios de participación, identidad y de politicidad actuales, todas atravesadas por los ‘medios’ y dirigidas a la construcción de consenso. Este aspecto se encuentra orientado a re-situar la clase en la totalidad social, sin extrañarla del ‘sentido común’ (Gramsci, 2003) sino como parte constitutiva de la producción-reproducción del mismo.

Por último, avanzar en el análisis del lenguaje y su potencialidad política no descarna de materialidad, historicidad, coerción y desigualdad a la sociedad de clases, ni elude la explotación del capital o la disuelve en el universo indeterminado de lo que algunos autores denominan ‘multitud’ (Negri, A y Hardt, M. 2002) o ‘comunicación’ (Habermas, 1988). Sino que, muy por el contrario, intenta comprender las formas en que se constituyen las subjetivaciones políticas, expuestas a la realidad-ficcional de la interconexión digital global, la participación en las comunidades virtuales, la exposición intencional de sentidos que construyen los propietarios de las tecnologías y sus auspiciantes (*vgr.* El Estado y el Mercado) y las identificaciones que las refuerzan y direccionan. Retomando los puntos que expusimos acerca de los cambios que embeben a los lazos sociales en la actualidad (el tiempo y el espacio), el lenguaje nos interesa en tanto producido por el *general intellect* y resignificado en función de la construcción actual de hegemonía¹².

Con estos elementos podemos ahora reflexionar acerca de la experiencia en la que la clase se ‘hace’ subjetivación política.

Seamos antagónicos hasta volvernos autónomos: dilemas de la conflictividad y la subjetivación política

Uno de los intereses para abordar la configuración de la clase social o su disposición a actuar como tal, es la cuestión de cómo aproximarnos a la misma diseñando una estrategia de investigación sin perder en el camino la trama de debates y complejidades que hemos

12 Sobre la discusión acerca del tema retomamos la postura de Virno acerca de la discusión de Marx en los Grundrisse sobre el tema. Para el italiano, el *general intellect* es un atributo del trabajo vivo y conforma “una cualidad y un signo distintivo de toda la fuerza de trabajo social de la época postfordista, es decir, la época en la que la informatización, la comunicación juegan un papel esencial en cada repliegue del proceso de producción”. (Virno, 2003, 127)

pretendido sostener aquí. Con este fin desde hace ya una década, decidimos articular estrategias de investigación de espacios laborales particulares (acercándonos a ellos en tanto casos y caso ampliados), con la realización de un seguimiento exhaustivo y cotidiano de las luchas capital-trabajo, emergentes en nuestra provincia, a fin de obtener lo que en ese momento nominamos como ‘indicador sintético’ de lo que está en disputa en el espacio social, valuado por la actividad emergente pública, siempre contenciosa, de los que viven del trabajo¹³.

Bajo ese objetivo, asumimos la creación del Observatorio de Conflictividad Social de Mendoza (en adelante OCSM), a partir de un formato de seguimiento cotidiano y sistematización de conflictos que fuera comparable con los registros nacionales e internacionales y pasible de sostener su producción y análisis, en un período de tiempo considerable¹⁴. Nuestra pretensión fue acercarnos a las expresiones visibles de conflictividad para sondear así la relación entre subjetivación política y la ‘cuestión de clase/s’.

A fin de realizar una lectura resumida y con una mayor carga analítica de los datos construidos por la mencionada estrategia utilizaremos aquí la contribución realizada por Massimo Modonesi (2010; 2016) que, según nuestro criterio, potencia y da lugar a una lectura de mayor profundidad acerca de los registros construidos y elaborados oportunamente por el OCSM.

Partimos por establecer el interés explícito del autor quien pretende consolidar una teoría marxista de la acción política (Modonesi, 2016) y en su búsqueda, media las categorías ‘más simples’ (de mayor nivel de abstracción) con el decurso histórico a fin de ponderar la situación de las clases-realmente-existentes. En un recorrido que asume como hito originario a K. Marx, pasando por las contribuciones clásicas de Antonio Gramsci e E.P. Thompson, hasta llegar a A. Negri, C. Castoriadis y C. Lefort, conjuga distintas genealogías teóricas para establecer una trilogía categorial centrada en las nociones de subalternidad, antagonismo, autonomía, que en su comprensión inter-relacionada reconocen homologías, complementariedad y tensión.

De tal modo, lo *subalterno*, para Modonesi (2016, 49 ss.), denomina a la experiencia y condición subjetiva del subordinado, determinada por una relación de dominación hegemónica. Siguiendo a Thompson, encuentra que la experiencia de subordinación se expresa en la tensión entre aceptación / incorporación y rechazo / autonomización de las relaciones de dominación. En tanto que el *antagonismo* identifica y nombra el proceso de conformación de las subjetividades en conflicto, la interiorización o incorporación de la lucha y la insubordinación como experiencias y como factores de subjetivación, diálogos entre ser social y consciencia social, de formación de una disposición a actuar como clase. En tanto la *autonomía* (Ibidem, 2016: 50), es entendida como una determinada forma de subjetivación política que se desprende de prácticas y experiencias emancipadoras de autoderminación forjadas en el diálogo entre espontaneidad y consciencia.

13 Desde 2009 con financiación y en el marco de la Universidad Nacional de Cuyo, con los siguientes proyectos aceptados, acreditados y evaluados: 06/ F371 Clase y Subjetivación Política: Retorno a la discusión clásica a partir de los cambios en el trabajo contemporáneo.; 06/F332 “Condiciones de trabajo y su vinculación con la vida política-relacional de los trabajadores: hacia una redefinición conceptual/categorial a la luz de las transformaciones actuales”, 06/F266 “Transformaciones del capital y conflicto social en la Provincia de Mendoza, 2009-2010”.

14 El Observatorio, es una técnica de índole cuantitativa que se basa en el seguimiento cotidiano de noticias publicadas en la prensa gráfica sobre los conflictos, en nuestro caso, protagonizados por trabajadores o sectores subalternizados por el capital. Nos permite establecer la apertura y cierre de ciclos de conflictividad laboral, las principales características de los/as trabajadores que luchan (y por ende, aquellos colectivos que "no luchan"), las connotaciones de sus demandas y sus repertorios de acción, así como determinar sus antagonistas, mediadores y los modos de control y/o regulación por parte del Estado. Sobre el tema Collado y Soria (2019).

En concordancia con lo anterior, el énfasis del italo-mexicano está puesto en una de las categorías de la trilogía -el principio antagonista- síntesis de la determinación primera. En sus palabras:

“Concibo pues el antagonismo como la expresión de un proceso experiencial derivado de una polarización subjetiva, de una colocación polar en una relación de conflicto y de lucha social y política [...] Una experiencia acumulada, sedimentada en la formación de la subjetividad política, que surge y se retroalimenta de una posibilidad y de una ‘disposición a actuar’ de forma antagonista que, en el cruce entre espontaneidad y consciencia, se coloca en el centro de los procesos de subjetivación política y de una aproximación marxista a su estudio y análisis” (Modonesi, 2016, 77).

El establecimiento de los cauces por los cuales discurre la actividad política de la clase indica factores entrelazados de identificación de sí, lucha y producción alternativa de formas de vida frente al dominio del capital en sus múltiples personificaciones. En tanto no encasilla a la clase en una posición / ubicación (con respecto a...) ni en una fase de toma de consciencia para pasar a otra, en una escalada de progresivo desarrollo.

En esa clave, las indicaciones de Modonesi (2016: 136) sirven para acceder al antagonismo a partir de las prácticas de clase (voluntarias e involuntarias), que se sustentan en distintos niveles: a) *Politización*: formas de agregación y enunciación; b) *Organización*: formas de participación y deliberación; c) *Movilización*: formas de manifestación y difusión; d) *Realización*: formas de articulación, negociación y autonomización. Usaremos las mismas para establecer algunas características de estas ‘manifestaciones de clase’ en nuestra formación social a través de la conflictividad capital-trabajo observada en Mendoza¹⁵.

a) Con respecto a las formas de ‘politización’ comprendida como agregación (construcción de identidades y culturas políticas) y enunciación (elaboración de discursos, proyectos, marcos) (Modonesi, 2016: 136), han predominado los modos tradicionales estrechamente vinculados a los partidos políticos mayoritarios y sus expresiones sindicales.

En la deriva de estas características, para el caso de Mendoza, es importante establecer dos momentos diferenciados en los procesos de conflictividad. El primero desde 2011 a 2015 y el segundo desde 2016 en adelante¹⁶. Durante el primer período, las acciones de litigio de los trabajadores se centraron en demandas por el nivel y composición salarial, pagos adeudados, exigencias en torno a condiciones y ambiente laboral (contra su deterioro) y en pos de la consecución de convenios colectivos o de la activación de la negociación paritaria. Los que se expresaron públicamente en general, lo hicieron por sectores, sin destacadas articulaciones entre sí, salvo algunos casos puntuales de solidaridad entre trabajadores/as industriales locales con pares de otras provincias (Canafoglia, 2019). En tanto durante el segundo período, la mayoría de las acciones se sustentaron en defensa de la fuente de trabajo (frente a despidos), por la distribución y monto de las partidas presupuestarias del Estado y confrontando las políticas de re-privatización de actividades, restricción de servicios públicos o quita de subsidios. En la mayoría de los casos, los/las trabajadores se expresaron y aglutinaron a través de las organizaciones sindicales pre-existentes. Los estatales, principales protagonistas del conjunto del ciclo considerado, (administración central, judiciales y educación en sus tres niveles), han demostrado aún con interrupciones, mayor capacidad de articular demandas que cualquier sector de trabajadores privados. Sin embargo, dicha

¹⁵ En esta ocasión, utilizamos la interpretación de los resultados del OCS-M, no sus ‘datos duros’.

¹⁶ Períodos que corresponden a los últimas gobernaciones provinciales de distinto signo político (el primero ligado al justicialismo y el segundo a la alianza radical-cambiemos), que llegan a 2017 ya que los registros del OCSM han sido sistematizados hasta esa fecha. Empero aún con esta connotación, el ejercicio comparativo sirve a los fines propuestos en este trabajo.

vinculación no ha coincidido en un programa común que comparta objetivos y estrategias. Solo en el último año (2018) se reeditó la ‘multisectorial en lucha’ de gremios estatales que en general convoca a movilizaciones conjuntas entre diversos ámbitos públicos -nacionales y provinciales. Un acuerdo de cúpulas distanciado de participación efectiva y masiva de las bases. Aun así, las organizaciones sindicales que representan a los estatales, en el último período (2015-2018) rebasaron en demandas la cuestión salarial para cuestionar frontalmente la embestida del gobierno sobre las fuentes de trabajo y el deterioro económico general. Articularon reclamos de educación, ciencia y técnica, salud y administración del estado, denunciando su vaciamiento o reducción, el cercenamiento de derechos sociales (educación centralmente, pero también salud, vivienda), los recortes expresos a los derechos laborales y el aumento de las tarifas de servicios públicos. En este camino, incorporaron consignas de los movimientos sociales (contra el fracking, la contaminación y el extractivismo; solidaridad con las víctimas del gatillo fácil y de femicidios).

Con todo, las organizaciones sindicales, no registraron innovaciones discursivas significativas ni actividades de extensión de la solidaridad más amplias que involucraran a sectores de trabajadores vulnerados, precarizados o informales, menos aún reivindicaciones de población por fuera de ámbitos ‘formales’ de empleo. Lejos de ello, sus protagonistas centrales, los trabajadores de la administración pública, mostraron importantes fracturas internas en la defensa de intereses particulares y una visible brecha generacional entre viejos-nuevos trabajadores del Estado (cuyo reclutamiento se sostiene entre los partidos políticos que gobiernan), entre áreas con disímiles intereses en su propio ámbito y entre direcciones y bases. Solo en la última etapa y frente a la embestida de recortes presupuestarios y defensa de los puestos de trabajo sus acciones han comenzado a converger.

En tanto los trabajadores informales, han mostrado una importante capacidad de movilización y expresión horizontales y participativas. Sobre todo nos referimos a los que se han organizado en sus territorios en defensa de actividades de comercialización de productos en la vía pública ‘ferias’. Sus modos de protesta y representación se asumen por mandato de asambleas, en tanto manifiestan y apelan a solidaridades amplias ante la represión y persecución de la que son objeto, de modo continuo desde 2014 hasta la actualidad (Collado et al, 2018). Sin embargo sobre ellos se han dispuesto formas de des-legitimación continuas, represión de la protesta y criminalización de sus actividades, lo cual impactó en debilitamiento de su organización y en la perdurabilidad y sostén de sus demandas.

b) En relación a los modos de ‘organización’, que incluyen la participación (formas y tipos de militancia, roles-papeles-tareas y deliberación; tendencias a la jerarquía y/o tendencias igualitarias (Modonesi, 2016: 136), el cambio constatado en las nuevas generaciones de activismo sindical post-crisis de 2001 no impuso una impronta de renovación estructural y perdurable sino que se adaptó a las formas tradicionales de participación, toma de decisiones y acción.

Podemos decir que, a principios de la década pasada, los trabajadores del estado (transporte, salud, administración central y reparticiones descentralizadas, judiciales, entre los colectivos más importantes) fueron parte de un proceso de renovación, relacionado con la participación de las bases en la vida sindical que se mostró en la elección de delegados, mayor intervención en asambleas y manifestaciones públicas y en el fortalecimiento de sus organizaciones ‘desde abajo’ (Collado, 2011). En consonancia con la emergencia social, reactivación organizativa y demandas públicas que generó la crisis de 2001 y como consecuencia del protagonismo de los movimientos sociales que se desarrollaron bajo su impronta, el activismo sindical post-crisis adoptó connotaciones como la horizontalidad en el debate de las acciones contenciosas y una

destacable feminización y juvenilización de sus participantes y representantes de base¹⁷. Es destacable que tres secretarías generales de estas organizaciones sindicales fueron ocupadas por mujeres (de los trabajadores del estado, de los profesionales de la salud y de los/las docentes universitarios).

En tanto que en relación a los canales de participación, si bien hasta 2011 dominaron en el sector público las asambleas y marcaron la impronta de las formas de acción directa, las mismas progresivamente fueron ‘vaciadas’ de poder en la toma de decisiones, para asumir progresivamente el papel de ámbito de información.

Empero, algunos rasgos nuevos emergieron en los últimos dos años como producto del fuerte impacto del movimiento feminista nacional en la provincia y de sus organizaciones (enmarcados en la lucha por la legalización del aborto), donde el activismo mayoritario se mostró joven-feminista-disidente. Sus expresiones e identificaciones han rebasado fronteras para incidir en otros colectivos laborales y no laborales (fundamentalmente docente y estudiantil), marca que se acentuó en las movilizaciones, paros y asambleas que se sustanciaron sobre todo en el sector público de educación durante y pos 2018. En relación a la presentación pública, su incidencia se ligó a expresiones estético-políticas renovadas. Aun así, esto no ha denotado una clara renovación en la feminización de las organizaciones sindicales en general y sus direcciones, en la participación menos jerárquica y más inclusiva y la adopción del programa fuerte de la igualdad de género entre sus filas. Las mujeres en el sindicalismo vernáculo, continúan desarrollando papeles tradicionales de ‘cuidado’ y ‘acción social’, sin incidir en el cambio de las formas de interacciones hetero-normadas.

c) Los modos de ‘movilización’ que incluyen las formas de manifestación -repertorios de acción, dinámica de cada una y difusión, estrategia de medios; distribución de propaganda o periódicos; volantes, etc.) (Modonesi, Ibidem), han asumido algunos cambios en elementos distintivos de comunicación pero no en relación a los contenidos. La masividad e impacto social mayor en las manifestaciones públicas no pasó por el ámbito-capital trabajo sino por patriarcado-género.

La diferencia entre los períodos de la acción conflictiva considerados ha sido la composición de las movilizaciones y su cantidad: fueron más fuertes y masivas en el momento de bisagra entre las dos últimas gobernaciones para decaer en el último bienio (2018-2019), sobre todo en relación a la confrontación con el estado provincial (es importante destacar que los dos sindicatos de mayor beligerancia ‘acordaron’ paritarias con el último gobierno provincial.

Como dijimos los movimientos sociales (socio-ambientales y feministas) han expresado una nueva forma de visibilización y comunicación pública de sus posiciones, las que en algunos aspectos han sido tomados por las organizaciones de trabajadores/as. En tanto las comunicaciones, sobre todo las convocatorias por vía digital, tienen en los últimos años una cada vez mayor relevancia y colaboración en la amplificación de la protesta, aun cuando la proliferación de este tipo de información no garantiza en sí misma la masividad de las convocatorias. Con todo, esta ‘renovación’, no han incidido en los contenidos comunicacionales.

Los medios y las redes, como arena de disputa de sentidos, se presentan como un escenario de relevancia cada vez mayor a la hora de visibilizar acciones conflictivas, de modo tal que muchas de las mismas son evaluadas por sus protagonistas como ‘exitosas’ en relación a la repercusión alcanzada en ese plano (antes que por ejemplo, la participación de las bases, las

17 El más novedoso y disruptivo en la provincia fue el movimiento contra la megaminería contaminante y en defensa de agua, cuya actuación tuvo su expresión máxima en la sanción de la Ley Provincial 7722 (junio de 2007), a través de un proceso que impactó sustancialmente en la organización de asambleas de base territorial en diferentes municipios de la provincia, las formas de visibilización y presentación en el espacio público de sus demandas y la imposición al gobierno de la agenda con sus reivindicaciones y exigencias.

muestras de solidaridad de otras organizaciones, la adopción de sus demandas o principios). Tanto es así, que una porción destacada de acciones conflictivas de los trabajadores se sustancian solo en la arena de la comunicación pública¹⁸. En este sentido crece la presencia de las organizaciones sindicales en las ‘redes sociales’ y la militancia en este foro, con estrategias de visibilización y pronunciamiento propias de estos medios.

d) La ‘realización’ (Modonesi, 2016: 136-137), en relación a las formas de articulación (contactos e intercambios con otras organizaciones o grupos, actos solidarios, etc.) negociación (con otras organizaciones e instituciones públicas o privadas) y autonomización (formas reglas y prácticas de ejercicio del poder autónomo).

Con respecto a este punto no se han registrado expresiones relevantes de autonomización en los ciclos de conflictividad capital-trabajo en el período considerado en nuestra provincia. La única empresa que fue recuperada por sus trabajadores (del sector agroindustrial), reforzó su vinculación con el estado y su dependencia en términos de estrategias de subsistencia, demostrando importantes dificultades para estrechar lazos con otras organizaciones sindicales y reclutarlas en acciones expresas de apoyo y solidaridad -con la única excepción del Sindicato Gráfico que, por contar con una empresa recuperada del rubro, participa activamente en su apoyo. En tanto que las organizaciones que agrupan a trabajadores sin tierra, han visto menguada su actividad y visibilización pública debido a la crisis y los recortes sufridos por vía de las políticas sociales y subsidios.

Por el contrario, en la ponderación de la conflictividad laboral en Mendoza, corroboramos un avance de la heteronomía de los trabajadores en referencia al Estado. Una abrumadora mayoría de sus acciones se dirigen y dirimen en su ámbito, más allá que el mismo Estado ejerza o no su papel de patronal y que el conflicto se sustancie en el sector público o en el privado. El reforzamiento de este carácter, durante el primer período considerado, a través del fortalecimiento de la negociación colectiva, el mantenimiento y continuidad de las paritarias y la regulación del conflicto social, fortalecieron su impronta de árbitro y juez en la cuestión laboral, lo cual ha llevado a la ‘naturalización’ de la percepción ‘des-clasada’ del mismo¹⁹.

En cuanto al período posterior, se han acrecentado los diversos modos en que el Estado construye coercitivamente controles y mecanismos disciplinarios para ahogar las demandas y restringir los procesos de lucha, desactivar la acción colectiva, reforzar la reclusión individual y menguar apoyos a las organizaciones que aglutinan a los/las trabajadores, sea por penalización o por deslegitimación.

De tal modo, la iniciativa en este plano es de los sectores hegemónicos que desactivan la conflictividad a través de por lo menos tres mecanismos: a) *legal*, por la creación, aplicación y/o renovación de normativas de baja intensidad (contravenciones) a fin de judicializar la protesta; b) *criminalización* del activismo: procesando o persiguiendo selectivamente a militantes, referentes y/o activistas sindicales a fin de producir un ‘efecto demostración’ de desaliento en la participación (hasta mediados de 2019 eran 11 los procesados, todos militantes sindicales); c) *mercadorización* de la protesta: en dos sentidos como premio: asumiendo

18 Las acciones conflictivas se expresan no solo en actos de protesta sino en ‘declaraciones’. Debido a ello la Red de Observatorios de Conflictividad Social (ROC) aceptó esta dimensión en como ‘tipo de acción’ ya que como tal es un repertorio específico de los /las trabajadores. Al respecto se suscitó una polémica en 2014 con la esfera de estadísticas del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social por considerar incorporación en términos de ‘sobre-registro’ en la conflictividad laboral. Véase al respecto Declaración de la Red de Observatorios de Conflictividad Social, 15 de septiembre de 2014. Disponible en: <https://observatoriosconflictividad.org/declaracion-de-la-roc/#more-33> Última consulta 30/07/2019.

19 La exigencia de ‘más Estado’ por parte del conjunto de organizaciones sindicales y las demandas que se esgrimen en los conflictos laborales actuales para zanjar la actual crisis es un claro ejemplo de lo que sostenemos en este aspecto.

diferencias salariales por tipos que fragmentan los intereses de los / las trabajadores; como castigo: penalizando con multas (a las organizaciones) o descuentos (a los/las trabajadores) por el ejercicio de los ciudadanía laboral, centralmente en relación a protestar y demandar ante las autoridades, visibilizar sus demandas en el espacio público, ejercer el derecho de huelga y de asistencia a asambleas en los lugares de trabajo.

En relación a lo que se gesta desde los sectores dominantes y la escasa iniciativa en la disposición a actuar como clase, podemos decir que las 'realizaciones' que tienden a la autonomización de clase han sido menores y se constriñen a la defensa de la situación y/o condición laboral, cada vez más deterioradas y en franca precarización e intensificación en términos productivos.

Algunos indicios para continuar

Tal como fue nuestra pretensión al comenzar este escrito, reflexionamos en torno a la cuestión de las clases a fin de acercarnos a la comprensión de las mismas bajo coordenadas específicas de contemporaneidad. Esta tarea, según vimos, precisa mediaciones y reforzamientos habida cuenta de la 'opacidad' de lo social. Los esfuerzos teóricos de mayor generalidad y abstracción si bien son absolutamente necesarios, no llegan a dilucidar los cambios operados en el concreto-histórico-múltiplemente determinado. Y es justamente en ese nivel analítico que necesitamos acercarnos a la incidencia de los mecanismos de coerción y de consenso hegemónicos, que actúan y moldean las subjetivaciones de clase y por tanto, su disposición a actuar como tales.

En este camino, buscamos contribuciones que desde la teoría crítica de raigambre marxista, colaboraran a realizar abordajes que posibiliten la observación y sistemática del pulso de acciones de clases. De tal modo reconocimos su comprensión socio-histórica-situada, tal como inauguralmente lo hizo Thompson y, lo hacen hoy en clave teórico-política Mezzadra y Modonessi, entre otras contribuciones destacables.

Encontramos en nuestra búsqueda que el mayor 'desconocimiento' se sustancia en las formas y contenidos actuales de configurar los vínculos sociales, la relación que nos socializa, los procesos y orientaciones de las identidades sociales, entre otros factores que hacen que actuemos 'en y como colectivo'. Así, la propuesta es retomar los pasos de un análisis sociológico donde cuenten las experiencias de tiempo, espacio y lenguaje puestos en relación por medio de la subjetivación política, para comprender contenido y forma del 'ser social'.

Las fragmentaciones múltiples que evidencia el colectivo de los y las trabajadoras, los modos competitivos-meritocráticos que priman en sus acciones, el interés restringido y circunscripto a esferas sectoriales y en general, las delgadas innovaciones en contenidos y formas de disputa nos llevan a considerar la sustanciación de una subalternidad reforzadamente sub-ordinada y escasamente antagonista, aun cuando el colectivo lucha y reclama en el ámbito público.

En todo caso, lo que ha primado como cambio sustancial en la disposición de clase, es la pesada carga de innovación en los modos de dominación que, en algunos rasgos, muestra la capacidad de la gubernamentalidad estatal para intervenir eficazmente en la desarticulación del conflicto, su constricción y/o deslegitimación.

De tal modo, indagar la diversidad de formas en que las fracciones dominantes y el Estado 'pedagogizan' a las clases subalternas en su docilización es materia pendiente. En este sendero creemos que están planteadas las tareas investigativas y reflexivas de una intelectualidad comprometida con su clase.

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (2007), Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores, Paidós, Barcelona, 2007.
- BECK, U. (1998), La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad. Paidós: Barcelona
- BENSAID, D. (2003) Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica. Buenos Aires: Herramienta.
- CÁCERES, J.G (1998) Cibercultura, ciberciudad, cibernsiedad hacia la construcción de mundos posibles en nuevas metáforas conceptuales, Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. IV, núm. 7, junio, 1998, pp. 9-23. Universidad de Colima, México.
- CANAFOGLIA, E. (2018) En clave de conflicto: dinámica de la industria regional y trabajo en Mendoza, Argentina.
- COLLADO, P. (2011) De la crisis a la refundación sindical. El caso de la asociación trabajadores del Estado-ATE en la provincia de Mendoza Argentina. Revista RELET, Año 15, N° 23-24, II Época, Venezuela.
- COLLADO, P. et al (2018) Clase y subjetivación política: Retorno a la discusión clásica a partir de los cambios del trabajo contemporáneos. Informe final de Investigación. SIIP-Uncuyo
- COLLADO, P. y SORIA B. (2019) Observatorio en la mira: consideraciones teórico-metodológicas sobre el seguimiento del conflicto laboral, Mendoza, mimeo, en prensa.
- DE LA GARZA, E. (2018) La metodología configuracionista para la investigación. México: Gedisa-UAM.
- DE LA GARZA, E. (2017) ¿Qué es el trabajo no clásico?. En Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, Año 21, número 36.
- GOFFMAN, E. (2001) La presentación de la persona en la vida cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRAMSCI, A. (2003) El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Buenos Aires: Nueva Visión.
- HABERMAS, J. (1988) Teoría de la Acción comunicativa, Tomo I, Madrid: Taurus.
- HONNET, A. (2007) Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento, Barcelona: Katz. Cap. III.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. (1998) Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos. Trotta: Madrid.
- LEFEBVRE, H. (2013) La producción del espacio. España: Capitán Swing.
- NEGRI, A. y HARDT, M. (2002). Imperio. Paidós: Barcelona.
- MANHEIM, K.[1928] (1993) El Problema de las Generaciones. Madrid: REIS.
- MEIKSINS WOOD, E. (1983) El concepto de clase en E.P Thompson. Cuadernos Políticos, número 36, Ediciones Era, México, D.F., abril-junio 1983, pp.87-105.
- MERIEU, Ph. (1998) Frankenstein educador. Barcelona: Laertes.
- MEZZADRA, S (2014) La cocina de Marx. El sujeto y su producción. Buenos Aires: Tinta y Limón.
- MODONESI, M. (2010) Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política. Buenos Aires: CLACSO.
- MODONESI, M. (2016) El principio antagonista. Marxismo y acción política. México: UNAM-Itaca.
- POULANTZAS, N. (1987) Las clases sociales en el capitalismo actual. Madrid: Siglo XXI.
- RANCIÈRE, J. (1996). El desacuerdo. Buenos Aires: Nueva Visión.

Ediciones Theomai 2020

Patricia Collado – La clase que habito en la que
subjetividad que soy

- RIESTRA, D. (2007) Los textos como acciones de lenguaje, un giro epistemológico en la didáctica de la lengua. En *Rev. Co-herencia*, vol. 4, núm. 7, julio-diciembre, 2007, pp. 1-15, Universidad EAFIT Medellín, Colombia.
- SALMERÓN INFANTE, M. (2009) Antes, desde y para el exilio. En *Herencia de esta época [1935-1962] de Ernest Bloch*. En *Rev. Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXV-739 Septiembre-Octubre.
- SORGENTINI, H. (2000) La recuperación de la experiencia histórica : Un comentario sobre E. P. Thompson [en línea]. *Sociohistórica*, (7). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2820/pr.2820.pdf Última consulta 17/07/2019
- THWAYTES REY (2007) El estado ampliado en el pensamiento gramsciano; Capítulo 4. *Estado y Marxismo: Un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Grijalbo.
- VIRNO, P. (2003) *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Traficantes de Sueños.
- VIRNO, P. (2004) *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*, Buenos Aires: Cactus-Tinta y Limón.



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases

Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nieves (comp.)

La potencia de la vida frente a la modulación del deseo y el terror, en tiempos neoliberales

Susana Murillo¹

I. La perspectiva de este trabajo

Este trabajo está guiado por un concepto elaborado por G. Canguilhem ([1968] 2004) a partir de sus investigaciones en el campo epistemología de la medicina. Se trata de pensar en una ontología de la vida como fundamento último, que atraviesa los devenires de la historia. En esa clave, pensamos a la vida humana como una errancia que se abre a la propia finitud como un movimiento de creatividad, la vida como una sobreabundancia de ser y creación que ninguna formación social puede atrapar totalmente. Concepto que estimamos encuentra su antecedente más valioso en los trabajos de Marx (suprimido el nombre por razones de autoría). Concepto que se recuerda cuando en la historia, pueblos que han soportado una guerra con su secuela de muertes, experimentan un inusual incremento en las tasas de natalidad.

¹ Instituto de investigaciones "Gino Germani". Facultad de cs. Sociales. UBA

Theomai 40

Susana Murillo – La potencia de la vida frente a la
modulación del deseo y el terror

Concepto que a la vez halla su referente concreto en la historia efectiva, en diversos momentos en los que de manera inexplicable subjetividades diversas se agrupan, tras interrogarse para qué seguir viviendo de rodillas frente a un amo, en lugar de enfrentarlo. Pregunta que estimamos no tiene una respuesta previa a la historia misma, pues la subjetividad humana anclada en el cuerpo viviente e historizado, tiene aspectos que la razón no puede agotar. Aspectos que los estudiosos orgánicos del neoliberalismo intentan vanamente conocer en totalidad. Por el contrario, sólo parece factible tratar de analizar ciertas condiciones de posibilidad de la desobediencia civil o de las sublevaciones de los cuerpos, luego de que ellas han ocurrido.

Si esto es así, las diversas racionalidades de gobierno a través de la historia podrían ser pensadas en clave de diversas formas de administrar esa pulsión creadora que a la vez genera y escapa a todo poder. En esa perspectiva, el neoliberalismo, despliega, como ningún otro arte de gobierno antes en la historia, un cálculo estricto, basado en saberes científicos, técnicos y cotidianos, acerca de cómo modular en las subjetividades la pulsión de muerte basada en un narcisismo a partir del cual el yo se ensimisma como un orgulloso castillo que ignora que su ser se hunde en raíces a cuya configuración millones de seres contribuyen. O bien, cuando ese proceso fracasa, las técnicas neoliberales imponen el terror por la violencia de modo manifiesto sobre poblaciones enteras bajo consignas en nombre de la humanidad, la paz social o la gobernabilidad, o el presunto fraude o corrupción. Al tiempo que la vida escapa a ella en sublevaciones diversas y la historia sigue abierta.

En esa clave partimos del supuesto de que *las clases sociales* existen como procesos histórico-situados en constante construcción y transformación. Por ello, hacer una analítica histórica del neoliberalismo implica mostrar la matriz estratégica del proyecto neoliberal sobre ellas, desde un saber situado y en perspectiva. En ese sentido resulta inevitable para nosotros pensar esa matriz desde la historia efectiva de Nuestra América. Ello hace necesario vincular el concepto y la realidad efectiva de las *clases*, con los conceptos y procesos efectivos de *neocolonialismo* y *raza*. En ese sentido asumimos que las luchas de los sectores subalternos son procesos en los que la vida como potencia de ser escapa en constantes sublevaciones. De modo que las formas de ejercicio del poder por parte de las también cambiantes clases hegemónicas, son la constante respuesta a la creatividad vital.

En esa perspectiva, partimos de la hipótesis de que el neoliberalismo es una mutación en el orden social capitalista que tiende a consolidar el poder de las clases hegemónicas a nivel global, a partir de las sucesivas crisis experimentadas por el capitalismo desde el último cuarto de siglo XIX, crisis sobredeterminadas por las luchas contrahegemónicas. En ese sentido, al hablar de neoliberalismo, nos referimos a una mutación civilizatoria en el orden social capitalista; es decir, un proceso histórico complejo, en el que se intenta producir profundas transformaciones de los comportamientos y la sensibilidad humanas; transformaciones en las que organismos internacionales y corporaciones intervienen en un modo de “planificación estratégica”, desplegada sobre un modelo que cambia constantemente sus tácticas a partir de las respuestas de las clases subalternas y en relación a la competencia entre las grandes corporaciones transnacionales. Se trata de una “tendencia”, de ningún modo unívoca, que, tras la caída de la URSS pretendió que se había llegado a “el fin de la historia”.

Decimos que el neoliberalismo es una “tendencia”, pues en los autores clásicos que la personifican así se la caracteriza (Hayek, [1976] 2014). Se trata de un *plan a largo plazo* cuyo objetivo fundamental es la construcción de hegemonía de las grandes corporaciones internacionales (que a la vez libran batallas entre sí) con el fin de gobernar la vida tanto vida humana como a la no humana en el planeta. Dicho en otros términos: el objetivo es el apoderamiento de los bienes naturales y la subordinación de la fuerza de trabajo a nivel

mundial a un estado de servidumbre, matizado en algunos territorios con modos ficcionales de democracia.

Ahora bien, para lograr tal objetivo, ya desde el Coloquio Lippmann, celebrado en París en 1938; la fundación (entre otros tanques de ideas) de la sociedad *Mont Pèlerin* en 1947, (Foucault, ((2004) 2007; de Büren, 2015; Hartwell; 1995); o de la Comisión Trilateral en 1973 (Crozier, et al, 1975) , el núcleo central de la tendencia neoliberal es la *colonización de las subjetividades* a través de lo que se anunció como una "revolución cultural" que debería transformar los "valores" (von Mises, ([1949] 1989) de sujetos y poblaciones. Ya no sólo la violencia directa frente a las sublevaciones, sino la construcción de subjetividades centradas en valores ligados al interés personal vinculado a la libertad individual y la competencia (Rand [1961] 2006); valores que inclinan a grupos de poblaciones a aceptar con naturalidad formas de violencia directa sobre quienes consideran otros-abyectos, así como la transformación de las funciones de Estado, cuyo objetivo es sustentar los movimientos libres del "mercado" a través de una legislación que lo favorezca y de la creación de un poder punitivo y mediático que doblegue a los cuerpos sublevados o los construya en el consentimiento (Hayek [1976] 2014). Ello implica construir una *nueva moral* centrada en la competencia, e impulsar la necesidad de la "difusión gradual a nivel global" de la nueva moral neoliberal, a fin de evitar que el gobierno otorgue "por la fuerza" lo que los menos exitosos no pudieron obtener en el juego" (Hayek, ([1976] 1989: 191). Se trata de lograr la aceptación de un Estado que cuando sea necesario aplique al menos el neodecisionismo tal como ocurrió en Argentina y Perú en la década de 1990 (Bosoer y Leiras, 1999); o lisa y llanamente el "estado de excepción", tal como se ha visto recientemente en Chile, Ecuador y Haití, estado en el cual toda ley se suspende y los cuerpos subalternos se configuran como cuerpos abyectos (cita suprimida por razones de autoría), así como la violenta cacería de quienes apoyan al legítimo Presidente de Bolivia, Evo Morales en este momento.

En ese sentido sostenemos que tal tendencia busca construir ese proyecto civilizatorio centrándose en la *muerte* a través de dos estrategias: una ligada a la constante amenaza sobre sujetos individuales y colectivos y otra consistente en una persistente interpelación ideológica a los sujetos individuales a una imaginaria completud que ficcionalmente salva de la muerte, pero que por ser precisamente imaginaria encierra al yo en un solipsismo que lo induce a formas diversas de autodestrucción. En esa clave, la fuerza de trabajo como manifestación de la vida es colocada o bien en un mundo fetichista de carácter bidimensional, espejos por el que transitan las minorías que constantemente compiten por altos salarios ligados a la realización de tareas simbólicas, o bien, en el caso de las mayorías, en el lugar de la abyección. Hayek lo expresa así en 1981:

Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: no a la mantención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto, *las únicas reglas morales son las que llevan al "cálculo de vidas": la propiedad y el contrato.* (Hayek, 1981) (La cursiva nos pertenece).

En ese sentido, tanto en la escuela austríaca, como en la de Chicago, como en el anarcoliberalismo se sostiene con claridad que quienes han sido "más capaces" o "más afortunados" en la competencia del mercado son quienes deben gobernar "directamente" el mundo, sin ningún obstáculo basado en conceptos como el de "justicia social" "democracia social" o "redistribución del ingreso".

La igualdad formal ante la ley está en pugna y de hecho es incompatible con toda actividad del Estado dirigida deliberadamente a la igualación material o sustantiva de los individuos, [...] toda política directamente dirigida a un ideal sustantivo de

justicia distributiva tiene que conducir a la destrucción del Estado de Derecho” Hayek, ([1945] 2000, p. 113).

Una hipótesis que deriva de las anteriores referencias y procesos efectivos desplegados en Nuestra América es *la tendencia a abolir las relaciones políticas y las instituciones liberales burguesas*; para construir nuevas formas de relación de hegemonía sobre las clases subalternas, formas que aún están en proceso de construcción, pues las resistencias populares las limitan, así las diversas sublevaciones en los últimos meses en países como Haití, Chile y Ecuador; así como las resistencias de los pueblos de Venezuela y Cuba a los inagotables bloqueos y amenazas, plantean no un mero cambio de gobierno, sino una transformación estructural de las condiciones políticas y económicas. Al tiempo que el proceso electoral en el Estado Plurinacional de Bolivia mostró la voluntad popular de sostener conquistas, al tiempo que el feroz golpe de Estado en desarrollo ahora mismo, muestra una nueva estrategia a través de la cual el Imperio cierra la pulsión de muerte sobre Nuestra América. Por su parte, las elecciones de Argentina en 2019 son la expresión de distintos enfrentamientos arraigados en su especificidad histórica.

Para comprender la estrategia neoliberal centrada en la muerte tomamos *sólo una dimensión que lleva adelante la gran burguesía a nivel regional*: la centralidad dada a las tácticas de gobierno de la subjetividad individual y colectiva, en las que los fenómenos afectivos, cognitivos, sociales y morales se constituyen a la vez en objeto de conocimiento, cálculo e intervención y cuyo fin es la modulación del deseo en pos de la fetichización de la subjetividad a partir del inicio del proceso de hominización. En esa clave, el neoliberalismo, como mencionábamos más arriba, bascula sobre una paradoja trágica: la interpelación ideológica a la completud y la amenaza de terror constante. Terror que no se presenta sólo bajo la amenaza cierta de muerte violenta por parte del Estado policial, o las masacres llevadas adelante por civiles pertenecientes o identificados con las clase dominantes, como en este momento ocurre en Bolivia, sino que emerge ante la incertidumbre frente a la propia condición por la pérdida de trabajo, la flexibilidad en el mismo, los constantes aumentos en el precio de las tarifas y de los medios de subsistencia. Todo lo cual sume en una incertidumbre constante a la mayor parte de las poblaciones. Incertidumbre que es un proceso calculado, como modo de gobierno de las subjetividades. El terror confluye con la construcción de técnicas de subjetivación que impulsan a la identificación con figuras imaginarias cuyo núcleo ficcionalmente conforma una mítica completud que salva de la finitud. La identificación imaginaria con fetiches que obturan la conciencia del propio límite, tiende al ensimismamiento y a la ruptura de lazos con el otro, proceso que conforma subjetividades que experimentan enormes dificultades para acceder al orden de lo simbólico, es decir a asumir la ley, que por encima de todos supone el pasaje a la cultura, a la hominización. Ello implica que en el neoliberalismo, tal como se expresa con claridad en su versión más extrema y menos sofisticada, la de Ayn Rand, el principio básico a nivel ético se sustenta en que cada individuo debe elegir y actuar tomando en cuenta sólo su propio provecho: éste es el fin más elevado del ser humano para obtener la propia felicidad ([1961] 2006). Proceso que implica la creciente fetichización de todas las relaciones sociales que produce así unas subjetividades en las que el narcisismo es la otra cara de la pulsión de muerte, pues ese narcisismo es frustrado por la realidad efectiva a cada paso gestando angustia, temple de ánimo que no tiene objeto determinado y que se deposita en lugares diversos de modo que se troca en violencia contra sí y contra otros, a la par que en la búsqueda de un infinito afán de consumo de objetos y sujetos que intenta vanamente colmar la finitud.

Para comprender esa complejidad *es menester no reducir las tácticas neoliberales al lugar de la propaganda a través de medios de comunicación*, en efecto, *sus técnicas son discursivas y materiales*, ellas afectan de diversos modos a los cuerpos conformando una constante interpelación

ideológica cuya materialidad no es reductible al lenguaje (cita omitida por razones de autoría). Ahora bien, uno de los elementos fundamentales en los procesos sociales de subjetivación radica en la tendencia a la abolición de la Ley, como un mandato universal por encima todos, para reducir a los individuos a una constitución imaginaria en la cual el propio deseo puede anteponerse a la Ley. Fenómeno éste sustentado en el hecho de que quienes intentan hegemonizar el poder a nivel mundial a través de diversas tácticas intentan imponer la palabra y la ley del amo, por sobre cualquier ley universal.

Abordamos aquí esta dimensión sólo desde cuatro aspectos: la teoría subjetiva del valor, las formas de racismo, la propaganda, y la modulación subjetiva en base al programa fuerte de las neurociencias.

II La teoría subjetiva del valor: consumismo y “uberización” de las clases trabajadoras

La matriz discursiva del neoliberalismo, surge de las críticas a los límites de los principios del liberalismo tanto en lo referente a la cuestión social como a la cuestión colonial.

En 1871, en medio de una de las crisis cíclicas del capitalismo y constantes revueltas de trabajadores, surgía en Viena la denominada “teoría subjetiva del valor” Menger ([1871] 1997) ella conforma el núcleo de la argumentación de la denominada “Escuela austríaca” acerca de que el valor de lo que se denominan “bienes” se centra en la *acción humana* y, en este punto, sostiene que los bienes valen en relación al *significado* que ellos, en su *circulación*, tienen para el *sujeto individual*. En ese sentido, el foco de los análisis y de la interpelación ideológica a sujetos y poblaciones se corre desde el proceso productivo al de circulación y con ello a las *apetencias de los consumidores*, que a juicio de los austríacos recaen en bienes reales o imaginarios, algo que toma singular importancia en la interpelación al consumismo y la fetichización de las “marcas” desplegada por el neoliberalismo (Klein, [1999] 2012) que al tiempo que transforma radicalmente los modos de producción y circulación de mercancías a nivel global, fascina a los sujetos generando la constante búsqueda de objetos o sujetos que les permitan eludir imaginariamente la finitud centrados en una ética del egoísmo (cita omitida por razones de autoría). Proceso éste que no tiene fin y que le resta sentido y proyecto a las vidas humanas, con su efecto de aumento de índices de consumo de sustancias adictivas, suicidios, accidentes automovilísticos y otras situaciones que son fenómenos que a menudo encubren profundos procesos depresivos. Al tiempo que viene a sentar una de las bases de una estrategia discursiva que intenta legitimar hasta el presente por un lado la anulación de toda exigencia de derechos por parte de los trabajadores, su transformación en imaginarios “emprendedores” a través de la “uberización” de los procesos de trabajo y la autorresponsabilización de todo ser humano respecto de su propia vida y muerte a través de la privatización de todo servicio de salud y educación; este proceso ha tenido como objetivo la ruptura de lazos de solidaridad entre pares, que es una de las condiciones centrales de la resistencia y de la construcción de sujetos colectivos. No obstante, en este momento preciso, los movimientos populares de Chile o Haití donde todos los servicios fueron privatizados,

muestran a la vida en movimiento frente a formas de represión violenta y estado de excepción².

La teoría subjetiva del valor intenta modular el deseo, entendiendo por tal el intento de administrar el pasaje del ser desde una carne nuda hasta su constitución como sujeto; es decir, un intento de intervención en lo más profundo del proceso de hominización (cita suprimida por razones de autoría). Esta interpelación resulta una innovación pues el ejercicio del poder ya no se centra sólo en el disciplinamiento de los cuerpos (Foucault, [1975] 1991), sino que apunta con mayor profundidad a una constitución subjetiva centrada en la identificación inconsciente a figuras imaginarias que posibilitan la subsunción a la obediencia a un amo internacional, vacío de rostro; constitución subjetiva configurada en una imaginaria libertad “empresadora”.

Ello implica una tendencia a *elidir la cuestión social* pues intenta eliminar toda conciencia de relación patrón- asalariado y a erradicar las reformas desplegadas para limitar la lucha de clases emergente de la cuestión social gestada en el liberalismo. Pero también a obturar la “cuestión colonial” concepto que alude al abismo existente entre el ideal de historia liberal, centrado en el progreso indefinido de la racionalidad y libertad humanas y la realidad efectiva del ejercicio de la dominación basada en la violencia directa sobre los cuerpos de las poblaciones colonizadas (cita suprimida por razones de autoría). Sobre esto volvemos en el próximo párrafo.

III Racismo y cuestión colonial

Las estrategias discursivas del neoliberalismo eluden toda crítica al imperialismo en tanto relación asimétrica y de dominación entre países o regiones, pues sus principales mentores igualan a los actores individuales con los Estados, de modo que el éxito o fracaso de unos y otros está ligado siempre a su mayor o menor habilidad, suerte o herencia (personal, genética o histórica) en el juego del mercado internacional. Así lo afirman Rand y Hayek al elogiar países con constituciones *sólidas* que a su juicio sólo se registran en: “el mundo de habla inglesa, Suiza y alguna pequeña nación de Europa septentrional” ([1976] 2014: 189). En el resto, el espíritu constitucional no ha arraigado en los sujetos que pueblan esos lugares, de modo que, nada autoriza a suponer que lo que entre “nosotros” (Ibid: 190) ha sido al menos aceptable, pueda ser exitoso en esos otros contextos sociales. La experiencia parece negarlo, por ello es menester buscar los modos de introducir en esos *territorios-otros*, los conceptos presupuestos en los principios básicos de las naciones “Occidentales” antes mencionadas. Con ello se obtura la condición neocolonial de todos los países de Asia, África y Nuestra América, así como se vuelven a desplegar con otros discursos las diversas formas de racismo desarrolladas por los grupos hegemónicos a nivel internacional y sus aliados en nuestro continente. Se da así la paradoja de que en un territorio de mayoría mestiza, el blanco anglosajón es el modelo a seguir, al tiempo que se elide la condición colonial o neocolonial de sus espacios.

Un claro ejemplo de esta elisión es, como señala Eduardo Grüner (2017), el olvido de la potencia nunca igualada de la revolución haitiana:

² En Haití “Uno de cada 2 niños menores de 15 años es analfabeta porque el 90% de las escuelas son administradas por entidades privadas que al aplicar impagables tarifas, impiden el acceso a la educación”, (Chalmers, 2018)

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la
modulación del deseo y el terror

En agosto de 1791, luego de una gigantesca asamblea de esclavos realizada en el Bois Caiman y que culminara con una también gigantesca ceremonia *vodú*, estalló la primera revolución independentista de América Latina: la de Haití (por entonces la colonia francesa de Saint Domingue, por lejos *la más rica* que potencia colonial alguna haya tenido en América), cuya independencia se declaró en 1804 -por cierto sin que en ninguna parte de Latinoamérica, con la previsible excepción de Cuba, se haya celebrado en el 2004 un "bicentenario" postergado para el 2010 en festejo de las revoluciones "burguesas" y "blancas" del resto del continente.

Tal revolución, nos indica Grüner (2017), fue la única en la historia en la cual los esclavos tomaron el poder, fundaron una república y elaboraron una constitución en 1805, cuyo artículo 14 elimina toda distinción de color y, según el cual, los haitianos a partir de entonces serán conocidos por la denominación de "negros". Tal revolución, afirma Grüner fue una "cachetada filosófica" a las pretensiones de universalismo de derechos sustentadas por las burguesías europeas y estadounidense, en particular la francesa que tras la declaración de Derechos Humanos en Francia, mantenía la esclavitud en las colonias.

La violencia directa ejercida durante tres siglos en primer lugar por Europa y más tarde también por EEUU sobre Nuestra América y otras colonias del mundo fue finalmente legitimada por lo que puede ser caracterizado como un paradigma científico denominado "eugenesia", que surgía en Inglaterra en 1865 de la mano de Sir Francis Galton. El paradigma eugenésico, legitima no sólo la eliminación de grupos peligrosos a nivel local, sino además naturaliza la *necesaria superioridad* de unos países o regiones sobre otras, debido a causas sustentadas en la evolución legitimada por razones que por ser científicas expresan, el presunto lugar de la verdad. El paradigma eugenésico se expandió a fines de siglo XIX por EEUU y desde allí a Cuba y a El Caribe por medio de las relaciones entre médicos eugenistas norteamericanos y cubanos y desde ahí a toda Nuestra América (Miranda y Vallejo, 2005), aunque con diversidades en su incidencia y modos hasta el presente.

El término "eugenesia", fue eliminado de una serie de programas de organismos internacionales, nacionales, públicos y privados (como la Fundación Rockefeller o la *Planned Parenthood* a la cual perteneció el padre de Bill Gates), así como de los artículos de investigadores, tras los horrores del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial; no obstante, los intentos por eliminar o limitar la reproducción de población considerada inferior por sus presuntos caracteres raciales, persisten hasta el presente, con tan diversos métodos y argumentos que resulta imposible referenciarlos a todos, sólo es posible mencionar algunos a título de ejemplo.

Entre 1961 y 1970 EEUU desplegó el programa denominado *Alianza para el Progreso* como respuesta a los efectos de la revolución cubana en todo el continente. La *Alianza para el Progreso* proponía una presunta ayuda económica y política de EEUU a los países de América Latina y el Caribe, así como programas de capacitación que tenían entre uno de sus puntos fundamentales limitar la reproducción de las poblaciones pobres a través de lograr la toma de conciencia de las familias con carencias económicas respecto de que sus limitaciones económicas debían hacerles restringir también el número de sus familias y adoptar medidas higiénicas. El programa fue debatido en la reunión de Punta del Este entre el 5 y 7 de agosto de 1961, donde el Dr. Ernesto Guevara en representación de Cuba afirmaba respecto del mismo: yo no sé, pero casi lo calificaría como una condición colonial; me da la impresión de que se está pensando en hacer la letrina como cosa fundamental. Eso mejora las condiciones sociales del pobre indio, del pobre negro, del pobre individuo que yace en una condición subhumana; «vamos a hacerle la letrina y después que le hagamos letrina, y después que su educación le haya permitido mantenerla limpia, entonces podrá gozar de los beneficios de la producción». Porque es hacer notar, señores Delegados, que *el tema de la industrialización no figura en el análisis*

de los señores técnicos. Para los señores técnicos planificar es planificar la letrina. Lo demás ¡quién sabe cómo se hará! ([Guevara, 1988a, p. 363] citado en Díaz Fariña, 2013: 148). (La cursiva es propia)

En diversos trabajos, los más valiosos representantes del neoliberalismo han retomado los viejos postulados eugenésicos sobre las poblaciones del tercer mundo, ahora obturados tras la pretensión científica, tal como veremos más adelante, acerca de que todos los aspectos emotivos, sociales, morales y cognitivos de los seres humanos están localizados en el cerebro y se transmiten por herencia; si bien, la herencia no sería determinante, sino que la cultura y el aprendizaje, pueden incidir en la potenciación o inhibición de esa herencia. En esa clave los sentimientos morales tendrían una base genética hereditaria, en particular los de “justicia social” serían sentimientos muy primitivos, alojados en la parte inferior y más antigua del cerebro humano provenientes según Hayek de hombres “primitivos” que debían sustentar las necesidades de un grupo pequeño:

No debemos olvidar que antes de los últimos 10.000 años [el hombre] (...) existió mucho más tiempo en pequeñas bandas de cazadores, compuestas de más o menos 50 individuos, que compartían sus alimentos y que mantenían un estricto orden de autoridad dentro del territorio común y protegido de la banda. *Las necesidades de esta especie de sociedad antigua primitiva determinaron la mayor parte de las tendencias morales que aún nos gobiernan y que aprobamos en los demás. (...) Es más que probable que la mayoría de los sentimientos morales entonces adquiridos no sólo han sido transmitidos culturalmente a través de la enseñanza o la imitación, sino que llegaron a ser innata o genéticamente determinados.* (Hayek, [1976]1989) (La cursiva nos pertenece).

No obstante, sólo unas páginas más adelante, a fin de evitar el estigma eugenésico, intenta distanciarse del Darwinismo social sustentando que la selección no es exactamente natural, sino cultural, un interesante giro discursivo que no puede evitar seguir sosteniendo la selección de los más aptos en la lucha por la vida:

Es verdad que durante la última parte del siglo pasado algunos científicos sociales influenciados por Darwin pusieron un acento excesivo en la importancia de la selección natural de los individuos más capaces, dentro del marco de la libre competencia. No deseo menospreciar la importancia de esto, pero no es éste el beneficio principal que extraemos de la selección competitiva. *Éste es la selección competitiva de las instituciones culturales (...)*. Mi problema no es el de la evolución genética de cualidades innatas, sino el de la evolución cultural a través del aprendizaje, lo que verdaderamente lleva a veces a conflictos con los instintos naturales, cuasi-animales. No obstante, es todavía cierto que la civilización creció, no por la prevalencia de aquello que el hombre pensaba que podría ser más exitoso, sino por el crecimiento de aquello que se demostró como tal, y que, precisamente porque el hombre no lo entendía, lo llevó más allá de lo que hubiera podido jamás concebir. (Hayek, [1976]1989: 193-194).

Este discurso, sostenido, un año después de la intervención personal de Hayek en el denominado “experimento Chile” que desbloqueaba el neoliberalismo en el mundo, experimento en el que Hayek tuvo central influencia y sólo trece años antes de la caída de la URSS y de la constitución del Consenso de Washington, no resulta en una mera teoría; Hayek personifica una estrategia global que se lee en palabras despreciativas hacia las masas por parte de instituciones y de gobernante neoliberales de países como Argentina, Chile o Brasil en los últimos años. Palabras que conforman a quienes las enuncian en un supuesto lugar de superioridad sobre los subalternos, al tiempo que les otorgan un aire de impunidad. Complementariamente, ese lenguaje despectivo hacia el pueblo, hace que parte de las poblaciones, deseando diferenciarse del objeto de tales desprecios, se identifique con quienes las pronuncian y repudie abiertamente a quienes considera inferiores por sus rasgos étnicos o

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la
modulación del deseo y el terror

su carencia de bienes de consumo, de modo que el racismo (no necesariamente siempre vinculado a una etnia) entonces pasa a ser un valor aceptable para el *buen sentido* de buena parte de las poblaciones.

En esa clave, aunque con argumentos más elaborados, en las últimas décadas, a menudo, a nivel institucional, el lugar que ocupaba el significante "raza" ha sido reemplazado por el de diferencias "culturales" (con ello se pretende sortear el estigma biológico), diferencias que se expresarían en la inferioridad de las instituciones, así como en la corrupción de los gobernantes de ciertas regiones respecto a otras. Tal sería el caso de Nuestra América, cuyas desigualdades serían el efecto de haber sido colonizados por España y Portugal cuyas instituciones y cultura serían inferiores respecto de las instituciones igualitarias que habrían caracterizado a la historia de EEUU (Banco Mundial, 2004).

Con el correr de los años sólo a veces se tiene noticia clara del uso de métodos eugenésicos, uno de los casos conocidos es de la esterilización forzada de más de trescientas mil personas en Perú, donde, entre 1995 y 2001, fueron sometidas a tratamientos forzados de anticoncepción quirúrgica definitiva 346.219 mujeres y 24.535 varones, según un informe realizado por una Comisión Parlamentaria de Perú. Tales medidas fueron desarrolladas en el marco del Programa Nacional de Planificación Familiar del gobierno de Alberto Fujimori. (Molina Serra, 2017).

En diciembre de 2019, Camille Chalmers, profesor e investigador haitiano, organizó un seminario internacional, a fin de visibilizar el modo que toma la eliminación de poblaciones: se trata, en el caso de Haití, de una epidemia de cólera que se desató en 2010 y se llevó a 30.000 haitianos e infectó a 800.000 ciudadanos más y un número no determinado de dominicanos (Chalmers, 2019; Rivara, 2019). El proceso generó disturbios (con al menos 2 muertos en Haití en 2010) causados por la sospecha de que tal epidemia había sido propalada según algunos de manera intencional, según otros por el modo irresponsable en el que actúan las tropas internacionales estacionadas en Haití. Tal epidemia no había afectado a Haití al menos durante más de medio siglo, al tiempo que la cepa registrada en el ADN de infectados, da cuenta de que no se había registrado jamás, según los especialistas, en el hemisferio occidental. Frente a la posición de Chalmers y de diversos grupos defensores de derechos Humanos haitianos, personalidades representantes de la *Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (MINUSTAH)*, así como de *Centers of Disease Control and Prevention (CDC)* de EEUU, afirmaron que era *innecesario saber la causa de tal epidemia* (Katz, 2010).

La Patagonia austral que cubre territorios chilenos y argentinos es tal vez testigo más claro y cruel del constante exterminio y expoliación de tierras de los pueblos originarios de Nuestra América, con o sin legitimación científica. Allí habitan desde hace centurias los miembros de la Nación Mapuche, allí viven en condiciones cada vez más abyectas, 1.900.000 miembros de esa nación. Desde la denominada "Campaña del Desierto" protagonizada por Julio A. Roca y sustentada por la Sociedad Rural Argentina, la expropiación de territorio a los Mapuche ha sido constante. En 1889, la *Argentine Southern Land Company*, de capitales ingleses, se apropió de grandes extensiones territoriales donde habitaban desde siglos los pueblos Mapuche. Esa corporación fue el antecedente de la *Compañía de Tierras Sud Argentina S.A.*, que el grupo Benetton adquirió en 1991, tras los decretos de carácter neoliberal auspiciados por el presidente de Argentina que posibilitaron la venta o privatización de empresa y recursos nacionales. Más tarde, en 2017, la alianza entre la presidenta de Chile, la Dra. Michelle Bachelet y el presidente argentino, Ingeniero Mauricio Macri, generaron una serie de acciones violentas sobre la resistencia mapuche al avance de grupos extractivistas sobre lo que aún conservan de sus tierras. Organizaciones Mapuche, de ambos lados de Los Andes denuncian constantemente la violenta apropiación de sus tierras, a la vez que auténticas cacerías de sus

cuerpos, así como la invariable violencia de la que son objeto las mujeres, no sólo en las comunidades, sino cuando deben emigrar hacia las ciudades donde su condición de mujer y mapuche las sume en un doble motivo de racismo. (En Estos Días, 2017) El invariable estado de excepción los/las sumerge en la abyección, esto es, en un espacio donde toda ley se suspende y en el que los cuerpos quedan a merced del amo sea éste el Estado o los señores del latifundio.

Mientras esto se escribe, el racismo se manifiesta sin ocultamientos; en Bolivia grupos civiles sin máscaras, queman y saquean casa de campesinos, asesinan y violentan sus cuerpos, al tiempo que despliegan una verdadera cacería sobre miembros del gobierno legítimo de Bolivia. Todo ante la indiferencia de una policía, que en un 80% es de origen indígena, que ha sido comprada y cooptada, según anunció públicamente el presidente Evo Morales en la tarde del 10 de noviembre. La crueldad desplegada, tiene razones económicas y geopolíticas imperiales; pero se sobredetermina con un racismo feroz sobre el pueblo campesino, pobre y originario; al tiempo que su análisis se complejiza, pues es necesario entender qué pasa con subjetividades que destruyen sus iguales, cómo operan los mecanismos que les instan a sentirse diferentes y matar a quien no es sino su propio espejo, su propio hermano.

La eliminación de poblaciones afrodescendientes, originarias e hispanas en Nuestra América no ha sido nunca una mera cuestión racial o cultural, en ello hay una compleja red de agronegocios y formas de extractivismo de grandes corporaciones. No obstante, como ya se ha señalado, de manera, constantemente silenciosa y silenciada, aunque a veces con toda claridad, se hace escuchar el sonido de voces que por miles se levantan en diversos lugares de la región contra esta cultura basada en la crueldad al tiempo que se hacen propuestas transformadoras de estructuras; propuestas que lograron establecer durante doce años el Estado Plurinacional de Bolivia; voces que han hecho retroceder, al menos temporalmente las medidas dictadas por el FMI en Ecuador y que por estos días hacen que en Chile se proponga desde el pueblo una reforma constitucional, que anule la Carta Magna de origen dictatorial.

IV La construcción de la propaganda. La manipulación de las emociones

Un tercer elemento central en la construcción de procesos de subjetivación en el neoliberalismo lo constituye la invención de la propaganda en EEUU a comienzos del siglo XX, durante la Primera Guerra mundial de la mano de Walter Lippmann. Las reflexiones de Lippmann acerca de la propaganda llevan el sello de su observación de interrogatorios a prisioneros que le hicieron comprender el profundo valor de las emociones en el direccionamiento de decisiones. Lippmann, ligado a diversos organismos del Estado norteamericano durante varias décadas, atravesó ambas guerras mundiales, la guerra de Vietnam y acuñó el neologismo "Guerra Fría" (Trudel, 2016). Él *personifica* la construcción de la estrategia que tiende a que en las sociedades actuales una clase gobernante sea capaz de organizar a las "masas irracionales" a través de construirlas en el *consentimiento*.

De modo que en las sociedades neoliberales el juego de la celebración del individuo, es un efecto ideológico construido en rituales a través de la configuración de lo que se denomina el "público". La tarea consiste en consolidar desde el aspecto cultural, lo que los préstamos dinerarios hacen desde el sector financiero. En textos como *La Opinión Pública* en 1922 y *El Público como Fantasma* en 1927, Lippmann analiza la creación del público, a través de reflexionar acerca de *cómo* una clase gobernante puede intervenir sobre el aparato psíquico de las poblaciones (consideradas masas irracionales), a través de la construcción de estereotipos y de ese modo influir en sus actitudes y decisiones, en relación a determinados fines o

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la
modulación del deseo y el terror

intereses; para ello plantea que es menester operar sobre sus *emociones* a través de buscar la manera de hacer los mensajes impactantes para llegar del modo más efectivo a los diversos públicos a través de la *creación de polémicas que despierten emociones como el odio o la fascinación, emociones que no son racionales pero que pueden remitir a ideas o actitudes diversas, e incluso contradictorias y asociarlas a un símbolo*. En ese sentido, sostiene Lippmann, es importante *crear discursos ambiguos*, usando temas generales a través de los cuales los sujetos puedan identificarse y unirse a ciertas ideas o políticas, independientemente de que ellas expresen o no sus propios intereses; lo fundamental es que se sientan involucrados como individuos y con ello experimenten que son libres y que participan. En esa perspectiva, sostiene, es menester construir una democracia en la cual los técnicos y gente especializada delibere y tome decisiones por los miembros de la sociedad, de modo tal que éstos acaten tales decisiones como si fuesen propias³.

En una tal concepción del mundo la *urgencia* deviene la relación privilegiada que está anunciando una mutación en el capitalismo: la democracia debe ser reformada y el público debe ser conducido a ajustarse rápidamente a las transformaciones del capital, a esta conclusión arribó en 1937 en *The Good Society* (1944), texto que al ser traducido al francés un año más tarde, dio lugar al Coloquio Lippmann, considerado la primera reunión de donde emergió, aunque con diferencias, el primer programa neoliberal, que se pondría a funcionar luego de la Segunda Guerra. En ese sentido la Primera Guerra Mundial había sido el laboratorio de los dispositivos que luego se aplicarán y del estado de excepción como paradigma de gobierno (Trudel, 2016). Ese laboratorio se cristalizó tras la Segunda Guerra Mundial, en una nueva disciplina: *la comunicación*.

Los conceptos desplegados por Lippmann serían una de las bases de la actual psicoeconomía y el neuromarketing, con presunto sustento en las neurociencias. Pero sobre todo, se actualizan en la denominada *Big Data* que según juicios de diversos periodistas, habría influido en las elecciones de diversos países, entre ellos Brasil y Argentina.

Según Pablo Malo, psiquiatra, miembro de la *Txori-Herri Medical Association* y del grupo de *Sicorock The Beautiful Brains*. La *Big Data* se ocupa de ubicar huellas digitales de toda la población a través del uso de diversos dispositivos. Esas huellas permiten construir perfiles psicológicos que posibilitan direccionar un mismo producto de campañas políticas o comerciales hacia diferentes grupos poblacionales, e incluso a individuos, de modo acorde a sus expectativas y valores, aun cuando ellos sean diferentes entre sí, pues hacen pie en las

³ En ese sentido es muy sugerente ver la restauración del film *Metrópolis* de Fritz Lang, realizado en Alemania en 1927, tras su vuelta de EEUU, cortado en varias oportunidades y encontrado en su versión más completa Buenos Aires en 2008. El film habría costado el equivalente a unos 40 millones de dólares actuales, en una Alemania desmantelada por la guerra. La obra hace una propuesta afín a la de Lippmann. El film muestra el despliegue del expresionismo alemán, el cual en su magnífico juego de imágenes transmite un mensaje claro hacia las masas: la clase dirigente, compuesta por el dueño de la ciudad es quien debe conducir (es la cabeza), a los trabajadores y sus hijos (las manos). La obra por su estructura argumental, parece más acorde a la Escuela de Friburgo, que a la Austriaca, dado que el planteo consiste en que para aliviar los dolores de los trabajadores que habitan el subsuelo de la ciudad, debe intervenir un tercer factor: el corazón, encarnado en el hijo del Amo de la ciudad, quien impulsado por María propone la ternura como modo de aliviar la carga de los trabajadores y los excesos del patrón. Miembros de la escuela de Friburgo y de la austriaca, se encontraron en el Coloquio Lippmann en 1938; aunque en 1947, tras la fundación de la Sociedad *Mont Pèlerin*, los de Chicago y austriacos, reemplazaron a los de Friburgo en esa Sociedad.

Una nota adicional es que al final de la película entre los agradecimientos, por el hallazgo y restauración de la cinta, se menciona a Mauricio Macri (en 2008 jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) y presidente de Argentina entre 2015 y 2019 y a Hernán Lombardi (en 2008 al frente del Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires) titular del Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos de la Jefatura de Gabinete de ministros de la presidencia de Macri, entre 2015 y 2019.

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la modulación del deseo y el terror

emociones más profundas. Lo cual logra a través de tecnologías realizar el proyecto de Lippmann de operar sobre las emociones más profundas de los sujetos, base de las ideas, expectativas y valores. El pionero de este sistema, sería Michal Kosinski, experto en psicometría, quien en 2008 se asoció a David Stillwell quien ya que había desarrollado aplicaciones para Facebook y Mypersonality, en las que los usuarios contestaban una serie de cuestionarios. La aplicación devolvía a los usuarios un perfil de personalidad y éstos podían dar autorización para usarlo. La aplicación, según Malo, fue exitosa con millones de personas, lo cual gestó una enorme base de datos. Al tiempo que mostraba, algo que Foucault, planteaba ya en 1976: vivimos en una sociedad confesante, en la que el poder ancla en un saber-placer, a través del cual los sujetos voluntariamente exponen su vida, de modo que son sometidos a partir del propio consentimiento con apariencia de libertad. Los investigadores correlacionaron todo tipo de datos de actividades en internet y redes sociales y construyeron perfiles psicológicos que al articular miles de datos generan una enorme capacidad de predicción acerca de cuáles son las emociones básicas que subyacen a expectativas, ideales y gustos de diversos grupos e individuos (Malo, 2017).

En 2019 la Universidad de Oxford produjo un informe en el que reconoce la evidencia de manipulación de redes sociales en 70 países entre 2017 y 2018. Según este informe, en cada país al menos un partido político o agencia gubernamental se ha interesado en dar forma a actitudes públicas a nivel nacional, ya sea para suprimir derechos humanos o para desprestigiar a opositores o con el fin de influir en el extranjero, a través de anuncios engañosos, noticias falsas o publicidad. La lectura atenta del informe, más allá de su cuidadoso trabajo, también gesta interrogantes sobre el mismo, en particular cuando se lee cuáles son los países que habrían utilizado este método para desarrollar operaciones para influir en el "extranjero", ellos son siete: China, India, Irán, Pakistán, Rusia, Arabia Saudi y Venezuela (Bradshaw y Howard, 2019: 5).

El informe muestra la vigencia del proyecto de Lippmann de unificar ideas diversas sobre un mismo símbolo, a través de saber operar sobre las emociones básicas, proyecto hoy profundizado merced a las nuevas tecnologías, que, al mismo tiempo, son también una herramienta de comunicación para los cuerpos que se sublevan o resisten.

En esa perspectiva, en diversos territorios de Nuestra América, las limitaciones a los derechos humanos, la justicia, la libertad de expresión, así como la arbitrariedad de la política económica y del Poder Judicial, particularmente desde el año 2015, han sido blindados mediáticamente y construido una red de noticias falsas que ha sostenido a las clases dominantes en el poder. No obstante, un enorme número de grupos sociales parece poder romper ese cerco propagandístico que no ha cesado de apelar a las más bajas pasiones como el odio hacia el semejante.

V El Programa fuerte de las neurociencias y el terror como técnica- táctica de gobierno

En 2018 para el caso de América Latina y el Caribe, la Organización Panamericana de la Salud, sostiene que la intervención sobre "enfermedades mentales" en América Latina y el Caribe es insuficiente y que se da importancia a trastornos graves, pero que debe profundizarse la creación de programas de "medicina conductual", ellos deben centrar la mirada en el papel que el comportamiento juega en los problemas de salud, eliminar las tradicionales instituciones de encierro, dar mayor importancia a la medicina comunitaria y direccionar de modo más adecuado los gastos en salud mental. En el caso de Latinoamérica y el Caribe la

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la modulación del deseo y el terror

OPS registra un alto número de “trastornos mentales” “comunes” como los síndromes depresivos y de ansiedad generalizada, a los que agrega formas diversas de autoagresión y suicidio, así como trastornos de personalidad –“un grupo de síndromes conductuales y mentales que comprenden con frecuencia el funcionamiento interpersonal problemático, síntomas afectivos y cognoscitivos, la impulsividad, la autoagresión y síntomas somáticos” (OPS, 2018: 13).

El panorama a nivel descriptivo es valioso, no obstante siguiendo los análisis del Dr. Sebastián Grinblat, entendemos que los diagnósticos en políticas públicas adolecen de una sobre simplificación acerca de las razones de tales síndromes, al tiempo que quienes padecen tales sufrimientos son a la vez constantemente monitoreados, dado que representan un peligro social y un obstáculo al desarrollo (2019). La comprensión de tales afirmaciones, nos remite a la necesidad de reflexionar sobre procesos de mediana duración en los que en Nuestra América se han desplegado situaciones en las que se articulan el terror y la interpelación a la imposible completud.

En 1973 se fundaba la *Trilateral Commission* por iniciativa de Nelson Rockefeller auspiciado por el Grupo Bilderberg, el documento fundacional (Crozier et al, 1975) planteaba la necesidad de *limitar la democracia* a fin de gestar “governabilidad” (término acuñado en tal texto), las directivas emanadas de la organización comenzaban a desplegar, de modo acorde a las ideas de Lippmann, una democracia de baja intensidad. En 1978 el Banco Mundial iniciaba una campaña por la “internacionalización” de las economías, y financierización de la economía mundial, cuyo su resguardo en paraísos fiscales ya se había tornado hegemónica y acentuaba los procesos de recolonización a partir de deudas externas y desindustrialización de países como Argentina; proceso sustentado además en la denominada “tercera revolución industrial” que por entonces colocaba a la biotecnología, los nuevos materiales y los sistemas informáticos en el pedestal de las ciencias y tecnologías y haría variar no sólo los hábitos cotidianos, sino la estructura las políticas públicas en el mundo.

En el análisis de las consecuencias sociales de estas transformaciones neoliberales se destacan la precarización, fragmentación e incremento de la explotación en la relación capital-trabajo; la concentración de riquezas con sus efectos de desigualdad y pauperización de masas; las estrategias de despojo y mercantilización de bienes comunes y prácticas sociales; la privatización, re-regulación y desmantelamiento del Estado social, así como la desestatización de la regulación social, la construcción de democracias fallidas, la desnacionalización del Estado-nación y la profundización de la polarización socioeconómica entre el Norte y el Sur, con sus efectos de neocolonialismo.

Tales transformaciones inevitablemente profundizaron el sufrimiento psíquico de las poblaciones; al tiempo que dieron lugar a la difusión de tácticas- técnicas de poder que tendieron y tienden a que tales transformaciones sean adoptadas por las poblaciones con “naturalidad”. Ello colocó o dio a la psicología en un nuevo lugar junto a otras disciplinas y tecnologías: ya no el cuidado frente al sufrimiento psíquico, sino la tarea de transformar los valores en pos de una revolución cultural, tal como había sido proyectada por el Coloquio Lippmann y la Sociedad *Mont Pèlerin*.

El golpe de Estado chileno en 1973 (Klein, ([2007] 2011) fue el experimento que inauguraba un proceso en el cual la violencia económica y extraeconómica se fundieron cada vez más con otras técnicas psicológicas hasta el presente, que tienden a construir una interpelación ideológica que posibilita construir los valores neoliberales en las poblaciones. Desde hace un tiempo, frente a las resistencias populares, parece haberse iniciado una nueva ola de golpes de Estado con características diversas a las de la década de 1970.

En ese sentido nos interesa rescatar el papel jugado hasta el presente por un conjunto de tácticas- técnicas que Alain Ehrenberg (2004) ha denominado “el programa fuerte de las neurociencias”, desde las cuales, a partir de la década de 1980, merced a transformaciones biotecnológicas, en especial en el área de los mapeos cerebrales, combinados desde los '90 con la neurofisiología y disciplinas del área de la psicología, en particular la psicología cognitiva, se intenta intervenir en la transformación subjetiva de la capacidad de decidir, para ello se interviene en diversos aspectos de la vida: los hábitos de consumo, las decisiones políticas, los “tratamientos” de diversas formas del sufrimiento psíquico, los direccionamientos de educación formal e informal y el diseño e implementación de políticas públicas, entre otros aspectos.

Alain Ehrenberg (2004) muestra que a partir de la década de 1980 se han producido dos cambios fundamentales en el campo de las disciplinas “psi” y la medicina en general: por una parte los padecimientos llamados “neurológicas” y los denominados “mentales”, comenzaron a ser abordados y conceptualizados con las mismas técnicas y conceptos; por otra parte las disciplinas ligadas a las neurociencias han extendido su campo de acción a lo emocional, al comportamiento social y a los sentimientos morales, multiplicando de ese modo los presuntos “trastornos mentales” al tiempo que su medicalización. Desde esta perspectiva, Ehrenberg ha postulado una valiosa diferencia entre el “programa débil” de las neurociencias (cuyo objetivo es avanzar en el conocimiento de enfermedades de muy probable base neurológica como el Alzheimer o el Parkinson) y el “programa fuerte”, que ha posibilitado la ficción de una biología del espíritu y la conciencia, con pretensiones de predicción, explicación e intervención, no sólo en los problemas orgánicos, sino en los aspectos emocionales, cognoscitivos, sociales y morales (Ehrenberg, 2004) sustentada en una fetichización de la tecnología, que ha construido una “imagería cerebral” (Hagner, 2010).

El denominado “programa fuerte” de las neurociencias tiene aristas políticas peligrosas; dado que en base a investigaciones que aún podemos caracterizar de exploratorias (cita omitida por razones de autoría), los laboratorios y tanques de pensamiento, avalados por organismos internacionales y Estados, así como legitimados a través del otorgamiento de Premios Nobel, impulsan pretensiones de construir una verdadera antropología y filosofía del hombre y su relación con la sociedad y el cosmos, así como predecir y/o determinar las trayectorias de vida y medicamentar, a partir de la interpretación de imágenes del cerebro, olvidando que lo que “avanza” son sólo tecnologías que son nada más que nuevas formas de *interpretar* algo que está ahí en el cerebro y el sistema nervioso. Se trata de un postulado elemental en epistemología: lo que “es” no es un “dato”, éste es una construcción elaborada que puede o no acercarse a eso que solemos llamar *la realidad*.

El comienzo del despliegue del “programa fuerte de las neurociencias”, lo ubicamos en la década de 1950. Entonces el psicólogo David Rapaport, en Nueva York, construyó un grupo de estudios sobre el temprano texto *Proyecto de Psicología para Neurólogos* de Sigmund Freud en el que el fundador del psicoanálisis colocaba esperanzas en la bioquímica para el tratamiento de algunas formas de sufrimiento psíquico. De este grupo de estudios, como veremos emergieron dos líneas de trabajo de importancia internacional en el presente.

El interés por la lectura del texto de Freud y la resignificación de los postulados básicos del psicoanálisis, se desplegó sustentado en una obra de Hayek, quien venía desarrollando la idea de una planificación descentralizada, basada en la sociedad entendida como una empresa, cuyo núcleo serían los individuos que compiten entre sí en base al conocimiento de los precios, saber que está disperso socialmente. Respecto de ese saber, Hayek se preguntaba cómo es

posible que la mente (idea, sensaciones, valores) esté contenida en el cerebro, a ello dio respuestas en su obra *The Sensory Order* (1952)⁴.

Allí planteó entre sus tesis centrales, conceptos que hasta el presente son la base central de las neurociencias, acerca de la abolición del dualismo mente cuerpo, basado en el concepto de que los estímulos son todos de carácter sensorial, pero que el sistema nervioso los procesa de tal manera que jamás podríamos decir que el orden fenoménico (el de nuestra mente) es idéntico al orden físico; pero tal diferencia no implica dos realidades: una ficcional y la otra real; ambos órdenes son reales aunque se articulan de diversos modos en un macrocosmos que jamás podremos conocer acabadamente. Lo que importa no es la verdadera esencia de "x", sino cómo se constituye para nosotros a través de la herencia de la especie nuestro orden sensorial y cómo la experiencia individual genera redes nerviosas de asociación ligadas a la costumbre que para cada sujeto construyen "patrones conductuales" que operan como la base de sustentación de las decisiones que cada uno toma. En otras palabras: frente a una situación, en particular de incertidumbre, los sujetos no apelaríamos a un análisis de la misma, sino que daríamos respuestas en base a nuestro personal patrón conductual vinculado a la cultura en la que operamos. (Hayek, 1952).

El texto de Hayek, se nutre del empiriocriticismo de Mach y del propósito de este físico de llevar a la experiencia las estructuras *a priori* de Immanuel Kant, así como criticar el empirismo que parte de la idea de que la mente es una tabula rasa. La obra es el núcleo teórico de las posteriores neurociencias, las cuales han dado lugar a la neuroeconomía y al neuromarketing que tratan de localizar las ideas, valores y decisiones en el sistema nervioso a través de diagnósticos por imágenes. Ahora bien, la pregunta por la mente y la localización nerviosa de los valores, es importante en la epistemología que sustenta a la estrategia neoliberal, pues a juicio de Hayek, *los valores no siempre comportan la idea de ganar más*, pueden suponer por ejemplo dar la vida a cambio de un valor que no sea cataláctico. Esto no es racional en el sentido del *homo economicus*. Ello es parte de los valores del *homo agens*, un sujeto individual, libre y activo, cuyas acciones no son predecibles con certeza, sino sólo con cierto grado de probabilidad en base al conocimiento de sus esquemas o patrones conductuales. Por esta razón, la teoría económica y toda la teoría social estarían limitadas a describir patrones conductuales que surgirán si se satisfacen ciertas condiciones generales, pero difícilmente, puede derivar de este conocimiento alguna predicción de fenómenos específicos.

Es a esta limitación a la que apuntan precisamente las actuales neurociencias. En ese sentido, dice Hayek, ningún modelo construido por las ciencias sociales puede predecir con precisión cómo se comportará la población ante ciertas circunstancias. No obstante, aun cuando un modelo social tiene esa limitación, sus predicciones son testeables y valiosas. En tanto el científico social construya un modelo en base a una teoría que nos dice bajo qué condiciones generales se formará con cierta probabilidad un patrón conductual, el modelo nos permite crear tales condiciones y observar si aparece o no el patrón conductual predicho en la realidad

⁴ En el mismo año se gestaba también en EEUU la primera versión del *Manual of Mental Disorders* (DSMI) elaborado en base a estudios sobre problemas de miembros de las FFAA estadounidenses que habían participado en la Segunda guerra. El Manual, que tuvo su quinta versión en 2013, es el modelo sobre el cual se diagnostican en nuestra región la mayor parte de los sufrimientos psíquicos. Fue criticado, muy agudamente en su quinta versión pues el número y tipo de cuadros que contiene, convierte a toda la población mundial en real o potencialmente enferma. También fue criticado por el vínculo entre algunos de sus autores con grandes laboratorios farmacéuticos. Finalmente 15 días antes de su lanzamiento, el por entonces presidente Obama, afirmaba que el mismo se seguiría sosteniendo provisoriamente, pero que aún contenía demasiado intervención de tipo clínica, la cual debía ser reemplazada en el futuro por el conocimiento a partir de instrumental tecnológico, más seguro que la mera conversación u observación directa del paciente (cita omitida por razones de autoría).

efectiva. Los patrones conductuales pueden ser controlados e inducidos desde la infancia a fin de estimular conductas adaptativas, que si bien son diversas en cada individuo, debido a sus personales experiencias, tienen un bagaje común ligado a la herencia genética y a la cultura específica. Es en esa clave que se construyen estrategias globales, a través de experimentos *sociales* basados en la manipulación subjetiva. (Hayek, 1952)

Complementariamente, también entre los años 1950 y 1960 había surgido la psicología cognitiva, que intenta sortear el concepto de “caja negra” del conductismo y conocer cómo los seres humanos elaboran información y cómo lo ya aprendido influye en sus conductas; poniendo énfasis, tal como sostenía Hayek, en el procesamiento de la información que genera mapas cerebrales que actúan al momento de ingreso de nueva información como constructores de hipótesis sobre la misma.

Precisamente, a partir de esos mapas las investigaciones sobre la memoria, apuntan a generar tácticas- técnicas para gestar mapas conductuales y modelos político- empresariales destinados a tratar de influir sobre las decisiones de los sujetos, en particular en situaciones de incertidumbre las que son un insumo fundamental para el *marketing* político o empresarial (Tetaz, 2014; Thaler, 2017) (al respecto, a modo de ejemplo, resulta muy sugerente para el lector internarse en la página de *Naurencis* y especialmente en la de *Neurencis Latin American*).

En 1975, (al mismo tiempo que comenzaban a perfilarse las investigaciones neurocientíficas), la escuela de Chicago, a través de su líder Milton Friedman, a quien se había unido Hayek, desarrolló el llamado “experimento Chile” (Klein, 2007) que consistió básicamente en poner en práctica aquella idea de realizar experimentos sociales. Para ello se utilizaron (y utilizan) descubrimientos de Sigmund Freud, quien mostró en *Psicología de las masas y análisis del yo*, que en los sujetos, ante situaciones de terror, se generan regresiones psíquicas que generan profundas sensaciones de indefensión. Partiendo de estos conceptos, la escuela de Chicago desplegó una serie de experimentos sociales en el Cono Sur, cuyo modelo fue Chile. El experimento consistió en aconsejar al dictador Pinochet que aprovecharse rápidamente las situaciones de horror que vivía el pueblo chileno, para desarrollar una serie de medidas neoliberales, que contrariaban viejos valores de buena parte la población. El experimento Chile y sus resignificaciones hasta el presente parecían poner de manifiesto que la construcción del terror en las poblaciones genera tal sensación de indefensión en los sujetos, que limita sus reacciones y las torna más influenciables por figuras o imágenes que ofrecen la imaginaria promesa de una completud que salva de la muerte; tal identificación incide en los sujetos en la asunción de valores que previamente no conformaban sus ideales y modos de ser; al tiempo que propician el olvido de viejos valores. Desde entonces, en todo el Cono Sur, se han producido situaciones diversas, de modo deliberado, de profunda incertidumbre que reenvían imaginariamente a ese terror que presentifica a la muerte (Cita omitida por razones de autoría). Se trata de situaciones tan diversas como una hiperinflación, la pérdida de trabajo, la violenta anulación de derechos sociales, la expulsión de campesinos; así como la difusión de videojuegos o series populares en los que se muestran el terror ligado a situaciones imaginarias del futuro o el presente. Todo ello genera sensaciones de sufrimiento psíquico y ruptura de lazos sociales que se intenta limitar desde el complejo tecnológico-farmacéutico internacional. Al mismo tiempo, que la construcción de estas situaciones de sensación, cierta o ficcionada, de indefensión, desde diversos espacios se interpela a los sujetos a ser felices y exitosos, completos. Interpelación que en condiciones de indefensión fracasa y el efecto subjetivo de tal paradójal interpelación es en muchos casos la *angustia*, temple de ánimo cuyo correlato es la nada y cuyo efecto (si no se logra elaborar) es la violencia contra sí o contra otros (Cita omitida por razones de autoría), manifestada de modos físicos o psíquicos, a menudo sin conciencia

Theomai 40

Susana Murillo - La potencia de la vida frente a la
modulación del deseo y el terror

de ello. En esta estrategia de mutación de valores y transformación cultural, el arte neoliberal de gobernar ha complementado y complementa tal efecto con procesos de *fetichización de terapias y medicamentos* que operan como ficcionales instrumento de *evasión* de la angustia social, a la vez que como instrumentos de control de las poblaciones.

En 1990 bajo la presidencia de George Bush se declaraba que la década por comenzar era *la década del cerebro*. Tal década, según sus estudiosos, es posterior a la Década del Espacio y previa a la del Comportamiento, en la cual hoy nos encontraríamos. El objetivo de tal declaración impulsada por el Congreso de EEUU era en primer lugar instar a investigaciones multidisciplinares, que tienen su base en la combinación de la neuroimagen con la neurofisiología; en segundo lugar el objetivo consistió en influir a nivel público sobre el reconocimiento del valor de las investigaciones neurocientíficas. En 1995 el programa dio lugar a lo que se denomina “neurociencia-cognitiva” que procura establecer relaciones entre cerebro y conductas, a través de la búsqueda de paralelos entre circuitos nerviosos y conductas, así como respecto de procesos perceptuales, la atención (tanto en el aspecto de la “facilitación atencional” como de la “selección atencional”) en la toma de decisiones (Rodríguez, et al, 2004).

Ello se ha plasmado en premios Nobel a dos psicólogos Eric Kandel y Daniel Kahneman, miembros del equipo formado por Rapaport en la década de 1950, quienes vinculan sus investigaciones sobre el psiquismo humano con problemáticas de mercado. Eric Kandel, originario de la escuela austríaca, desarrolló la teoría del aprendizaje y la memoria en relación a la plasticidad neuronal y por sus investigaciones obtuvo en 2000 el Premio Nobel de Fisiología y Medicina, compartido. Richard Thaler, miembro de la Universidad de Chicago, recibió el Premio Nobel de economía en 2017 por su aporte a la “Psicología Económica” que desde hace décadas discute con la corriente neoclásica, acerca del lugar que los aspectos irracionales tienen en las decisiones de la vida cotidiana, decisiones en las cuales los sujetos individuales son influidos por la “etiquetas” que los seres humanos colocamos a cada situación (Thaler, 2017: 14).

Todas estas líneas de investigación, conforman en la actualidad lo que se denomina la Década del Comportamiento (Rodríguez et al, 2004). Las actuales líneas de investigación, tienden a conocer cómo individuos o segmentos de población, procesan información y hacen uso de ella en sus acciones; al tiempo que en las diversas formas del *marketing*, la clínica, las terapias de autoayuda, los recursos humanos empresariales, la propaganda política, la difusión de videojuegos, las redes sociales y la educación se intenta que los sujetos modulen sus reacciones en función del cálculo razonado de los efectos que sus conductas pueden tener sobre sí y sobre otros en el corto mediano y largo plazo. Cálculo vinculado a valores ligados al éxito personal, sustentado en la manipulación de emociones básicas como el odio o la fascinación (tal como hace un siglo planteaba Lippmann).

Ello implica una alianza en la que participan empresas, fundaciones ligadas a ellas, organismos multinacionales, Estados nacionales; pero todo esto requiere además de la conformidad de los sujetos individuales. Las empresas ligadas a las neurociencias y sus aplicaciones en el orden social mundial actual, auspician proyectos cartográficos que incorporan registros estadísticos de salud enfermedad y medicina, así como de costos sanitarios. Por ello procuran implementar tales sociedades en países con fuerte tradición estatal donde existen registros médicos y genealógicos exhaustivos junto con poblaciones de relativa estabilidad (Rose [2007] 2012: 85). La ciudad de Buenos Aires es un ejemplo de ello. En la última década se han afincado empresas internacionales en las que se articulan negocios e investigación científica, comercial y política, así como en varios sanatorios y hospitales públicos se han instalado centros de investigación en el campo de las neurociencias. Ello está

ligado a lo afirmado por Rose, en tanto en Argentina y en particular Buenos Aires, desde el siglo XIX existe una larga trayectoria estatal ligada a la investigación médica, así como una complementariedad entre lo estatal y lo privado ligado a la medicina, la psicología y al psicoanálisis; esa trayectoria, más sus registros históricos de nivel estadístico sobre la población que pueden consultarse en archivos públicos, así como la relativa estabilidad de su historia y la diversidad de orígenes étnicos son acordes a las preferencias de las empresas ligadas a las neurociencias.

Las neurociencias y sus aplicaciones influyen fuertemente en informes e investigaciones gubernamentales razón por la cual los Estados crean condiciones de posibilidad para la investigación y el establecimiento de empresas ligadas al tema.

El lugar que ocupa Argentina tiene algunas similitudes con las zonas menos “desarrolladas” que son un lugar elegido por estas empresa, tal como la Provincia Western Cape en Sudáfrica: 1) la riqueza en biodiversidad, 2) la existencia de enfermedades como malaria, sida; 3) la variedad genética de poblaciones; 4) el bajo costo de investigación y desarrollo y 5) la posibilidad de gestión de patentes en los países del denominado “primer mundo” (Rose [2007] 2012: 89). Complementariamente, los países neocoloniales son las zonas donde se ponen a prueba las drogas experimentales y sus resultados vuelven a las casas matrices. En muchos casos especialistas del centro viajan a la periferia, extraen muestras de tejidos enfermos que luego son analizados en los centros. En esa clave se gesta un verdadero mercado de tejidos humanos” (Rose [2007] 2012: 94).

Palabras finales, por ahora...

La cultura neoliberal, se presenta como exitosa, a través de la producción constante del odio que gesta crueldad y ausencia de ley en franjas de poblaciones que o bien por sus ingresos o bien por ficcionales identificaciones configuran el poder de las clases dominantes, que despliegan desprecio y muerte. Hoy en Bolivia, como en 1973 en Chile y en tantos otros momentos, la crueldad imperial sustentada en las clases dominantes y en el consentimiento de sus siervos se cierne sobre nuestra América.

Sin embargo tal éxito es ilusorio. Los movimientos en la Región, nunca cesaron, ellos siguen mostrando la potencia de la vida, frente a la prepotencia de los que intentan ser los amos del mundo, canallas, cuyas pobres vidas son sólo el hueco vacío de la muerte.

Bibliografía:

BANCO MUNDIAL **La desigualdad en América Latina. ¿Rompiendo con la historia?**

Washington D.C. The World Bank, 2004.

BOSOER, Fabián; LEIRAS, Santiago. “*Posguerra fría, 'neodecisionismo' y nueva fase de capitalismo: el alegato del Príncipe-gobernante en el escenario global de los '90'*”. En: **Tiempos violentos; Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina**. Comp.

BORÓN, Atilio.; GAMBINA, Julio; MINSBURG, Naum. Buenos Aires, Colección CLACSO - EUDEBA, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Argentina. Abril 1999. P. 171-195

BRADSHAW, Samantha y HOWARD, Philip. 2019 *Global Inventory of Organised Social Media Manipulation* en **The Global Disinformation Order**, Oxford, Oxford University, 2019.

CANGUILHEM, Georges. **Estudios de historia y de filosofía de las ciencias**. Buenos Aires-Madrid, Amorrortu, ([1968] 2004).

- CROZIER, Michel, HUNTINGTON, Samuel y WTANUKI, Joji, **The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission.** New York, University Press, 1975.
- CHALMERS, Camille. "Haití siempre ha sido un mal ejemplo para determinados intereses" 8 de enero de 2018 en **Comité para la abolición de las deudas ilegítimas** disponible en <http://www.cadtm.org/Camille-Chalmers-Haiti-siempre-ha> (ingreso, 27/10/2019).
- De BÚREN, María Paula. "La sociedad Mont Pèlerin. Un espacio de articulación". En MURILLO, Susana. (Coordinadora) **Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en Argentina y América Latina.** Buenos Aires, Biblos, 2015.
- DÍAZ FARIÑA, Lázaro. "A cincuenta años de la alianza para el Progreso: el debate por el socialismo." EN **Economía y Desarrollo**, vol. 149, núm. 1, enero-junio, 2013, p. 139-157 La Habana, Universidad de La Habana..
- EHREMBERG, Alain. "Le sujet cérébral", en **Esprit. Las guerres du sujet**, noviembre de 2004, 133-155.
- FOUCAULT, Michel. **Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión**, México: Siglo XXI ([1975] 1991).
- FOUCAULT, Michel. **Historia de la sexualidad. 1- La voluntad de saber.** México, Siglo XXI ([1976] 1999).
- FOUCAULT, Michel. **El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979).** Buenos Aires, FCE, ([2004] 2007).
- GRINBLAT, Sebastián. **Vigilar y Alimentar. La metamorfosis de las políticas públicas, de la vigilancia disciplinar a las tecnologías de control y monitoreo.** Rosario, Laborde Editor, 2019.
- GRÜNER, Eduardo. "Haití: una (olvidada) revolución filosófica". En **Revista Sociedad, Facultad de Ciencias Sociales, UBA**, N° 28, Buenos Aires, 2010. Disponible en <http://www.sociales.uba.ar/revista-sociedad-numero-28/> (ingreso 20/12/ 2017).
- HAGNER, Michel. "Cómo funciona la mente: la representación visual de los procesos cerebrales", *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXVI, 743, mayo, junio, 2010, p. 435-447.
- HAYEK, Friedrich. **Camino de servidumbre.** Madrid: Alianza ([1945] 2000).
- HAYEK, Friedrich. **The sensory order. An Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology.** Chicago Illinois, The University of Chicago Press, 1952.
- HAYEK, Friedrich. **Derecho legislación y Libertad. Una Nueva formulación de los principios liberales de la Justicia y de la Economía Política. Volumen III. El orden político de una sociedad libre.** Madrid, Unión Editorial, ([1976] 2014).
- HAYEK, Friedrich. "Entrevista" en **El Mercurio**, Santiago de Chile, 19 de abril de 1981.
- HAYEK, Friedrich. "El atavismo de la justicia social". Ensayo, originalmente, correspondió a The 9th R.C. Mills Memorial Lecture dictada en la Universidad de Sydney el 6 de octubre de 1976. Una versión revisada de ella fue incluida en el libro de Hayek, **New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas** (Chicago: University of Chicago Press, 1978). Traducido al español en Santiago de Chile, **Centro de Estudios Públicos**, N° 36, 1989.
- HARTEWILL, Max. **A History of the Mont Pelerin Society.** Indianapolis, Liberty Fund, 1995.
- KATZ Jonathan. Associated Press (3 de noviembre de 2010). «*Experts ask: Did U.N. troops infect Haiti?*». MSNBC. Disponible en http://www.nbcnews.com/id/39996103/ns/health-infectious_diseases/t/experts-ask-did-un-troops-infect-haiti/#.XbiOruhKi1s (Consultado el 29 de octubre de 2019).

- KLEIN, Naomi. **NoLogo, el poder de las marcas**. Buenos Aires, PAIDÓS, ([1999] 2012).
- KLEIN, Naomi. **La Doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre**. Buenos Aires, Paidós ([2007] 2011).
- LIPPMANN, Walter. **La Opinión Pública**. Madrid, Cuadernos de Langre, ([1922] 2003).
- LIPMANN, Walter. **The Phantom Public** New Jersey Transaction Publishers, New Brunswick, ([1927] 1993).
- LIPPMANN, Walter. **The Good Society**. Billing and Sons Ltd, Great Britain([1937] 1944).
- MALO, Pablo. En **Evolución y neurociencia**, domingo, 19 de noviembre de 2017, disponible en <https://evolucionyneurociencias.blogspot.com/2017/11/big-data-big-five-y-manipulacion-de.html> (Ingreso 28 de Octubre de 2019).
- MARTÍNEZ de HOZ, José. **Quince años después** Buenos Aires, EMECÉ, 1991.
- MIRANDA, Marisa y VALLEJO, Gustavo. **Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- MEGER, Carl. **Principios de Economía Política**. Madrid, Unión Editorial, ([1871] 1997).
- MOLINA SERRA, Serra, Ainhoa. "Esterilizaciones (forzadas) en Perú: Poder y configuraciones narrativas" **Revista de Antropología Iberoamericana** Volumen 12 Número 1 Enero - Abril 2017 Pp. 31 - 52 Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red. Universidad Autónoma de Barcelona Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2017/12/27/peru-el-crimen-fujimorista-la-esterilizacion-forzada-de-370-000-peruanos/> (Consultado el 20/4/2018).
- ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD RAND. **La carga de los trastornos mentales en la Región de las Américas, 2018**. Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud; Organización Mundial de la Salud, Oficina Regional de las Américas, 2018.
- RAND, Ayn. **La virtud del egoísmo Un nuevo y desafiante concepto del egoísmo**. Buenos Aires, Editorial Grito Sagrado, ([1961], 2006).
- RIVARA, Lautaro. "El imperialismo norteamericano se vale de Haití para sabotear la unidad regional": entrevista a Camille Chalmers. Disponible en <https://www.telesurtv.net/opinion/El-imperialismo-norteamericano-se-vale-de-Haiti-para-sabotear-la-unidad-regional-entrevista-a-Camille-Chalmers-20191011-0011.html> (Consultado el 28 de octubre de 2019).
- RODRIGUEZ, Martín; CARDOSO-PERIRA, Norberto; BONIFACIO, Valerio y BARROSO MARTÍN, Juan Manuel. **La década del cerebro. Algunas aportaciones** en *Revista española de neuropsicología*, 6, 3-4: 131-170, 2004.
- ROSE, Nikolas. **Políticas de la Vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el Siglo XXI**. Buenos Aires, UNIPE, ([2007] 2012).
- TETAZ, MARTÍN. **Psychoeconomics. La economía está en tu mente**. Buenos Aires: Ediciones B, 2014.
- THALER, Richard. **Portarse mal. El comportamiento irracional en la vida económica**. Buenos Aires, PAIDÓS ([2015] (2017)).
- TRUDEL, Dominique. "Slavoj Žižek sur Walter Lippmann: Un métacommentaire sur la question du pouvoir" en **International Journal of Zizek Studies** Volume Five, Number Three, 2011. (Disponible en <https://zizekstudies.org/index.php/IJZS/issue/view/24>) (Consultado el 4/6/2017).
- Von MISES, Ludwig **La Acción Humana. Tratado de Economía**. Madrid, Unión Editorial, ([1949] 1989) .

1 Ediciones THEOMAI/ THEOMAI Editions



Antagonismo, dialéctica y lucha de clases
Antagonism, Dialectic and Class Struggle

Galafassi y Nieves (comp.)

**La lucha de clases entre los procesos de
estructuración socio-material
y la producción de subjetividad.
Dialéctica, procesos socio-culturales y hegemonía**

Guido Galafassi¹

“Enfoquemos ahora el tema del materialismo. ‘El materialismo inteligente -dice Lenin- se halla más cerca del idealismo inteligente que del materialismo necio’. Esto es así porque el marxismo tomó como elemento esencial la actividad creadora del hombre -que es el tema en el que ha insistido el idealismo- y rechaza absolutamente la concepción del hombre como mero ente totalmente producido por circunstancias externas, que es lo que cree el materialismo vulgar” (Milcíades Peña, Introducción al pensamiento de Marx, 1958)

¹ Profesor Titular UNQ, Investigador Independiente CONICET. Director Ediciones Theomai <http://revista-theomai.unq.edu.ar/>

Introducción

El conflicto y el antagonismo son indudablemente consustanciales al análisis dialéctico de la realidad, realidad que en una sociedad de clases, y por lo tanto de libertad clasificada (restringida), remite necesariamente a variadas formas de dominación. La discusión y el debate teóricos respecto a cómo caracterizar, interpretar y asignar significado y explicación a la lucha de clases y a los procesos de dominación es constante. De tanto en tanto han surgido intentos de superación, simultáneos o parciales de ciertos “acartonamientos” teóricos. Acartonamientos que se caracterizan, o bien por un análisis sesgadamente economicista o por una centralidad casi exclusiva del proletariado como sujeto de la historia, o bien por un énfasis tan profundo en la estructura que los factores culturales y subjetivos quedaban de lado. Las interpretaciones contemporáneas que hacen eje en la acción, la identidad y el sujeto apuntaron, aunque sólo como correlato, a estos problemas teóricos de cierto esquematismo estructural marxista. Pero fundamentalmente desplazando toda interpretación dialéctica para re-enfocar el análisis en términos de la dimensión subjetivo-cultural. Caen en un sesgo contrario para al mismo tiempo olvidarse y hasta negar directamente la sustancialidad del proceso antagónico de lucha de clases y dominación.

El desafío es entonces articular una perspectiva de análisis dialéctica que supere los reduccionismos de diverso tipo y que permita vislumbrar en la diversidad y complejidad de los procesos de conflicto y dominación los patrones de unidad que los atraviesan al mismo tiempo que las diferencias en la multiplicidad de manifestaciones en tiempo y espacio. La pregunta clave versa entonces sobre ¿qué es el antagonismo y cómo al plasmarse en dominación se constituyen ambos a partir de la relación dialéctica entre estructura y sujeto? La problemática del sujeto y del proceso cultural de conformación de identidades, experiencias y conciencias, se vuelve entonces fundamental para dotar al estudio de los procesos de antagonismo y dominación toda su significación, mucho más en una sociedad cada día más “unidimensional” dominada por subrepticias y múltiples formas de control social. Sujeto y objeto, subjetividad y estructura remiten a dimensiones que coexisten dialécticamente y que ninguna de las dos puede ser entendida sin la otra. Esto obviamente dista de caer en una división dicotómica de la existencia a la cual sólo se le estaría adosando la complejidad a partir de plantear la relación dialéctica. En cambio, de lo que se trata es de reconocer la existencia de tensiones a través de las cuales se desarrolla tanto el accionar humano como las relaciones sociales en un entramado que va desde lo fenoménico hasta la totalidad interpelando indispensablemente niveles de abstracción graduales. Estructura y subjetividad ni son dos realidades individualizadas ni tampoco un todo sistémico indiferenciado. Estructura y subjetividad se constituyen en un entramado dialéctico que mantiene en tensión permanente la acción humana y el proceso social. Es así que esta articulación dialéctica se expresa en un proceso de mediación, por cuanto nunca es una relación directa y simple, sino compleja e indirecta, entrando en juego una cadena diferencial de componentes y momentos en una sucesión histórica que se construye en base a contradicciones y fenómenos entrelazados que hacen surgir lo nuevo en una sucesión en espiral retroalimentando a su vez las condiciones de origen y causación de los procesos.

En este sentido, la hegemonía se constituye en una categoría clave en tanto articulación para explicar la dominación, por cuanto remite no sólo a los aspectos económicos, políticos e ideológicos del antagonismo, sino que además tiene la potencialidad de interrogar a los sujetos que intervienen en tanto identidad y formación de conciencia, más allá de esa esquemática correspondencia que la ortodoxia materialista le atribuye. Es decir que se abre el concepto de

hegemonía para desanclarlo de la lectura predominante que lo refiere al ámbito exclusivo de lo político.

La dialéctica estructura-sujeto

Sin lugar a dudas que uno de los primeros pasos a dar para romper cualquier reduccionismo pero especialmente el economicismo tan característico en buena parte del pensamiento más ortodoxo, es sumarle a la dimensión económica de base, condición necesaria pero para nada suficiente, las dimensiones políticas e ideológicas; de tal manera de conjugar junto a las relaciones sociales de producción (que son el germen primero de la materialización de las relaciones de explotación en las sociedades basadas en la hegemonía del capital), las relaciones de dominación en tanto dominación-subordinación de manera concatenada con la dimensión ideológica como fundamentación legitimadora de la dominación. Esto se evidencia parcialmente, entre otros autores, en Nicos Poulantzas, quien a pesar de un lenguaje duro con tintes de cierto mecanicismo, caracteriza preliminarmente a la lucha de clases en una triple dimensión argumentando específicamente respecto al carácter determinativo de esta y a la necesidad de articular lo estructural con lo superestructural (metáfora dicotómica que será incluso criticada por otros autores, a los que haré mención más adelante, junto a la noción misma de determinación). En su clásico trabajo *Las clases sociales en el capitalismo actual* (1976: 12-14) comienza definiendo a las clases sociales y su anclaje en lo económico en tanto “agentes sociales determinados principal pero no exclusivamente por su lugar en el proceso de producción”; para inmediatamente subrayar junto a la centralidad de lo económico su insuficiencia relativa al afirmar que para el marxismo “lo económico desempeña en efecto el papel determinante en un modo de producción y en una formación social; pero lo político y la ideología, en suma la superestructura, tienen igualmente un papel muy importante”. Seguidamente define algo que es absolutamente clave en el camino de superación de cierta tendencia, inclusive del propio marxismo, de caer en explicaciones ahistóricas, tan características del estructural-funcionalismo. Se trata de ligar indisolublemente las clases sociales con la lucha de clases cuando dice que las primeras significan para el marxismo “en un único y mismo movimiento, contradicciones y lucha de clases: las clases sociales no existen primero, como tales, para entrar después en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases sin lucha de clases. Las clases sociales cubren prácticas de clase, es decir la lucha de clases, y no se dan sino en su oposición”. Pero esta presencia de “prácticas de clase” que abre la puerta a la acción del sujeto colectivo, no mella sin embargo lo que Poulantzas sigue definiendo como determinación de las clases, que “sin dejar de cubrir prácticas-lucha-de clases y extendiéndose a las relaciones políticas e ideológicas, designa unos lugares objetivos ocupados por los agentes en la división social del trabajo: lugares que son independientes de la voluntad de tales agentes”. Es decir, que a pesar de la incorporación de la dimensión “superestructural”, esto no cumple mucho más que un papel de sumatoria de variables y componentes que si bien complejizan la mirada centrada en la determinación económico-estructural, dejan, sin embargo, un margen quizás demasiado pautado (en términos de correspondencia o no correspondencia) tanto a la actuación creativa como a la autonomía relativa (que muchas veces resulta contradictoria), que podría asumir la dimensión político-ideológica en toda trama de dominación. De aquí deriva lo que él mismo designará como “determinación estructural de clase” como aquella determinación dada por la estructura, más precisamente por las relaciones de producción (lugar en el conjunto de la división social del trabajo) acompañada por los lugares ocupados en la dominación-subordinación política e ideológica en las prácticas de

clase. Pero su inicio de apertura al incorporar justamente la dimensión político-ideológica le permitirá también distinguir la “posición de clase en la coyuntura”, la cual precisará inmediatamente advirtiéndole que “[...] insistir en la importancia de las relaciones políticas e ideológicas en la determinación de las clases, y en el hecho de que las clases sociales no existen más que como lucha (prácticas) de clases, no puede reducir, de manera ‘voluntarista’, la determinación de las clases a la posición de las clases; esto reviste toda su importancia en los casos en que se comprueba una distancia entre la determinación estructural de las clases y las posiciones de clase en la coyuntura”. Como ejemplos típicos presenta los casos de la aristocracia obrera y de la pequeña burguesía. Así, la primera puede asumir posiciones de clase burguesa en la coyuntura sin que esto implique -por la determinación estructural de clase- que deje de formar parte de la clase obrera; y la segunda puede llegar a tener en coyunturas concretas posiciones de clase proletarias o que por lo menos se le aproximan. Pero inmediatamente vuelve a precisar la supremacía de la dimensión estructural-económica al criticar afirmando que “Reducir la determinación estructural de clase a la posición de clase, es abandonar la determinación objetiva de los lugares de las clases sociales por una ideología ‘relacional’ de los ‘movimientos sociales’”. Esto implica una contundente contraposición con aquellas posiciones como las de Alan Touraine (1991) que más adelante y a pesar de tomar -resignificando trágicamente- categorías del marxismo respecto a la centralidad de las luchas y la presencia de las clases, inicia un camino alternativo de explicación de la conflictividad centrado en el actor y en los movimientos sociales en clave justamente relacional. Pero vale rescatar que Touraine sí asigna alguna relevancia a las relaciones de dominación, que para su mirada se reducen básicamente a lo cultural, a diferencia del individualismo metodológico - que irá tomando a Touraine, en parte, como referencia-, que reducía la conflictividad a contraposiciones coyunturales de intereses individuales más o menos inscriptas en un sistema social (Galafassi, 2017).

Es entonces que si bien Poulantzas recorre un camino no tan ortodoxo del marxismo al incorporar junto a las relaciones sociales de producción para la definición de las clases las dimensiones políticas e ideológicas, no rompe sin embargo con las causales de determinación que la estructura económica tendrá sobre la lucha de clases, permitiendo sí, en todo caso, un mayor juego de posibilidades en torno a las prácticas sociales sin que esto implique correrse del planteo de una lucha de clases a priori determinada por la propia conformación antagónica de la sociedad capitalista, que es en todo caso, la formación más novedosa en términos de sociedad de clases. Es decir que la lucha de clases es inherente a la misma sociedad construida en base al antagonismo de clase y lo que sí podría variar es la expresión de esta lucha de clases en términos de las prácticas que desarrolle cada clase o fracción de clase en base a la complejidad dialéctica que se define a partir de la conjunción de los componentes del proceso de producción más el político y el ideológico, tomando siempre como fundamento absolutamente central a la contradicción capital-trabajo.

Estos dichos de Poulantzas se inscriben en el largo debate “sujeto/estructura” - “idealismo/materialismo” del pensamiento y la filosofía occidental, presente obviamente también en el marxismo, y que podemos rastrear en aquellas afirmaciones de Engels en su carta a Bloch de 1890 cuando escribía “Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres”. Las condiciones políticas adquieren para Engels un papel relevante, aunque no decisivo; componiendo un panorama que se aleja de cualquier interpretación estrictamente mecanicista, el cual Poulantzas retomaría. Siendo lo

económico lo determinante, le suma lo político e ideológico que adquieren unos lugares destacados que se expresan a través de las prácticas de clase. Se compone así un cuadro relativamente más complejo, sin dejar nunca de ocupar las relaciones materiales el centro de la escena, aspecto que marca la diferencia con cualquier teoría medularmente subjetivista.

Pero Engels inmediatamente agrega un componente mucho más incomprendido para las miradas más estructuralistas del materialismo dialéctico, como es el de la individualidad. “En segundo lugar, la historia se hace a sí misma de tal manera que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante -el acontecimiento histórico- que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales -cada una de las cuales apetece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas, que son, en última instancia, circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad)- no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean igual a cero. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella”. Esta segunda afirmación de Engels servirá para plantear un debate sumamente rico dentro del marxismo, a pesar de los fuertes ribetes de enfrentamiento que ha generado y sigue generando. Un debate absolutamente indispensable a la hora de comenzar a interpretar el proceso complejo de las relaciones de dominación. Es que coloca al sujeto individual en el centro de la escena, generando aparentemente un problema conceptual al propio supuesto de la clase, entidad colectiva que subsumiría cualquier individualidad; pero dando la posibilidad de expandir la explicación alrededor de una multiplicidad de factores que intervienen en todo proceso de lucha de clases y dominación. Sobre esta carta de Engels es que se asienta en parte la apertura de este debate, al opinar sobre ella primero Althusser para luego ser retomada por E. P. Thompson como disparador para sus críticas y sus planteos de clase y sujeto alternativos.

Primero veamos el enfado de Thompson (1981: 143) con el propio Engels al marcar el supuesto contrasentido de éste al querer conjugar la voluntad individual con el condicionamiento económico. Dirá el historiador inglés, “¿Cómo entonces se nos puede decir que ‘hacemos nuestra propia historia’ si en definitiva el movimiento económico se afirma como necesario?”; para luego dictaminar que la supuesta solución de Engels sólo termina por oscurecer más aquello que parecía ser una develación anti-estructuralista para caer finalmente en el determinismo colectivo más claro, borrando definitivamente al sujeto. Así Thompson dirá, “Al proponer una solución, Engels calladamente cambia los sujetos y substituye ‘nosotros hacemos’ por ‘la historia se hace a sí misma’”. Vemos cómo sólo un par de palabras le sirven a Thompson para profundizar su crítica anti-estructural.

Igualmente lo más rico está sin dudas en el debate con Althusser pues al marcar las diferencias con la mirada estructural, se posiciona nuevamente en su clásica definición de clase que se hace a sí misma en tanto sujetos que interactúan y que se construye en la lucha (*Formación de la clase obrera en Inglaterra*). Lo que le criticará precisamente a Althusser es el desprecio de éste por las voluntades humanas, cuando el marxista francés en *Pour Marx* (Althusser, 1968: 124), critica justamente a Engels por su preocupación poco diferenciada de la “ideología burguesa”.

Para Althusser y según Thompson, la preocupación conjunta por la condición económica y la voluntad individual es inútil (“vana” dirá explícitamente) “porque Engels ha planteado un no-problema: si el ‘movimiento económico’ produce el resultado histórico, entonces deberíamos seguir con el análisis de las estructuras y desestimar las ‘voluntades individuales’. La idea misma de acción humana no es más que la ‘apariencia de un problema para la ideología burguesa’” (Thompson, 1981: 145). Paso seguido Thompson dejará claramente planteada su desavenencia con Althusser y aunque en *Formación de la Clase Obrera* (2012) casi desestima toda connotación estructural para la definición de la clase social, en *Miseria de la teoría* (1981) rescata a Engels a partir de la consideración de la ambivalencia humana en tanto sujeto y objeto, en tanto acción y estructura. Diferenciación y posicionamiento que considero crucial para entender toda la complejidad dialéctica de la lucha de clases y no seguir cayendo así en mecanicismos que además ponen el énfasis sólo sobre fracciones particulares de las clases dominadas. Retomando explícitamente a Thompson, vale entonces la siguiente cita, oración que continúa la resaltada unos renglones más arriba. “Yo, por el contrario, considero que Engels ha planteado un problema crucial –el de la acción y el proceso- y que, pese a ciertas deficiencias, la tendencia general de su meditación es útil. Por lo menos no desestima la crucial ambivalencia de nuestra humana presencia en nuestra propia historia, en parte como sujetos y en parte como objetos, como agentes voluntarios de nuestras determinaciones involuntarias” (Thompson, 1981: 145).

Estas reflexiones me dan pie a seguir con un poco más de detalle sobre la cuestión de la construcción y actuación de las subjetividades y la experiencia tanto en la constitución de las identidades y las conciencias como también, y al mismo tiempo (nunca después) en las estructuraciones de las relaciones sociales que dotan de cierto entramado a la existencia, alejándose así de toda interpretación exclusiva o mayoritariamente contingente y por lo tanto anecdótica. Es sólo en este entramado de complejidad dialéctica como pueden entenderse las prácticas y relaciones de dominación y de construcción de hegemonía. Ya no podemos pensar la dominación como una simple imposición estructural de la/s clase/s dominante/s. La dominación no sólo se afirma en condiciones estructurales sino que también, y de ninguna manera secundariamente, en complejas construcciones de significaciones, construcciones de identidades e intersubjetividades (vía la acción y el lenguaje²) y certificaciones socio-culturales que edifican consensos legitimantes.

Conciencia, subjetividad y experiencia

“Porque afirma su individualismo y dice que, precisamente por ser individualista, se siente profundamente comunista porque sólo la sociedad comunista puede ofrecer al individuo todos los elementos para su desarrollo sin trabas de las diferencias de clase, de la injusticia social”.

Raúl González Tuñón, Prólogo a *La Rosa Blindada* (1era edición, 1935)

La problemática del sujeto entonces se vuelve fundamental para dotar al estudio de los procesos de antagonismo social y dominación toda su significación. Sujeto y objeto, subjetividad y estructura remiten a dimensiones que coexisten dialécticamente y que ninguno

² Un referente clásico para introducir la importancia del lenguaje en las relaciones intersubjetivas pensadas desde el marxismo ha sido sin dudas Voloshinov (2009), cuestión que solo dejaré planteada aquí para poder ser abordada en próximos trabajos, pero que sí ha sido tratada en este libro en el capítulo de Omar Acha.

de los dos puede ser entendido sin el otro. Igualmente, antes de continuar resulta fundamental dejar asentado que a estos binomios los entiendo y abordo en tanto expresión gráfica de un gradiente tensional de una sucesión dialéctica de variaciones combinadas con clivajes diferenciados hacia uno u otro sentido de la tensión; y nunca como condensación prístina de una polarización dicotómica -tal el vicio del saber científico e intelectual dominantes. Es decir, que lejos debemos estar de caer en una división dicotómica de la existencia a la cual sólo se le estaría adosando la complejidad a partir de plantear la relación dialéctica; sino que en cambio, de lo que se trata es de entender la realidad a partir de la existencia de tracciones diferenciadas en la cuales se desarrolla tanto el accionar humano como las relaciones sociales. Estructura y subjetividad ni son dos realidades individualizadas ni tampoco un todo sistémico indiferenciado. Estructura y subjetividad se constituyen en un entramado dialéctico que mantiene en tensión permanente la acción humana y el proceso social³. En todo antagonismo y dominación intervienen tanto el accionar humano y la subjetividad como las relaciones estructurales en diverso grado dependiendo del tiempo, el espacio y la conjunción de factores. La historia entendida sólo a partir de “pro-hombres” es tan falaz como la sociedad entendida sólo a partir de partes y mecanismos, así como la microsociología o microhistoria cuando se desentienden de la trama de relaciones en la que se inserta el suceso en cuestión o los macroanálisis que consideran que las unidades son sólo una repetición a menor escala de las reglas generales.

El concepto de hegemonía por un lado, que desarrollaré más abajo, es uno de los posibles nexos entre los puntos de tensión entre estructura y subjetividad así como entre relaciones materiales y proceso político-cultural. Es que remite a lo ideológico (político-cultural) además de lo económico, en la interrelación que se da a la hora de la definición de voluntades de unos sobre los otros en la realidad atravesada por tensiones, contradicciones y coincidencias. Proceso que necesariamente involucra tanto el plano de lo material como el de las conciencias. Y es aquí que necesariamente debemos remitirnos a la noción de experiencia, en tanto sentir vivencial del sujeto que lo sitúa -con todas las potencialidades y limitaciones de su percepción subjetiva- en la urdimbre configuracional de las relaciones sociales. La experiencia representa precisamente una de las facetas del sujeto que lo conecta con la estructura. Como sabemos, fue Thompson quien introdujo la noción de experiencia en el análisis de las clases, entendiéndola como “la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento” (Thompson, 2012: 19). Y será el propio Thompson quien definirá los alcances de la noción de experiencia y es así como resultará útil a la reflexión sobre la lucha de clases evitando caer en nuevos reduccionismos, “la experiencia es válida y efectiva pero dentro de determinados límites; el campesino ‘conoce’ sus estaciones, el marinero ‘conoce’ sus mares, pero ambos pueden estar engañados en temas como la monarquía y la cosmología” (op. cit.). La noción de experiencia entonces nos ubica más claramente en la complejidad dialéctica del entramado de tensiones de la existencia. La experiencia no puede entenderse como una cualidad encapsulada del sujeto -o del grupo-, sino como la reflexión interactuante del sujeto que vive inserto en las relaciones sociales. Un sujeto que siendo parte de la sociedad (y parte en tanto integrante de relaciones en las cuales su presencia o ausencia no es equivalente) pero que al mismo tiempo puede decidir sus prácticas y tomar conciencia de ellas desde una autonomía relativa. Esto, sin embargo, para nada implica adherir a las lecturas que consideran

³ El capítulo de Laura Huertas nos presenta una serie de categorías claves del marxismo que son centrales a la hora de analizar la dialéctica relación entre estructura y sujeto, capítulo que servirá seguramente para entablar un diálogo polémico con las reflexiones aquí vertidas.

al individuo como sinónimo del átomo libre, tal el individualismo metodológico, apele o no al sostén de los “marcos”, que inspira toda la dominante producción del presente respecto a la acción colectiva y la protesta. Y esta interrelación nunca será armoniosa sino que está engarzada por una diversidad de contradicciones, antagonismos y correlaciones de fuerza características de toda sociedad de clases que imprimirán necesariamente condiciones a las prácticas del sujeto autónomo y que a su vez podrán ser apreciadas diferencialmente no sólo por la condición de clase del sujeto sino, y en muchos casos por sobre todo, por la conformación del acervo cultural y la jerarquía de valores de cada subjetividad, que si bien nunca serán totalmente autónomos de la condición de clase responderán también a otra serie de condicionamientos y contradicciones presentes en la sociedad. Al respecto Thompson, enfatizando esta mirada crítica sobre la supuesta autonomía, resaltaba en su ya visitado debate con Althusser las cualidades de la “experiencia humana” que hace retornar a los sujetos “como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos”. Y esta experiencia no se instala o aparece mecánicamente sino que se referencia y elabora de manera permanente, “dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura (otros dos términos excluidos por la práctica teórica) por las vías más complejas (vías, sí, ‘relativamente autónomas’), y actuando luego a su vez sobre su propia situación (a menudo, pero no siempre, a través de las estructuras de clase a ellos sobrevenidas” (Thompson, 1981: 253).

La experiencia entonces puede definir los hábitos y comportamientos de una clase o fracción de clase de acuerdo a la constelación de eventos y verdades temporales que caractericen un momento de la historia. La experiencia (y conciencia) de los trabajadores y explotados en el contexto de las revoluciones socialistas europeas (exitosas o fracasadas) de comienzos del siglo XX es claramente bien distinta a la experiencia de los trabajadores y explotados que viven bajo el mundo de significaciones construidas por la posmodernidad neoliberal. Las formas de la dominación y el antagonismo también son diferentes en varios sentidos configurando así interrelaciones diferentes con el proceso de gestar las conciencias y de experimentar la cotidianeidad así como la conflictividad.

La experiencia, y conciencia relacionada, se nos muestra entonces como una clara indicación de que estructura y sujeto nunca pueden ser entendidos como campos autónomos, como entidades independientes que sólo tienen lazos absolutamente determinados, inmutables y específicos. Estructura y sujeto, o ser social y conciencia social como los definió Marx, deben entenderse como el entramado de las relaciones sociales en donde la dialéctica entra permanentemente en juego en un campo de tensiones entre la necesidad y la voluntad. La afirmación de Marx en sí misma pero mucho más su aislamiento semántico posterior en relación al argumento que sostiene que “el ser social es lo que determina la conciencia” ha generado, sin lugar a dudas, una avalancha de simplificaciones interpretativas en lo que Lukács llamaba el materialismo vulgar, reemplazando la dialéctica compleja de las relaciones sociales en sólo una serie de funciones mecánicas de relaciones unidireccionales, dando lugar así a todos los reduccionismos economicistas vigentes hasta el presente. Thompson, en su crítica a Althusser ligaba justamente experiencia a la relación entre ser y conciencia social, aunque muy “thompsonianamente” desdeñando la conveniencia de esta dualidad: “Si optamos por emplear la idea -de difícil intelección- de que el ser social determina la conciencia social, ¿cómo debemos suponer que ocurre? Ciertamente, no deberemos suponer que a un lado está ‘el ser’ como basta materialidad de la que ha sido separada toda idealidad, y que ‘la conciencia’ (como idealidad abstracta) está al otro lado. Porque no es posible imaginar ningún tipo de ser social con independencia de sus conceptos organizadores y de sus expectativas, ni tampoco el ser social podría reproducirse a sí mismo ni siquiera un solo día

sin pensamiento. Lo que se quiere decir es que dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a experiencia transformada: y esta experiencia es determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y proporciona gran parte del material de base para los ejercicios intelectuales más elaborados” (op. cit.). Debemos hablar entonces de un diálogo entre ser social y conciencia social, un diálogo que va obviamente en ambos sentidos, por cuanto ni el ser social se constituye como una materia inerte ni la conciencia social representa un receptor pasivo de las disposiciones de la materia. Es que definirlo dialécticamente implica admitir que el mundo de la conciencia y del sujeto repercute necesariamente sobre el ser y la estructura. Bajo cualquiera de las formas que podamos concebir a la conciencia, ya sea como mito o conocimiento racional, como prácticas culturales no autoconscientes o como normas racionalmente establecidas o ideología articulada, ejerce siempre algún tipo de intervención sobre el ser. Al mismo tiempo que el ser -al no ser materia inerte- es vivido por los sujetos, es pensado y vivenciado, por cuanto los sujetos no sólo viven a partir de sus experiencias psicológicas internas sino también a partir de las expectativas sociales en base a las imposiciones de las categorías conceptuales legitimadoras de las relaciones de dominación características del momento histórico. Como resultado de esta articulación dialéctica, se construye y reconstruye de forma permanente, vía los diversos procesos de reproducción social, tanto el ser como la conciencia generando un cuadro de situaciones complejas que refieren precisamente a la dinámica de la historia y de los procesos de dominación y hegemonía, en referencia a aquella metáfora “heraclitiana” respecto a que “nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”.

La hegemonía como articulador estructura-sujeto en el antagonismo y la dominación social

Hasta aquí nos queda planteada una tensión dialéctica entre estructura-sujeto. De lo que se trata ahora es de tratar de dotar de contenido a esta tensión, para adentrarnos en la problemática del antagonismo y la dominación a partir de las prácticas de los sujetos y las clases intentando reflejar la lectura compleja, no reduccionista, esbozada más arriba.

Si seguimos reconociendo la vigencia de la categoría clase social y a la condición de clase como uno de los atributos de todo sujeto social individual, y entendemos a la clase de manera necesariamente ligada a la lucha de clases en tanto proceso en permanente sustentación (es decir, no como una simple definición clasificatoria de los estratos en los que se divide una sociedad ni como coalición que está siempre constituida), el antagonismo será un factor primordial a la hora de interpretar el proceso socio-histórico. Pero antagonismo en un plexo dinámico de lucha de clases debe aparecer siempre asociados con mecanismos de dominación, control social y socialización disciplinar. Y si a su vez reconocemos la complejidad dialéctica de la articulación estructura-sujeto, ya no podremos conformarnos con entender al antagonismo y la dominación en base exclusivamente a la contradicción fundamental entablada por el capital y el trabajo, sino que será necesario ir más allá de las determinaciones/condiciones económicas (sin jamás desconocerlas). El hombre, en tanto ser social, se constituye sin lugar a dudas a partir del trabajo, pero considerar que el ser humano es sólo trabajo sería caer en una mirada altamente restrictiva, mucho más al considerar la capacidad humana única de poder recrearse a sí misma de forma permanente, habilidad que excede largamente al trabajo. Esta condición, definida, por ejemplo, como “antropogénesis” (Avineri, 1968: 131) nos lleva precisamente a poner en juego la tensión permanente estructura-sujeto y dotar a este último de la interacción indispensable como para no entenderlo como un

simple átomo aislado. “Este proceso convierte al hombre en hombre, diferenciándolo de los animales y situándolo en la escala más alta de la habilidad para crear y cambiar las condiciones de la vida. El contenido de esta continua creación, dinámica y cambiante, proporciona el contenido del proceso histórico. Lo que no cambia y no se modifica es la creación histórica en tanto una antropogénesis constante, que deriva de la habilidad del hombre de crear objetos en los cuales realiza su subjetividad”. El ser humano se dispone con todas sus cualidades de sujeto actuante que se hace a sí mismo y hace la historia. De lo que se deduce que la sociedad óptima ni es aquella en la que reina la competencia individualista bajo la mano invisible del mercado ni aquella otra en la que un régimen autocrático se erige como salvador de la supuesta igualdad; sino una sociedad en la que el hombre puede sentirse libre para actuar como un sujeto, en relación social, antes que para ser actuado como un predicado contingente. El pensamiento más dialéctico es el único que se permite pensar críticamente al trabajo entendiéndolo como esta capacidad del ser humano de hacerse a sí mismo, para diferenciarse de toda posición que entiende al trabajo en tanto cualidad mecánica como relación de fuerzas físicas. El trabajo es creación, razón por la cual el trabajo capitalista está en las antípodas de esta acepción, por cuanto configura sometimiento y alienación. Max Horkheimer decía, “Hacer del trabajo el concepto supremo de la actividad humana es una ideología ascética. ¡Cuán armónica parece la sociedad bajo el aspecto de que todos, sin distinción de rango y patrimonio, ‘trabajen’! Mientras los socialistas mantengan este concepto general, se hacen sostenedores de la propaganda capitalista. En realidad, el ‘trabajo’ del director de un trust, del pequeño empresario y del obrero no especializado, se distinguen entre sí no menos de lo que se distingue el poder de la pena y del hambre” (1986: 32). Walter Benjamin, adelantándose varias décadas a lo que luego sería un tópico de discusión muy importante -y que el marxismo sólo tuvo muy recientemente la capacidad marginal para incorporarlo a su análisis- sostenía respecto del énfasis marxista corriente sobre el trabajo indiferenciado que “reconoce únicamente los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad. Ostenta ya los rasgos tecnocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo [...] El trabajo, tal y como ahora se lo entiende, desemboca en la explotación de la naturaleza, que, con satisfacción ingenua, se opone a la explotación del proletariado. Comparadas con esta concepción positivista demuestran un sentido sorprendentemente sano las fantasías que tanta materia han dado para ridiculizar a un Fourier” (1973: 185). Más lapidariamente se constituye la referencia que recoge Martín Jay en su clásico estudio sobre los frankfurtianos, “Adorno, cuando hablé con él en Frankfurt en marzo de 1969, dijo que Marx quería convertir el mundo en su totalidad en un gigantesco taller” (1974: 108), mostrando quizás de una manera lacerante cierta tendencia del marxismo a reificar de tal modo al trabajo (mecánico) que cae indefectiblemente en una posición que no se diferencia lo suficiente de la concepción capitalista de trabajo, salvo en aquello de la “propiedad (nominal) de los medios de producción”. La lógica de la producción material imperante en los socialismos reales nos muestra a las claras este problema. El trabajo en tanto proceso creativo es clave en la formación del ser humano pero de ninguna manera el ser humano se agota en el trabajo pues su creatividad se expresa en su capacidad de interpretación subjetiva al mismo tiempo que colectiva, en su diversidad de formas de expresión, en sus sentires, en sus procesos de construcción de significados, en su lenguaje que interpreta y expresa al mundo en el que se inserta y su lugar en él. Y también en sus diversas formas de identificarse a sí mismo en relación a los demás, lo que lo lleva a constituir diferentes colectivos sociales y culturales a partir de los cuales se inserta en las relaciones sociales.

Es así que el antagonismo entonces no puede ser entendido sólo a partir de la contradicción capital-trabajo sino que es indispensable considerar la serie compleja y multidimensional de

factores, relaciones y dispositivos constitutivos de las relaciones entre los hombres. De aquí que la lucha de clases no puede ser ya más entendida simplemente como la confrontación cuerpo a cuerpo sino como la lógica subyacente de toda conformación social escindida entre detentadores de medios y poder y desposeídos de los mismos, en base a relaciones de dominación y subalternidad (Galafassi, 2017). Dominación y subalternidad que se asientan en una serie diversa y compleja de contradicciones y en relaciones de coerción y consenso que producen y reproducen las condiciones que perpetúan la desigualdad y que generan alienación. Y, en forma concatenada en las sociedades contemporáneas, tienden a las representaciones unidimensionales de las prácticas sociales, licuando los opuestos bajo formas alternantes que aparecen en tanto matices de un mismo patrón de organización y significación. Es aquí donde vale retomar ciertas reflexiones de Althusser (1967) en un sentido diferente al distanciamiento hecho más arriba. Se trata de considerar su análisis respecto a la contradicción y la sobredeterminación desde una denotación que quiebra la tradicional concepción monista, para permitir así complejizar el antagonismo al registrar una diversidad de contradicciones con orígenes diferentes, pudiendo atender así las especificidades y la diferencia, examinando las múltiples determinaciones para de esta manera poder dar cuenta de las particularidades en tiempo y espacio. Tomo de Althusser su referencia a la sobredeterminación en términos de la presencia de un conjunto de contradicciones que son las que definen el camino dialéctico del proceso socio-histórico. Que las contradicciones están sobredeterminadas significa que confluyen circunstancias de diversa índole y dimensión en su especificación. Es así que la propia contradicción fundamental siempre estará especificada por las formas y las circunstancias históricas a partir de concebir a lo social como una totalidad compleja de economía, política, ideología y cultura; dimensiones y diferencias que a su vez pueden guardar cierta eficacia/autonomía relativa en la promoción de los antagonismos. Pero pensar la diferencia no implica adoptar el desplazamiento en boga que traslada el eje de la práctica al discurso, tal la tónica dominante en el deconstruccionismo, sino pensar la diferencia en consonancia con la unidad en términos de estructuras complejas de dominación y consenso, de manera de vernos necesitados de pensar la hegemonía. Al mismo tiempo esto sólo puede hacerse en consonancia con reconocer diversos niveles de abstracción, en el camino que va de lo abstracto a lo concreto. Es decir que será clave el proceso de pensar en pos de una articulación como reemplazo del esquema antinómico diferencia-unidad. Esta noción de articulación es lo que destaca Stuart Hall (2010) respecto de las ideas de Althusser en relación a la contradicción y la sobredeterminación, en tanto mérito por poder pensar a partir de aquí la unidad y la diferencia de manera dialéctica, dado que si bien es cierto lo del continuo desplazamiento que diferencia la particularidad, al mismo tiempo no podemos negar los procesos de fijación a ejes de generalidad. De aquí la noción de articulación. Pensar en estructuras complejas de dominación y pensar en articulación nos lleva también a retomar la cuestión de la correspondencia necesaria entre estructura y superestructura como una interpretación un tanto forzada y esclerosada. Raymond Williams ya había problematizado este forzamiento y más recientemente también el mencionado Hall lo retoma. Esto no implica, en absoluto, caer en la simpleza contemporánea que plantea que necesariamente no hay correspondencia, sino, por el contrario, y retomando la noción de articulación, se hace necesario comenzar a pensar la estructura compleja como la articulación dialéctica en donde la correspondencia no es mecánica, sino compleja y sobredeterminada. Es decir, que esto implica alejarse de todo determinismo entendiendo por ello un apego ineluctable y universal a leyes naturales que rigen la existencia (si fueran divinas tampoco cambiaría el carácter determinístico). Si en cambio tomamos determinación como la presencia que orienta y promueve el proceso, sin que esto implique un resultado asegurado, entonces el carácter de

predictibilidad logra un ethos claramente más complejo y adquiere así su carácter dialéctico. Toda postura por la indeterminación en cambio, sólo recae en el supuesto azar de las teorías individualistas-interpretativas en las cuales todo queda supeditado a la voluntad y la capacidad innata de los sujetos en tanto “átomos libres y autónomos”.

En este entramado de unidad-diferencia, la hegemonía será entonces un pilar clave a la hora de pensar el antagonismo y la dominación de una manera complejamente dialéctica en pos de articular unidad y diferencia al mismo tiempo que estructura y sujeto. En Gramsci encontramos una aparente doble definición de hegemonía y su complementaria categoría “dominación”. Por un lado nos plantea la supuesta vigencia del binomio dominación-hegemonía, en donde dominación se correspondería por un lado con sociedad política (Estado) y coerción, y en donde hegemonía, por otro lado, se correspondería con sociedad civil y consentimiento: “Es posible, por ahora, establecer dos grandes ‘planos’ superestructurales, el que se puede llamar de la ‘sociedad civil’, o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados ‘privados’, y el de la ‘sociedad política o Estado’ y que corresponden a la función de ‘hegemonía’ que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de ‘dominio directo’ o de mando que se expresa en el Estado y en gobierno” (1981, 12, IV: 357). Lo político y el sujeto se conforman colectivamente para imponer, ya sea por coerción o consenso, su verdad particular como verdad universal. La verdad privativa de algunos sujetos se transforma en la verdad estructural del universo social.

Pero, y sin para nada dejar de lado esto último, es más sobresaliente aquella mirada más compleja, en donde dominación y hegemonía son vistos como dos facetas del poder burgués, pero integrando como guías rectoras una serie continua de mecanismos de graduación y combinación entre ambos de manera de intervenir colectivamente en las subjetividades para intentar hilvanar un proceso de legitimación del status quo del poder. Así entendida, la categoría hegemonía representaría una síntesis entre coerción y consentimiento. “El ejercicio normal de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebese demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública, los cuales, con este fin, son multiplicados artificialmente” (Gramsci, 1975: 135). Hegemonía y dominación serán vistas entonces como dos caras que el poder hará suyas en pos de moldear fundamentalmente las relaciones culturales, políticas e ideológicas con el objetivo de perpetuar la supremacía de las clases dominantes y hacer que cada uno de los sujetos de las clases subalternas reproduzcan el axioma de unos pocos como legitimación genérica de todos. El consentimiento como herramienta más compleja y que necesita de un trabajo fino y un entramado de construcción cultural se contraponen en ocasiones pero se complementa en otras con la utilización del dominio y la fuerza directa. El objetivo en las sociedades contemporáneas es determinar reglas de juego favorables al capital y al poder y que estas reglas de juego no sean puestas en jaque, constituyendo así una sociedad unidimensional o de pensamiento único en donde la oposición se transforma sólo en una frívola disquisición semántica, verdad cada día más confirmada en las actuales décadas post-1968/1969. Se construye así una acción hegemónica como una configuración compleja de prácticas políticas y culturales que es llevada adelante por las clases fundamentales ya sea de manera más o menos planificada o más bien de forma rizomática y que termina estando autogenerada por las determinaciones en última instancia de una sociedad dada. Instalan así un dominio tal sobre los grupos sociales subordinados que logran construir una voluntad colectiva de forma de transformar los intereses particulares de las fracciones dominantes en intereses universales de manera de evitar cualquier forma de rebelión. “Las clases subalternas

sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan: están en estado de defensa alarmada. Por ello, cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor” (Gramsci, 1981, 3, II: 27). Hegemonía hay que necesariamente entenderla como esta iniciativa de las clases dominantes y como uno de los puntos de articulación entre el mundo de la materia y la producción -en la cual se gestan mayoritaria, aunque nunca únicamente las clases sociales en el capitalismo- y la dimensión político-cultural en el que se construyen mayoritariamente los argumentos, discursos y legitimaciones de lo que serán consideradas como las relaciones sociales y los entramados simbólicos válidos.

Fue Maquiavelo, sin lugar a dudas, el intelectual preferido de Gramsci a la hora de ejemplificar la utilidad de estos conceptos. Es que el considerado padre de la ciencia política moderna tuvo que enfrentarse al gran problema de la unificación temprana de los territorios feudales que luego terminaron conformando, bastante tardíamente, la actual república italiana. La cuestión del poder, el sometimiento a él, pero fundamentalmente la aceptación del poder en tanto dirección y guía fueron temas nodales de las preocupaciones del florentino. Por esto es que Gramsci tuvo en Maquiavelo a un claro exponente del problema de la hegemonía y la dominación. Y es tanto en *El Príncipe*, en donde debate sobre el poder concentrado y de fuerte autoridad, como en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, donde problematiza el poder republicano, que se juega la contraposición-complementariedad del dominio y el consenso, hechos que Gramsci rescata en más de una oportunidad en sus Cuadernos. Vale destacar el sesgo fundamental de vinculación con el Estado, en lo que va a llamar la gran política⁴, a diferencia de la pequeña política en relación al cómo se construye y legitima la relación política en el ámbito de lo privado, de lo cotidiano, del día a día. “Maquiavelo estudia sólo las cuestiones de gran política: creación de nuevos Estados, conservación y defensa de las nuevas estructuras: cuestiones de dictadura y de hegemonía en gran escala, o sea en toda el área estatal. Russo, en los *Prolegomeni*, hace del Príncipe el tratado de la dictadura (momento de la autoridad y del individuo) y de los *Discursos* el de la hegemonía (momento de lo universal o de la libertad). Pero tampoco faltan en el Príncipe alusiones al momento de la hegemonía o del consenso junto al de la autoridad y de la fuerza: pero ciertamente la observación es justa. Igualmente es justa la observación de que no hay oposición de principio entre principado y república, sino se trata más bien de la hipótesis de los dos momentos de autoridad y universalidad” (1981, 8, III: 242). El considerar al Príncipe y los *Discursos* como dos momentos de un mismo problema es para Gramsci tan importante como considerar la fuerza y el consenso como dos caras alternativas de las estrategias de poder. “[...] aunque esto no sea muy exacto, si de Maquiavelo no se considera sólo el Príncipe sino también los *Discursos*, no sólo eso, sino que en él está contenido en embrión también el aspecto ético-político de la política o la teoría de la hegemonía y del consenso, además del aspecto de la fuerza y de la economía” (1981, 10, IV: 198).

A través de la dialéctica coerción-consenso se construye una determinada visión del mundo tanto en el ámbito de lo que el sardo llama la Gran Política como en la Pequeña Política haciendo justamente alusión a esta presencia constante y articulada entre la configuración colectiva y el desempeño privado, cotidiano y personal de los sujetos. Y esta relación dialéctica, además, nunca estará exenta de variaciones ni de contradicciones lo cual implica un proceso

⁴ “Gran política (alta política) –pequeña política (política del día por día, política parlamentaria, de corredor, de intriga). La gran política comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados, con la lucha para la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales. La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política” (Gramsci, 1981: 20) Cuadernos de la Cárcel: 13, tomo V, pp. 20

permanente de construcción y reconstrucción de sentidos, significados y legitimaciones, procesos en los cuales el lenguaje desempeña un papel destacado por cuanto nombra y por lo tanto destaca hechos y acciones, algunas en desmedro de otras. Es así que todo proceso de construcción de hegemonía implica un proceso de construcción y disputa intelectual y cultural en pos de instalar las clases dominantes una forma de entender el mundo que legitime su dominación. La definición de lo que es verdadero y aceptado en un determinado tiempo y espacio es una construcción sociopolítica e ideológica que se correlaciona dialécticamente con las relaciones sociales en su dimensión material, en lo que los hombres hacen para garantizar su desigual subsistencia. No podemos entender entonces la construcción de hegemonía sin considerar la función de la ideología. Entre muchos otros, Althusser primero y Thernborn más recientemente argumentaron largamente sobre esto. Por su utilidad para esta argumentación apelaré entonces a sus dichos. Para Thernborn, la ideología “consiste básicamente en la constitución y modelación de la forma en que los seres humanos viven sus vidas como actores conscientes y reflexivos en un mundo estructurado y significativo. La ideología funciona como un discurso que se dirige o –como dice Althusser- interpela a los seres humanos en cuanto sujetos” (1991: 13). Lo de actores conscientes y reflexivos se podría relativizar y complejizar, y es aquí donde precisamente la construcción de hegemonía y su capacidad para convertir el interés particular en un interés universal entra en juego haciendo que lo que parezca consciente y reflexivo pueda no ser mucho más que un “acto reflejo” mediado socialmente a partir de un verdad aprehendida e incorporada acriticamente gracias a la repetición masiva de cierta argumentación y justificación del estado de cosas. El análisis de las “sociedades de masas” que floreció hace varias décadas atrás apuntaba en parte a estas situaciones (Reich, 1973; Curran, 1977; Moscovici, 1985) . En este sentido es que me parece retomar del citado trabajo de Althusser sobre ideología y aparatos ideológicos, aquella conclusión que expresa luego de considerar el sistema de cuatro ejes en el que se desenvuelve la ideología para terminar generando conductas colectivas acordes y encuadradas en los cánones predefinidos, agregaría, hegemónicos. Decía entonces Althusser “Resultado: tomados en este cuádruple sistema de interpelación como sujetos, de sujeción al Sujeto, de reconocimiento universal y de garantía absoluta, los sujetos “marchan”, “marchan solos” en la inmensa mayoría de los casos, con excepción de los “malos sujetos” que provocan la intervención ocasional de tal o cual destacamento del aparato (represivo) de Estado. Pero la inmensa mayoría de los (buenos) sujetos marchan bien “solos”, es decir con la ideología (cuyas formas concretas están realizadas en los aparatos ideológicos de Estado)” (1974: 62). Remarcando la correlación estructuras de poder y sujetos, es importante sin embargo destacar que hoy en día ya nos queda más que claro que los aparatos ideológicos exceden largamente la actuación del Estado y se multiplican ampliamente a lo largo de los diversos medios, más o menos masivos, de producción de sentidos y difusión de la información y de lo que es posible de ser entendido como validado o no⁵. Todo acto de rebeldía entonces implicará siempre salir de esta trampa cultural-ideológica para comenzar a construir una contrahegemonía, lo que implica tanto una práctica como un lenguaje contrahegemónico.

Es tal como debemos entender a las relaciones humanas en su dialéctica material-simbólica, como procesos constantes de construcción de hegemonía (y de contrahegemonía) ética, política y cultural a partir de la amalgama constante que se genera desde la producción de ideología, motor de todo proceso de reproducción social. Al respecto, Thernborn nos vuelve a

⁵ Sobre las relaciones entre estudios culturales, hegemonía y poder, los capítulos de Kejner y Monasterio por un lado y de Loaiza y Solana por el otro, abundan in extenso tanto respecto al cruce entre hegemonía y prácticas culturales así como entre política, cultura y comunicación.

resultar valioso a partir de cómo explica las formas en que la ideología interpela a los sujetos. Es que las ideologías cualifican y someten a los sujetos “diciéndoles, haciéndoles reconocer y relacionándolos con: 1. Lo que existe, y su corolario, lo que no existe; es decir, quiénes somos, qué es el mundo y cómo son la naturaleza, la sociedad, los hombres y las mujeres. Adquirimos de esta forma un sentido de identidad y nos hacemos conscientes de lo que es verdadero y cierto; con ello la visibilidad del mundo queda estructurada mediante la distribución de claros, sombras y oscuridades. 2. Lo que es bueno, correcto, justo, hermoso, atractivo, agradable, y todos sus contrarios. De esta forma se estructuran y normalizan nuestros deseos. 3. Lo que es posible e imposible; con ello se modelan nuestro sentido de la mutabilidad de nuestro ser-en-el-mundo y las consecuencias del cambio, y se configuran nuestras esperanzas, ambiciones y temores” (1991: 15).

Es importante en este punto diferenciar las complejas relaciones asentadas en los procesos de construcción social de hegemonía de cualquier otro concepto de miradas estrechas. Está claro que la hegemonía contiene y expresa lo cultural, lo político y lo ideológico, así como lo universal y lo particular, lo estructural y lo subjetivo. Es decir que la cultura en tanto proceso social en el cual los hombres definen y configuran sus vidas en base a valores e identidades -y mucho más la ideología entendida como un sistema articulado de significados que constituyen si bien la expresión de un determinado interés de clase pero que se expresa complejamente mediado y diverso-, puede imbricarse bajo el concepto de hegemonía. Entendiendo al mismo tiempo, como decía, que este proceso conlleva su contrario en pos de que los sujetos resistan la hegemonía dominante y puedan a cambio construir contrahegemonía de manera colectiva. Esto nos lleva necesariamente a apelar a la idea de totalidad sin la cual cualquier interpretación dialéctica de la realidad queda nadando en agua de borrajas. Y en esto fue claro Raymond Williams “Es precisamente en este reconocimiento de la totalidad del proceso donde el concepto de hegemonía va más allá que el concepto de ideología. Lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes” (2000: 130). La diferencia la marca con aquellas concepciones más cerradas de ideología en tanto sistema de creencias y significados relativamente formal y articulado en tanto incluso puede ser abstraído linealmente como una “concepción universal -única-” o una “perspectiva de clase”. Más arriba me refería justamente a una noción de ideología que se presenta bien diferente y que se complementa y conjuga con la noción de hegemonía a la que nos estamos refiriendo, que engarza con la visión histórica de Williams.

Está más que claro entonces, que no podemos dejar de reconocer al proceso de construcción de hegemonía como el conjunto de significados, valores, lenguajes y creencias articuladas, formalizadas y no formalizadas que generan y propagan la/s clase/s dominante/s, no sin contradicciones. Es decir no puede entenderse nunca como un proceso monolítico sino por el contrario, como un proceso permeado por la interacción múltiple de identidades y sujetos en una trama de poder y que en base al clivaje de clases logra mantener un rumbo que debe consolidar y sostener de forma permanente debido a la lucha en la se desenvuelven las relaciones sociales. Así la hegemonía implica también considerar las prácticas de las clases subalternas moldeadas por el ejercicio constante de la dominación a la que se ven sometidas. Hegemonía implica lucha, de lo contrario estaríamos hablando simplemente de guías rectoras y consentimiento libre. Roseberry, extremando este argumento lo ha puesto en palabras claras, que retomo aquí en tanto útil advertencia para evitar caer en cualquier interpretación y argumentación unilineal. “Propongo que usemos el concepto no para comprender el consentimiento sino para comprender la lucha; las maneras en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos usados por las poblaciones

subordinadas para hablar sobre, comprender, confrontar, acomodarse a o resistir su dominación, son modeladas por el proceso de dominación mismo. Lo que construye la hegemonía, entonces, no es una ideología compartida sino un material común y el marco significativo para vivir a través de, hablar sobre y actuar en órdenes sociales caracterizados por la dominación” (2002: 8).

Está claro que la hegemonía no se reduce de ninguna manera a un ejercicio simple de dominación de una clase/s sobre otra/s. De tal manera, no podemos tampoco deducir la conciencia de forma rápida y corriente cual burda derivación de factores estructurales, cual “reflejo”. La hegemonía constituye y se constituye y se comprende en las propias relaciones de dominación y subordinación como totalidad que implica tanto las expresiones de la conciencia intelectualizada y explicitada como aquellas otras formas diseminadas a lo largo de toda la existencia de los humanos en una sociedad, y que se define habitualmente a modo de conciencia práctica. Esto implica, tal la interpretación de Williams, definir a la hegemonía “como una saturación efectiva del proceso de la vida en su totalidad, no solamente de la actividad política y económica, no solamente de la actividad social manifiesta, sino de toda la esencia de las identidades y las relaciones vividas a una profundidad tal que las presiones y límites de lo que puede ser considerado en última instancia un sistema cultural, político y económico nos dan la impresión a la mayoría de nosotros de ser las presiones y límites de la simple experiencia y del sentido común” (2000: 131). Así, no podemos considerar a la hegemonía solamente como la expresión acabada de las formas de dominación, subordinación y adoctrinamiento que encaramadas en una ideología articulada sirven como estructura simbólica y cultural de sometimiento. Esto sería caer en una visión simplista y maniquea de las relaciones de poder y explotación social. Tal como lo entiende Gramsci, ampliamente clarificado por Williams, lo útil de la categoría de hegemonía es su capacidad justamente para articular aquello definido como la dimensión estructural con aquello otro definido como la dimensión superestructural (usadas aquí, estas categorías clásicas, por su practicidad gráfica a la hora de definir las homogeneidades relativas de la complejidad dialéctica de la existencia). Es por esto que no podemos considerar el plano de la hegemonía como una simple complejización de la ideología cuando a ésta se la entiende de forma exclusiva como lo simbólico-cultural. Hablar y pensar en términos de hegemonía implica reconocer antes que nada a la totalidad de la vida y en ésta un conjunto de experiencias, acciones y hábitos privados junto a los significados, esperanzas y perspectivas tanto de las prácticas cotidianas como de aquellas otras que están más allá pero que configuran y definen a las primeras en tanto otorgan valores y legitimaciones⁶. “La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores -fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen, confirmarse recíprocamente” (Williams, 2000: 131). Es así precisamente como se otorga el sentido y la justificación a la vida de los diferentes sujetos inmersos en diferente situación de clase y de experiencia cotidiana. Esto configura un universo de posibilidades de acción que al mismo tiempo excluye otras, para de esta manera configurar un cuadro de prácticas que son consideradas posibles, apartarse de las cuales significaría romper legitimidades tanto impuestas como auto-aceptadas y reconfiguradas.

⁶ Respecto de cómo la hegemonía atraviesa los ámbitos privados a diferencia de las lecturas dominantes que lo restringen a lo “político” y público del poder y el Estado, ver el inestimable capítulo de Florencia Ferrari en este libro que desentraña un más que necesario camino de posibilidad que se abre a partir de la noción medular del pensamiento gramsciano bastante poco explorada hasta la actualidad.

“Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más allá de la cual la movilización de la mayoría de los miembros de la sociedad -en la mayor parte de las áreas de sus vidas- se torna sumamente difícil. Es decir que, en el sentido más firme, es una “cultura”, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de clases particulares” (op.cit.: 132).

Ahora, es necesario desarrollar los últimos términos de Williams que en su formulación parecerían pasar un tanto desapercibidos por ser un comentario casi al pasar. Esta complejidad dialéctica de la hegemonía no constituye una constelación autónoma de autoreferencia, es decir una serie de prácticas que se autolegitiman y se autodefinen sin correlación alguna con la configuración desigual de los sujetos en tanto partícipes de condiciones que los emparentan en sectores sociales. El proceso de constitución y desarrollo de la hegemonía debe entenderse en un mundo de relaciones entre dominadores y subordinados; en un mundo donde las relaciones de explotación social guían el proceso de la sociedad. Explotación que en el mundo capitalista tiene un epicentro claro en la dimensión de la producción pero que se explica a partir de la complejidad presente en todos los ámbitos de la vida y la existencia. Es entonces que la hegemonía es compleja, pero también contradictoriamente construida en términos de sostener y legitimar la explotación social y la dominación -que siempre generará un proceso de resistencia-, proceso en el cual obviamente serán las clases que encarnen el rol de clase explotadora aquellas que echaran a andar -no sin idas y vueltas, ensayos y resistencias- las lógicas constitutivas del proceso de dominación y hegemonía, que como dije más arriba no dará descanso y deberá ser sustentado de manera permanente por la reacción contrahegemónica a la cual siempre se enfrenta. Pero además, la existencia misma de los sujetos y las fuerzas sociales van dando formas diversas y alternativas a esta hegemonía de tal manera de configurarse una multiplicidad de caminos posibles en relación a cómo puede ejercerse la dominación. Es entonces que se hace necesario prestar atención a esta condición para entender la multidimensionalidad de los procesos de dominación que conlleva posibilidades diversas de actuación de los sujetos. Como se dijo, por hegemonía podemos incluir dos poderosos conceptos, el de "cultura" como "proceso social total" en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de "ideología", en cualquiera de sus sentidos críticos y dialécticos, en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase. Es por esto que el concepto de hegemonía tiene un alcance mayor que el concepto de cultura por su capacidad para relacionar el proceso social total con las distribuciones específicas del poder y la autoridad. Es así que ya no podemos afirmar, tal como lo hacen las concepciones individualistas, que los hombres definen y configuran por completo sus vidas por cuanto en toda sociedad verdadera existen ciertas desigualdades específicas en los medios, y por lo tanto en la capacidad para realizar esta construcción de prácticas, identidades y de subjetividades. En una sociedad de clases existen básicamente desigualdades entre clases que se construyen a partir de un antagonismo medular. De aquí el necesario reconocimiento de la dominación, la subordinación y la resistencia como aspectos absolutamente relevantes y pertinentes al proceso social total y al proceso de construcción de subjetividades y de constitución de identidades. Esta consideración de la totalidad es lo que nos hace también superar la parcialidad que envuelve al concepto simple y corriente de ideología, así como de clase y de sujeto. Lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido por los sujetos en la interacción dialéctica dominación-resistencia. Proceso organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes, que a su vez tendrá una expresión diferencial, pero de ninguna manera absoluta, entre las clases. Se asume entonces la pertinencia, siempre

mediada y reconfigurada, de la noción de perspectiva de clase, como la distinción del proceso social total de acuerdo a la particular adscripción por estructura de vida de los sujetos. De esta manera también queda desterrada la burda teoría del reflejo. La cultura como la política no pueden entenderse como la superestructura de los procesos económicos determinantes. La cultura y la ideología en tanto procesos dialécticamente integrados como proceso social total en la noción de hegemonía rompen con cualquier imagen especular y dicotómica entre estructura y superestructura dado que la dominación y la explotación social se expresan necesariamente de manera multidimensional, de lo contrario nunca podría sostenerse como tal. Por esta razón el maniqueísmo que muchas veces impregna las lecturas que hacen de la explotación y la lucha de clases su eje de análisis (articuladas en general alrededor de un “obrerismo” simplista que desconoce la multiplicidad de otros sujetos) poco favor le hacen a la interpretación de la complejidad dialéctica en la que se desenvuelve la vida en sociedad. La categoría hegemonía entonces nos puede ayudar a leer la multidimensionalidad, pues en interrelación con los procesos materiales de producción y acumulación más las relaciones de antagonismo y sus consecuentes procesos de conflictividad asentados en múltiples contradicciones (Galafassi, 2017) van conformando un entramado que puede dar más cabalmente cuenta de los procesos de la totalidad social. Totalidad dialéctica (Kosik, 1967), que obviamente nunca puede ser abarcada como tal sino solo en muchos de sus procesos particulares, pero siempre debe guiar el análisis y marcar el derrotero de explicación.

A modo de cierre: unidimensionalidad, dominación y hegemonía

“Nada es tan desalentador como un esclavo satisfecho”
Ricardo Flores Magón, 1920, Cartas desde la cárcel

Vista la complejidad dialéctica del proceso social total en un alto nivel de abstracción, será útil, a modo de cierre (provisional) resaltar, aunque más no sea introductoramente, la configuración contemporánea de los procesos de hegemonía y dominación en tanto bloque auto-engarzado de múltiples premisas en las que predomina una unidimensionalidad de miradas que se impone a la diversidad aparente. Esto configurará un esquema cada vez más complejo en pos de la generación de estrategias de resistencia y rebeldía. Así, podemos observar que a medida que el capitalismo fue avanzando, fueron desarrollándose y complejizándose las estrategias de dominación que diversificaron y afinaron a su vez los procesos de construcción de subjetividades y de constitución de identidades, de tal manera de tornar cada vez más difícil diferenciar las concepciones y representaciones relativamente autónomas de aquellas constituidas en tanto adopción de los significantes y significados devenidos de los procesos de construcción de hegemonía. Razón, entre otras, por la que los procesos de resistencia contemporáneos ven dificultar la construcción de prácticas contrahegemónicas, siendo los mismos “pueblos” quienes eligen “libre y democráticamente” a sus verdugos. La Europa conservadora-socialdemócrata post-68, los EE.UU post rebelión de los ‘60 y América Latina post-dictaduras de los ‘70 (salvo ciertas variantes populistas contemporáneas cada vez más debilitadas) reflejan claramente esta posición, con sucesión de gobiernos que más allá de su definición exterior, aplican siempre, y de manera unidimensional, políticas conservadoras en pos de la concentración económica y de poder de las clases dominantes. Concentración que es avalada una y otra vez por las masas en las elecciones “libres”. Pero vale por cierto acotar que esta complejización se debió en parte al

proceso de lucha de clases. Al ganar las clases subalternas y explotadas mejores condiciones de trabajo y de vida, a la luz de las diversas revoluciones sociales de los dos primeros tercios del siglo XX, promovieron la reacción consecuente de las clases en el poder que desplegaron su capacidad en afinar y ocultar paulatinamente tanto los mecanismos de opresión y alienación como la opresión misma. Proceso que se logra a partir de una licuación de los opuestos y su confusión en un diorama unidimensional, en tanto dialéctica de juegos y luces que simulan un movimiento social progresivo pero que sin embargo conduce sólo a unívocas metáforas políticas. En síntesis, se fue perfeccionando el proceso de construcción de hegemonía de tal manera de hacer cada vez más perfecto aquel principio base de que la hegemonía es la forma de lograr que las clases oprimidas hagan suyos los intereses de las clases dominantes. Es así que resulta imposible abordar los procesos de construcción de complejos significantes, sin analizar las dinámicas de producción de subjetividades y de procesos sociales, para los cuales se hace necesario remitirse a la dialéctica estructura-sujeto al mismo tiempo que a la dialéctica unidad-diferencia tratada más arriba. Sólo apelando a las perspectivas del proceso social total será posible comprender el sumamente sofisticado entramado de relaciones de poder, de dominación política y cultural y del rol que los sujetos desempeñan en él.

En la base de todos estos procesos podemos ubicar al modelo de razón instrumental construido en la modernidad capitalista heredera de la versión más utilitarista del Iluminismo⁷. La contradicción entre razón objetiva y razón subjetiva refiere al proceso reduccionista que va de la reflexión sobre la totalidad a la perspectiva unidireccional de aquello que es útil, utilitarismo que impregna de manera creciente los procesos de construcción de subjetividades en las presentes décadas. Es así que el contenido amplio, extenso, abarcador de la razón se vio voluntariamente restringido, en la razón subjetiva, a sólo una porción parcializada y sesgada del contenido original, en donde lo particular reemplazó a lo general. “Al abandonar su autonomía, la razón se ha convertido en instrumento. En el aspecto formalista de la razón subjetiva, tal como la destaca el positivismo, se ve acentuada su falta de relación con un contenido objetivo; en su aspecto instrumental, tal como lo destaca el pragmatismo, se ve acentuada su capitulación ante contenidos heterónomos” (Horkheimer, 1969: 32). La razón pasa a ser un componente dependiente del nuevo proceso social. El contenido exclusivo que la domina es su capacidad operativa a partir del rol que desempeña en el dominio sobre la naturaleza y sobre los hombres. La clasificación y sistematización de datos es el perfil predominante tendiente a una mejor organización del material de conocimiento. Se ve superstición en todo aquello que pretenda ir más allá de la sistematización técnica de los componentes sociales. Es que los productos de la razón, los conceptos y las nociones, se han convertido en simples medios racionalizados ahorradores de trabajo reflexivo y analítico (Galafassi, 2002). “Es como si el pensar mismo se hubiese reducido al nivel de los procesos industriales sometándose a un plan exacto; dicho brevemente, como si se hubiese convertido en un componente fijo de la producción” (Horkheimer, 1969: 32).

La concreción de esta razón instrumental llega a su perfección, hasta el momento, en el rumbo neoliberal que infiltra todos los aspectos de la vida contemporánea desde el mundo de lo privado hasta la configuración política de los Estados y las economías. Es en este contexto donde se puede visibilizar más prístinamente, a pesar de su efecto de ocultamiento generalizado, cómo la democracia representativa no es mucho más que un placebo para justificar la opresión. La hegemonía se hace así omnipresente volcando a los sujetos dentro de

⁷ Para un extensa discusión sobre las implicancias del Iluminismo en la gestación del mundo reduccionista moderna ver obviamente Horkheimer y Adorno (1969).

un guion auto-profético en donde cumplen roles para satisfacer intereses ajenos, los cuales creen ingenuamente haber elegido en pos de lograr la felicidad propia. Las resistencias, diversas y multitudinarias por momentos, se han referenciado en la lucha contra el “neoliberalismo”⁸ como si ésta no fuera una expresión epocal de las prácticas históricas de explotación y dominación capitalistas. Muchas experiencias políticas y sociales latinoamericanas hoy nos interpelan claramente desde este lugar. Los casos históricos de México, Chile, Perú y Colombia más la contraofensiva neoconservadora en Brasil y Argentina muestran a las claras la profundización de los mecanismos sociales de opresión y sometimiento de los sujetos individuales en tanto eslabones de la democracia participativa. La lucha y la resistencia no desaparecen, y mucho menos en este presente latinoamericano de fuerte efervescencia político-ideológica y social que enfrenta modelos contrapuestos en el sentido de un capitalismo extremo hegemonizado absolutamente por las lógicas del mercado, y otro regulado en donde cierto control y planeación por medio de la política restablezca ciertas prácticas de democracia social. Pero dejar de prestar atención a estos masivos casos de estilización y perfeccionamiento de las prácticas hegemónicas sería un craso error voluntarista, desconociendo cierta producción reflexiva, y en algunos casos, crítica de las últimas décadas (Bell *et. al.*, 1979). Y en esto, sin lugar a dudas el rol de la masificación de la comunicación y la industria cultural constituye un componente fundamental a la hora de comprender la complejidad de los procesos de subjetivación y producción de sentidos en tanto instrumentos para mantener las desigualdades de clases a través de un proceso selectivo de los significados y la imposición de un armazón preconcebido de valores y verdades (Westergaard, 1981; Murdock y Golding, 1981).

El individualismo como valor intrínseco y naturalizado constituye uno de los ejes de este proceso. Altamente promovido desde la ideología neoliberal, se ha hecho carne en cada una de las subjetividades de aquellos que viven de su trabajo moldeando identidades sometidas a pesar de ser portadoras de un auto-convencimiento al considerarse sujetos con capacidad de “elección libre”⁹. En este entramado, la resistencia encuentra serias dificultades para poder canalizarse y mucho más desde perspectivas radicales. Es que este individualismo extremo de estos años es un caso perfeccionado de la racionalidad instrumental en tanto razón que pone todo bajo la órbita exclusiva de la funcionalidad y la eficiencia de la utilidad productiva, extendiéndolo a todos los ámbitos de la existencia. Existencia que muy útil nos resulta entenderla bajo el señalamiento de “unidimensionalidad” elaborado por Herbert Marcuse. La muerte de la política, tal el credo neoliberal, puede ser entendido como el “cierre del universo político” del pensador frankfurtiano, que se constituye en la dominación y el control de los elementos perturbadores. Además de la concentración creciente de la economía y su sujeción a escala mundial, se destaca la gradual asimilación primero de la clase trabajadora de cuello blanco para dar paso inmediatamente a los trabajadores industriales en un entramado de métodos de dirección en los negocios y las relaciones laborales (organización flexible del

⁸ Sobre el “arte neoliberal de gobierno” y su práctica de construcción de hegemonía basada en la amenaza de terror constante y la libertad restringida a una formalidad del estado de derecho ver el capítulo de Susana Murillo, quien desentraña las lógicas históricas subyacentes y sus expresiones más actuales

⁹ Seguramente que el análisis freudiano de la catexia y contra-catexia más el proceso de la introyección, resignificadas a partir de un análisis sociológico y filosófico, serán de utilidad para la construcción de estas subjetividades instrumentales libres pero no liberadas de las sociedades basadas en la explotación. Talcott Parsons primero (desde una interpretación de lo social exenta de cualquier consideración hacia la explotación), Herbert Marcuse luego y Deleuze y Guattari después (estos dos desde un lugar muy distinto al primero), entre otros, son algunos ejemplos de esta integración categorial para conectar sujeto con estructura en base a la utilización de conceptos del psicoanálisis. Por todo lo dicho en el artículo, sería poco fructífera esta integración teórica sin incorporar la dimensión de la explotación y la construcción de hegemonía para la dominación social.

trabajo) que se paraleliza y complementa en los patrones de consumo y en los circuitos de diversión y de esparcimiento del “tiempo libre”. La “unificación de los opuestos” es la regla practicada por los poderes hegemónicos, convirtiendo a toda la existencia nada más que en la extensión de la lógica instrumental unívoca del “homo economicus”, que reinaría en un mundo sin contradicciones. Esta sociedad de la administración total, tal le gustaba definirla a Marcuse, es aquella que licúa toda instancia de negación de la negación intrínseca a la mirada dialéctica del proceso social total, para, de esta manera, ubicar en su lugar la lógica de la operacionalización de las variables bajo la única premisa de la eficiencia funcional. Pero no se trata sólo de un modo de pensar, como podría entenderse según el concepto más contemporáneo de “pensamiento único”, sino de un sentido integral que incorpora y construye un “modo de ser”. El objetivo de este sistema socio-cultural de construcción de un sentido hegemónico es la integración ficticia de los hombres y el ocultamiento de las contradicciones centrales de la modernidad capitalista hasta un extremo en el que ya no quepan residuos marginales que puedan oficiar de punto de apoyo para la corporización de cualquier antagonismo. El germen de todo este proceso de control de la individualidad se genera en la sociedad industrial avanzada, “en la que el aparato técnico de producción y distribución (con un sector cada vez mayor de automatización) funciona, no como la suma total de meros instrumentos que pueden ser aislados de sus efectos sociales y políticos, sino más bien como un sistema que determina a priori el producto del aparato, tanto como las operaciones realizadas para servirlo y extenderlo. En esta sociedad, el aparato productivo tiende hacerse totalitario en el grado en que determina, no sólo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales. De este modo borra la oposición entre la existencia privada y pública, entre las necesidades individuales y sociales. La tecnología sirve para instituir formas de control social y de cohesión social más efectivas y más agradables. La tendencia totalitaria de estos controles parece afirmarse en otro sentido además: extendiéndose a las zonas del mundo menos desarrolladas e incluso preindustriales, y creando similitudes en el desarrollo del capitalismo y el comunismo” (Marcuse, 1993: 25).

Esta noción de unidimensionalidad que todo lo absorbe, todo lo penetra y todo lo imprime bajo su lógica monocorde aprisionando al individuo y ante la cual debe ejercerse la resistencia, reaparece, reconvertida en diversas expresiones y caracterizaciones, una y otra vez en el pensamiento crítico bajo diferentes tópicos, desde Marx hasta Nietzsche en casi todas sus obras, desde Baruch Spinoza (2004) a Rosa Luxemburgo (1977), desde Malcom X a Ernesto Guevara en toda su práctica política, desde Michel Foucault (1979 y 2007) y Guy Debord (1967) a Frederic Jameson (1991) y Slavoj Zizek (1998), etc. La noción muy contemporánea de “realismo capitalista” remite precisamente a cierta inevitabilidad del presente y del futuro bajo estos parámetros. El totalitarismo convencional que se reconvierte en una carga autoproyectada que va desde la desesperanza masificada hasta el hedonismo nihilista imprimiría la vida de los sujetos en la posmoderna sociedad neoliberal de la cual no pareciera haber salida, según esta mirada. “El latiguillo recoge con exactitud lo que entiendo por realismo capitalista: la idea muy difundida de que el capitalismo no sólo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle un alternativa” (Fisher, 2016: 22). En este capitalismo sin fin donde la desesperanza y la rebeldía se transmuta en consumo y espectáculo, la eliminación de los opuestos también es la regla. “En ese mundo [en referencia al film ‘Children of men’], como en el nuestro, el ultrautoritarismo y el capital no son de ninguna manera incompatibles: los campos de concentración y las cadenas de café coexisten perfectamente.” [...] El poder del realismo capitalista deriva parcialmente de la forma en la que el capitalismo subsume y consume todas las historias previas. Es éste un efecto de su ‘sistema

de equivalencia general', capaz de asignar valor monetario a todos los objetos culturales, no importa si hablamos de la iconografía religiosa, de la pornografía o de El capital de Marx" (op. cit.: 25). Tal el proyecto de máxima de perfeccionamiento de las prácticas hegemónicas en este presente del siglo XXI.

Unidimensionalidad y realismo capitalista sin embargo deben ir de la mano, para su comprensión, de los procesos de construcción de hegemonía y resistencia a los que hacíamos referencia antes. El mecanismo dialéctico coerción-consenso se hace claramente visible y evidente en la sociedad neoliberal y posmoderna por cuanto la explotación social es difícil de ser entendida por los propios explotados debido a que la categoría como tal casi ha desaparecido del conjunto de los significantes y también de los significados en esta era. La abdicación intelectual tiene su importante culpa a este respecto. La explotación social que remite más directamente al plano material de la estructura capitalista se hace casi invisible dado el intrincado juego de la dominación hegemónica que ya no sólo oculta sino que hasta ha hecho "desaparecer" el significado de la explotación social.

¿Cómo pueden las masas explotadas y oprimidas comprender su condición de clases serviles para rebelarse, cuando la dialéctica coerción-consenso ha hecho casi desaparecer las nociones de clase y mucho más la de clase explotada que se ocultan bajo una batería interminable de sucedáneos de resignación y desconocimiento derivados de la liquidación de los opuestos y su reemplazo por la unidimensionalidad que construye una falsa felicidad? Efecto que sólo puede lograrse a partir de la aceptación primero y la complicidad después de los propios oprimidos, resultado que se logra no en el plano material de la extracción de riqueza vía el trabajo sino en el plano simbólico de la construcción de las subjetividades y la justificación de una dimensión cultural que define aquello existente y creíble de aquello no existente y no creíble. "Por ello, el problema fundamental de la filosofía política sigue siendo el que Spinoza supo plantear (y que Reich redescubrió)¹⁰: '¿Por qué combaten los hombres por su servidumbre como si se tratase de su salvación?' ¿Cómo es posible que se llegue a gritar: ¡queremos más impuestos! ¡Menos pan!? Como dice Reich, lo sorprendente no es que la gente robe, o que haga huelgas; lo sorprendente es que los hambrientos no roben siempre y que los explotados no estén siempre en huelga. ¿Por qué soportan los hombres desde siglos la explotación, la humillación, la esclavitud, hasta el punto de quererlas no sólo para los demás, sino también para sí mismos? Nunca Reich fue mejor pensador que cuando rehúsa invocar un desconocimiento o una ilusión de las masas para explicar el fascismo, y cuando pide una explicación a partir del deseo, en términos de deseo: no, las masas no fueron engañadas, ellas desearon el fascismo en determinado momento, en determinadas circunstancias, y esto es lo que precisa explicación, esta perversión del deseo gregario" (Deleuze y Guattari, 1973: 36). Corriéndonos de aquel momento histórico del fascismo y adentrándonos en este presente, la pregunta de Spinoza sigue siendo válida. Los enormes movimientos de masas que en estas décadas del más duro egoísmo neoliberal pugnan por sostener los principios de egoísmo competitivo (de interés primordial y casi exclusivo de las clases dominantes) contra toda intención de hacer hincapié en la solidaridad y la cooperación, asociando al primero con la libertad y los dos siguientes al autoritarismo, son un claro ejemplo de cómo los procesos de construcción de hegemonía constituyen un mecanismo clave a la hora de sostener los procesos de dominación.

Este hombre unidimensional que se produce y reproduce en esta sociedad crecientemente alienante lejos está de poder entenderse a partir de los clisés mecanicistas que reducen la explicación fundamentalmente a la base material de las relaciones sociales y que miran la

¹⁰ Se refieren a al conocido estudio de Reich (1973) sobre el fascismo.

cultura y los procesos de subjetivación sólo como un reflejo, enfocando además todo, o casi todo, en el estudio de la clase obrera¹¹. Lejos también están las interpretaciones dominantes que actualmente sólo pueden ver la dimensión simbólica e identitaria que sostienen la autonomía absoluta de la política y la cultura. Quedará claro entonces que ninguna teoría que mire unilateralmente este proceso complejo puede dar cuenta de los intrincados procesos de dominación y hegemonía, de esta contradicción de seres explotados que niegan primero para elegir inmediatamente su propia explotación. Sólo un análisis dialéctico estructura-sujeto puede hacerlo, y es un camino que todavía ha dado muy pocos pasos en la historia del conocimiento contemporáneo. Es el único camino que nos podrá permitir retomar la premisa del Hombre Nuevo, pues este hombre nuevo debe gestarse en contra precisamente de las refinadas prácticas contemporáneas de dominación para construirse en las antípodas de toda perspectiva unidimensional. Sin conocer en profundidad los intrincados caminos de las prácticas hegemónicas, imposible será generar renovadas prácticas de resistencia y rebelión.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis: **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**. Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
- ALTHUSSER, Louis: **Pour Marx**. Paris, Maspero, 1968 (traducción castellana: *La revolución teórica de Marx*; México, Siglo XXI, 1988).
- AVINERI, Shlomo: **The Social & Political Thought of Karl Marx**. Cambridge, Cambridge University Press, 1968
- BELL, Daniel, Dwight MACDONALD, Edward SHILS, Teodor ADORNO, Max HORKHEIMER, y Paul LAZARFELD: **Industria cultural y sociedad de masas**. Caracas, Monte Avila Editores, 1979.
- BENJAMIN, Walter: **Discursos interrumpidos I**. Madrid, Taurus, 1973.
- CURRAN, James; Michael GUREVITCH y Janet WOOLLACOT: **Mass communication and society**. London, Open University, 1977.
- DEBORD, Guy: **La Société du spectacle**. Paris, Buchet-Chastel, 1967.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI: **El anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia**. Barcelona, Barral, 1973.
- ENGELS, Friedrich: **Carta a Jose Bloch en Königsberg**. Londres, 21 de setiembre de 1890.
- FISHER, Mark: **Realismo capitalista ¿No hay alternativa?** Buenos Aires, Caja Negra, 2016.
- FOUCAULT, Michel: **Microfísica del poder**. Madrid, de la Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, Michel: **Nacimiento de la biopolítica**. Buenos Aires, FCE, 2007
- GALAFASSI, Guido: *“La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad”*. **Contribuciones desde Coatepec**, Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, Nueva época, año 1, n° 2, enero-junio 2002 (pp. 4-20).
- GALAFASSI, Guido: *Conflictividad social, contradicción y complejidad: entre las clases y los movimientos sociales*. En Galafassi y Puricelli (comp.): **Perspectivas críticas sobre la**

¹¹ Para el caso de las múltiples lecturas posmarxistas que reniegan de la centralidad de la clase obrera como sujeto vertebrador de la acción política (que no es el foco de este trabajo), el capítulo de Graciela Inda nos presenta un detallado análisis crítico de varios de los pensadores contemporáneos más conspicuos, que a pesar de representar interpretaciones diferentes, mantienen en común su postura respecto de la autonomía de la política y el aprecio respecto del espontaneísmo de las masas.

Ediciones Theomai 2020

Guido Galafassi – Dialéctica, procesos socioculturales
y hegemonía

- conflictividad social.** Buenos Aires, Extramuros Ediciones – GEACH – Theomai Libros, 2017, pp. 55-76, (disponible en: <http://theomai.unq.edu.ar/GEACH/Index.htm>)
- GRAMSCI, Antonio: **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno.** México, Juan Pablo Editor, 1975.
- GRAMSCI, Antonio: **Cuadernos de la cárcel.** México, Ediciones Era, 1981; Edición crítica a cargo de Valentino Gerratana.
- HALL, Stuart: **Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales.** Popayán, Envión Editores, 2010.
- HORKHEIMER, Max y Theodor ADORNO: **Dialéctica del Iluminismo.** Buenos Aires, Sudamericana, 1969 (1947)
- HORKHEIMER, Max: **Ocaso (Dämmerung).** Barcelona, Anthropos, 1986 (1934)
- HORKHEIMER, Max: **Crítica de la razón instrumental.** Sur, Buenos Aires, 1969 (1967)
- JAMESON, Fredric: **Ensayos sobre el posmodernismo.** Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.
- JAMESON, Fredric y Slavoj ŽIŽEK: **Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo.** Buenos Aires, Paidós, 1998
- JAY, Martín: **La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt.** Madrid, Taurus, 1974.
- KOSIK, Karel: **Dialéctica de lo concreto.** México, Grijalbo, 1967.
- LUXEMBURG, Rosa: **Escritos políticos.** Barcelona, Grijalbo, 1977.
- MARCUSE, Herbert: **El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada.** Barcelona, Planeta-Agostini, 1993 (1954).
- MOSCOVICI, Serge: **La era de las multitudes: Un tratado histórico de psicología de las masas.** México, FCE, 1985.
- MURDOCK, Graham y Peter GOLDING: *Capitalismo, comunicaciones y relaciones de clase.* En, Curran, Gurevitch y Woollacott (edit.), **Sociedad y comunicación de masas.** México, FCE, 1981.
- POULANTZAS, Nicos: **Las clases sociales en el capitalismo actual.** Madrid, Siglo XXI, 1976.
- REICH, Wilhem: **La psicología de masas del fascismo.** México, Roca, 1973 (1933)
- ROSEBERRY, William: **Hegemonía y el lenguaje de la contienda.** Lima, IEP, 2002.
- SPINOZA, Baruch: **Tratado teológico-político.** Madrid, Alianza, 2004 (1670).
- THERNBORN, Göran: **La ideología del poder y el poder de la ideología.** México, Siglo XXI, (1991).
- THOMPSON, Edward Palmer: **La formación de la clase obrera en Inglaterra.** Madrid, Capital Swing, 2012 (1963).
- THOMPSON, Edward Palmer: **Miseria de la teoría.** Barcelona, Crítica, 1981(1978)
- TOURAINÉ, Alain: **Los Movimientos Sociales.** Bs.As., Almagesto, 1991
- VOLÓSHINOV, Valentín Nikólaievich: **El marxismo y la filosofía del lenguaje.** Buenos Aires, Godot, 2009 (1929).
- WESTERGAARD, John: *El poder, las clases y los medios.* En, Curran, Gurevitch y Woollacott (edit.), **Sociedad y comunicación de masas.** México, FCE, 1981.
- WILLIAMS, Raymond: **Marxismo y literatura.** Barcelona, Península, 2000.